

WILL L. GARVER

HERMANO

DE TERCER GRADO

KIER



HERMANO DE TERCER GRADO



KIER

DE LA MISMA COLECCION

Alejandra David-Neel

Textos Tibetanos Inéditos

Magia de Amor y Magia Negra

H. P. Blavatsky

Al País de las Montañas Azules

DE LA MISMA COLECCION

Alejandra David-Neel

Textos Tibetanos Inéditos

Magia de Amor y Magia Negra

H. P. Blavatsky

Al País de las Montañas Azules

DE LA MISMA COLECCION

Alejandra David-Neel

Textos Tibetanos Inéditos

Magia de Amor y Magia Negra

H. P. Blavatsky

Al País de las Montañas Azules



KIER

DE LA MISMA COLECCION

Alejandra David-Neel

Textos Tibetanos Inéditos

Magia de Amor y Magia Negra

H. P. Blavatsky

Al País de las Montañas Azules

WILL L. GARVER

HERMANO

DE TERCER GRADO

HERMANO
DE TERCER GRADO

QUINTA EDICION



EDITORIAL KIER, S.A.
Av. Santa Fe 1280
1080 - Buenos Aires

WILL L. GARVER

HERMANO

DE TERCER GRADO

INFANCIA

QUINTA EDICION

EDITORIAL KIER, S.A.
Av. Santa Fe 1260
1059 – Buenos Aires

WILL L. GARVER

HERMANO

DE TERCER GRADO

QUINTA EDICION

Ediciones en castellano:

Editorial Kier S.A.; Buenos Aires

años: 1968 - 1978 - 1983 - 1988 - 1994

Tapa:

Baldessari

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

I.S.B.N.: 950-17-0957-4

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 1994 by Editorial Kier, S.A.; Buenos Aires

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

EDITORIAL KIER
Av. Santa Fe 1500
1088 - Buenos Aires



CAPÍTULO I

INFANCIA

“No aceptes nada **que** sea irrazonable; pero no rechaces nada, **como** irrazonable, sin adecuado examen.”

BUDDHA.

Mi nombre es Alfonso Colono; soy mejicano de pura descendencia española, pero nacido en la ciudad de París. Soy hijo único, con una hermana, Esmeralda, tres años más joven que yo.

Mi padre, Fernando Colono, era descendiente directo de los Colono de Granada, cuyo origen se remonta al tiempo de los moros, los cuales eran conocidos en toda la península hispánica por su habilidad como médicos. Mi madre pertenecía a la noble familia de los Vesta de Sevilla, quienes ejercieron la misma profesión.

Padre y madre se conocieron mientras estudiaban en París. Después de un noviazgo lo más puro y estudioso, y una vez que se graduaron con las más altas clasificaciones, se casaron y yo fui el primer vástago de tal unión. Después de mi nacimiento, mis padres se trasladaron a la ciudad de Méjico, donde vivían los padres del mío desde principios del siglo XIX.

Ha habido siempre un misterio relacionado con la época de estudiantes de mis padres; misterio que no llegué a conocer hasta muy entrada mi edad madura. Eran dos de las personas más cultas de su tiempo y, por

extraño que parezca, a pesar de venir del verdadero centro del pensamiento materialista, estaban profundamente imbuidos de ideas místicas.

En cuanto volvió a Méjico, mi padre empezó de inmediato a ejercer su profesión de médico y muy pronto se hizo conocer en todas partes por su maravillosa ciencia y habilidad. En efecto, su fama se extendió tanto, que no quedó limitada a Méjico únicamente, sino que llegó a todo el Oeste y le fueron ofrecidos fabulosos salarios por los gobiernos de los Estados sudamericanos.

Tales ofrecimientos los rechazó respetuosamente y permaneció en la ciudad administrando su ciencia a ricos y a pobres, sin desatender nunca ni a los bajos ni a los elevados. Como resultado de su actitud, era conocido y amado por todos, y ejercía gran influencia tanto en los círculos gubernamentales como entre las masas.

Mi madre no era menos culta; era una notabilidad en arte y música; poseía una influencia casi tan grande como la de mi padre; pero, salvo en ocasiones especiales, pasaba la mayor parte de su tiempo en el hogar como instructora de mi hermana y mía; consideraba que su deber principal estaba en ser nuestra tutora.

Nuestro hogar estaba bellamente situado en un cerro de los suburbios de la ciudad; era un edificio de dos pisos de líneas clásicas, con un amplio patio interior, bellamente pavimentado con piedrecitas de colores y adornado con una fuente de surtidores y plantas y árboles tropicales.

Han transcurrido ya muchos años desde que mi madre, disfrutando de la frescura de la noche, nos señalaba y explicaba lo referente a las constelaciones de estrellas, que resplancen luminosas en el firmamento despejado de los países tropicales.

No obstante, recuerdo con vívida claridad aquellas veladas. Ella no consideraba a las huestes de estrellas como meras luces cuyo objeto era disipar la oscuridad

de la noche, sino que, como sus antepasados de los tiempos moros, las creía llenas de vida, la morada de dioses y de espíritus, que mantenían la más íntima relación con los hijos de la tierra. Muchos años han transcurrido y muchas vicisitudes se han cruzado en mi camino desde estas agradables e instructivas veladas. En días de brillante sol, nuestra hermosa madre nos llevaba, a Esmeralda y a mí, a las cumbres de las montañas vecinas y cultivaba nuestro gusto por la belleza de la naturaleza, al contemplar el plácido espejo de un lago o, a lo lejos, la azul y vaporosa atmósfera de las montañas que nos rodeaban. Recuerdo todavía las placenteras lecciones de geología y de historia natural que recibíamos durante esas excursiones; nos producía gozo estudiar piedras, plantas y animales curiosos. Viene a mi memoria la amorosa luz que emanaba de los bellos y negros ojos de mi madre; ojos que brillaban mientras nos advertía de que no lastimáramos a las pequeñas criaturas; pues toda vida es sagrada y procede de Dios; nos decía que aquellos pequeños insectos existían por un propósito y podíamos aprender más estudiándolos vivos que muertos y hechos pedazos.

Después de algunas excursiones por las montañas, hasta los pájaros parecían haber aprendido que no éramos como la mayoría de los seres de nuestra especie; así, empezaron a hacerse nuestros amigos, a posarse en nuestros hombros y comer de nuestra mano. Veo, aún ahora, a mi hermana, Esmeralda, con sus largos y ondulados rizos flotando al viento, riendo y hablando a un petirrojo posado en su mano.

¡Ah, estos recuerdos me entristecieron durante muchos años! Amaba a mi hermosa madre, y a mí, no menos, bella hermana con puro y santo amor; con frecuencia he deseado volver a ser niño para gozar de la felicidad purísima de aquellas horas. Mas ahora sé que ello no podía ni debía ser así. Ya veis, amigos queridos,

lo que he perdido; pero, ¿sabéis acaso, lo que he ganado? Grandes fueron aquellas alegrías, pero más grande es el gozo que viene del desenvolvimiento de nuestra naturaleza espiritual. Además, no es prudente mirar a lo que no ha de volver, salvo para estudiarlo como mejor guía de nuestros pasos en el futuro.

Mi padre, dedicado casi constantemente a la atención de sus enfermos, no perdía oportunidad de estar en el hogar, y a veces, nos acompañaba en las excursiones por las montañas o nos hablaba sentado junto a la fuente del patio.

Padre y madre hablaban durante horas sobre filosofía y ciencia, mientras Esmeralda y yo, sentados cerca, a pesar de nuestros pocos años, escuchábamos con profundo interés sus conversaciones; las cuales, aunque comprendíamos poco, las encontrábamos, por algo desconocido de intuición interior, extrañamente familiares. El niño sabe más de lo que nos inclinamos a reconocer. El conocimiento no viene sólo de la mente razonadora; el corazón puro, no contaminado, mora más cerca de la sabiduría del espíritu y refleja la luz de éste.

Además de atender a sus deberes profesionales, mi padre enseñaba en lo que yo creía entonces una Escuela de Medicina. Nunca nos permitió entrar en su laboratorio, instalado en el segundo piso; la única puerta de roble macizo estaba cerrada con una cerradura peculiar y extraña y las ventanas tenían rejas de hierro. Todos los miércoles venían a casa varios hombres y se reunían con mis padres en aquel laboratorio. Pude observar que el número era casi invariablemente de doce y, generalmente, venían y se iban por separado. Durante estas veladas de los miércoles, mi hermana y yo quedábamos al cuidado de una criada de confianza, la que hacía que nos retiráramos a la hora debida.

Así continuaron las cosas durante once años; habiendo cumplido yo catorce y mi hermana once. Todo era

amor y bondad, y año tras año una placentera escuela. Mi madre era una lingüista excepcional y yo, aunque sólo tenía catorce años, dominaba el castellano, el francés, el inglés y el italiano; además poseía buenos conocimientos de ciencias naturales, de filosofía y de arte. Esmeralda me igualaba en todo sentido; pero su fuerte era la música; cuando su voz se elevaba en canto, multitud de peones se juntaban en las calles y escuchaban en reverente silencio la perfecta belleza de su voz. Los dos éramos artistas consumados en varios instrumentos y mientras ella tocaba el arpa yo la acompañaba en violín. Éstos conciertos familiares, de los cuales nuestros padres participaban también, producían a éstos gran placer. Teníamos gran parecido con nuestros padres; yo cada día más parecido a mi padre y Esmeralda, el retrato perfecto de nuestra madre.

Una tarde mi padre volvió a casa más temprano que de costumbre; él y nuestra madre se sentaron cerca de la fuente y muy pronto se entabló entre ellos una viva conversación. Mi hermana y yo jugábamos, a un lado del patio, con una hermosa colección de conchas marinas. Ordinariamente, no prestábamos mayor atención a su conversación; pero la ausencia del beso acostumbrado de nuestro padre y la expresión triste de su rostro bondadoso y bello, atrajo nuestra atención y dejamos de jugar para escucharlos.

“Nina”, dijo él, tomando las manos de nuestra madre, y mirándola amorosamente a los ojos, “¿sabes que van a cumplirse nuestros veinte años?”

Una palidez momentánea cubrió el rostro de mi madre, pero pronto se convirtió en una expresión de seriedad tranquila, mientras contestaba:

“Sí, Ferda, no he olvidado ese hecho, y desde hace algún tiempo me vengo preparando para un cambio que, tengo la premonición, habrá de ocurrir; espero que tú, querido esposo, habrás hecho lo mismo. Pero, querido,

pareces muy triste esta tarde; ¿hay algo en tu mente que te preocupa? Si es así, déjame compartirlo contigo.”

“Nina”, contestó él con un beso, “he estado pensando que nuestra vida de amor va a terminar pronto para dar lugar a deberes más serios. Y, aunque no he pensado en eludir la tarea que se nos ha fijado, me produce gran tristeza saber que muy pronto tendremos que separarnos.”

“Olvidas, querido esposo, que, aunque parezca que nos separamos, nuestras almas son siempre una. Nuestros veinte años de amor puro y de labor abnegada nos ha ligado más inseparablemente, en nuestras naturalezas internas, y se han desarrollado nuestras facultades al punto de que, ahora estamos mejor preparados para labor más noble. Amamos como sólo almas puras y abnegadas pueden amar; pero no debemos olvidar nuestro deber para aquellos que durante estos años no han envuelto con su amante protección. Tampoco hemos de olvidar que todas las cosas aquí en la tierra son transitorias; nada más que lo real perdura. Se nos ha instruido en la ciencia que conduce a lo eterno: durante veinte años hemos disfrutado de la felicidad más grande de la tierra, para darnos un pequeño vislumbre de un gozo eterno más elevado. ¿Hemos, con pensamientos del yo separado del Todo, renunciar a nuestro bendito privilegio y descuidar nuestros deberes más elevados?”

El rostro de nuestra madre aparecía radiante; un nimbo de luz rodeaba su cabeza, mientras sus ojos brillaban con maravillosa belleza.

“Mi querido esposa”, respondió nuestro padre, “tú representas noblemente a los Maestros; haces plena justicia a la nobleza de los Vesta; me llamas al deber. ¡Realmente, cuán incierta es la existencia en esta tierra! Cuando todo brilla, puede presentarse alguna nubecilla. Hoy vivimos en paz, felicidad y amor; mañana la muerte puede dejar desolado nuestro hogar; la fortuna cambia y la riqueza se convierte en harapos. Ciertamente, por

haber hecho nuestra promesa a los Maestros, éstos nos han envuelto en su protección de amor, y no hemos de permitir que gozos pasajeros nos desvíen de la senda del deber y de la bienaventuranza eterna.”

“Muy bien dicho, amado esposo; ahora los dos somos fuertes.- ¿Cuáles son las noticias que tu rostro anuncia?”

“Hoy he recibido noticias especiales de Francia; Santos ha pasado su iniciación y dentro de poco me relevará en mis obligaciones. Vendrá acompañado de Álvarez; no sé el por qué; pero podemos estar seguros de que ello presagia cambio.”

“Es verdad esposo, ello es significativo; pero no emplees la palabra ‘presagia’; porque implica el mal, y podemos estar seguros de que la presencia de uno tan grande no puede traer más que bien. Siendo así, es hora de que demos a nuestros hijos instrucciones más avanzadas.”

“Sí”, contestó nuestro padre, “sus conocimientos, junto con su intuición, les permitirá comprender. Mañana me uniré a vosotros en un paseo por la montaña, y entonces hablaremos libremente sobre el asunto que hemos mantenido en reserva por tanto tiempo, y que tendrá inmensa importancia en sus vidas”.

Con esto, la conversación derivó a otras cuestiones y mi hermana y yo, cansados de jugar, tomamos nuestros instrumentos y con nuestros padres nos juntamos en uno de nuestros conciertos vespertinos.

Temprano a la mañana siguiente, se preparó la comida necesaria para pasar el día entero en la montaña. La tristeza reflejada la noche anterior en el rostro de nuestro padre, había desaparecido y se unió a nosotros con vivo interés en nuestras correrías. Pasamos la mañana rompiendo y estudiando piedras y analizando plantas y flores. La cumbre de la montaña estaba cubierta de conchas marinas y nuestro padre aprovechó la ocasión de nuestras preguntas para decirnos algo sobre el mundo

antiguo, cuando lo que ahora es tierra formaba el fondo del mar, y lo que es mar estaba poblado por florecientes civilizaciones, desde largo tiempo perdidas para la historia. Después de tomar un ligero refrigerio a medio día, nos sentamos en una gran piedra de pórfido que marcaba la cumbre, y nuestro padre inició la siguiente charla:

“Niños”, dijo mientras nuestra madre se sentaba entre mi hermana y yo, “el significado de lo que os tengo que decir lo comprenderéis a medida que entréis en años; todo ello está rodeado de considerable misterio; lo que ahora no puedo explicaros plenamente, espero que vuestro conocimiento innato os lo aclarará”.

“Vuestra madre y yo somos miembros de una Fraternidad secreta, todos los miembros de la cual se comprometen a dedicar sus vidas a trabajar por la humanidad. No sólo nosotros dos, sino también nuestros padres y antepasados por edades antes que nosotros, estuvieron y están, identificados con esta Orden secreta.”

Esmeralda y yo escuchábamos con la más profunda atención y para mí las palabras de mi padre ejercían una extraña fascinación.

“Esta Fraternidad”, continuó mi padre, “se compone de muchos grados y categorías, desde los que trabajan abnegadamente en las más humildes esferas de la vida, hasta aquellos que representan las más exaltadas posibilidades de desenvolvimiento. Cada grado tiene sus deberes y obligaciones peculiares; vuestra madre y yo pertenecemos al llamado ‘Cuarto Grado’. Como miembros de este grado, y antes de que podamos pasar al exaltado ‘Tercer Grado’, hemos de criar y educar, en puro amor y en todas las sendas de la virtud y de la bondad, a dos almas, destinadas a ocupar nuestro lugar en el mundo, una vez pasemos a otra esfera.

”Vosotros, queridos niños, sois el testimonio de que hemos cumplido tal deber, y creemos y confiamos que seréis plenamente competentes y que estaréis dispuestos

a cumplir vuestra parte a medida que crezcáis. Además de cumplir este deber, hemos de llevar una vida amorosa y abnegada durante veinte años, como miembros ordinarios del mundo, en cuyo tiempo hemos de enseñaros y entrenaros hasta que seáis capaces de avanzar por vosotros mismos.

"Si estos deberes se cumplen fielmente, si durante todos esos años somos un ejemplo viviente de todo lo puro y bueno, es nuestro privilegio pasar al exaltado 'Tercer Grado', elevarnos sobre los lazos de la muerte y vivir inmortales en el más puro amor.

"Niños, nuestros veinte años están casi cumplidos; la única condición no cumplida es que estéis preparados para llenar nuestro lugar. Sabemos, pues nuestra vida de estudio no ha sido en balde, que esto es sólo cuestión de tiempo, y que vosotros seréis superiores a nosotros.

"Os decimos todo esto, queridos niños, porque tenemos razones para creer que, ciertos cambios nos traerán pronto otros deberes, que pueden hacer necesario que se corten los lazos de amor que nos unen.

"Como explicación de esta aparente crueldad, he de decir que, aunque nuestro amor es una gran bendición, no puede compararse con el, aún más grande que se experimenta en la vida superior. Recordad, también, que pase lo que pase, si los lazos de amor se rompen, y parece que os quedáis sin amigos, estaréis siempre, en virtud de vuestro nacimiento y de vuestra adopción por la Fraternidad, rodeados de potencias protectoras que desafían toda oposición.

"Mientras llevéis una vida pura y de bondad y os atengáis estrictamente a la senda del deber, los Grandes Seres, llamados Protectores, os resguardarán de todo daño."

Grandes y nobles fueron las palabras de nuestro padre, al extenderse sobre el mismo tema, que parecía

dominar su alma entera; pero aún más lo fueron las bellas y elocuentes de nuestra madre, al describirnos las grandes almas que pertenecían al "Tercer Grado". Con plena confianza, delineó las posibilidades que ellos y nosotros teníamos por delante. Al terminar, Esmeralda y yo, aunque jóvenes en años, quedamos tan llenos de entusiasmo como ellos.

"Ahora, niños", dijo nuestro padre en conclusión, "os hemos hablado con toda confianza, para que comprendáis mejor nuestras acciones futuras. Aunque no os exigimos promesa solemne, habréis de mantener secreto todo lo que aquí se ha hablado, hasta que autoridad competente os autorice a revelarlo".

La descripción que nuestra madre hizo de los grandes conocimientos, poderes y maravillosa belleza de los miembros de la Fraternidad, hizo nacer en nosotros el deseo de ser como ellos y de saber más acerca de sus relaciones con nuestros padres.

Ya al atardecer, retornamos a nuestro hogar. Esmeralda y yo nos adelantamos y los Maestros fueron el único tema de nuestra conversación.

Nada extraordinario ocurrió hasta el miércoles siguiente. En aquella noche tuvo lugar la reunión usual en el laboratorio. Reuniones que sabíamos, por lo que nos había dicho nuestro padre, eran de una Logia Masónica, de la cual él era el Gran Preceptor.

Aquella noche nuestro padre vino acompañado de un extraño. Era un hombre alto, delgado, de apariencia ágil, de cabello castaño ondulado, más bien largo; barba fina y rizada y bigote del mismo color; sus ojos eran de color azul acero, grandes y de mirada muy penetrante; sus facciones eran pálidas y de contorno algo angular. Su forma estaba casi completamente envuelta en una capa azul oscuro, que le colgaba de los hombros y le llegaba hasta las rodillas. En sus manos llevaba guantes que, según noté, no se sacó nunca; hablaba en tono bajo y

daba la impresión de poseer gran poder desconocido; pues, al oírlo por primera vez, nos causó un estremecimiento. Observé también que evitaba todo contacto personal con otros. Al llegar, entró inmediatamente en el laboratorio, del cual no salió ni para comer; mi madre le preparaba las comidas y se las servía en persona.

Después de la llegada del extranjero, se nos acercó nuestra madre para decirnos que padre y ella tenían un trabajo difícil, aquella noche, y que no debíamos alarmarnos si no bajaban hasta muy tarde al día siguiente. Luego nos dio el beso de las buenas noches y subió al laboratorio. Nuestro padre quedó abajo hasta la hora usual. Alrededor de las ocho de la noche los visitantes de todas las semanas llegaron, pero esta vez vinieron todos juntos, acompañados por otro extranjero. Esmeralda y yo nos quedamos con Juanita, la criada, mientras nuestro padre con los demás subían al laboratorio.

Después de meterme en cama, los misterios de los últimos días vinieron a mi mente en tropel, y sólo después de una larga e inquieta velada conseguí conciliar el sueño.

¡Sueño, extraño misterio! ¿Quién conoce tu significado y los maravillosos poderes que en ti actúan? Caí dormido y soñé que era transportado a un país montañoso y selvático, donde, en la empinada y rcosa ladera de una elevada montaña, rodeada de picos nevados, había un amplio edificio parecido a un monasterio. Luego, por las maravillosas transformaciones que ocurren en los sueños, me encontré en un gran patio rodeado de columnas ciclópeas, y lleno de sacerdotes con hábitos blancos.

En un gran cubo blanco, que servía de trono, situado en uno de los extremos del patio, había una figura sentada en un sillón de perla o de marfil. Tenía la cabeza descubierta; su cabello era largo y de color oro; su rostro era joven, sus ojos azules y dulces. Al mirarlo, vi su forma envuelta en una aureola de luz; al mirarlo más

atentamente, vi que su forma era diáfana y transparente como cristal y una luz dorada emanaba a través de la vestidura de gasa azul que lo envolvía. Luego, sus facciones cambiaron; la mirada bondadosa y gentil de antes se transformó en dura y terrible y de sus ojos se desprendían destellos violáceos que irradiaban por el aire alrededor.

Con ojos maravillados y temerosos, contemplé la escena; mientras la multitud vestida de blanco retrocedía, doce figuras transparentes, pero no doradas como la primera, y vestidas de gasa amarilla, avanzaron y formaron un círculo alrededor del trono.

Entonces, observé un zodiaco dorado en el piso de mármol blanco, alrededor del trono, y cada una de las doce figuras ocupaba uno de los doce signos. El patio estaba inundado de luz radiante procedente de un manantial invisible. He aquí que, avanzan otras doce figuras vestidas de azul oscuro, conduciendo a otra figura con vestidura igual. Una bella forma blanco-perla brillaba a través de su vestidura transparente y, al mirarla, grande fue mi asombro al reconocer a mi madre; en su ancha y noble frente resplandecía, con brillante luz, una estrella de oro y de cinco puntas. ¡Oh, qué rostro más hermoso! ¡Qué calma y grandeza en sus facciones! Sus doce acompañantes se dividieron, seis a un lado y seis al otro y se unieron por detrás para formar un triángulo alrededor de ella. Mi madre avanzó; pero en ese momento una nube envolvió la escena y quedé sumido en profundo sueño. ¡Oh, alma! ¿por dónde has vagado durante este sueño?

A la mañana siguiente, supe por Juanita que, después de estar en sesión toda la noche, todos se habían ido al amanecer, excepto el misterioso extranjero, quien permaneció con nuestros padres en el laboratorio. “Y”, murmuró la criada toda asustada, “el patio ha estado, toda la noche, lleno de fantasmas; pues, al volver a mi cuarto,

la luz de la luna llena me hizo ver el patio lleno de figuras blancas”.

Nada contesté; pero no pude menos de relacionar la extraña declaración de la criada con mi sueño, y decidí preguntar a mi madre acerca de ello.

Llegaron las nueve y mi padre bajó con cara pálida y aspecto cansado. A medio día, almorzó ligeramente con nosotros; pero a nuestras preguntas sólo contestó: “Vuestra madre bajará más tarde”.

Eran las tres de la tarde cuando nuestra madre apareció por fin. ¡Oh, cuán hermoso era su rostro de color blanco-perla y radiante de amor divino! Se acercó a nosotros y, al recibir su beso, al contacto se estremeció todo mi ser. Una deliciosa plenitud llenó mi corazón; nunca me había sentido tan feliz.

Contestando a nuestras preguntas, dijo que el extranjero era un gran Maestro y que con la ayuda del mismo había ido lejos donde había conocido muchos de los misterios de la vida superior. Cuando le conté mi sueño, se sonrió contenta y, besándome, dijo: “Mi querido hijo y hermano, eres más sabio de lo que tú crees y algún día sabrás más claramente el significado de tu visión”.

El extranjero no apareció hasta la noche; al salir al patio, donde estábamos todos sentados, se acercó y situó frente a mí, pronunciando algunas extrañas palabras que me produjeron maravilloso efecto.

Se formó ante mis ojos una neblina blanca y apareció ante mí una vista panorámica. Vi una masa de agua lisa como un espejo, rodeada de cerros, conteniendo muchas islas; un brillante cielo azul y masas de nubes blancas flotantes se reflejaban en la plácida superficie; luego apareció una gran flota de embarcaciones llenas de hombres armados, y la tierra se ennegreció al desembarcar los guerreros con sus escudos. No sé cómo, pero me pareció reconocer la escena. Las palabras Jerges, Persia,

Grecia, se formaron en mi mente. Luego, la neblina tomó nuevas formas y vi una llanura cubierta de hombres con turbante y caras oscuras, armados con espadas cortas curvadas y montados en potros árabes. Frente a esta atezada hueste, estaba un ejército de hombres gigantescos de cabellos largos y amarillos, armados de hachas inmensas y cubiertos de cota de malla. Vi a la hueste de hombres con turbante precipitarse adelante gritando. Los dos ejércitos se trenzaron en salvaje y tumultuosa batalla y vi las palabras: Martel y Poitiers. La neblina se disipó y oí al extranjero decir: "Hermano de ayer y de mañana, tu curso está fijado". Entonces, dirigiéndose a Esmeralda, la miró fija e intensamente y los ojos de ella adquirieron una mirada lejana, pero no vi neblina alguna. Luego él pronunció estas palabras: "Hermana, hija de Oriente, tu también volverás". Hizo un pase con la mano y mi hermana volvió en sí, con mirada de sorpresa como preguntándome qué pasaba.

Todo ello no tomó más que unos instantes y nuestros padres lo presenciaron en silencio. El extranjero se alejó de Esmeralda y con un gesto peculiar y una mirada de inteligencia partió.

Ambos abrumamos a nuestros padres con preguntas; pero ellos no habían visto neblinas ni escenas. Habían visto sólo nuestras miradas fijas y habían oído las palabras del extranjero, quien, dijeron entonces, era un gran adepto de nombre Álvarez, que poseía grandes poderes, como lo poseen todos los de grados exaltados, entre los cuales uno era el de evocar las existencias pasadas de otros.

"Porque", dijo nuestro padre, "el alma es eterna e increada, y pasa de vida en vida y de país a país. Sin duda, lo que visteis fueron escenas de vuestra existencia pasada. Si ingresáis en la Fraternidad y estudiáis sus cursos, el vasto conocimiento, oculto en vuestra alma, de muchas vidas pasadas, os será revelado y vendrá a formar

parte de vuestra conciencia. Este es, en realidad, el secreto del conocimiento de los Maestros, de quienes os hemos hablado tantas veces. Está en vuestro poder llegar a ser como ellos; pues no son más que hombres que han pasado a planos más elevados del ser.”

“En efecto, niños”, dijo nuestra madre, “sóis almas, espíritus que moran por un tiempo en cuerpos. Una vez hayáis purificado, entrenado y perfeccionado vuestros cuerpos, de manera que sean instrumentos adecuados para la manifestación del espíritu, éste os traerá todos los conocimientos, porque es el poder concedor en el hombre.”

Tal fue mi educación en la infancia. Desde sus albores, mi vida ha estado llena de misterios; a la temprana edad de catorce años había formado ideales de hombres perfectos como los Maestros, como quienes quería ser. Si mi vida no ha sido como la de la mayoría de los hombres, esto lo explica todo. Estas enseñanzas místicas recibidas de mis padres, junto con mi extraña experiencia con Álvarez, hizo que la Fraternidad fuera el tema constante de mi pensamiento. La presencia del adepto, Álvarez, produjo un cambio; pues al miércoles siguiente no hubo reunión de Logia. Contestando a nuestras preguntas, nuestro padre dijo que su deber estaba cumplido y que su cargo había sido transferido a otros.

CAPÍTULO II

LA SEPARACIÓN

Dos semanas después de la partida del adepto, Álvarez, mi padre entró en el patio con una carta en la mano, pasándola a mi madre, mientras se sentaba a su lado cerca de la fuente. Después de romper los sellos y leerla, ella la devolvió a mi padre y nos llamó a Esmeralda y a mí, para que nos sentáramos a su lado.

“Ferda”, dijo ella, en tanto nuestro padre dejaba la carta y nosotros nos acercábamos, “todo es para mejor; no debemos mostrar signos de debilidad.” Luego, volviéndose a nosotros dijo:

“Queridos niños, hemos vivido por largo tiempo juntos y felices; pero ha llegado el momento en que tendremos que separarnos. Esmeralda y yo debemos partir para París con el primer vapor. He sido llamada a cumplir con un deber, y llevaré a Esmeralda conmigo para que complete sus estudios. Tú, Alfonso, tienes todavía mucho que aprender, que tu padre te puede enseñar; una vez que estés lo suficiente avanzado, como para recibir enseñanzas más elevadas de las que él puede darte, irás también y volveremos a estar juntos. Ahora, niños, tendremos nuestro concierto familiar por última vez; pues entiendo que el vapor ‘Altata’, parte pasado mañana de Veracruz y tu hermana y yo debemos tomar ese vapor.”

Mi padre estuvo de acuerdo con todo cuanto mi madre había dicho; yo, plenamente confiando en la sabidu-

ría superior de mis padres, decidí tomar las cosas como vinieran. Sin embargo, no fue sin un sentimiento de tristeza que Esmeralda y yo fuimos a tomar los instrumentos, acariciándonos tiernamente en el camino.

“Lo que madre dice es para mejor hermano”, dijo Esmeralda. “Mientras aprendes a ser un gran médico, yo me haré una gran artista; luego nos encontraremos en París y todos nos sentiremos más felices, después de nuestra separación. Porque, si siempre estuviéramos juntos, no nos daríamos cuenta de la oscuridad que viene con la separación; sin duda, después de estar alejados unos de otros, por algún tiempo, nos amaremos mucho más al reunirnos nuevamente. Además, observa cuánto más se aman padre y madre, y todo lo soportan con calma. Nosotros, también, debemos ser como ellos, fuertes y bravos, y con el tiempo, llegaremos a ser miembros de la gran Fraternidad.”

“¿Sabes, hermano, que yo creo que esta llamada repentina de nuestra madre a París tiene algo que ver con esa gran Fraternidad, sobre la cual hemos hablado tantas veces?”

“¿Qué crees tú, hermana?”, pregunté yo.

“Pues, que nuestra madre es avanzada, y más grande de lo que sabemos y creemos. En efecto, yo creo que ninguno de nosotros conocemos plenamente a nuestros padres. Yo creo que ambos son miembros avanzados. Yo creo que, cuando el gran adepto, Álvarez, estuvo aquí, descubrió que madre era avanzada y la envía a París. De todas maneras, escribiremos con frecuencia, y tú me escribirás sobre nuestro padre, y yo todo sobre nuestra madre.”

Para entonces habíamos vuelto al patio al lado de nuestros padres e iniciamos nuestro concierto, el que duró hasta altas horas de la noche.

Mi padre y yo tocamos el violín; madre y Esmeralda el arpa y la flauta.

Aunque el anuncio había sido repentino, no hubo demoras; nuestros padres lo dispusieron todo con calma y en forma sistemática; de manera que todo estaba dispuesto para la partida al día siguiente. Tomamos todos el tren para Veracruz y madre y Esmeralda se embarcaron en el "Altata", para Nueva York de paso para Francia. Mi padre dominó todo el tiempo sus emociones. Noté, sin embargo, lágrimas en sus ojos y sollozos reprimidos al dar el beso de despedida a sus amadas esposa e hija.

Yo me colgué del cuello de mi madre y de mi hermana hasta que se dio orden de abandonar el barco; luego, como mi padre, les di con tristeza el beso de despedida y descendimos del barco al bote que debía llevarnos a tierra.

Mi madre parecía poseída de calma maravillosa, lo que indudablemente infundió fortaleza a mi padre. Esto no fue por falta de amor por parte de ella, sino por el gran dominio que tenía sobre sus sentimientos y emociones. Sólo ahora, después de muchos años de fatigas, labor y experiencia, empiezo a darme cuenta de la elevada naturaleza de mi madre. Sólo ahora, que sé el pleno significado de tal separación, puedo apreciar la fortaleza de carácter de mi padre. Verdaderamente, sólo su amor al deber les hizo sacrificar una vida feliz, para trabajar por el bien de la humanidad.

Mi padre y yo llegamos en el bote al embarcadero y allí nos detuvimos, mientras se alejaba el negro casco del "Altata", hasta que se perdió en las aguas del golfo. Una nube de negro humo se elevó de la chimenea del vapor y se extendió por el azul claro del cielo, el cual no presagiaba el temporal que se acercaba. Los pájaros cantaban en los árboles y el aire estaba lleno del zumbido de los insectos. Las plantas y árboles de múltiples colores conservaban la frescura del rocío de la mañana y daban al mundo que nos rodeaba gran belleza; todo parecía querer consolarnos en nuestra tristeza.

Aquel día lo pasamos en la hacienda de don Ignacio

Martínez, médico de gran cultura de la ciudad, quien era compañero de estudios ocultistas y amigo íntimo de mi padre. Al enterarse de la partida de mi madre y de mi hermana, movió la cabeza gravemente y dijo: "Señor Colono, no quisiera causarle innecesaria inquietud ni molestia, pero usted debe haber olvidado mirar a su horóscopo antes de decidir tal acción".

"En efecto, don Ignacio", respondió mi padre, "hace días que no observo los aspectos planetarios, aunque nunca descuido ese conocimiento en mi profesión; pues considero que las influencias y sustancias, simbolizadas bajo los nombres de los planetas están muy íntimamente relacionadas con las enfermedades. Como Hipócrates, mantengo que la astrología, en su verdadero sentido, es la misma base de la terapéutica. Pero, don Ignacio, ¿cuáles son las indicaciones?"

En respuesta, don Ignacio nos condujo a su estudio, donde nos mostró un globo celeste, hecho de algún material transparente, en el cual estaban marcadas las constelaciones en colores; a la vez que, dentro y susceptibles de varios ajustes, tenía nuestro sistema solar con el Sol en el centro.

"Observarán", dijo don Ignacio, "que los planetas indican un temporal en el agua; Saturno y Urano, ambos planetas maléficos, están en conjunción, y la Luna, Venus y Marte se encuentran en un mismo signo, el que rige el golfo. Esto es malo; aunque confío que no vendrá daño alguno, profetizo un cambio dentro de poco."

Evidentemente, mi padre comprendió las observaciones de don Ignacio y coincidió en las conclusiones de éste; pero en respuesta, dijo simplemente que había obedecido órdenes y no podía esperar más que lo mejor. Yo había escuchado atentamente y, aunque tenía alguna fe en la astrología, al mirar el azul del cielo despejado, pensé que, esta vez, su sabiduría les fallaba.

Pero mis conclusiones resultaron equivocadas; por cuanto, pocas horas más tarde, con rapidez casi increíble, el cielo se cubrió de nubes oscuras y amenazadoras. Se levantó viento y la oscuridad de la noche usurpó la luz del día. Luego, vino una corta racha de viento; después una lluvia ligera y luego una calma, una terrible calma, en su quietud opresiva; después de la tormenta, un terrible temporal. El viento bramaba, arrancando los árboles con su terrible fuerza. Las maderas del edificio temblaban y chillaban sacudidas por el viento. El firmamento parecía un holocausto de fuego y los truenos contendían con el bramar del viento en un horroroso estruendo de terror.

En una hora había pasado todo. Sólo una hora; pero, ¡oh Dios!, cuánta devastación había causado! ¡Qué violenta había sido! ¡Cuántos cambios trajo!

Durante la tormenta, mi padre permaneció sentado con mirada torva y lejana en sus ojos. Pasada la tormenta noté un cambio en su rostro. Ya no más la sonrisa feliz de antes, sino una tristeza sombría y sin expresión.

“Mi querido hermano”, dijo don Ignacio, tomando la mano de mi padre, “siento como usted; daría toda mi fortaleza en esta hora de duda y de prueba. Parece imposible que el vapor haya escapado de este temporal; pero todo es para mejor. No podemos lamentarnos de lo que algunos llaman muerte; porque sabemos que, para ellos, sería sólo el comienzo de una nueva vida. Usted la ha perdido de esta vida; pero la pérdida de usted es la ganancia de ella. Si recordamos los hechos tal como son realmente, es hasta ganancia para usted; porque si bien la ha perdido en lo visible, ella estará, constantemente, presente en lo invisible; lo que parece una separación es, en realidad, una unión más íntima. Además, recuerde, hermano, que ha actuado usted de acuerdo con órdenes de los Maestros y ellos son más sabios que nosotros. Cuando consideramos las cosas bajo esta luz, hemos de recordar que, si ella tenía, todavía, deberes que cumplir en este mundo de

formas, está resguardada por aquellos contra los cuales ni esta tempestad puede prevalecer.”

Las palabras de don Ignacio tenían poder fortalecedor; mi padre estrechándole la mano dijo: “Mi querido hermano, habláis palabras de verdad; he amado a mi esposa hasta que este amor se ha hecho egoísta; sin duda, esto es para llamarme a mis deberes y para que dirija mi amor a los hombres. Seré fuerte y nunca más olvidaré mi verdadera labor como hombre. Obedeceré las órdenes de los Maestros; tengo plena confianza en la sabiduría superior y, en adelante, dedicaré mi vida a la humanidad y a la verdad”.

Dicho esto, mi padre se levantó con perfecto dominio de sí mismo; su rostro triste y blanco, se iluminó con una noble calma.

“Alfonso, hijo mío”, dijo, volviéndose a mí, “recuerda las palabras que aquí se han pronunciado; grábalas en tu mente y en tu corazón. Tu madre no ha muerto. La muerte no existe. Por el acto o proceso así llamado pasamos de la prisión de la forma de carne a la luz y al amor universales. Con toda probabilidad, tu amorosa madre y tu querida hermana han dejado esta clase de vida para pasar a planos más elevados de gozo y labor. A nosotros nos toca continuar nuestras labores y ganar el derecho de unirnos a ellas, en una fraternidad más elevada de amor. ¿Quieres seguirme en este gran esfuerzo? ¿Estás dispuesto a unirte a mí para alcanzar tal objetivo?”

Parecía como si yo absorbiera la fortaleza de mi padre; una nueva vida palpitaba en todo mi ser y una voz interior decía: “Adelante; Adelante.” Con determinación y entusiasmo, que jamás había sentido, respondí: “Sí.”

Mi padre me besó y don Ignacio tomando mi mano, dijo:

“Eres un noble hijo, destinado para una gran obra; gran sabiduría tendrás; trabaja bien y marcha adelante.

Vete con tu padre, estudia; él es muy competente para enseñar. Sé puro, sé bueno y lleno de amor a tus semejantes; tu destino está fijado y es seguro.”

Permanecimos un día más en la hacienda de don Ignacio. Los periódicos, al relatar el temporal dijeron que había abarcado toda la costa y el golfo y que todas las embarcaciones, que se encontraban en las aguas se habían indudablemente perdido. A continuación daban la lista de los pasajeros del “Altata” y después de mencionar a la señora Nina Colono y a su hija, hacían referencias a dos hombres desconocidos, que habían embarcado en el momento que el vapor levaba anclas, y cuyos nombres no estaban registrados.

Al siguiente día, mi padre y yo regresamos a la ciudad; desde entonces me convertí en su compañero constante. Se abrió el antiguo consultorio y pasé por un completo curso de química, y todo cuanto se relaciona con la medicina fue tema de investigaciones. Mi padre fue más asiduo que nunca en la atención de los enfermos; yo lo acompañaba en sus visitas y escuchaba sus enseñanzas en el camino. A medida que pasó el tiempo, mis conocimientos se ampliaron; él hablaba con menos reserva y, haciéndome prometer guardar el secreto, me habló mucho acerca de las teorías ocultistas sobre la medicina. Me dio un amplio delineamiento de las asignaturas y correspondencias, y muchos detalles sobre sus estudios en París.

Mi madre y mi hermana no se habían desvanecido de nuestros pensamientos; hablábamos de ellas con frecuencia y, aunque con tristeza, dominábamos nuestros sentimientos y no malgastábamos tiempo en lamentaciones inútiles por lo pasado.

Hablando un día de sus éxitos en medicina mi padre dijo:

“Yo no trato la enfermedad como muchos suponen, y mi éxito no viene de los títulos que siguen a mi nombre, ni del diploma que poseo de una de las Academias más fa-

mosas del mundo, sino del conocimiento que he adquirido en ciertas escuelas secretas, en las que estudié durante mi permanencia en París.”

“Estas escuelas”, continuó, “han existido desconocidas del público desde los tiempos de Mesmer y de Saint Germain, quienes enseñaron más de lo que el público no informado les acredita. Estas escuelas están muy bien guardadas y sólo los merecedores son admitidos, porque los conocimientos que imparten dan un terrible poder para el mal, en manos de los egoístas y maliciosos. Confío, hijo mío, que obtendré que seas admitido en esta escuela, cuando tengas edad; pues nadie es admitido hasta la edad de veintiún años. Entretanto, te has de graduar como médico regular; pues en esta época de conocimiento superficial y de mucha forma, no podrías practicar tu profesión tal como se te enseñará en dicha escuela. De consiguiente, tienes que revestir tu práctica con el título de médico regular, como hago yo. Muchas curas he hecho bajo este título; pero, al mismo tiempo, empleo medios que, si se conocieran, serían tildados de supersticiones y me tacharían de charlatán.”

Al preguntarle yo, si tal escuela secreta tenía alguna relación con la gran Fraternidad, me contestó que ella formaba parte de una sección semiesotérica y que todos los miembros del cuarto grado podían enviar sus hijos para obtener los beneficios de las escuelas tanto esotéricas como exotéricas.

“Recuerda, hijo mío”, dijo, “que los miembros del cuarto grado han de buscar poder e influencia en el mundo; no para fines egoístas, sino para que, así, sean instrumentos más poderosos para el bien. Cada candidato ha de ser maestro en tres grandes profesiones: medicina, arte y leyes. Esto se te explicará más ampliamente a su debido tiempo.”

“¿Estuvo mi madre, y son admitidas las mujeres en esa escuela?”, pregunté yo.

“Tu madre perteneció, y las mujeres son admitidas; pero, aunque están exentas de la práctica profesional, si así lo desean, han de someterse a todos los exámenes, lo mismo que los hombres.

”Tu madre tenía un alto grado en arte y música; era muy hábil en la preparación de drogas y en la diagnosis de las enfermedades; ella era mi constante consejera en los casos difíciles. Al mismo tiempo, conocía a fondo las leyes de las naciones, los principios de gobierno y, en cuanto al aspecto filosófico de las leyes, pocas la igualaban. Recuerda, también, Alfonso, que fue allí donde conocí a tu madre y, como explicación de nuestra extraordinaria simpatía mutua, te diré que, todos los miembros del cuarto grado de la Fraternidad envían a dicha escuela un hijo y una hija; práctica que siguen nuestros hermanos, desde hace siglos, dondequiera estén sus escuelas. Los conocimientos impartidos en tales escuelas sobre las leyes de la generación permiten a cuantos concurren a ella, traer miembros adecuados a sus hogares, pues cada padre y madre crían un hijo y una hija; de esta manera, la organización se perpetúa, a medida que los miembros más antiguos pasan a grados más altos, en los que el matrimonio es desconocido. En París, estaba conmigo mi única hermana, la que se casó con uno de los miembros de la Fraternidad y de quien no se nada desde hace veinte años.

”Asimismo, tu madre tuvo un hermano, que no se casó, sino que tomó un curso excepcional y pasó a otros planos. Acerca de esto no te puedo decir más; pero confío que, cuando vayas a París, encontrarás, como yo, un alma revestida con cuerpo femenino que responda a la tuya y sea digna de tu amor.”

“¿Pero cómo se llenan los vacíos cuando ocurren muertes?”, pregunté yo, pensando en mi hermana desaparecida.

“Eso, hijo mío, pertenece al secreto de la iniciación, el que no puedo revelar; baste decir que, hay Consejos que regulan tales cuestiones. Además de los que tienen derecho de ser miembros por derecho de nacimiento, los hay que lo son por adopción.”

Así pasaron siete años, durante los cuales estudié asiduamente bajo la dirección de mi padre. Nada más se supo nunca del “Altata” desde el día del temporal fatal. Ni una palabra acerca de mi madre. Siempre hablé de ella a mi padre, él persistía en decir que ella vivía todavía, y llegó a decirme que había sido iniciada en el Tercer grado, cuyos miembros son superiores a la muerte y son inmortales. “Si esto es así”, dije yo, “¿cómo es que nada sabemos de ella?”

“Hijo mío, tú no lo entiendes”, replicó él solemnemente. “Los del Tercer Grado ya no conocen los lazos de esposo, esposa, ni padres. Los individuos no pueden reclamar, como tales, el amor de esos seres, el cual no tiene límites, es universal y pertenece a toda la humanidad.”

Tenía yo entonces veintiún años y poseía conocimientos muy avanzados en medicina y ciencia.

Mi amor al estudio se había hecho casi insaciable; sin embargo, y no obstante mi intensa aplicación al estudio, no había descuidado las exigencias de la vida social.

“Porque”, decía mi padre, “mientras tu campo de labor sea el mundo social, debes conocer sus usos y costumbres. No es necesario que cortes tus relaciones con tus semejantes, al objeto de seguir tus estudios; basta con no dejarte arrastrar por la farsa vacía, la sociedad sin pensamiento, en la que la vanidad, la frivolidad y la moda marchitan los corazones, y las formas ocultan la falta de alma.”

De mi participación en la vida social obtuve excelentes resultados; por cuanto tuve oportunidad de analizar sus llamados placeres y encontré que eran todos ilusiones y no daban real satisfacción. Tomé parte en la vida social;

pero mi única ambición era adquirir conocimientos y resolver, en cierta medida, los misterios del universo.

Un día, al volver a casa, encontramos un visitante que, a primera vista y por su traje, supuse era Álvarez a quien todavía recordaba; luego supe que era otro con traje y capa similar, sólo que ésta era negra en vez de azul. A diferencia de Álvarez, éste apretó cordialmente la mano de mi padre y éste me lo presentó como el señor García, de París, iniciándose de inmediato una placentera conversación.

Pasó un mes, y el señor García, quien estuvo casi constantemente conmigo, se convirtió en amigo muy íntimo. Mi padre, entonces, en una larga conversación sobre temas ocultistas, me informó de que, el señor García era un estudiante de las escuelas secretas de París, a donde volvería dentro de pocos días; como yo ya tenía edad, debía ir con él y tratar de ingresar en la escuela, a fin de que se me diera más luz sobre mis estudios y aprendiera ciertos secretos que él no podía comunicarme.

“Y recuerda”, añadió mi padre, “aunque, como hijo de un antiguo miembro, tienes derecho a considerarte como candidato, ingresarás únicamente por tus propios méritos y tendrás que someterte a muchos exámenes y pruebas, antes de que seas aceptado como miembro de los grados inferiores.”

“Alfonso”, me dijo, después de hablarme extensamente de la fraternidad y del amor, delinándome la organización que trataba de hacerlos universales, “el señor García es un miembro avanzado de la Escuela secreta de Esculapio y digno de toda tu confianza. Ha venido con credenciales de exaltados hermanos y te dejará en buenas manos, dignas de confianza.”

“No olvides lo que te he dicho acerca de los estudiantes de dicha escuela. Sólo son admitidos los puros y los buenos; para todos los demás, la existencia de la misma es desconocida; únicamente los elegidos pueden descubrir-

la. Es tu privilegio estar entre quienes te pueden proporcionar sus beneficios. Respeta este privilegio, y guarda absoluto secreto sobre cuanto se relaciona con ellos. Ten cuidado de que no te deslumbre el brillo del mundo, y evita todo amor sentimental y las locuras. Que tu amor sea puro, fuerte y sin medida para todo lo bueno y verdadero. En cuanto al sexo opuesto, no te cases hasta que encuentres un alma en plena simpatía con la tuya y con una mente dedicada al mismo gran objetivo. Primero, busca ser admitido en la escuela, porque en ella encontrarás a aquellos cuyo corazón y mente están en armonía con los tuyos. Allí, entre tus hermanas, encontrarás, sin duda, una digna de tu amor y mejor adaptada para ayudarte en tu progreso.

"Elígela como condiscípula; cultiva hacia ella un amor puro y santo y, cuando tus conocimientos te den derecho a aparecer de nuevo ante el mundo, tómala por esposa y cumple tu deber hacia tus hermanos y hacia el mundo.

"Ten siempre presente que esta vida es la necesaria probación para otra vida aún superior, y nunca permitas que la exaltación de los placeres en este período feliz te alejen del deber final.

"El amor puro a la esposa y a los hijos avivará la llama en tu corazón. La devoción pura desenvolverá el espíritu oculto, que mora en tu ser más íntimo, y te conducirá a un amor más bello y muchísimo más elevado.

"Hijo mío, aprende a amar, porque si no aprendes ahora, no aprenderás nunca después.

"Deja que tu alma entera sea arrebatada por la divina llama; pero jamás, ni por un momento, permitas que sea manchada por un mal pensamiento, ni perdida en separación egoísta.

"Ama a tu esposa, para que ames mejor a la humanidad; ama a tus hijos para que ames más a todos los hijos de Dios; entonces, el amor universal iluminará tu mente y alma y te dará toda la sabiduría.

"Y ahora, hijo mío, hazte fuerte y bravo; sé verdadero y paciente y trabaja siempre para el bien. ¡Adiós!, puede que no nos reunamos más en esta tierra. ¡Adiós!"

Mi padre habló con voz cargada de amor y ternura; un nimbo, como el que rodeaba a mi madre cuando hablaba de la misma manera, resplandecía alrededor de su cabeza y rostro.

Sus palabras produjeron en mí un extraño poder fortalecedor y, aunque lo amaba con el amor más intenso que un hijo puede sentir por su padre, dominé mis sentimientos y, reprimiendo mis lágrimas, me despedí de él y partí con García para Francia.

CAPÍTULO III

LA PRINCESA LUISA

Cruzamos el Atlántico, llegamos a Liverpool y tomamos el tren para Londres, sin incidentes dignos de mención.

García era un compañero lo más interesante; poseía extensos conocimientos y estaba bien informado sobre el modo de ser del mundo. Como para estimular mis aspiraciones, me habló mucho de la misteriosa Fraternidad a la cual él y mis padres pertenecían. Muchas fueron las anécdotas que me contó sobre la exaltada sabiduría y los maravillosos poderes de los miembros de los grados más avanzados.

Nada era más interesante para mí; pues estaba plenamente imbuido de ideas ocultistas, y estaba decidido a hacer cuanto me fuera posible para aprender a dominar los misterios del lado oculto de la naturaleza. Observé, sin embargo, que, como en el caso de mis padres, toda información estaba confinada estrictamente dentro de ciertos límites, que García nunca traspasaba, y siempre desviaba la conversación cuando se lo apuraba. Permanecimos tres días en Londres, durante los cuales ocurrió un incidente, el cual aumentó el misterio que ya me envolvía.

García conocía bien las calles y me acompañó a recorrer la ciudad. En la tarde del segundo día, caminábamos por los alrededores de la plaza de Trafalgar, cuando una repentina conmoción atrajo nuestra atención.

“Van desbocados!”, exclamó García. Al apartarse la multitud, vi un carruaje de la casa real tirado por dos fogosos caballos negros, viniendo por la avenida con tremenda velocidad.

“¡Mi Dios!”, gritaron cien voces, “es la Princesa Luisa, la hija más querida de la reina! ¡Se va a matar! ¡Abrid paso; no les hagáis dar vuelta! ¡Santo Dios, que valor; mirad cómo los retiene!”

Pálida como la muerte, una hermosa mujer, afirmada en sus pies, tiraba de las riendas con toda su fuerza y con maravillosa presencia de ánimo, mantenía a los caballos espantados en medio de la calle. Pero su fuerza no era suficiente para detenerlos, mientras, cubiertos de espuma, con sus herraduras sacaban chispas al dar contra el pavimento de granito.

“¿No puede alguien detenerlos? ¡Mi Dios, se van a estrellar contra el monumento! ¡Horror! ¡Esto es la muerte!

En aquel instante, salió de entre la multitud aterrada un hombre alto cubierto con una capa y se precipitó directamente enfrente de los espantados potros. Sentí un temblor de la mano de mi compañero, de cuyos labios salió un grito sofocado. Al mismo tiempo, una extraña sensación recorrió todo mi cuerpo y mi corazón empezó a latir fuerte y apresuradamente.

“Retírese”, gritaron muchas gargantas, “no hay poder humano que la salve. Será su muerte; tenga cuidado; ¡hombre atolondrado!”

Directamente hacia el hombre, tranquilo y firme, se precipitaban los caballos y el carruaje, ¿lo pisotearán bajo sus cascos? ¡Están sobre él! Pero... no. El hombre, rápido como el pensamiento, se hizo a un lado, y una neblina de vapor llenó el aire y envolvió cochē y caballos. La neblina se disipó. ¡Qué extraño y maravilloso misterio! Los fogosos potros habían cambiado, temblando todo su cuerpo detuvieron el coche, justamente frente al monumento. El misterioso extranjero, quien había segui-

do al carruaje, se acercó a la princesa ya desmayada y, antes de que la sorprendida multitud se diera cuenta, de lo ocurrido, tomó las riendas y dirigió los caballos a una calle lateral.

Yo no estaba menos confundido que cuantos me rodeaban y, sin poder articular palabra, sentí que una extraña sensación invadía todo mi ser. Al comenzar la multitud a salir de su sorpresa, García me tomó de la mano y salimos apresuradamente.

“¿Qué quiere decir todo esto?”, pregunté. “¿Acaso no se han acabado los días de los milagros?”

“Milagros”, contestó García, “no hay milagros; pero ésto significa mucho.”

“¿Qué?”, pregunté.

“Que ese hombre es un adepto”, murmuró García, “y la dama es la hija favorita de la reina; de manera que podemos esperar grandes cambios en los círculos gubernamentales.”

“Los Maestros hacen cuanto pueden para ayudar al mundo en su evolución ascendente y, como trabajan por medio de instrumentos humanos, aprovechan todas las oportunidades para tal fin. Sólo en ocasiones muy excepcionales utilizan los poderes que este caso ha demandado.”

Respondiendo a otras de mis preguntas, añadió: “Espera los acontecimientos y entonces mis explicaciones serán más inteligibles”.

A la mañana siguiente, tomamos el coche que debía llevarnos a la estación para nuestro viaje a Francia. Compré un periódico en cuya primera página y en tipo grande aparecía el siguiente encabezamiento:

¡Extraña y Milagrosa Escapada! La Princesa
Luisa salvada por algún misterio de magia de
una muerte horrorosa.

A ésto seguía un detallado relato de lo ocurrido y la llegada a palacio de la princesa sola. La identidad de

su salvador no pudo ser establecida, pues la princesa se encerró en un mutismo impenetrable y se negó a recibir a los periodistas.

En el mismo periódico aparecían otros encabezamientos interesantes, relacionados con ciertos cambios políticos, que resultaron no menos sorprendentes.

García leyó los artículos. Notando mis miradas inquisitivas, miró a nuestro alrededor y, adoptando un tono bajo, se expresó así:

“Hermano mío, ¿crees tú que el mundo material está regido por la ley, y que el mundo social se deja a la casualidad? ¿Tú crees que la evolución humana no tiene guía, o que está regida directamente por Dios? Si crees lo último, estás en un error. Dios, el Espíritu infinito, aunque lo compenetra todo, está muy por encima de los asuntos terrenos. Pero entre nosotros y el Supremo existen muchos grados de seres, hombres superiores, héroes, semidioses y dioses, y cada una de estas huestes actúa por medio de los de abajo. Los reyes, reinas, presidentes y dirigentes no siempre lo son por casualidad; menos en períodos de transición; porque ellos no son más que instrumentos de poderes superiores, y trabajan inconscientemente con fines determinados.

”Los guerreros, los estadistas y los instructores religiosos son guiados por seres superiores; muchos de ellos son conscientes del hecho, como Sócrates y Juana de Arco. Otros como Mahoma, Cromwell, Napoleón y otros grandes hombres, que se creyeron instrumentos del destino para la realización de algún gran objetivo fueron todos así guiados.

”Este es el secreto de lo que se llama destino. Los hombres se hacen instrumentos adaptables, para que tales poderes actúen y trabajen por algún objetivo, dentro de la ley. Los hombres así utilizados brillan como grandes genios; pero una vez alcanzado el fin propuesto, caen en el olvido y quedan sumergidos en la masa común.

¿Piensas que ésto es una cruel deserción? No lo es; los así abandonados tienen la culpa; porque abusan del privilegio que se les concede, y creen que el poder es suyo; con esta idea se hacen egoístas y asumen prerrogativas divinas.

"Por lo mismo, han de caer; porque como dice Hugo: 'Disgustan a Dios', y han de volver a ser hombres.

"Tales hombres son, a veces, malvados; pero los malvados son, con frecuencia, instrumentos para traer el bien."

"Y usted relaciona todas esas consideraciones a lo ocurrido ayer", pregunté.

"En efecto", replicó en voz muy baja, "las indicaciones son de que el trono de Inglaterra está protegido; pero los obreros invisibles velan sus actividades, trabajando con lo que parece ser medios naturales."

A esta altura de nuestra conversación, un extraño tomó asiento cerca, y García cambió inmediatamente el tema de nuestra conversación.

Cruzamos el estrecho y seguimos hasta París. La multitud nos impidió reanudar la conversación; pero yo estaba ocupado pensando. La Fraternidad había venido a ser el tema, casi constante, de mis pensamientos, y ansiaba tener oportunidad de saber más acerca de esta sociedad y de sus poderes misteriosos.

CAPÍTULO IV

PARÍS. ¡MADRE!

Al llegar a París, García llamó a un coche el que, atravesando la ciudad, nos llevó a la suntuosa residencia de Monsieur Durant, antiguo amigo de mis padres, para quien llevaba yo una carta cerrada.

M. Durant, anciano caballero de unos sesenta años, de porte militar, con barba y bigote ligeramente matizados de gris, nos recibió en persona a la entrada y tomándome cordialmente de la mano nos condujo a sus habitaciones.

Después de algún tiempo de placentera conversación, García se levantó y, diciéndome que nos volveríamos a ver, se despidió, dejándome solo con M. Durant. Di entonces a éste la carta de mi padre según sus instrucciones. Al abrir M. Durant la carta, una mirada casual me hizo ver que estaba escrita en cifra.

M. Durant leyó la carta en silencio; luego, volviéndose a mí me miró con sus negros y penetrantes ojos, durante unos segundos, como tratando de leer mis pensamientos más íntimos. Por fin, evidentemente satisfecho de su inspección, con gran bondad me dijo que sería su huésped por algún tiempo, y que, como sin duda estaba cansado, me acompañaría a mi habitación. Ésta estaba en el segundo piso, era hermosa y cómoda, con ventanas sobre los jardines. M. Durant me recomendó que descansara y arreglara mi toilet y que me considerara como en

mi propia casa. Me anunció que dentro de una hora, me llamaría para tomar el té con Mme. Durant y su hija Camila.

Transcurrida la hora, M. Durant volvió y me condujo al salón familiar, donde fui presentado a Mme. Durant y a Camila. La señora era de estatura media, bien formada, de rostro maternal muy simpático, de ojos y cabellos negros, de modales muy agradables y de gran bondad. Camila era trigueña, de gran dignidad, de frente ancha y brillantes ojos, que me dieron la bienvenida al estrechar mi mano y sentarse a mi lado. Los agradables modales de aquella familia hicieron que muy pronto me sintiera como en mi propio hogar; como uno de la familia.

El refrigerio fue muy liviano; consistió de frutas y nueces; Mme. Durant me dijo a manera de explicación, que la regla en aquella casa era tener sólo dos comidas regulares en el día y un ligero refrigerio como cena.

Les aseguré que ello no estaba en contra de mis costumbres; pues desde la infancia había sido criado con dieta estrictamente budista, de dos comidas por día y sin carne. Después de media hora de conversación, Camila y yo nos habíamos hecho grandes amigos y, con el sonriente consentimiento de sus padres, iniciamos una recorrida por toda la mansión.

Evidentemente, la educación de Camila no había sido descuidada; pues en nuestra recorrida por los ricamente amueblados salones, habló con facilidad y profundo conocimiento de arte, de ciencia y de filosofía. Su mente parecía fluir como por instinto, por los mismos cauces de la mía; nuestro modo de sentir era casi igual sobre todos los temas de nuestra agradable conversación. Siempre resulta placentero conversar con quienes piensan en armonía con nosotros. Durante casi una hora nos detuvimos en la magnífica galería de arte, sin que pronunciáramos una sola palabra frívola o tonta. Al separarnos por

la noche, convinimos dar un paseo en carruaje por la ciudad, al día siguiente.

Al otro día por la mañana, M. Durant se reunió conmigo en el salón, diciéndome que quería hablarme antes de mi paseo con Camila. Después del desayuno, me llevó a su despacho. Una vez cerrada la puerta, me invitó a sentarme frente a él ante la mesa del centro. Luego, apoyando sus manos sobre la mesa mirándome fijamente dijo:

“Alfonso Colono, tu padre me informa, en esta carta, que deseas ingresar en ciertas escuelas secretas, existentes en París; además garantiza que posees el conocimiento y la preparación preliminares. Ahora bien, ¿deseas realmente ingresar en esas escuelas? Y si es así, ¿cuáles motivos te lo hacen desear?”

“M. Durant”, contesté, “desde niño me ha gustado saber; poseer conocimiento es ahora la ambición de mi vida. La información, que el mundo externo puede darme, no satisface; nada me puede decir con respecto a la naturaleza real de las cosas; tal conocimiento se compone de una masa de hechos y fenómenos no explicados. Pero según las enseñanzas, que he recibido de mi padre, hay en el mundo quienes poseen conocimientos no confinados en tan estrechos límites; éstos me ayudarán a obtener el verdadero conocimiento; a éstos es a quienes busco.”

“¿Te das cuenta de la grave naturaleza del verdadero conocimiento? ¿Conoces los requisitos necesarios para poseerlo? ¿Te das cuenta de las enormes responsabilidades y deberes que ello implica?”

“Todo eso lo conozco, hasta cierto punto, y estoy dispuesto a hacerles frente y a asumir tales deberes y responsabilidades.”

“Hablas bravamente y con confianza; pero me temo que no lo sabes todo. No obstante, creo que tus motivos son puros y trataré de encontrar a alguien, asociado con

esa escuela, y le daré a conocer tus deseos. Entretanto, nada tienes que decir a Camila sobre este asunto; además, has de comprometerte a guardar silencio. ¿Oigo tu promesa?"

"Sí, usted la tiene", contesté.

"Ahora con respecto a tus conocimientos. Tu padre dice que estás avanzado en medicina, arte y leyes; esto es bueno, porque son requisitos indispensables para una vida activa por la humanidad. Dice, además, que no posees todavía los títulos superficiales y de forma, que el mundo considera esenciales. De consiguiente, te aconsejo que ingreses en las Escuelas e Institutos exotéricos y obtengas los diplomas en las mencionadas tres profesiones. Tus conocimientos te permitirán hacer los tres estudios simultáneamente. Aunque no te darán el conocimiento verdadero, te pueden enseñar mucho que será de beneficio para el mundo. En arte, te pueden enseñar destreza de la mano; en leyes, diplomacia y formas; en medicina, te pueden enseñar cirugía y desarrollar confianza en ti mismo.

"Además, trabarás relaciones, adquirirás influencia y, si eres aceptado como candidato a las escuelas secretas, estarás preparado para entrar sin demora; pues los requisitos mencionados son indispensables para todos los que ingresan. Pero, guarda silencio sobre lo hablado. Ahora puedes ir a dar tu paseo."

Al salir del despacho de M. Durant, pasé al salón donde encontré a Camila; con la cual dimos un agradable paseo por la ciudad. Como en la velada anterior, Camila demostró cuán placentera y entretenida era su conversación. Al volver a casa, nuestra amistad estaba firmemente establecida.

Así pasó el tiempo. Camila y yo estábamos casi siempre juntos. Ella era estudiante de la Escuela de Bellas Artes, en la que por indicación de ella y por consejo de

esa escuela, y le daré a conocer tus deseos. Entretanto, nada tienes que decir a Camila sobre este asunto; además, has de comprometerte a guardar silencio. ¿Oigo tu promesa?"

"Sí, usted la tiene", contesté.

"Ahora con respecto a tus conocimientos. Tu padre dice que estás avanzado en medicina, arte y leyes; esto es bueno, porque son requisitos indispensables para una vida activa por la humanidad. Dice, además, que no posees todavía los títulos superficiales y de forma, que el mundo considera esenciales. De consiguiente, te aconsejo que ingreses en las Escuelas e Institutos exotéricos y obtengas los diplomas en las mencionadas tres profesiones. Tus conocimientos te permitirán hacer los tres estudios simultáneamente. Aunque no te darán el conocimiento verdadero, te pueden enseñar mucho que será de beneficio para el mundo. En arte, te pueden enseñar destreza de la mano; en leyes, diplomacia y formas; en medicina, te pueden enseñar cirugía y desarrollar confianza en ti mismo.

"Además, trabarás relaciones, adquirirás influencia y, si eres aceptado como candidato a las escuelas secretas, estarás preparado para entrar sin demora; pues los requisitos mencionados son indispensables para todos los que ingresan. Pero, guarda silencio sobre lo hablado. Ahora puedes ir a dar tu paseo."

Al salir del despacho de M. Durant, pasé al salón donde encontré a Camila; con la cual dimos un agradable paseo por la ciudad. Como en la velada anterior, Camila demostró cuán placentera y entretenida era su conversación. Al volver a casa, nuestra amistad estaba firmemente establecida.

Así pasó el tiempo. Camila y yo estábamos casi siempre juntos. Ella era estudiante de la Escuela de Bellas Artes, en la que por indicación de ella y por consejo de

dediqué a trabajar y concentré mis energías en mis estudios; ello sin desatender la vida social; pues la nota clave de las enseñanzas de mi padre era concentración. Había cultivado este poder a tal grado que, en mi estudio era todo estudiante, y en otras cosas estaba siempre en armonía con cuanto me rodeaba.

En las cartas de mi padre, nunca hubo una palabra concerniente a mi madre y a mi hermana; no obstante, sus consideraciones al respecto antes de separarnos, yo había llegado a la conclusión de que habían perecido en aquella tormenta fatal. Sin embargo, esta conclusión tuvo muy pronto una sorprendente contradicción.

Era la noche del cinco de septiembre, un año después de mi llegada a la mansión de los Durant. Camila y yo ocupábamos un palco del Teatro de la Opera, en donde debía cantar aquella noche Mme. Vivani. El teatro estaba lleno casi completamente y la expectativa era grande, habiendo acudido al teatro lo mejor de París. Había llegado la hora de dar comienzo a la función, cuando apareció el Administrador del teatro y, después de una inclinación, se dirigió al público diciendo:

“Señoras y Caballeros: es con un sentimiento mezcla de tristeza y de placer que tengo que anunciar que Mme. Vivani ha contraído un fuerte resfrío y no podrá cantar esta noche.” Se produjo un murmullo de disgusto, que recorrió toda la sala; pero el Administrador continuó:

“Pero tengo el placer de anunciar que otra artista cantará en su lugar, la cual, aunque desconocida para el teatro, se la puede considerar como del mismo rango de las mejor conocidas y estoy seguro que no defraudará vuestras esperanzas. Tengo el placer, señoras y caballeros, de presentar a Mme. Nina, la desconocida reina del canto”.

Al hablar así, apareció en el escenario una hermosa y sublime mujer, envuelta de una túnica griega del blanco más puro.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo; mis pier-

nas temblaron; un grito reprimido salió de mis labios; me incliné hacia adelante con mirada de sorpresa. Camila confundida por mis acciones, poniendo su mano en mi hombro me preguntó qué me pasaba. Pronuncié sólo una palabra: “¡Madre!” Efectivamente, allá en el escenario, en toda su regia belleza, su ancha y blanca frente y sus ojos oscuros y brillantes, más bellos ahora que nunca, estaba mi madre. ¡Mi madre o su imagen viviente!

Como si la intensidad de mi mirada la atrajera, ella se volvió y sus ojos encontraron a los míos. Una palidez momentánea cubrió su rostro, y entrelazó sus manos; luego, por un supremo esfuerzo de voluntad, volvió sus ojos al auditorio.

Inició su canto. Sí; era la misma voz que yo había oído tantas veces; pero más dulce que nunca. Con maravilloso poder su voz ascendía y descendía con celestial armonía; cada nota cargada con el poder de un corazón virginal. Al hechizo de aquella voz subyugante mi agitación cesó; para volver al sonar las últimas notas y al estallar el clamoroso aplauso de la sala.

“¡Oh, Camila!”, exclamé, al bajarse el telón “es mi madre por largo tiempo perdida; a la que he creído muerta todos estos años. No puedo estar equivocado. Tengo que verla.”

“Alfonso, ¿qué te pasa? Tu madre murió hace ocho años. Es sólo un parecido; cálmate.”

De nuevo apareció en escena; como si me conociera, sus ojos encontraron de nuevo a los míos en bondadosa y amorosa mirada. No me engañaba. Como resonando en mis oídos escuché estas palabras: “Ten calma, hijo mío; sé valiente y cumple con tu deber; todo va bien”.

“Camila, ¿has oído eso?”, pregunté.

“¡No, nada he oído!”

De nuevo la voz de la cantante se elevó. La dulzura del canto embargó al auditorio y se extendió por toda la sala un gran silencio difícil de describir, al punto que,

al cesar el canto, transcurrieron unos segundos antes de que estallara un aplauso ensordecedor. La emoción embargaba a todos y lágrimas de emoción, no de dolor, aparecieron en muchos ojos.

“Camila”, dije, “es mi madre. Tengo que hablarla; tengo que verla. Vamos a la puerta del escenario.”

“No sé que te pasa”, Camila replicó, “pero marcha adelante, yo te sigo.”

Rápidamente llegamos a la puerta del escenario, abriéndonos paso entre la multitud; pero al abrir la puerta y entrar, se nos enfrentó una figura cubierta por una capa.

“¡Alvarez!” exclamé; pues no había olvidado sus facciones.

“Alfonso Colono”, replicó el adepto, “aléjate y cumple con tu deber; una vez lo hayas cumplido, podrás reunirte con tu madre. ¡Todo va bien; vete!”

“Entonces, es mi madre.”

“Ella lo es o lo fue; ahora te espera en la Fraternidad; donde únicamente puedes encontrarla. ¡Aléjate!”

Como no podía desobedecer, me alejé y llamando a un coche subimos con Camila y volvimos a casa; yo sumamente agitado y excitado.

CAPÍTULO V

MÁS MISTERIO

Aquella noche mi agitación era tal que no podía conciliar el sueño; vanamente, me esforcé en dominar mi inquieta y divagante mente, sin conseguirlo.

¡Qué misterio me rodeaba! ¡Mi madre viva! ¿qué había sido de Esmeralda? Y este hombre misterioso, Alvarez. Ella me espera en la Fraternidad. ¿Qué quiere decir todo esto? Doce campanadas señalaron el principio de otro día. Dieron la una, las dos, las tres y todavía me revolvía en la cama y mi mente siempre vagando, fuera de control. Dieron las cuatro; por fin caí en un sueño agitado y, como para profundizar el misterio que me rodeaba, volví a soñar, como ocho años antes, que me encontraba en los claustros de un monasterio entre montañas; pero esta vez el iniciado era mi padre, conducido ante la figura radiante, por monjes revestidos de azul índigo. Como ocho años antes; una nube envolvió la escena y no pude conocer el final de la ceremonia; después quedé sumergido en profundo sueño.

Desperté algo descansado, pero agitado todavía. Me sentía como ardiendo en energía interior.

“Ella me espera en la Fraternidad; allí la encontraré”; me dije con una determinación que me hizo apretar los dientes. ¿Cuál era el significado de aquel sueño? ¿Tiene algo que ver este misterioso adepto en todo esto? El estaba presente cuando tuve el sueño por primera vez. Así continué mi soliloquio.

Durante un año esperé pacientemente en silencio, sin saber nada sobre mi solicitud. M. Durant nada me decía; si alguna vez le preguntaba su contestación era invariablemente: "Todo llega a quienes saben esperar".

Pero ya había esperado bastante. Había ganado diplomas de primera clase en leyes y medicina y quería saber la razón de tener que esperar más.

En mis paseos arriba y abajo de la habitación, mi inquietud aumentaba por grados. Algo parecía decirme: "Tienes razón; tienes razón. ¡Sigue; sigue!" Con estos pensamientos bajé al desayuno, resuelto a tener una entrevista con M. Durant, una vez terminado.

Por una especie de tácito consentimiento nada se dijo de las ocurrencias de la noche anterior. Camila me felicitó por las excelentes notas que había obtenido en mis estudios. Después del desayuno y antes de que yo pidiera la entrevista, M. Durant dijo que deseaba verme en su despacho. Fuimos allí y, al entrar cerró la puerta, como era su costumbre, y me indicó un asiento frente a él. Luego, sin una palabra, me tendió dos cartas, escrutando todo el tiempo mi rostro.

Ambas cartas procedían de la Ciudad de México; una de ellas era de letra de mi padre; la otra no la reconocí. Como no era corriente para mí recibir cartas de extraños de México, abrí primero la última. Contenía un recorte de periódico, un Certificado de depósito bancario y una carta que decía:

Ciudad de México, México,
15 de agosto de 18..

"Sr. Alfonso Colono,

"Muy Sr. nuestro:

"Su padre, Fernando Colono, como verá usted por el recorte adjunto, ha desaparecido misteriosamente. Dónde ha ido o qué le ha ocurrido nadie lo sabe. El día antes de su desaparición vendió sus propiedades al contado y depositó el producto con todos sus otros valores, todo

lo cual alcanza el monto de 500.000 francos, en nuestro Banco, pidiéndonos que lo transfiramos al Banco de Francia al crédito de usted.

"En cumplimiento de tal pedido, acompañamos a la presente un Certificado de depósito por dicha cantidad. Confiando que todo lo encontrará conforme, y que su padre volverá pronto, solicitamos sus negocios en esta parte del mundo para el futuro."

"Respetuosamente,

"Carlos Sandol y Cía.

Banqueros"

Nerviosamente tomé el recorte y lo leí. En él se daba cuenta de la misteriosa desaparición de mi padre, a quien todo el mundo conocía y respetaba, sin causa aparente y sin haber dejado nada escrito, ni palabra de explicación. La última vez que se le vio fue en el Hotel Iturbide, acompañado de un extranjero alto que llevaba una capa.

"El misterio se ahonda", murmuré entre dientes, mientras con gran esfuerzo, contenía mis sentimientos.

Pasé la carta y el recorte, por encima de la mesa, a M. Durant; mientras él los leía, abrí la carta de mi padre. Ella decía así:

"Mi querido hijo y hermano Alfonso:

"Por fin, después de años de espera, se me ha dado la oportunidad de ir adelante. Hace ocho años, tu madre pasó; pero yo, a causa de ciertas debilidades, fracasé. Ahora es mi privilegio reunirme con ella en las filas más elevadas. Nunca nos reuniremos de nuevo en este mundo, si no es en la Fraternidad, la cual, en el grado al que paso, no es de este mundo. Cuando recibas ésta, estaré con tu madre y muy lejos."

Di un salto; no pude contenerme por más tiempo. "¿Qué quiere decir esto? grité. "Unirse a mi madre, a quien yo vi anoche en París, y sin embargo, dice muy

lejos. No lo comprendo”, exclamé apretándome las sienes.

“Sigue leyendo”, dijo M. Durant, fríamente, “la distancia no es cuestión de kilómetros. El prisionero en su celda está lejos de las flores del jardín que rodea su prisión. Lo que parece más lejano es, en realidad, lo que está más cerca.”

Sorprendido al ver a M. Durant tan frío y falto de simpatía, en contraste con su modo de ser usual, tomé la carta y seguí leyendo:

“Recuerda las enseñanzas de tu juventud, y trabaja con todas tus energías por la vida superior. Recuerda cuán poco satisfactorias y engañosas son las cosas terrenas, y busca sólo lo eterno.

“Hijo mío, veo nubes oscuras cerniéndose a tu alrededor; pero es necesario que así sea. Porque si has de unirte a las almas que aman, has de pasar las pruebas, pues sólo así se adquiere fortaleza.

“Vendrá el tiempo, que ya está cerca, en que la incertidumbre te envolverá como las sombras de la noche y las dudas y temores mortificarán a tu alma. Entonces, ten paciencia y confía en el guía que nunca falla cuando los motivos son puros. Ese guía es tu Ser espiritual. .

“Cuando todos te abandonen, y no sepas en quien confiar, entra en ti mismo. Ayuna, busca la soledad, medita; entonces, si tu alma es pura, la luz vendrá con toda seguridad.

“Confía en quienes te han de conducir a la Fraternidad; no muestres temor; no sufras demoras y nos reuniremos de nuevo, como Hermanos del Grupo Universal, cuyos miembros viven en lo Eterno.

“Adiós, hijo y hermano mío; aunque lejos, nuestro amor y el de los Maestros te acompaña. ¡Adiós!

Tu padre y hermano

Fernando Colono”

Al terminar de leer la carta, todos los tiernos recuerdos de mis padres vinieron a mí; las lágrimas velaron mis ojos y un profundo suspiro brotó de mis labios.

Pero nunca había visto antes tan frío a M. Durant; aparecía cruelmente falto de simpatía y severo.

“Domínate”, dijo, “los sabios dominan sus sentimientos.”

Lo miré con expresión de reproche; pero sus penetrantes ojos no parpadearon. Una vez hubo leído la carta, habló así:

“Alfonso Colono, hijo de Fernando Colono, alto iniciado; si quieres seguir los pasos de tus muy exaltados padres, has de dominar y controlar tus sentimientos. Porque, por cruel que te parezca, en la Fraternidad, en la cual buscas ser admitido, gozo y tristeza, placer y dolor, felicidad y desgracia, son uno. ¿Dónde está tu fortaleza?”

Habló con una frialdad que yo no le conocía y su tono me exasperaba. Con todo, me mordí la lengua y con los dientes apretados contesté: “¡Soy fuerte; me he dominado!”

Creí ver en sus ojos algo así como un chispazo de satisfacción; pero su rostro se mantuvo impassible como una esfinge. Entonces, sacándola de un bolsillo interior me pasó otra carta.

“Ahí tienes”, me dijo, “no la abras hasta que estés en tu habitación. Hice lo que me pediste y he hecho presentar tu solicitud. Esa es, con toda probabilidad, la respuesta. Lo que contiene yo no lo sé; pero sea mucho o poco, te exijo ahora el secreto más inviolable sobre el contenido y sobre todo lo que en adelante sepas relacionado con la Fraternidad.”

“Lo prometo”, repliqué, levantando la mano como para jurar.

“Muy bien”, contestó M. Durant, “toma esto como memorándum; si eres aceptado, querrán saber el día y

la hora de tu nacimiento. Tus padres, que conocían las grandes verdades de la astrología esotérica, conservan este dato es un registro llevado a propósito y de allí lo he tomado.”

Me dio una hoja de papel en la que había escrito: “5 de junio, a las 7.45 horas, 18...., Leo”.

“Ahora puedes irte; guarda el secreto y considérate libre para actuar, sin tener que darnos explicaciones de especie alguna.”

CAPÍTULO VI

LA MUJER EN NEGRO

Las maneras de M. Durant habían servido para calmar algo mi agitación. Al llegar a mi cuarto, saqué del bolsillo, sin más demora, la carta cerrada.

El sobre era de hilo, que no se podía rasgar, mientras que la porción pegada del respaldo estaba cubierta por un sello de lacre, estampado con caracteres místicos, compuestos de dos triángulos entrelazados, la Tau egipcia en el centro, y una serpiente alrededor con una swástica caldea en la conjunción de la boca y la cola.

Rompiendo el sello extraje una nota, escrita por mano de mujer, que decía:

“Señor, la solicitud de usted ha sido informada favorablemente. Mi coche irá a buscarle esta tarde. Si desea avanzar, tómelo sin hacer preguntas y traiga esta nota con usted.

Madame Petrovna.”

La firma estaba escrita de manera peculiar y cubierta por una estrella de cinco puntas perforada, como para impedir que fuera alterada; además el papel era tan delgado y delicado, que no admitía borraduras de especie alguna.

“Por fin ha llegado mi oportunidad”, murmuré. “Ha de haber crisis en la vida de los hombres; en las últimas veinticuatro horas, he encontrado a mi madre, por largo

tiempo perdida, he perdido a mi padre y he recibido noticias de la misteriosa Fraternidad que parece llamada a regir mi vida.”

Volví a abrir la carta de mi padre; entonces, por primera vez, atrajo mi atención el triángulo que seguía a la firma. Su color no era igual al del resto del escrito. Me acerqué a la ventana y lo froté con los dedos, mirándolo de cerca. Parecía de una substancia a base de carbón, formado o grabado en el papel; pero no podía borrarlo frotándolo. Mientras lo miraba, preguntándome si no sería un signo precipitado, en el colmo de mi asombro, empezó a desvanecerse, hasta desaparecer completamente.

“¡Mi Dios! ¿Soy víctima de la magia?” exclamé. “¿Estoy rodeado de poderes invisibles? ¿Son ellos buenos o malignos?” Entonces vino a mi memoria algo que había leído en un libro de ocultismo; o sea, que el hombre está rodeado de poderes e influencias que corresponden a los pensamientos en su mente.

“Mis pensamientos son puros; mis motivos son todos altruistas”, dije. Entonces pareció como si una voz interior dijera: “Siendo así nada tienes que temer; nada que temer; nada que temer”.

Guardé las cartas cuidadosamente en el bolsillo y bajé al jardín para gozar de un paseo matinal, lleno todo el tiempo, de ansiosa expectativa por lo que iba a ocurrir aquella tarde. Hacía poco que paseaba, cuando Camila, al verme, bajó también y, riendo, me dijo que pensaba demasiado, invitándome que la acompañara en un paseo en coche.

Creando que un poco de distracción me haría bien y me ayudaría a prepararme para las pruebas que me imaginaba, acepté la invitación, y muy poco después volábamos por los boulevares de la gran ciudad del arte, gozando del aire fresco de la mañana.

Una hora más tarde, habiendo paseado hasta que los caballos mostraron un poco de cansancio, nos detuvimos en el Louvre. Al entrar en la galería de pinturas, atrajo nuestra atención una gran multitud agrupada ante un cuadro que, aparentemente, había sido puesto en exhibición hacía poco.

Al acercarnos, un hombre alto, de apariencia oriental, con un turbante anaranjado en su cabeza, se desprendió de la multitud y, al pasar, le oímos murmurar estas palabras: "Peligroso; las verdades sagradas no deben ser reveladas de esa manera; es un atrevimiento".

Al fijarnos en el cuadro, el cual era de dimensiones excepcionales, lo primero que atrajo mi atención fue que predominaban los símbolos místicos. Tenía por título "La Aurora" y estaba firmado por una combinación de estrellas de cinco y de seis puntas. Sujetos en el centro por una estrella dorada de cinco puntas, colgaban dos magníficos cortinajes rojos, que se abrían a derecha e izquierda. El de la derecha estaba sostenido por la figura de un joven, bello como Apolo. Sostenía el cortinaje con la mano izquierda y en la derecha tenía una varilla dorada en forma de caduceo alado y, en la frente, el signo dorado de Mercurio.

La figura de la izquierda era una mujer; una Venus en toda su belleza. El signo de esta diosa brillaba en su frente, y el globo alado, de azul celeste, que descansaba en su mano, parecía tener vida.

La parte inferior del cuadro era negra, se desprendían vapores de humo sofocante, en que huestes de horribles criaturas se cernían sobre tres grupos que representaban la guerra, la peste y el hambre. La parte superior era toda luz dorada, ricos campos y bellas ciudades animadas por gentes felices, gozosas, como en una fiesta, cuya multitud se extendía hasta las montañas azules con picos nevados, que formaban el horizonte. Bajo esta luz dorada y ocupando el centro del cuadro, había cinco figuras en

las que reconocí a los cinco grandes Instructores del mundo; Zoroastro, Confucio, Buda, Cristo y Mahoma.

En el centro, sentado en un loto, estaba el Buda como en meditación; a la derecha, Cristo en actitud de coronar al sabio con una corona de flores de loto; a la izquierda Mahoma pisando una espada rota y su rostro árabe sonriendo con amor, e inclinado como para coronar a Cristo.

Zoroastro y Confucio, uno a la derecha y el otro a la izquierda, contemplaban la escena sonriendo y, con rollos de pergamino, que representaban la ley, señalaban los campos de felicidad a lo lejos. Sobre estas cinco figuras, había una central, que era la maravilla del conjunto. No comprendía yo su significado; pero, no obstante mi ignorancia, tuvo el poder de despertar en mi alma extraños sentimientos. Era una esfera ovalada y vaporosa, que parecía animada con movimiento, y pintada en un color sagrado. Dentro de esta esfera había una estrella de cinco puntas, brillando y radiante con una luz dorada.

De pronto, oímos voces de personas que se acercaban. Eran el oriental, el director del museo y cuatro caballeros de porte distinguido.

“Sí”, decía el oriental al director, “este cuadro ha de ser cubierto en seguida; será retirado esta tarde. Procure, Señor, que se haga sin demora.” El director se retiró, mientras los recién venidos quedaron conversando en voz baja. Momentos después, el director volvió, acompañado de varios ayudante, que traían una gran tela con la que cubrieron el magnífico cuadro.

Mientras se alejaban, oí que uno de los caballeros decía al oriental:

“En efecto, ha sido una gran indiscreción de parte de Zerol, el exponer el cuadro aquí. Una persona con un conocimiento nada más que fragmentario, en una hora de estudio puede aprender lo suficiente para volverse peli-

groso. En adelante tendremos que inspeccionar tales producciones”.

Camila y yo, que sabíamos algo, pudimos apreciar la obra; pero no podíamos comprender la acción de aquellos hombres, al hacerla cubrir. Al abandonar la galería, Camila me dijo que, quien había hablado era el General Careau, Secretario de Guerra, y sus compañeros eran altos funcionarios del gobierno. Quién era el oriental, ella no lo sabía; pero, por las palabras que le oímos al entrar, dedujimos que tenía influencia, y era el causante de que el cuadro fuera cubierto y retirado.

Por mi estudio de los símbolos y por las recientes experiencias podía proyectar alguna luz sobre el asunto; pero recordé mis promesas y guardé silencio.

Como ya era mediodía, volvimos a casa. La nota sólo decía que me vendrían a buscar a la tarde; pero no decía la hora; de manera que creí mejor estar preparado; por lo que inmediatamente, después del almuerzo, me retiré a mi habitación. Mientras esperaba, mis pensamientos volvieron a la galería de cuadros. Evidentemente, el pintor era un místico; los símbolos empleados así lo indicaban. Pero, ¿quién era Zerol? Nunca había oído tal nombre, no obstante que, en el último año, traté de conocer a todos los pintores y artistas de algún renombre en la ciudad. ¿Estarían los poderes del gobierno asociados con esta organización secreta? Así continuaron mis pensamientos ocupados en los misterios que me rodeaban. Cerca de las cuatro de la tarde uno de los criados me trajo una tarjeta con las iniciales “M. P.” y me dijo que quien la enviaba me esperaba en un coche, frente a la casa.

Al salir por el portal, el cochero abrió la portezuela del coche y, al entrar, una mujer se movió para dejarme un asiento libre a su lado. Iba vestida de negro, con el rostro cubierto por un tupido velo del mismo color; pero al moverse el coche dejó ver unas bellas y blancas manos

que me indicaron que debía ser joven. Al mismo tiempo, me invadió un sentimiento indescriptible de serenidad y calma.

“¿Está el caballero descontento de los conocimientos que imparten los institutos y universidades, que busca a Madame Petrovna?”, preguntó una voz dulce y musical, que causó una sensación placentera en todo mi ser.

“Así es, Señora”, contesté; pues deduje que era Madame misma a quien hablaba, “los conocimientos de esas instituciones están muy bien en su lugar, en cuanto se limitan a los hechos tal como son, sin mayores explicaciones; pero esos conocimientos son sólo superficiales y no satisfacen a la mente que busca conocer la verdadera naturaleza de las cosas en sí mismas”.

“¡Oh! La mente del Señor es de tendencia filosófica, ¿no es así?” preguntó aquella voz, haciéndome sentir la misma sensación placentera de antes.

“En efecto, desde mi infancia, Señorita”, repliqué, cambiando la manera de dirigirme a ella, en la esperanza de descubrir algún indicio sobre su identidad, “me han enseñado a mirar todas las cosas desde un punto de vista filosófico”.

“Ha sido una fortuna para usted, caballero, que hayáis tenido tales maestros; muy pocos tienen ese privilegio en estos tiempos.”

De manera que no se me dio indicio alguno sobre la identidad de mi interlocutora, en todo el tiempo que duró la conversación y el carruaje rodaba rápidamente.

No obstante, a cada palabra pronunciada por mi desconocida compañera, yo experimentaba un estremecimiento placentero que, jamás, había sentido antes y absorbía cada palabra musical como una bebida deliciosa. Tan absorbido estaba yo que no me dí cuenta del camino que seguíamos. En un momento, en que ella miraba la

palma de su bella y blanca mano, aproveché la oportunidad para preguntar:

“¿Cree la Señorita en la quiromancia?”

Ella cerró su mano prontamente y volviéndose a mí, replicó:

“¿Acaso no es la palma de la mano, si está protegida, una de las partes más sensitivas del cuerpo, y no dicen las Escrituras que la mano está toda envuelta en luz? permítame el caballero ver su mano.”

Tendí la mano abierta y ella la tomó gentilmente. ¡Oh! ¿qué significa este intenso gozo que penetra en mi corazón, al contacto de su mano? No sé si me equivoqué; pero, aunque no podía ver su rostro tras el tupido velo, me pareció notar un ligero estremecimiento en su forma y temblor en su voz, al decir:

“El caballero nunca ha amado; es decir”, añadió prontamente, “en esta vida”.

“¿Y cree la Señorita en vidas pasadas?” pregunté. Pero ella, sin contestar, agregó:

“Pero las líneas y montes indican, caballero, que cuando usted ame, amará profundamente; y que encontrará a su compañera al cumplir los veintidós años o muy cerca de esa edad. ¿Puedo preguntarle su edad, caballero?”

“Tengo veintiún años”, contesté con calor poco usual en mí; un secreto sentimiento me hizo desear que lo dicho por ella fuera verdad. En ese momento, el carruaje se detuvo y, al dejar ella mi mano, miré afuera.

Nos encontrábamos ante un portal de granito, que marcaba la entrada de un palacio, situado en medio de un gran jardín, rodeado de una verja de hierro con pilares de granito.

Mirando arriba, atrajo mi atención el grupo que coronaba el portal. Un gran tigre de bronce, verdadera representación del poder humillado, aparecía encadenado por un cupido alado de pie en un huevo de oro. Quien-

quiera sean los dueños, pensé, entienden el secreto del arte. Es evidente que el grupo tiene un significado y un valor mayor que la mera habilidad de su ejecución.

Mi compañera notó mi admiración y, mientras se abría el portal, como por un mecanismo secreto, y lo traspusimos, dijo:

“Veo que tiene ojo de artista; ¿entiende usted el significado?”

“Puedo equivocarme; ¿quiere usted explicármelo?” contesté.

“El grupo con el huevo, en su totalidad, abarca mucho; pero para explicarlo brevemente, diré que el tigre simboliza la naturaleza animal del hombre; la bestia subyugada y encadenada por el amor, el cual, según los místicos, surge de un huevo de oro.”

En su contestación puso una ternura que me llegó al alma, y, por primera vez en mi vida, sentí el sacudimiento de un amor que acababa de nacer.

“Un bello pensamiento”; contesté, “si hemos de juzgar a las personas por su arte, los que aquí viven deben ser puros y buenos”.

“Lo son realmente”, replicó ella.

El coche siguió el camino enarenado a través del bien cuidado jardín. El césped, alternando con flores y árboles, reflejaba los rayos del sol de la tarde, en toda su belleza natural.

Realmente, pensé, si esta es la manera que voy a ser iniciado, es muy diferente de lo que me había imaginado. Me había representado terribles ordalías y pruebas; en cambio, me recibía una mujer, que, a pesar de no haber visto su rostro, yo sabía que era hermosa, y todo me parecía brillante y gozoso. Luego, pensé que, quizás, ésto era la calma que precede a la tormenta. Con esta idea, me preparé para lo que viniera. Mi compañera guardó silencio mientras nos acercábamos al palacio. Éste era de estilo clásico y de mármol. Al llegar a la escalinata,

frente a un pórtico corintio, el cochero abrió la portezuela y, cortésmente, ayudé a mi compañera a descender. Ella se adelantó y entramos en un hall que era una obra maestra de arte. De sus paredes pendían magníficos cuadros y las pilastras corintias estaban pulimentadas como espejos.

Sin pronunciar palabra, llegamos a un gran salón, situado a la derecha; luego diciéndome que volvería dentro de unos momentos, me dejó. Apenas había tenido tiempo de examinar cuanto me rodeaba, cuando ella volvió y me indicó que la siguiera. Avanzamos por el hall, ascendimos por una escalera de mármol, y llegamos a una puerta, que ella abrió sin llamar, y que volvió a cerrar después de entrar yo a su indicación. Me encontré en una sala pintada toda ella de azul claro. Ante una mesa cubierta de tela de seda azul y llena de símbolos místicos estaba sentada una mujer gruesa de unos sesenta años. Su rostro era ancho, y las arrugas la hacían aparecer, a primera vista, vulgar; pero, como pronto pude darme cuenta, era capaz de cambiar de expresión casi instantáneamente. Los ojos eran la característica dominante de aquella mujer; parecían leer hasta el fondo del alma. Al entrar, me señaló un asiento y, sin pronunciar una palabra, clavó sus ojos azules-acero en mí y los mantuvo durante un minuto, cuando me dijo:

“¿Trae usted una nota?”

“Sí, Señora”, contesté.

“Bien joven, ¿para qué viene usted aquí?”

Pensé que su tono y manera de hablar eran algo bruscos; pero contesté:

“Trato de ser admitido en la Fraternidad.”

“¿Cuáles son sus motivos?” preguntó sin dejar de mirarme fijamente.

“Deseo conocimiento. La aspiración y objetivo de mi vida es adquirirlo.”

“¿Para qué quiere usted este conocimiento? ¿Es para fines personales o propósitos egoístas?”

“Ningún propósito egoísta me impulsa”, contesté. “Es un deseo innato en mí. Desde mi infancia he anhelado conocer el verdadero significado de las cosas; y el misterio de la vida ha ejercido en mi mente una irresistible fascinación.”

“Y usted cree que existe una Fraternidad, que le puede ayudar a adquirir ese conocimiento; ¿no es así?”

“Yo sé que hay quienes saben más que el mundo externo, sobre la naturaleza esencial de las cosas.”

“¿Dónde adquirió usted tal conocimiento?” preguntó ella abruptamente.

“¡Mis padres me lo han enseñado siempre!”, contesté.

“¡Oh! ¿Es ese todo el fundamento de su afirmación?”

“Siendo mis padres miembros de esta Fraternidad, no me iban a engañar; además, algo en mi interior me dice que esta Fraternidad existe, y que, entre sus miembros, hay hombres y mujeres exaltados que poseen maravillosos conocimientos, poderes y sabiduría divina.”

“¡Oh! Usted cree en una conciencia interna, ¿no es eso?”

Una dulzura momentánea mostró su rostro; creo que descubrí algo más en el tono de aquella mujer.

“Yo creo que el hombre es un templo de la divinidad, y que, en su interior hay poderes y posibilidades divinos.”

“El hombre no sólo es un templo de la divinidad; el hombre es la divinidad; el hombre perfecto es Dios”, replicó ella, con una vehemencia que no admitía contradicción.

Entonces, cambiando repentinamente el tema, preguntó:

“¿Qué piensa usted de la situación actual del mundo?”

Aunque yo había sido criado en medio de la riqueza y la aristocracia, por mis ideas, en opinión de los muy conservadores, era un extremista. En consecuencia contesté:

“La considero anormal, monstruosa y contraria a la intención divina. Un estado social en el que el altruismo y el trabajo son víctimas de la ambición y de la codicia, no puede escapar por largo tiempo de la justicia eterna, y su fin se acerca.”

Aquella extraña mujer, por el supremo poder de su voluntad, dominó sus facciones; pero yo pude ver, por el brillo de sus ojos, que había yo dado expresión a sus propios sentimientos.

“¿Y cómo terminará?”

“Eso depende de los hombres. Si el sentimiento moral se fortalece a tiempo, la lamentable condición actual cederá su lugar a algo superior; pero si este cambio moral se demora demasiado, como todas las civilizaciones del pasado, se hundirá en el caos de una terrible noche; entonces, de los fragmentos de lo que quede, en el transcurso de años y siglos, se reconstruirá de nuevo.”

La inquieta actividad que surge siempre en mí, en momentos de gran excitación, empecé a sentirla en mi interior. Apenas podía estar quieto en mi asiento y me movía inquieto de lado a lado.

“¿Y qué haría usted para ayudar a la humanidad a evitar tan terrible caída?”

“Señora, haría todo cuanto estuviera en mi poder; pero, ¿qué puedo yo hacer? No soy más que un hombre insignificante, y hay mucho que hacer.”

“Usted como hombre aislado y separado, poco puede hacer; pero como instrumento del Infinito, puede hacer mucho.”

Iba yo a replicar; pero ella, cambiando bruscamente la conversación preguntó:

“¿Tiene usted la fecha y hora exacta de su nacimiento?”

Recordando los datos que me había proporcionado M. Durant, contesté de acuerdo.

Sin manifestar sorpresa por la exactitud de mi conocimiento, en cuanto a la hora, la que rara vez se sabe, la anotó en una libreta. Luego, abrió un cajón, sacó una tarjeta, la que me entregó, diciendo:

“Preséntese en la dirección de esta tarjeta mañana por la mañana a las nueve; conserve esta tarjeta para presentarla y, sin informar a nadie, vaya solo. Ahora puede retirarse.”

Mi velada compañera me esperaba en el hall. Sin pronunciar palabra, me guió, por otro camino, al hall de abajo, donde me esperaba otra sorpresa. El hall lateral, por el que pasábamos, tenía sus paredes cubiertas de retratos al óleo de hombres y mujeres. Estaban representadas todas las nacionalidades; había hindúes, chinos, turcos, griegos, egipcios y de todas las nacionalidades modernas de Occidente. Al dar una rápida mirada a cada uno, al pasar, un grito salió de mis labios al caer mis ojos en los retratos, de tamaño natural, de mi padre y mi madre, colgados lado a lado. Retratos, no de la juventud, sino recientes. Mi compañera que se había adelantado, se detuvo; esperaba que me preguntara: pero guardó silencio y me indicó que siguiera. Seguimos hasta el pórtico de mármol y nos acercamos al coche, que esperaba todavía. El cochero abrió la portezuela y, para mi fortuna, mi compañera entró conmigo. No hablamos una palabra hasta pasar la arcada del portal. Entonces ella rompió el silencio y preguntó:

“¿A qué se debe el grito que dio usted en el hall? ¿Reconoció a alguien entre los retratos?”

“Nada menos que a mi padre y a mi madre”, con-

testé. “¡Oh!, Señorita, ¿cómo es que están allí? ¿Y tan naturales?”

“Todos los miembros de alto grado de la Fraternidad están allí. ¿Le gustaría que su retrato estuviera también?”

“Estará, si hay poder en el hombre para ponerlo allí.”

“El caballero no conoce el significado de sus palabras”, contestó la misma dulce voz, cuyas palabras me producían no menos gozo que antes.

“Mis padres llegaron; también puedo yo. Todos los hombres pueden conseguirlo con tal que quieran. Ellos confían que yo lo consiga y así será. Pero, ¿está el retrato de la Señorita allí?”

“¡Oh! ¿Cómo puede una pobre y débil mujer, como yo, llegar a ser tan grande? No sabe usted, caballero, que nadie que entretenga pensamiento de amor puede tener su retrato en aquella galería? ¿Entonces, cómo puede una mujer, nacida para el amor, alcanzar tal fin?”

Al oír ésto se anudó mi garganta; me pareció que sus palabras tenían un significado secreto; todo lo que pude hacer para respirar libremente fue replicar:

“Pero mi madre amaba y está allí.”

“Entonces tuvo que sacrificar ese amor.”

Volvieron a mi memoria, una vez más, las palabras de mis padres; de nuevo recordé la triste partida de mi madre en el desdichado vapor. Entonces se acumularon en mi mente todos los misterios de los últimos días. Estaba a punto de perder el dominio de mí mismo, cuando mi compañera, como si adivinara mis pensamientos, dijo:

“Hay tres grandes pasos, en el progreso del hombre, hacia la perfección, y éstos están todos compendiados en una expresión, o sea; dominio de sí mismo. Separadamente son: dominio del cuerpo; dominio de la mente, y dominio del corazón. Grande es quien domina al cuerpo; todavía más grande es quien domina a la mente;

pero el más grande de todos es quien domina al corazón.”

Muy verdad, pensé; cada una de sus palabras me enardecía. ¡Con que ansia deseaba ver el rostro tras de aquel negro velo! Me acordé de las palabras de mi padre acerca de lo simpático de mi corazón. Seguramente, me dije, ésta es mi oportunidad; le preguntaré cual es la doctrina al respecto.

“Señorita, hablando de amor, ¿cree usted en almas gemelas?”

Ella medio se volvió hacia mí y noté que su mano temblaba y su voz parecía emocionada al contestar:

“Sí, ciertamente.”

“¿Cuál es la enseñanza al respecto, Señorita? ¿Significa que todas las almas tienen su compañera y no otra?”

“No; esa será la idea popular de la doctrina; pero es errónea. La verdadera doctrina es que hay almas, no todas, que han llegado a unirse inseparablemente, a causa de una unión armónica en vidas pasadas. Estos casos son raros, pero existen.”

Iba a hacer otras preguntas; pero en eso el coche se detuvo frente a la mansión de los Durant. “¿Hemos llegado ya? ¡Cuán corto ha sido el paseo!” Observé cuando el cochero abrió la portezuela.

No sé si ella notaría mi deseo en mis ojos; pero, por fin, me tendió la mano en señal de despedida. No pude dominar el impulso y llevé aquella fina y blanca mano a mis labios.

“Adiós”, dijo ella, y cerró la portezuela mientras yo me dirigía mecánicamente a la mansión.

“Se ha ido”, dije. Comprendiendo la verdad de lo que me pasaba, murmuré: “Estoy enamorado y de una mujer a quien no conozco, y cuyo rostro ni siquiera he visto. No sé su nombre, ni si es casada o soltera, vieja o joven. ¡Mi Dios; que locura! Ella debe ser joven, su mano lo dice; pero las personas viejas tienen, a veces,

las manos jóvenes. ¡Y aquella voz y aquella mente! Bien, Colono, fuiste a ser crucificado y te has enamorado”.

Así preocupado, entré en la casa a tiempo para la cena. Camila y los Durant, siguiendo su costumbre, se abstuvieron de hacerme preguntas embarazosas. Después de una ligera cena, seguida de una placentera conversación, Camila y yo salimos a caminar un rato por el jardín.

Camila era una muchacha bella y bien educada, con quien había vivido un año y con cuyos padres mantenía yo las relaciones más íntimas; sin embargo, no había entre los dos ningún sentimiento de amor o, por lo menos, nada parecido a lo que yo había sentido al lado de la desconocida. ¿Era yo una de las almas a las cuales ésta se había referido? ¿Era ella mi alma gemela?

¡Qué misterio es la vida! ¡Cuántos enigmas contiene! Cualquiera que fuera la verdad, la sola idea me producía placer y constantemente recurría a pensamiento tan placentero para mí.

CAPÍTULO VII

MIEMBRO DEL QUINTO

La tarjeta, que me había entregado Madame Petrovna, llevaba el nombre de un M. Raymond y la dirección: Rue Notre Dame des Champs, seguida de varias líneas escritas en un idioma que, supuse, era el sánscrito. Aunque yo no era erudito en este idioma, conocía el alfabeto y combinaciones sencillas de palabras; pero era incapaz de descifrar aquella escritura. Acudí prontamente a la dirección indicada, y fui recibido en la puerta de una casa sin pretensiones por un hombre bajo, de apariencia nerviosa, con barba negra puntiaguda y bigote. Al presentar la tarjeta me miró, un momento, con agudos ojos, me invitó a entrar y me señaló un asiento.

“¿Cómo se llama usted?”, me preguntó con tono placentero.

“Alfonso Colono”, contesté.

“Bien, señor Colono, lo han enviado aquí para que yo descubra todo cuanto usted sepa. ¿Quiere usted dar el examen enseguida, o desea usted tiempo para prepararse?”

Aunque ésto era algo inesperado, decidí no perder tiempo y contesté: “Si no hay inconveniente, es mejor ahora”.

“Ningún inconveniente”, replicó él, “empezaremos enseguida. Cuando hay que hacer una cosa, cuanto antes mejor. Venga a mi despacho”.

Me condujo a una habitación cercana, que tenía todo el aspecto de una universidad condensada. En las paredes había pizarras, mapas, planos y dibujos; además, en numerosas mesas, había globos terrestres y celestes, aparatos de química e instrumentos de laboratorio. El examen empezó en el acto y, durante siete días, fui sometido al más rígido y completo examen sobre todas las cuestiones del conocimiento humano, desde las más elementales hasta los más elevados estudios de la ciencia y de la filosofía.

El hombre parecía poseer conocimientos casi universales, y lo llevó todo de manera sistemática y ordenada.

En la tarde del séptimo día, sin una palabra ni indicación que me permitiera conocer mi calificación, me entregó una tarjeta escrita en sánscrito y me dijo que me fuera a casa y que esperara los desenvolvimientos. Ni una palabra de aliento, ni un signo de encomio o alabanza.

Volví a casa, pensando que me encontraba tan a oscuras como antes y que, aparentemente, mi progreso era muy lento. Pasó otra semana y seguía sin informe alguno. Al preguntar a M. Durant, un día que lo encontré a solas, me contestó que él había hecho cuanto había podido y que, en adelante, debería yo confiar en el destino y depender de mí mismo. Al anochecer del décimo cuarto día, recibí por correo una nota en la que se me pedía que acudiera a la casa de M. Raymond. Así lo hice sin demora; la verdad, que ya empezaba yo a sentirme impaciente.

M. Raymond me recibió en la puerta, me hizo entrar y me condujo a una habitación en el fondo de la casa. Al entrar en ésta me encontré en presencia de cuatro hombres, sentados alrededor de una mesa en el centro; los cuatro tenían cubierto el rostro con un antifaz negro, que les ocultaba hasta la barba. A una señal de M. Raymond, tomé asiento a su lado, en el extremo de la mesa.

Luego uno de aquellos hombres me entregó un papel, al mismo tiempo que mantenía sus ojos fijos en mí. Desdoblado el papel, ví que era un juramento con espacios para las firmas. Decía así:

“Yo, Alfonso Colono, hijo de Fernando y de Nina Colono, juro y afirmo solemnemente, en nombre de mis padres y por mi sagrado honor, y en presencia de mi alma viviente y de Dios Todopoderoso, guardar secreto inviolable hasta la muerte, con respecto a las enseñanzas e instrucciones que me sean dadas en las Escuelas Herméticas Secretas; igualmente, juro y afirmo nunca revelar o divulgar nada concerniente a personas, cosas o lugares que llegen a mi conocimiento, en relación con dichas escuelas.”

“¿Está dispuesto a firmar ese documento?” preguntó el que me lo había entregado.

“Lo haré con una salvedad”, contesté.

“¿Y cuál es ella?” preguntó.

“Que mis ideas sobre Dios no sean mal entendidas ni mal interpretadas; pido que las palabras ‘el Espíritu Infinito, que todo lo llena’, sean insertadas después de la palabra Dios. Yo no creo en Dios, en el significado que muchos hombres dan a esta palabra.”

Los cuatro hombres se miraron unos a los otros y después a M. Raymond.

“Muy bien”, dijo el dirigente. Tomó el papel, hizo la inserción y me lo devolvió.

Leí de nuevo el documento y lo firmé. Luego los cuatro lo firmaron como testigos y lo entregaron a M. Raymond. Al firmar éste, noté que cada uno había puesto un signo peculiar y diferente al lado de la firma.

“Ahora, Señor Colono”, dijo el dirigente, al recibir el papel, “es usted miembro aceptado de quinto sub-grado del Cuarto Grado. Este grado tiene siete sub-gra-

dos; usted nació en el tercero de éstos, y durante ocho años ha sido inconscientemente miembro del cuarto subgrado. Pasará a grados más elevados, a medida que se desarrolle y sus conocimientos lo permitan. Con frecuencia, hay hombres en los grados inferiores, sin que ellos mismos lo sepan. La admisión no depende de la posesión de un certificado, sino de que se cumplan las reglas. Quienes las cumplen, y viven de acuerdo con ellas, son miembros, aunque no lo sepan. En este grado, las contraseñas son: Estudio, Paciencia y Conocimiento; el avance depende de los esfuerzos del estudiante y de la pureza del motivo que le impulsa a desear el conocimiento. Sepa, desde el principio, que todo depende de usted y únicamente de usted. No pida consejos, pues ha de apoyarse en su propia fortaleza interna. Ahora, puede retirarse. El próximo jueves por la noche, habrá un baile de máscaras en la residencia de M. Careau; un acompañante lo irá a buscar y usted se servirá concurrir”.

Al terminar sus palabras, el presidente me indicó la puerta y, acompañado por M. Raymond, salí, preguntándome que relación podía haber entre un baile de máscaras y una escuela de ocultismo. Entonces recordé el nombre de Careau, el cual no era otro que el Secretario de Guerra, que había ordenado retirar el cuadro del Museo de Louvre.

No había yo aprendido mucho de carácter definido; pero los incidentes se estaban haciendo más conexos. “Un compañero vendrá a buscarme; confío que será mi amiga desconocida”, me dije. “Pero, ¿llevará antifaz, y nunca podré ver su rostro?” Así pensando y hablando a solas llegué a casa y me dediqué a mis estudios con diligencia aún mayor.

Llegó la noche del jueves; me disfracé de monje y esperé a quien debía venirme a buscar. Era algo más de las siete, cuando se acercó un coche al portal de la casa y, ante mi desencanto, un hombre bajó y, acercándose a

la puerta, tocó el timbre y me envió su tarjeta. José Henry lo espera en el coche, decía la tarjeta. Me arreglé el disfraz, bajé y entré en el coche. Yo no sabía donde estaba la mansión Careau; pero el carruaje tomó el camino al centro de la ciudad. “¿Tiene usted la tarjeta que le dio M. Raymond?”, me preguntó mi acompañante en el más puro inglés. “Sí la tengo”, contesté.

“Entonces no será necesario que yo lo acompañe; pues tengo otro importante asunto que atender; le dejaré mi carruaje y podrá ir solo.” Antes que yo pudiera contestar, continuó:

“Cuando llegue usted a la puerta del salón de baile, presente su tarjeta y, una vez admitido, conteste a todas las preguntas que le hagan y obedezca a todas las indicaciones que le den.”

“Cumpliré sus instrucciones”, contesté yo, pensando que ello era un raro procedimiento para entrar en un salón de baile.

Como el desconocido no hizo nuevas observaciones, continuamos en silencio hasta llegar a la Magdalena, cuando él abandonó el coche y éste dio vuelta inmediatamente y se alejó rápidamente. El carruaje siguió por los profusamente iluminados boulevares, llenos de multitud de gente alegre y despreocupada, hasta que llegamos a un boulevard menos iluminado; seguimos por éste, a buen paso, durante unos treinta minutos, cuando llegamos a un portal frente a una residencia brillantemente alumbrada, un poco alejada de la calle. Después de una corta parada, traspusimos el portal y llegamos al pórtico de la residencia.

Al salir de mi carruaje, vi una mujer velada y vestida de negro que salía del carruaje delante del mío. Al verme, se dio vuelta como para hablarme; pero una figura alta, envuelta en una capa, se interpuso entre nosotros, y oí las palabras: “Cuatro más tres”. La mujer se dio vuelta y se apresuró a subir por la escalinata,

mientras el hombre desaparecía tras de un pedestal. Sentí la misma sensación placentera que experimenté, algunas semanas antes, al lado de la mujer en negro, y estaba seguro de que era la misma persona. Me apresuré a subir la escalinata y entré en un hall lleno de gente, a tiempo de verla desaparecer por una puerta lateral. Había, evidentemente, alguna demora para conseguir entrada al salón de baile, pues en el hall había muchos disfrazados esperando. Tratando de adelantarme, vi que sólo entraba uno a uno y la puerta se cerraba durante algunos minutos, después de entrar uno. Algo desconcertado por tal procedimiento, esperé mi turno y presenté la tarjeta. Después de minucioso examen, de parte del portero enmascarado, me la devolvió y me permitió la entrada, cerrando la puerta tras de mí.

Me vi ante una pared lisa; pero girando a la derecha, por un estrecho corredor, me encontré en una sala cuadrada iluminada con luz verde, que procedía de un candelabro en el centro. Ante una mesa a mi derecha estaba sentado un anciano patriarca, cuya larga barba blanca y arrugadas cejas le daban, realmente, una apariencia venerable. A mi izquierda, ante otra mesa, estaba sentada una mujer vestida de negro, con antifaz también negro, tras del cual unos ojos negros y escrutadores brillaban como ascuas de fuego.

“¿Su nombre?”, preguntó el patriarca.

“Alfonso Colono”, contesté yo.

“¿Está usted juramentado?” preguntó la mujer en voz baja y penetrante.

“Lo estoy”, fue mi contestación.

“Déjeme ver su tarjeta.”

Entregué ésta a la mujer, la cual, después de examinarla, me la devolvió, indicándome con un gesto que la mostrara también al patriarca. Moviendo la cabeza me devolvió la tarjeta y preguntó:

“¿Lugar y fecha de su nacimiento?”

"París, 5 de junio de 18..."

"¿La hora?"

"Siete cuarenta y cinco de la mañana", contesté.

"Pase a la izquierda", dijo la mujer, la cual había tomado nota de mis contestaciones. Como obedeciendo a una señal secreta, se abrió una puerta a la izquierda y, al trasponerla, me encontré con otro enmascarado.

"Hermano", dijo el hombre, señalándome un asiento, "todos estos preliminares, por los que usted ha tenido que pasar, le parecerán extraños, en un lugar como éste, y se los voy a explicar. Quienes participan en este baile son nuestros hijos e hijas elegidos, las flores de todas las tierras. Es natural que los protejamos de los lobos que, bajo un exterior pulido y suave, degradan y manchan. Las vidas, que nuestros elegidos llevan, los hace muy sensibles a los malos pensamientos e influencias; por lo tanto, hemos de tener mucho cuidado. Hermano, tiene usted el privilegio, esta noche, de alternar con los hombres y mujeres más perfectos del mundo. Los hay más elevados, ciertamente; pero éstos no pertenecen a este mundo. Confiamos y creemos que es usted digno de este privilegio. Su presencia aquí es su introducción a todos. Las formalidades y convencionalismos son necesarios entre las decepciones del mundo exterior; pero aquí son desconocidos. Todos son hermanos y hermanas. ¡Entre! Disfrute de la vida en su aspecto más elevado, en que mente y corazón se unen en armonía con el movimiento del cuerpo, y el más puro amor es rey".

Me abrió la puerta, y me encontré en un salón de baile brillantemente iluminado. Las dulces notas de un vals llenaban el salón y ricos perfumes embalsamaban el aire. Durante un momento, quedé en la puerta observando y con la esperanza de ver a la del vestido negro; pero no la vi en parte alguna.

"Concede el padre a la mujer los mismos derechos que al hombre", murmuró una voz femenina a mi lado.

“No, ordinariamente; hay excepciones, muy cierto; pero excepciones únicamente.”

“Bien, el padre no puede considerar la danza como cosa de la mente; así le invito a que bailemos este vals.”

Los incidentes de los últimos días no habían sido de carácter como para estimular la frivolidad en mí; la repentina aparición de mi madre y la desaparición de mi padre, junto con mis exámenes y estudio, habían dado seriedad a mi mente. Sin embargo, no podía negarme a la invitación; de manera que muy pronto nos deslizábamos por el encerado piso, en el rítmico movimiento de la danza.

En cuanto un grupo de personas hace una misma cosa al mismo tiempo, no importa cuán sencilla o insignificante sea, uno se une a ellas como en comunidad. Muy pronto me sentí como parte de la asamblea y me olvidé de mis preocupaciones, en el placer absorbido de aquellos corazones libres y alegres. Mi compañera era una graciosa danzarina y se apoyaba en mi brazo como un hada. Sin embargo, el sentimiento, que embargaba mi corazón, no era como el que me producía la mujer en negro; pero en el placer del momento, la olvidé. El vals terminó y, una vez más, volví a ser mi propio yo individual. Serios pensamientos volvieron a mi mente y, recordando que yo era un monje, decidí aprovechar este carácter.

“¿Qué diría al obispo de su diócesis, si le hubiera visto ahora, alegre monje?” preguntó mi bella compañera, con una alegre carcajada.

“Padre, perdonadme; nunca lo volveré a hacer”, repliqué yo solemnemente. “Lamento que, por un instante, me haya dejado tentar por una mujer hermosa.”

“Otro caso, padre, como el de Adán y Eva y la debilidad del pobre hombre”, dijo mi compañera con una sonrisa burlona.

“Efectivamente, el diablo nos tienta sutilmente bajo

el disfraz de la belleza”, repliqué yo, manteniendo mi carácter con toda dignidad.

“Pero, padre, ¿qué sería hoy de los hijos de Adán, si no hubiera ocurrido así? Pobres imbéciles, tontos ciegos, sin mente, ni sentidos; inocentes, pero desprovistos de conocimiento. Bendita sea Eva por haber tentado al hombre a que comiera del árbol que da sabiduría”, exclamó la, hasta entonces, muchacha campesina, poniéndose seria.

“Con sutiles sofismas tratas de defender a tu descarriada madre; ten cuidado con las herejías, niña mía.”

“¡Herejías! ¡Acaso las mismas Escrituras no lo dicen así! ¿No tentó Eva a Adán a que comiera del árbol que da el conocimiento del bien y del mal, y hace dioses de los hombres? ¿Quién puede criticar tan elevada y noble aspiración?”

“Niña, niña, confiesa tus pecados, antes que la ira de Dios te condeñe”, dije, preguntándome si todas las que estaban allí eran como ella.

“Dios no siente ira; las Escrituras dicen que Dios es Amor.”

“Pero, niña, ¿quién te ha enseñado a interpretar erróneamente las sagradas palabras de la Escritura?”

“¡Interpretar erróneamente! Durante dos mil años, mentes llenas de prejuicios, han pervertido la verdad y han llenado de errores las mentes de los hombres; ¿pretendes ahora poner en duda lo que digo?” Sus ojos brillaban con el fuego del entusiasmo y de la indignación; evidentemente, había puesto toda su alma en el argumento. La cosa se ponía interesante; iba yo a ser acorralado; pero tenía que sostener mi parte, así, que contesté:

“De ello, los hombres mismos tienen la culpa, no nosotros. Velamos en formas y símbolos las verdades sagradas, y los hombres sin razonar, toman la cáscara y

dejan la pepita; se alimentan de la piel y no ven el grano.”

“Pero, ¿por qué no enseñar la simple y la pura verdad? ¿Por qué engañar con formas?”

“Tiene que ser así; arrojar perlas a los cerdos para que las pisoteen, sería desperdiciar y perder el tiempo y una funesta indiscreción.”

“¡Ah! ¿Se refiere el padre al ocultismo de la Iglesia?”

“¡Cuidado! No hables tan alto. Las paredes oyen. ¿Qué sabes tú de ocultismo?”

“Tanto como el largo del pulgar”, contestó ella pronta y místicamente. Como yo no contesté, pareció sorprendida. Evidentemente me quedé cogido; había allí contraseñas.

“¡Ah! Ya comprendo”, dijo ella. “Venga conmigo y le mostraré lo que sabemos.” Profundamente interesado y preguntándome que vendría después, la seguí.

Entonces me fijé en una serie de puertas alineadas a cado lado del salón. Cruzando hacia la izquierda, ella dio cuatro golpes en una de aquellas puertas, la cual se abrió enseguida, y entramos. Era una sala con las paredes cubiertas de estantes llenos de libros, y por encima pintadas de color verde, con un friso cubierto de símbolos místicos. Rodeando varias mesas había grupos de hombres y mujeres, al parecer, dedicados al estudio. Los grupos eran de seis, con un séptimo que, evidentemente, era el instructor.

En el centro de la sala, sentado en una mesa, que casi lo rodeaba, había un hombre de media edad, con las facciones parcialmente cubiertas por un antifaz. Acercándose a este hombre, mi compañera dijo: “Un nuevo estudiante”.

Dirigiéndose a mí, el hombre dijo: “Permítame ver su tarjeta”. Después de examinarla, me la devolvió y, dirigiéndose a mi compañera, dijo:

“Los grupos están completos, esta noche; pero si la

señorita lo deja a mi cargo, yo me ocuparé de su instrucción.”

Mi compañera se inclinó y se iba a retirar, cuando yo pregunté, si estaría fuera de orden que la viera después del baile. “Esperaré al padre en la entrada”, replicó sonriendo y se fue. “Caballero”, me dijo el hombre, indicándome que acercara una silla a la mesa, al lado de él. “La tarjeta de M. Raymond, examinador exotérico, dice que ha pasado usted un buen examen y que está preparado para recibir instrucción más avanzada y difícil. Desde ahora, el estudio será sobre ese grande, aunque descuidado, misterio, que llamamos hombre, con todo lo que, social e individualmente, se relaciona con el mismo; pero ante todo, el hombre como Ser. Entrando en materia; usted mismo es un hombre, de consiguiente, su estudio es el de usted mismo. Su presencia aquí implica que está usted libre de prejuicios, preparado y dispuesto para mirar cara a cara a su propia naturaleza, buena o mala ¿Es ésto exacto?”

“Lo es”, contesté, pensando que por fin había encontrado el verdadero camino.

“Muy bien; entonces sepa que todo hombre es doble en su naturaleza; masculino y femenino en uno, como leemos en el mal comprendido libro del Génesis, cuando se lee entre líneas. Es decir que, el elemento masculino y el femenino forman la constitución de todo ser humano. Ahora bien, por ser usted un hombre, predomina el elemento masculino; tiene, también, el elemento femenino; pero subordinado. Lo primero que tiene usted que hacer, el primer gran paso en toda iniciación ocultista, es establecer el equilibrio entre estos dos elementos. El hombre se ha de unir a la mujer; la mente se ha de unir al corazón. La mente, no frenada por el corazón, o las intuiciones que de ella proceden, no llevan más que a un materialismo ciego y a formas frías y muertas, y no puede resolver el enigma del universo. El corazón, divorciado

de la mente, sólo conduce a creencias ciegas y fanáticas, donde falta la razón, y a la fantasía de una imaginación alocada. Para alcanzar la luz suprema, la razón y la conciencia han de ir mano a mano, indisolublemente unidas. Ahora, el método que seguimos para alcanzar esta finalidad, tan deseada, es muy sencillo; pero, en su sencillez, nos puede desviar; no se equivoque; fíjese bien en mis palabras. A todo ser masculino lo unimos a uno femenino; en honorables y legales lazos de amor. Usted, gracias a ella, desenvuelve su naturaleza femenina; ella, gracias a usted, desenvuelve la masculina; y así alcanzan el equilibrio indispensable para recibir la luz. Este es el significado de este baile. A diferencia de los monjes de la antigüedad, cultivamos el fuego que llamamos amor; pero en su forma más pura. Tenga ésto en cuenta, y sepa que su progreso depende de su unión con un alma femenina. Entre nuestras hermanas, encontrará a quienes son dignas de su amor más elevado. Si encuentra una cuya alma esté en simpatía con la de usted, elíjala por compañera; pero no elija hasta que su corazón se lo dicte; por otra parte, sus pensamientos han de ser siempre puros.”

Peñsé en la doctrina de las almas en simpatía y las primeras enseñanzas de mis padres. Aquí fue donde mi padre y mi madre se encontraron; ¿iba yo a encontrar mi destino aquí también? Mis pensamientos se deslizaron hacia la mujer en negro, y estaba ansioso de encontrarla de nuevo y saber algo más sobre ella.

“Ahora”, continuó mi instructor, “vamos a considerar los signos, las palabras veladas y las alegorías de los místicos; en particular los de Hermes Trismegisto, Paracelso, Jacobo Bohme, Eliphas Levy y de la difamada y mal comprendida Madame Blavatsky. Es de suponer que usted se ha familiarizado con las obras publicadas de estos instructores; aunque son pocos los que encuentran la enseñanza oculta en dichos libros”

A ésto siguieron dos horas de instrucción sobre las doctrinas de los mencionados instructores y, por primera vez, empezó a descorrerse el velo ante mí. Mi padre tenía en su biblioteca las obras de esos grandes místicos y, con frecuencia, las habíamos leído juntos; no obstante, aunque mi padre indicaba, a veces, el significado esotérico de muchas partes, nunca lo había profundizado; pues, decía, que yo debía aprender de la manera regular. Ahora parecía que había llegado la oportunidad.

Durante todo ese tiempo, cada grupo había hecho su estudio en tono bajo, y mi instructor había hablado de la misma manera. Repentinamente resonó en la sala un solo acorde musical y el estudio terminó.

“Ha llegado la hora de quitarse los antifaces y de conversar”, dijo mi instructor. “Nos reunimos todas las semanas; pero para evitar llamar la atención, lo hacemos, alternativamente, en la casa de otro miembro. Mientras tanto, prosiga sus estudios. Las obras de los escritores nombrados, las encontrará en casa de M. Callio; pero tenga cuidado de elegir sólo los que tengan una marca peculiar en la página . . . y reflexione mucho y profundamente sobre lo impreso en bastardilla.”

Nos encontramos nuevamente en el salón, el cual estaba lleno de hermosas y elegantes mujeres y hombres serios y caballerosos, todos sin antifaz. No eran necesarias las presentaciones; como me habían dicho al entrar, la sola presencia allí bastaba. Me encontré con una sociedad, cual debía ser; verdaderos hermanos y hermanas, cuyos corazones y mentes llenos de aspiraciones elevadas y que se ocupaban de las cuestiones más profundas. ¡Cuál fue mi sorpresa y placer al encontrar allí a Camila y a muchos de mis amigos! Todos me rodearon y me felicitaron por mi progreso.

“Ve usted”, dijo Camila sonriendo, “cómo una mujer puede guardar un secreto, si quiere; pero desde ahora podremos hablar con más libertad”.

“Pero, ¿dónde están M. y Mme. Durant”, pregunté.

“Ellos no son miembros de esta sección; pertenecen a un grado más alto, yo creo”, contestó ella.

Un francés de pelo ondulado reclamó la atención de Camila y yo me fui a buscar a mi hermana campesina. Mientras la buscaba en vano, la mujer de negro salió por una puerta lateral, en el momento que yo pasaba. Sentí la misma sensación placentera, la misma agitación. Ésta es la mía, pensé, tengo que hablarla.

“Señorita”, dije, “nos encontramos de nuevo.”

Se volvió; pero bajo su velo llevaba todavía el antifaz.

“¿Nos hemos visto antes?”, preguntó en inglés.

La voz no era la misma; pero, quizás, era a causa del idioma. Antes ella me hablaba en francés, como yo le había hablado; de manera que lo entendía.

“¿No se acuerda la señorita del paseo en carruaje?”, pregunté persistiendo en hablar en francés.

“¿Qué paseo en carruaje?”, replicó, persistiendo también en inglés.

Me acordé de mi promesa de guardar el secreto y, mientras trataba de decidir si debía hablar más claramente, llegamos a otra puerta y con una inclinación de cabeza, que significaba despedida, me dejó.

¿Qué significaba esta fría recepción? Sus acciones eran diferentes de las de los demás. Ni siquiera se había dignado hablarme como amigo. ¿Podía mi corazón equivocarse? No; debía ser ella; sentí su ausencia. Entonces, noté que varios no se habían quitado el antifaz. En la esperanza de extender mis relaciones, iba a dirigirme a uno de éstos, cuando me vi rodeado por un grupo, entablándose una discusión sobre medicina.

Pasó otra hora en la más interesante conversación, cuando una pequeña y blanca mano se apoyó en mi hombro; al mirar vi a mi hermana campesina, pero todavía con el antifaz puesto.

“Estoy a punto de irme, reverendo padre”, dijo con sonrisa burlona, “y le deseo muy buenas noches.”

“¿Puedo yo ser su acompañante?”, pregunté levantándome y acompañándola hasta la puerta.

“Con el mayor gusto, si lo desea”, contestó, y salimos juntos.

Los dos guardas internos se habían ido; pero el portero estaba en su puesto.

“Si usted va conmigo, ha de acceder a mi pedido”, dijo mi compañera mientras descendíamos por la escalinata.

“Desde ya accedido; ¿qué es ello?”, repliqué.

“Que yo lo lleve a su casa en mi carruaje”, contestó ante mi sorpresa.

“¡Pero éste no es año bisiesto!”, dije yo en son de protesta.

“No importa; nada de bromas; mi pedido está concedido.”

“Muy bien, si así lo quiere”, contesté mientras entrábamos en el coche, que a buen paso nos llevó a mi casa. Tuvimos una conversación lo más interesante hasta llegar a la mansión Durant. Al bajar del coche, le di gracias por haberme guiado a mi instructor y por acompañarme a casa. En contestación dijo:

“Si hubiera continuado en el baile, sobrio monje, no se le habría presentado la oportunidad por largo tiempo. Pasó usted la insospechada prueba muy bien; eligió lo serio, en vez de lo frívolo. Le felicito.”

“Bien, querida hermana, se lo agradezco y le deseo muy buenas noches. Confío que nos volveremos a encontrar cuando yo pueda contemplar su rostro. ¿Por qué usted y otros ocultan sus rostros con antifaces?”

“Hay quienes prefieren ocultar su identidad, hasta para sus hermanos; a medida que avance, sabrá, sin duda, la razón para ello. Muy buenas noches.” Me pa-

reció notar un cambio en su voz y, extraño es decirlo, aquella jamás olvidada sensación recorrió mi cuerpo y un sentimiento de gozo inundó mi corazón. Pero ya se había ido; ¿qué significaba aquello? ¿Era mi sueño de las almas gemelas nada más que un sueño? ¿Tenía yo dos amores? Con estas reflexiones llegué a mi habitación.

CAPÍTULO VIII

IOLA

Había pasado un año; cincuenta y dos lecciones había yo recibido. Cada semana, bajo la excusa de un baile de máscaras, nos reuníamos para estudio y mejoramiento. Camila y yo continuábamos siendo grandes amigos; como hermana y hermano; asimismo, un gran afecto se había desarrollado entre mi hermana campesina y yo; ella, con vestidos diferentes, siempre mantenía su rostro cubierto. En vano eran mis súplicas; ella las rechazaba en tono que no dejaba lugar para insistir.

“Camila, ¿quién es ella?”, pregunté un día.

“Conoces la regla”, me contestó, “los que llevan antifaz no han de ser conocidos.”

La mujer velada, que siempre vestía de negro, era para mí un misterio más profundo que nunca; más que mi hermana campesina; porque, a pesar de ocultar su identidad, ésta era mi mejor compañera. La mujer de negro, en cambio, rara vez me daba oportunidad de conversar con ella; pero cuando me la daba, por extraño que parezca, me sentía el más feliz de los hombres. Después de la primera noche, entré a formar parte de un grupo de estudiantes, y la muchacha campesina era mi compañera de estudios.

Avancé rápidamente, pues, como había dicho mi instructor, mi preparación había sido de lo mejor. Los blancos y los vacíos de la ciencia materialista iban lle-

nándose y las superficialidades y vaguedades se hacían más patentes cada día. Pero este creciente conocimiento no hacía más que poner de manifiesto y hacer más evidentes ciertos eslabones perdidos sobre los que pregunté y reflexioné en vano. El instructor principal, que me había dado las primeras instrucciones, iniciaba cada sesión con una conferencia. Éstas estaban cargadas de significativas indicaciones, sobre las cuales se negaba a contestar preguntas, diciéndonos que reflexionáramos sobre ellas y las desarrolláramos.

Cuando, en una ocasión, di señales de estar en disidencia, él dijo:

“El conocimiento no es para ser comunicado, sino desenvuelto. El conocimiento no viene de afuera, sino de adentro. Todo el estudio de libros y cosas no es más que para establecer las condiciones instrumentales, por medio de las cuales el Conocedor puede surgir y manifestarse.”

Reflexioné mucho sobre ésto, y empecé a ocuparme y meditar sobre este Conocedor. Los resultados fueron maravillosos; comencé a adquirir conocimientos de una manera que no sabía como, y con frecuencia, hablaba con una sabiduría que me sorprendía a mí mismo .

Después de un año, me daba cuenta de que pertenecía todavía a un grupo sólo semiesotérico y relativamente externo. Con esta conclusión en mi mente, formé la determinación de progresar y acudí a la primera sesión del segundo año con esta resolución en mente. Recordé que, al firmar mi juramento, el dirigente me había dicho que mi progreso dependía de mi crecimiento y preparación y que no lo conseguiría con nuevas solicitudes. De consiguiente, decidí emplear un poco de diplomacia; para tal fin confiaba en cierto conocimiento obtenido en lo que algunos llaman sueños. En la noche mencionada, después del baile inicial, entré en la sala de estudio y,

acercándome al instructor principal, murmuré algo en su oído.

“¿Dónde ha conseguido usted eso?”, preguntó, levantando la cabeza y con sorpresa en su rostro.

“En ninguna parte; sólo lo sé”, contesté con toda seriedad.

“Bien, no comuniqué eso aquí”, dijo, y sin más palabras sacó un libro de su bolsillo y, sacando una tarjeta, escribió en ella algunos caracteres místicos. Entregándome la tarjeta, dijo:

“En la noche de la sesión próxima, presente esta tarjeta al guarda de la derecha; ahora, reúnanse a su grupo y no hable de esto.”

Era la quincuagésima cuarta noche de sesión; al entrar en la sala de estudios, entregué la tarjeta a la mujer velada de la derecha. Ella tomó la tarjeta y, después de leerla, me señaló que la entregara al patriarca que estaba a la izquierda. Después de detenido escrutinio, movió la cabeza como en señal afirmativa y, al devolverme la tarjeta hizo una seña a la mujer, la que me dijo:

“Entre a la derecha y espere que vayamos.”

Hasta entonces, siempre me habían indicado ir a la izquierda; al hablar ella se abrió una puerta disimulada a su lado, y entré en una pequeña sala pintada de blanco. Me senté en un diván, también blanco, y después de un rato entraron el patriarca y la mujer.

“Hermano”, dijo la mujer, sentándose frente a mí, mientras el patriarca se sentaba frente a una mesa cercana, “su presencia aquí exige que nos hable con absoluta confianza. El Examinador Esotérico nos dice que usted posee información que pertenece sólo a los miembros del sexto subgrado; ¿dónde la consiguió usted?”

“En la meditación, concentrándome interiormente en el Espíritu”, contesté, casi sin pensar, quedando sorprendido de mi contestación. Ellos se miraron uno a la otra, y el patriarca se acercó.

“¿No sabe usted que tal práctica es peligrosa para los que no están preparados?”, preguntó el patriarca con tono muy serio.

“Dado mi altruista deseo de conocimiento, me considero preparado”, contesté.

“¿Es su vida pura y sin mancha? ¿Está usted libre de una sombra de ambición egoísta”?, preguntó de nuevo.

“Mi vida es pura; lo ha sido desde mi infancia”, repliqué.

“¿Por qué busca el conocimiento?”

“Porque lo que yo persigo es conocer la verdadera naturaleza del alma”, fue mi contestación.

“¿Utilizará su conocimiento con propósitos malignos o para fines egoístas?”

“No, en absoluto, el yo inferior ha muerto.” Al contestar así, me espantó la rotundidad de mi respuesta. Mis examinadores se miraron uno al otro. El patriarca continuó:

“¿Si este conocimiento le da poder, cómo lo empleará usted?”

“En beneficio de mis semejantes y de la verdad”, contesté, sintiendo que una especie de inspiración me alentaba.

“¿No de otra manera ni indiscretamente?”

“Sólo para el bien y con la certeza de lo correcto; no de otra manera.”

“¿Ha desarrollado el poder de dominarse, y ha alcanzado usted el dominio de sí mismo?”

“Creo que lo he alcanzado”, contesté pensando en la mujer vestida de negro.

“Sus palabras descubren una duda, ¿en qué consiste la debilidad?”

“No quiero ser demasiado positivo; pueden surgir condiciones, bajo las cuales quizás perdería el dominio del corazón; aunque he sido penosamente probado.” Pensaba, entonces, en mis padres y en la posibilidad de un

amor. Como si adivinara mis pensamientos, la mujer preguntó:

“¿Ha amado usted alguna vez?”

“Como niño amo a mis padres, en efecto; como hermano a mi hermana; como...”, y vacilé.

“¿Y no como enamorado?”

“Estoy en duda; la palabra tiene para mí un significado incierto; pero he de confesar que una desconocida hermana de aquí me afecta de manera extraña.”

“¿Quién es ella?”, preguntó la mujer .

“No lo sé; va vestida de negro y nunca va sin antifaz.”

Ambos se miraron, y el patriarca cambió bruscamen- te la conversación, preguntando:

“¿Cómo aprendió que el hombre es siete menos dos?”

“Toda la tarde, en profunda reflexión, he discurrido sobre la misteriosa constitución del hombre. Tan profundamente que se me pasó la hora de la cena y quedé dormido en mi sillón. Repentinamente me sentí elevado en el espacio y llevado a través del océano; sin peso que me entorpeciera, pasé, con la rapidez del pensamiento, al Oriente. Vi las montañas nevadas hundidas en el azul del firmamento, muy por encima de las nubes. Luego, por algún cambio milagroso de los que forman los sueños, me encontré estudiando un libro, en una cripta desconocida y solitaria. Allí leí muchos misterios y cosas maravillosas. Estudié mucho tiempo; aprendí mucho y, luego, nada. ¡Ojalá pudiera recordar este conocimiento! Pero el despertar, sólo recordé el hecho y la memoria del sueño.”

Una vez más, la extraña actividad interna, que a intervalos frecuentes, en el transcurso de mi vida, se había agitado en mí, surgió de nuevo y hablaba como inspirado. Mis examinadores, que me habían estado observando con mirada brillante, hablaron entonces a una:

“Te damos la bienvenida; eres ahora miembro del Sexto Grado; y ella será tu instructor.”

Iba a hablar de nuevo, cuando el patriarca, poniendo el dedo en sus labios, en señal de silencio, dijo:

“Dos sendas arrancan del Sexto Grado; ambas llevan al Séptimo; tendrás que llevar antifaz hasta que tu senda sea elegida. Que nadie vea tu rostro, mientras estemos reunidos aquí, sin permiso expreso. Ahora pasa al salón; un amigo te espera.”

Al terminar de hablar el patriarca, se abrió una puerta, por la que entré al salón. Estaban bailando el segundo vals; esta vez, cubierto con antifaz y vestido de caballero cruzado, iba en busca de una compañera, cuando una monja, velada y toda vestida de blanco, apoyó su bella y blanca mano en mi brazo. La misma sensación placentera recorrió todo mi ser, y mi corazón latió violentamente cuando con voz dulce y musical dijo:

“En nombre de la paz y del amor, abandonad, Señor Caballero vuestras armas. ¿Sentís la sensación de guerra, la guerra más cruel? ¿O es vuestro traje el disfraz en un hombre de honor y de noble corazón?”

“Bella monjita”, repliqué con el corazón agitado, “si todas las mujeres tuvieran el poder de tu dulce voz, muy pronto habrá paz en el mundo y todos los que luchan amarían. Pero, bella hermana, tú eres injusta con este caballero, que sólo lucha por la virtud y el amor.”

“¡Ah, pero si eso fuera verdad! Pero mi memoria dice que no es así. Bien recuerdo; en vidas pasadas, a caballeros, que pretendían tener honor, luchaban y robaban monjas.”

“Tú no puedes ser tan vieja, bella monjita; ¿qué quieres decir?”

“La edad de la forma no es la edad del alma. Vos y yo hemos vivido en la tierra muchas veces.”

¿Qué extraño sentimiento se agitaba en mi pecho? ¿Qué extraño éxtasis de gozo en mi alma? No podía

combiar esta conversación por un baile; ella giraba alrededor de la más grande cuestión de la vida, el tema más profundo de mis pensamientos. Con un sentimiento de placer jamás sentido, la incité a que continuara:

“Si hemos vivido antes, y tú lo recuerdas, ¿por qué no recuerdo yo? Quizás, yo soy el caballero de antaño que te robó; pero, si así fue, lo fue por amor. Y si te amé una vez, te amo todavía; porque yo soy de los que aman sólo una vez.”

“No os atreváis a tanto guerrero armado y con cota de malla, porque, sin saberlo, podéis decir la verdad, por lo menos en parte; pero si os interesa este tema, busquemos un lugar donde estemos solos.”

“Con mucho gusto”, repliqué. Se apoyó en mi brazo y me condujo a una de las salas de la derecha del salón. Ángel de amor, pensé, debe haber cambiado su vestido negro por otro blanco. La voz era la misma de aquella que me había conducido a Madame Petrovna; pero muy diferente de la mujer en negro que había encontrado en el salón. ¿Sería la misma? En tal caso, ¿qué significaba este cambio tan repentino?

Nunca había traspuesto puerta alguna del lado derecho del salón; al entrar por una de ellas, me encontré en una sala acabada en blanco, con adornos de oro. Mi compañera cerró la puerta y me invitó a sentarme en un sofá. Ella se sentó también y mientras se sacaba el velo, dijo:

“¿No se quitará su antifaz el caballero?”

Por un momento quedé sin palabras; la maravillosa belleza de su rostro sobrepasaba a cuantos había visto hasta entonces. Al mismo tiempo, extraños recuerdos acudieron a mi mente. ¿Dónde había yo visto este rostro antes?

Grandes ojos pardos, cargados de luz, verdaderas ventanas de un alma poderosa. Largas y regulares pestañas, frente bien formada, y una boca de forma exquisita. Cu-

tis blanco perla, con mejillas de color rosa sano; pero, sobre todo, la expresión de aquel rostro, que era un retrato perfecto de belleza divina. No era extraño que llevara siempre el rostro cubierto para no llamar la atención; nadie podía ver aquel rostro sin detenerse a contemplarlo.

Sin dejar de mirarme y, al parecer, inconsciente de mi admiración, repitió su pregunta. Como hacía poco que el patriarca me había advertido que debía permanecer cubierto y recordando mi promesa, repliqué, con cierta vacilación:

“He prometido mantenerme con el antifaz puesto.”

“Estamos solos”, dijo ella. Ya iba yo a ceder, cuando, con un profundo suspiro, volvió a cubrirse con el velo y, con un gesto, me indicó que no me descubriera. Comprendí entonces que era una prueba, y ella había descubierto mi debilidad. Me habían hablado de un amigo e instructor, pero nada me habían dicho de una tentadora.

“Señor Caballero”, continuó entonces, “estábamos hablando de vidas pasadas, y preguntásteis por qué no las recordábais. En primer lugar, la memoria del cerebro, que es muy voluble e incierta, registra únicamente las experiencias de esta vida. El entrenamiento trae el alma a la conciencia y, con ella, todos los recuerdos del pasado conservados en ella. Ahora, si tenéis la bondad de escucharme, os contaré una historia; dejad que vuestra alma despierte.”

De nuevo se quitó el velo y, tomando asiento directamente frente a mí, mirándome fijamente a los ojos, continuó en voz baja y musical:

“Es una brillante mañana de primavera. Una ligera brisa empuja las nubes doradas a través del firmamento azul. Los frutales están cargados de capullos y flores abiertas, y el aire perfumado por su fragancia. Las aves felices cantan por todas partes. El horizonte bordeado de montañas a un lado, y al otro, un río de aguas cris-

talinas que se desliza por verdes campos hasta verter sus aguas en el plácido espejo del mar. Lo cual nos dice que estamos en la antigua Grecia. Dos figuras caminan por la senda que serpentea al pie de las montañas. Una de ellas es un joven en toda la gloria de su fuerza y belleza, con facciones y cuerpo medio desnudo, como pocos se han visto desde aquellos tiempos de la Grecia legendaria. A su lado, una hermosa mujer griega, tal como Fidias hubiera deseado como modelo.

"Iban a los Juegos Olímpicos; él lleno de confianza en su destreza y habilidad; ella feliz con la idea de su segura victoria. Con las manos entrelazadas, marchaban gozosos y felices por el camino. Cortando flores silvestres, ella hace una corona que coloca en la cabeza de su compañero en prueba de afecto; él se detiene a acariciarla y estampar un beso en las rosadas mejillas de ella. Así marchan cantando alegres. Parecía como si los dioses, la naturaleza y los humanos se hubiesen unido en amor y paz. Pero, entonces, un correo avanza apresurado tras de ellos y los alcanza."

"¡Jerjes viene!", grita el correo. "Se necesitan hombres para guardar el paso. Todos los verdaderos griegos se unen a Leónidas en las Termópilas. ¡Cumplid con vuestro deber!", y continúa apresurado. Con rápido paso, la pareja sigue su camino hasta unirse a la multitud que rodea el campo de los Juegos. La voz recorre el campo de que los juegos no pueden ser abandonados, aunque las huestes enemigas estén cerca; pero, entre la multitud, encuentran una compañía que se prepara para ir de inmediato a guardar el paso.

"El joven se enlista para unirse a ellos; su bella compañera reprimiendo sus lágrimas, peina los cabellos del joven en el cuidado estilo de los que van a luchar hasta morir; y con un beso de despedida, murmura: ¡Por la libertad de Grecia, te cedo!

"El nombre del joven era Cleomedes y, con el de Leó-

nidas, su cuerpo yace en la garganta del Monte Eta. Aquella noche, Iola, la compañera de Cleomedes, buscaba el cuerpo de su amado entre los muertos. Lo encuentra, su rostro blanco y frío, pero bello con noble calma. Va a cortar un dorado bucle de aquella noble cabeza, para tener presente su amor, cuando un soldado de la horda oriental la encuentra y trata de ofender su virtud; ella se resiste y lucha; él ciego de rabia la mata de una puñalada; ella sangrando por la herida cae sobre el cuerpo del amado. Ella muere y la noche cae sobre la escena.”

La narradora se detuvo un momento; yo estaba como hechizado; algún poder mágico se había apoderado de mí. Cada palabra trajo a mi mente cuadros de escenas extrañamente familiares. Viendo que yo guardaba silencio, ella continuó:

“Han pasado más de mil años y se han producido vastos cambios. El mundo romano vino y pasó y nos encontramos en la noche de la civilización.” La escena es ahora en la Galia. Un joven monje, dedicado a obras de caridad y de amor a sus semejantes, se inclina sobre los cuerpos destrozados, que llenan los campos de Poitiers, mientras murmura: “Esta noche, la pálida luna que se desliza tras las nubes parece dar forma a los espectros, que se ciernen sobre este terrible campo de sangre.” Sin preocuparse, el monje sigue trabajando; va cubriendo con vendajes las heridas, tanto de los moros como las de los galos. La mañana llega y él continúa ayudando a los moros; porque no piensa en paganos, trabaja sólo para el hombre. Al abandonar el campo, caminando llega a un convento en los Pirineos; cansado y agotado por no haber comido, se detiene a descansar. Una abadesa lo encuentra y le da bondadosa bienvenida. El monje se queda. La abadesa está profundamente versada en ciencia oculta, lo mismo que el monje; tanto que, muy pronto irá a Sevilla a recibir instrucción de los moros. Sus almas simpatizan y son atraídas una a la otra y se enamo-

ran; faltando a sus votos, viven como marido y mujer, sólo ligados por los lazos del amor. Por un tiempo vivieron felices; pero, al fin, fueron descubiertos. Él fue encerrado en una mazmorra, donde permaneció muchos años, hasta que la muerte, amiga bondadosa, lo libró. Ella, pobre monja, huyó, pero los caballeros la llevaron cautiva y murió en la misma prisión de su amado.”

Había ella terminado su historia; sus blancas manos, como por atracción magnética, habían atraído a las mías, temblaban. Sus ojos permanecían fijos en los míos, y yo me encontraba sin palabras. Por algún poder desconocido, el presente había quedado vinculado al pasado. Recuerdos perdidos llenaban mi alma y el significado de sus relatos vino a mí como una revelación. Sentí el impulso de envolverla en mis brazos, reclamando mi viejo y perdido amor; pero un segundo pensamiento prevaleció y, con voz temblorosa, murmuré:

“¡Dios mío! ¿Es esta nuestra pasada historia? ¿El amor, amor eterno, nos ha reunido de nuevo?”

Con maravilloso dominio de sí misma, ella respondió:

“Mi hermano caballero, tened calma; el amor puro es, ciertamente, eterno. ¿Qué dice vuestra alma?”

“Mi alma está nublada; la visión de mi espíritu oscurecida por esta vestidura de carne, y a través del humo no puedo ver con claridad”, respondí.

“Bien, mi querido hermano”, replicó ella, apretando mi mano, “en el grado que sigue todo se aclara, y el pasado os rendirá todo su conocimiento.”

“¿Pertenece tú a este grado?”, pregunté, entonces, perdido el hechizo.

“Por derecho, a él pertenezco; por elección estoy aquí”, replicó ella. Entonces, casi sin pensar, dije:

“Entonces, juntemos fuerzas y avancemos juntos.”

Mirándome a los ojos, tomó mis manos y con tono serio y vehemente, replicó:

“¿Estás dispuesto? ¿Tendrás fuerza suficiente?”

“Ciertamente, mi amor, mi alma; contigo tendré toda la fuerza.”

Había hablado en el impulso del momento, como dando expresión a mi amor. Reteniendo mis manos y con indecible ternura en su voz, preguntó:

“¿Conoces la primera condición?”

“No; pero si tú estás conmigo, será cumplida.”

Soltó mis manos y con voz tranquila y seria, dijo:

“Veremos; pero primero tendrás que pasar por el sexto grado. Se te exigirá mucho: en la próxima sesión, empezaré a actuar como tu instructor. Pero, se hace tarde y tienes que unirme a los demás hermanos y hermanas del sexto grado.” Dicho esto, se levantó. He de confesar que, por primera vez, me sentí egoísta; ella me llamaba, como a los demás, hermano. Yo deseaba y creía que nuestras relaciones en el pasado me daban derecho a un tratamiento más tierno.

“Sed, de nuevo, el caballero”, dijo ella, mientras entrábamos en el salón. Las horas de estudio habían terminado hacía algún tiempo y, como siempre se habían formado grupos en conversación informal. Miré alrededor como buscando a mi campesina. “¿A quién buscas?”, preguntó mi compañera.

“A la hermana campesina, quien ha sido tan bondadosa para mí”, contesté.

“La campesina se ha transformado en monja”, replicó, imitando la voz que ya me era tan familiar. Con sorpresa la miré.

“¡Qué!”, exclamé, “¿tú y ella son la misma?”

“La misma y, sin embargo, no la misma; desempeñé un papel y, al parecer, con éxito”, contestó.

“¿Y dónde está el velo negro, monjita?”, pregunté pensando que, quizás estaba también representando un papel.

“El negro es color sombrío y pertenece a la tierra; ella debía estar de luto; pero confío que el duelo habrá

pasado”; replicó ella con tono tierno, a la vez que significativo.

“¿Hay aquí también tristeza y duelo?”

“Ciertamente, hermano mío; ¿no hay algún lugar en la tierra donde no los haya? Todos los que vienen a la tierra experimentan tristeza, en medida mayor o menor. Algunos que podrían haber dejado la tierra, por amor a un hermano retrasado, se quedan. Pero, hermano, ya has aprendido bastante esta noche; y como yo voy a ser tu instructor, nos quedan muchas noches para aprender juntos; ahora, vamos a reunirnos con nuestros amigos.”

Mi compañera y mi disfraz parecían llevarnos más cerca de los que estaban cubiertos, los que, hasta entonces, se habían mantenido a cierta distancia.

“Aquí todos tomamos nuevos nombres”, me dijo mi compañera, mientras nos acercábamos a un grupo de hermanos y hermanas enmascarados. “Mi nombre es Iola, y sugiero que tú tomes el de Cleomedes; ¿te parece bien?”

“Después de lo que me has contado, ninguno podía serme más agradable, mi querida hermana, si es que debo seguir llamándote así. Al tomar este nombre, acariciaré en mi memoria, los vislumbres que me has dado de la antigua Grecia”. Al hablar apreté su mano y ella devolvió el apretón.

Una gitanilla, apoyada en el brazo de un fornido turco atrajo, entonces, mi atención.

“Permítame relacionarte con un súbdito del Sultán”, dijo Iola, mientras se acercaban. “El Árabe, éste es Cleomedes”, dijo dirigiéndose al turco; en tanto éste se inclinaba con el saludo oriental, ella continuó: “Y ésta es Rahula, Cleomedes”. Al tomar la pequeña mano de la gitanilla, extraordinariamente blanca para una de su tribu, sentí una extraña agitación, y noté que ella temblaba y parecía también agitada. Se inclinó en silencio, en respuesta a mi saludo, y se envolvió más en su chal. Algo

sorprendido por su silencio, quedé mirándola, quizás, más de lo debido, cuando Iola me llevó a otro grupo. Así pasó el tiempo hasta la hora de retirarnos.

“¿Y ahora, permitirá la monjita que la acompañe el caballero a su convento?”, pregunté, mientras nos acercábamos a la salida.

“Creendo, Señor Caballero, que no seréis como los antiguos, acepto vuestra compañía con placer.”

Traspusimos el portal; nadie más que el portero exterior estaba de servicio.

“Deberás tomar mi coche, porque no se permiten otros en el convento”, dijo mi compañera.

“Parece que aquí todo lo manejan las señoras; pero si tú me lo pides, tengo que acceder”, repliqué.

El coche se alejó rápidamente; yo sentado al lado de mi compañera; pero algún poder impedía toda nueva demostración de afecto. Su presencia era bastante para mí, y por algún tiempo no cruzamos ni una palabra. Yo era feliz, con gozo silencioso. ¿Experimentaría ella el mismo gozo que yo sentía? Yo lo creía así. Continuamos en silencio. Por fin, el coche se detuvo; al mirar afuera, vi el portal con su arco coronado por el tigre encadenado por Cupido. Nunca había yo podido encontrar esta entrada, desde mi primera visita, cuando la mujer velada me envolvió con su encanto. Pero la duda quedaba desvanecida.

“¿Eras tú, blanca monjita, mi hermana Iola, la que vestía de negro?”

“La misma, Señor Caballero, y tú eras el padre sacerdote a quien me negué a conocer.”

“¿Y por qué fuiste tan cruel?”

“Porque no pertenecías a mi grado y no tenías derecho a conocerme. Tenemos reglas tan estrictas como las de las castas, pero todos los dignos pueden pasar; tú aprenderás más a medida que avances.”

El coche se acercó al pórtico corintio, y yo pensaba que había alguna distancia hasta mi casa, cuando ella dijo: "Esta vez, mi coche te llevará a tu casa."

Me preparaba a ayudarla a descender, pero ella con un gesto, me detuvo en mi asiento y, apretando mi mano, dijo:

"Nos veremos de nuevo el próximo jueves por la noche y emprenderemos estudios más serios. Mientras tanto, estudia mucho; analízate y aprende el arte del propio dominio, pues serás seriamente probado. Y recuerda lo que te dije en nuestro primer viaje: Grande es el que domina el cuerpo, más grande, aún, quien domina su mente; pero el más grande de todos es el que domina su corazón." Despidiéndose con un ¡Adiós! se fue. El coche dio vuelta y me llevó a casa.

Una vez solo, exclamé: "¡Oh Dios, dominar el corazón, que poder sobrehumano exige! ¿Y por qué he de dominar mi corazón? Yo amo con el amor más puro; ¿qué puede exigir su supresión? Después de años de soñar con un ideal, el amor acumulado en mi corazón se ha soltado como un torrente. Si no fuera por la influencia, que su sola presencia ejerce sobre mí, se convertiría en pasión violenta; pero su voluntad superior transforma la tormenta en calma, y convierte la pasión en paz; la paz del supremo amor.

Aquella noche soñé con Iola; y toda la semana que siguió nada más llenó mis pensamientos. ¿Dónde estaba mi estudio? ¿Dónde el dominio sobre mí mismo? Discutía conmigo mismo sobre el por qué debía sofocar mi amor, tan puro, tan fuerte. No pudiendo contestar, determiné saber la razón de este por qué, antes de sofocarlo.

CAPÍTULO IX

AMOR

Pasó otra semana; el jueves por la noche, fui a la reunión, con la anhelante expectativa de encontrarme con Iola, y una vez más pasé ante el portero. Adopté de nuevo un hábito de monje, esta vez la vestidura amarilla del budista. Un pequeño incidente con el cochero hizo que llegara un poco tarde; fui el último en entrar y el portero cerró la puerta tras de mí. Al presentarme a los guardias internos, la mujer dijo algo en sánscrito al patriarca. Aunque conocía algo el idioma, las palabras no fueron bastante distintas como para que pudiera entender el significado. Al presentar mi tarjeta, se inclinaron en reconocimiento, la mujer se levantó y me acompañó al salón blanco de la derecha. Señalándome un asiento, ella se sentó frente a mí. Durante unos minutos estuvimos frente a frente en silencio, sin que sus penetrantes ojos dejaran de mirarme fijamente. Por fin entró el patriarca, quien sacando un libro de su bolsillo, se sentó en el lado opuesto de la mesa.

“Alfonso Colono”, empezó la mujer, en voz baja y penetrante, “cuando entró usted por primera vez aquí, trazamos su horóscopo y lo encontramos todo favorable.” Se detuvo un instante, y su voz se hizo severa al continuar: “Pero recientes ocurrencias nos han causado aprensión y, temiendo habernos equivocado en cuanto a la hora de su nacimiento, tenemos que comprobar nuestras

conclusiones. Debemos proteger a nuestras queridas hijas y excluir a todos los indignos de entrar en estas cámaras. Si usted no puede pasar esta prueba, tendrá que volver al mundo hasta que le llegue la hora. Sólo los puros pueden asociarse con quienes usan vestidura blanca”.

Un temor empezó a invadirme. ¿Qué habría yo hecho? Luego, convencido de la pureza de mis sentimientos, recuperé la calma y la fortaleza. Tomando mi mano, la mujer dijo:

“Permítame ver su palma.”

¡Ah!, pensé; quieren comprobar mi horóscopo por la ciencia de la quiromancia.

Inclinándose sobre mi mano, la mujer la miró atentamente y por largo tiempo; luego, tomando mi otra mano, las juntó y apretó una con otra y las separó, comparándolas con gran cuidado. Después, tomando un instrumento, parecido a un compás, midió la unión del pulgar y el índice y, sirviéndose de esta medida como base, siguió a lo largo la línea de vida. Por fin, al parecer satisfecha, se levantó y dijo al patriarca:

“Todo está bien; no hay conflicto; su mano es fuerte y tiene marcas especialmente favorables. Un nimbo en el monte de Apolo; la línea del corazón larga, profunda, dentada, pero continua, que ramifica hacia arriba y sobre el monte de Júpiter. Esto significa gran gloria y amor firme libremente dado. La línea saturnina del destino se abre recta hasta su fin. La línea de cabeza, ancha, profunda y de buen color, se separa de la de la vida; es altruista. No tiene cinturón de Venus, ni cruces que traigan males duraderos; la Luna, que es fuerte, aunque no en exceso, da mente ocultista. Un doble cuadrado preciso y claro sobre Júpiter, indica que está doblemente protegido. Verdaderamente, todos los signos son buenos; es digno de confianza. Si ella es capaz de guiar su corazón de uno a todos, hay promesa de Maestro.”

El patriarca, que había tomado nota de todos los de-

talles, guardó su libro, mientras la mujer soltó mi mano y señalando hacia una puerta lateral, me dijo:

“Ahora, puede usted pasar.”

Al levantarme para abandonar la sala, la mujer me dijo:

“Hermano, guarde bien su corazón, ahí está su mayor fuerza y también su debilidad más grande. Ha de ser dominado; de lo contrario su mente será inestable. No permita que pensamientos de placer, breves y cortos, lo tengan alejado de la sabiduría que conduce a lo Eterno. Ahora, entre.”

La puerta se abrió; al trasponerla, como por señal secreta o por comprensión, la monja vestida de blanco se puso a mi lado.

“¡Un monje pagano, en una tierra cristiana!”, exclamó ella con bien disimulada sorpresa.

“Buda no era pagano, monja; Él enseñó la moral de tu Cristo y las tres doctrinas más grandes que el hombre ha enseñado.”

“¡Ah! ¿Desde cuándo? ¿Cuáles son esas verdades?”

“Desde quinientos años antes de tu Cristo, Buda y sus verdaderos discípulos han enseñado la doctrina de Iluminación, Ley y Evolución, de manera perfecta.”

“¿Qué, iluminación en aquel oscurecido país?”, replicó ella, burlescamente, al parecer, de un modo completamente diferente aquella noche.

“¿Desde cuándo oscurecido? Sólo desde que la espada de Alá usurpó el trono; sólo desde que la regla de hierro ha predominado sobre la enseñanza de Buda; sobre la gentileza y el derecho.” Aunque mi vestimenta era ficticia, mis palabras no lo eran. Al terminar yo, ella respondió:

“Veo, monje, que tus convicciones están firmemente arraigadas. Pero, ¿qué de la Ley?”

“La ley según la cual, toda causa tiene su efecto, que reacciona contra su causa; y que todas las cosas de la

tierra están sujetas a una ley eterna, inmutable y cierta.”

“¿Y qué de la Evolución? ¿Ésta es una doctrina moderna que Buda no enseñó?”

“No enseñó la evolución materialista. La mente no puede venir de la materia fría y muerta; la vida no puede proceder de la forma inanimada; pero la evolución o desenvolvimiento sin término, por manifestación de un Esencia invisible y omnicompenetrante, sí la enseñó.”

“Pero Buda era un ateo.”

“No era tal. La idea oriental de Dios, he de confesar, es muy diferente de la del Occidente; ellos no pueden concebir que una personalidad, revestida de forma, pueda estar presente en todas partes; pero ellos proclaman un Brahma infinito, que todo lo llena.”

“Bien, no vamos a pelear; Cristo y Buda ambos fueron buenos. Pero ésta es una conversación seria para un salón de baile.”

Diciendo esto con su acostumbrada ternura, se tomó de mi brazo.

“¿No aliviaremos nuestras mentes participando de la danza?”, insinué yo, al iniciar la orquesta un vals; pues recordé que nunca había bailado con ella.

“Y pensar”, contestó ella, “que un monje y una monja se entregan a la danza. Ninguna mente que se deslice a lo frívolo, puede ocuparse de pensamientos serios.”

“No, por cierto”, repliqué, “las mentes maestras pueden ocuparse de diferentes cosas en momentos diferentes; pero otros mezclan todas las cosas en todo tiempo; lo cual trae confusión y no sabiduría. Luego, una vez terminada la danza, concentraremos nuestros pensamientos en el estudio, y este recreo nos habrá hecho bien.”

“El monje razona con sabiduría y, al escucharlo, la monja, contra sus reglas, va a bailar.”

Hasta entonces, un apretón de manos formal; ahora, como una hada en mi brazo. ¿Podía ser ésta la muchacha campesina? ¡Oh no! Antes su fuerza de voluntad

mantuvo a su alma restreñida; ahora, era ella misma. Las almas a tono con la música sutil se unieron en la tierra.

¡Oh, qué felicidad! ¡Qué gozo! Pero, qué, ¿ha terminado la música? ¡Qué corto, cuán elusivo es el tiempo!

Ella fue la primera en volver a la tierra; durante unos momentos se había unido a mí; pero, ahora, individualizados y separados, de nuevo, habló:

“Vamos, mi monje, no perdamos más tiempo; tenemos que estudiar.”

“¡Perder tiempo!”, protesté, al tiempo que nos dirigíamos a la sala de estudio.

“Sí, perder tiempo”, contestó ella cruelmente, y añadió: “Aquello ha sido una unión temporaria; hay una unión que es eterna”.

Una vez que entramos en la sala de estudio, ella, ante mi sorpresa, se sentó frente a mí y preguntó:

“¿Qué has pensado, desde que nos vimos la última vez?”

“Hermana”, contesté con alguna vacilación, “mis pensamientos han estado contigo.”

“Un tema bien pobre”, replicó; y antes que yo pudiera hablar, continuó:

“Antes del baile hablaste con sabiduría; ¿es verdad, realmente que puedes concentrarte y dominar tu mente?”

“He podido en buena medida, antes de conocernos”; contesté con sinceridad, tratando de atraerla a mi línea de pensamiento.

“¿Quieres decir que no has tenido éxito después de conocerme?”

“Tengo que confesar que no”, contesté con tono vacilante.

“¿Luego, he ejercido perniciosa influencia sobre ti, no es cierto?” Dijo esto con un tono de tristeza en su voz, y yo repliqué prontamente:

“No, no mala influencia; sólo que mi corazón ha sido

más fuerte que mi cabeza. Mi amor me ha dominado. Lola, mi amor por largo tiempo perdido, te amo.”

Tendí mis manos hacia ella; con el corazón lleno de ardiente amor, la hubiera acariciado; pero, ella, con una mirada que casi quemó mi alma, me mantuvo quieto, mientras, con voz maravillosamente bajo control, decía:

“¿Has vivido todas tus pasadas existencias por nada? ¿El dolor y el sufrimiento que hemos soportado no han producido resultado alguno? ¿Hemos de permanecer, sujetos por deseos terrenos, en este valle de miserias? ¿Morimos en el monte Etas y languidecimos en las celdas del convento por nada? ¡No! Fue sólo para pagar las deudas traídas de vida aún anteriores. Fue para enseñarnos lo transitorio de los amores egoístas. Y ahora, con las deudas kármicas agotadas, y todas las experiencias registradas en nuestras almas, ¿hemos de permanecer, por debilidad, en este valle de la noche y de la muerte, sujetos al renacimiento?”

Mientras hablaba, se inclinó hacia adelante, y sus expresivos ojos pardos brillaban con un fuego espiritual. Lejos de rechazarme, sus palabras me embelesaban, a la vez que me mantenían clavado en mi asiento. Contesté.

“Has traído a mi memoria mi amor por ti en tiempos pasados; aquél unido al presente, sólo da más fuerza al de ahora; pero has de saber, alma mía, que mi amor es puro y, ¿puede haber algo superior al amor puro?”

“El amor, mientras esté coloreado por un pensamiento del yo, no puede ser absolutamente puro. El amor puro es universal, lo abarca todo, olvidándose de sí mismo. ¿Qué amas tú, mi alma o mi cuerpo?”

“Tu alma; no pienso en el cuerpo.”

“¿Te das cuenta de lo que significan tus palabras? Si es así, podemos esperar planos más elevados de amor.”

“Me doy cuenta del significado; yo amo a tu alma.”

“¿Eres capaz de amar, ausente todo sentido del cuerpo?”

más fuerte que mi cabeza. Mi amor me ha dominado. Lola, mi amor por largo tiempo perdido, te amo.”

Tendí mis manos hacia ella; con el corazón lleno de ardiente amor, la hubiera acariciado; pero, ella, con una mirada que casi quemó mi alma, me mantuvo quieto, mientras, con voz maravillosamente bajo control, decía:

“¿Has vivido todas tus pasadas existencias por nada? ¿El dolor y el sufrimiento que hemos soportado no han producido resultado alguno? ¿Hemos de permanecer, sujetos por deseos terrenos, en este valle de miserias? ¿Morimos en el monte Etas y languidecimos en las celdas del convento por nada? ¡No! Fue sólo para pagar las deudas traídas de vida aún anteriores. Fue para enseñarnos lo transitorio de los amores egoístas. Y ahora, con las deudas kármicas agotadas, y todas las experiencias registradas en nuestras almas, ¿hemos de permanecer, por debilidad, en este valle de la noche y de la muerte, sujetos al renacimiento?”

Mientras hablaba, se inclinó hacia adelante, y sus expresivos ojos pardos brillaban con un fuego espiritual. Lejos de rechazarme, sus palabras me embelesaban, a la vez que me mantenían clavado en mi asiento. Contesté.

“Has traído a mi memoria mi amor por ti en tiempos pasados; aquél unido al presente, sólo da más fuerza al de ahora; pero has de saber, alma mía, que mi amor es puro y, ¿puede haber algo superior al amor puro?”

“El amor, mientras esté coloreado por un pensamiento del yo, no puede ser absolutamente puro. El amor puro es universal, lo abarca todo, olvidándose de sí mismo. ¿Qué amas tú, mi alma o mi cuerpo?”

“Tu alma; no pienso en el cuerpo.”

“¿Te das cuenta de lo que significan tus palabras? Si es así, podemos esperar planos más elevados de amor.”

“Me doy cuenta del significado; yo amo a tu alma.”

“¿Eres capaz de amar, ausente todo sentido del cuerpo?”

“Me hablas de planos superiores; pero si tal amor es posible, soy capaz.” ¿Estaba su alma elevando a la mía a la exaltada altura en que ella moraba? Yo sentía un poder espiritual agitarse en mí.

“No sólo es posible; es un hecho. Podemos amar en mente, en alma y en espíritu. El amor más exaltado de las uniones terrenas no es más que una vaga sombra de este grandioso amor. ¿Conoces tú el significado del verdadero amor?”

“Explicámelo, hermana; tus palabras me elevan a mundos superiores de amor.”

“Has de saber, entonces, lo que pocos hombres saben, que cada hombre es completo en sí mismo; que nada falta en él, si busca en las profundidades de su ser. Amor es nada más que el deseo del alma, en busca de una porción de sí misma que ha perdido y, sin la cual su gozo es incompleto. No pienses que el alma no puede perder una porción de sí misma; puede perderla. Lo que poseemos, sin ser conscientes de ello, está perdido, latente, por así decirlo; presente, pero sin manifestarse. Ahora bien, el ser perfecto es plenamente consciente de todas sus partes y atributos, y la perfección ha de ser nuestra meta final. Has de saber que tú estás en mí y yo en ti; y que, por tu medio yo llegaré a ser consciente de ti en mí y, por mi medio, tú llegarás a ser consciente de mí en ti. Esto es el ‘Enlace Virginal’. Este es el encuentro de la novia y del novio y los únicos esponsales conocidos en el cielo.”

Ella calló. ¡Qué extraño éxtasis produjeron sus palabras en mi alma! ¡Qué grande y qué noble; cuán elevado este concepto del amor divino y eterno! ¡Cuán bajos habían sido mis ideales hasta entonces! Sólo allí empecé a comprender las enseñanzas de mis padres. ¡Cómo se expandieron mis ideas acerca del universo! ¡Cuán infinito vino a ser para mí el campo del amor!

“Mi querida alma hermana”, contesté con el fuego

de la inspiración del momento, “nunca más degradaré mi corazón con amor impuro; aún ahora siento tu alma en la mía, dentro de la invisible esencia laten al unísono. Desde ahora me uno a ti como verdadero hermano para laborar por el mismo gran fin.”

Durante algunos momentos nos contemplamos en silencio, absorbiendo con los ojos el alma uno del otro. Ella rompió el silencio con un suspiro de gozo, y dijo:

“¡Por largo tiempo he esperado este momento, amor! ¡Mucho he llorado por ti y he esperado en vestiduras negras! Ahora, marcharemos juntos, coronados con la pureza virginal que nos da derecho a la luz.”

“¡Oh, hermana, qué bondad la tuya al esperar por mí, que, por mis deudas, no era todavía libre!”

Una sonrisa de felicidad fue su única contestación; pero la expresión de su rostro lo decía todo.

“Hermano”, dijo, por fin, nunca había yo oído esa palabra sonar tan dulcemente, “hemos probado el gozo que pertenece a los perfectamente puros; ahora hemos de descender una vez más al mundo y cumplir con nuestros deberes actuales. ¿Estás listo para la instrucción regular?”

“Estoy listo y atento, hermana”, contesté, teniendo todas mis emociones bajo dominio.

“Entonces, lo primero que tendrás que hacer es conseguir el dominio completo sobre tu mente. Yo sé que tu cuerpo, en cuanto se refiere a actos premeditados, lo tienes dominado; de lo contrario no estarías aquí. Pero has de saber que, antes de que puedas pasar más adelante, has de dominar tus propios pensamientos; porque cada uno de ellos crea condiciones correspondientes en tu mente y en tu cuerpo. Los pensamientos son más fuertes y potentes que los actos. El pensamiento viene primero; somos formados por nuestros pensamientos, y estamos rodeados por poderes invisibles y potencias creadas y fortalecidas por los pensamientos que pensamos. Te corresponde, de consiguiente, hacerte capaz de guardar el

templo de tu mente contra todas las cosas impuras. Con este dominio del pensamiento, has de cultivar el poder de concentración y poder fijar tu mente en una sola idea o cosa, con exclusión de todo lo demás. De esta manera, tu mente llega a identificarse con la esencia de la cosa sobre la que estés pensando, y viene el conocimiento verdadero. Para ayudarte en esta práctica se te darán ciertas reglas secretas. Además, tienes que dominar a tu corazón y regir todas las emociones; porque en esto está tu prueba más grande, y debes estar preparado. ¿Me amas?”

“Con todo mi corazón y con toda mi alma”, contesté a esta repentina pregunta.

“Entonces has de estar preparado para sacrificar ese amor”, dijo ella con una vehemencia que me sorprendió.

“¿Es ese tu mandato?”, pregunté, sin pleno dominio, tratándose de esta cuestión.

“Es necesario para tu bien”, contestó ella.

“Siendo así, estoy dispuesto; pero, dime, ¿qué puede exigir un sacrificio tan grande como éste?”

“La humanidad y la verdad”, contestó ella; “éstas nada tienen tras sí, y todo ha de ser sacrificado en su altar.”

“¿Supongamos que yo te amo como personificación de ellas?”

“Entonces, ten cuidado; sólo los menos avanzados necesitan formas para ayudarles a concebir lo universal y las abstracciones. La personificación, con frecuencia, se confunde con lo que representa. La mente no entrenada es débil, por eso, la ayudan en su evolución ascendente, las formas y símbolos en los que concentra sus pensamientos. Tú, vestido de monje oriental esta noche, debes saber que tal es el objeto de los ídolos de Oriente; sólo que las mentes infantiles equivocan el significado. Luego, recuerda al gran hombre Jesús, a quien sus fieles han confundido con el Cristo Universal que lo animó. Por

templo de tu mente contra todas las cosas impuras. Con este dominio del pensamiento, has de cultivar el poder de concentración y poder fijar tu mente en una sola idea o cosa, con exclusión de todo lo demás. De esta manera, tu mente llega a identificarse con la esencia de la cosa sobre la que estés pensando, y viene el conocimiento verdadero. Para ayudarte en esta práctica se te darán ciertas reglas secretas. Además, tienes que dominar a tu corazón y regir todas las emociones; porque en esto está tu prueba más grande, y debes estar preparado. ¿Me amas?”

“Con todo mi corazón y con toda mi alma”, contesté a esta repentina pregunta.

“Entonces has de estar preparado para sacrificar ese amor”, dijo ella con una vehemencia que me sorprendió.

“¿Es ese tu mandato?”, pregunté, sin pleno dominio, tratándose de esta cuestión.

“Es necesario para tu bien”, contestó ella.

“Siendo así, estoy dispuesto; pero, dime, ¿qué puede exigir un sacrificio tan grande como éste?”

“La humanidad y la verdad”, contestó ella; “ésta nada tienen tras sí, y todo ha de ser sacrificado en su altar.”

“¿Supongamos que yo te amo como personificación de ellas?”

“Entonces, ten cuidado; sólo los menos avanzados necesitan formas para ayudarles a concebir lo universal y las abstracciones. La personificación, con frecuencia, se confunde con lo que representa. La mente no entrenada es débil, por eso, la ayudan en su evolución ascendente, las formas y símbolos en los que concentra sus pensamientos. Tú, vestido de monje oriental esta noche, debes saber que tal es el objeto de los ídolos de Oriente; sólo que las mentes infantiles equivocan el significado. Luego, recuerda al gran hombre Jesús, a quien sus fieles han confundido con el Cristo Universal que lo animó. Por

todo esto, las mentes no entrenadas tienen excusas; su adoración, si sale del corazón, no se pierde; pero de ti se esperan cosas mejores. Nuestro tiempo ha terminado; pero antes de salir, permíteme que te haga algunas advertencias. Hasta ahora, has pasado pocas pruebas; en adelante, tu camino se hará más áspero; las verdades sagradas, que dan poder, sólo se alcanzan por pasajes profundos, oscuros y terribles, rodeados de inmensas montañas. Deberás atravesar esos pasajes solo; ningún brazo de apoyo puede ayudarte; has de encontrar tu fortaleza interior, de lo contrario, fracasarás y habrás perdido. Ten cuidado de la duda, del temor y de pensamientos del yo; éstos son las celadas que hacen caer y las nieblas que ciegan. ¿Serás tú, oh hermano, fuerte, bravo y paciente?”

“Lo seré, querida hermana”, dije con una determinación que su fortaleza me inspiró.

“Entonces, vamos, y recuerda mis últimas palabras; pase lo que pase, confía en mí y mata toda duda.”

“Confío y no tengo dudas”, contesté, mientras nos preparábamos para salir.

La parte social de la velada había terminado y la mayoría de los miembros ya se habían ido; el tiempo había pasado rápidamente para nosotros.

“¿Es claro que te acompañaré a tu casa?”, pregunté mientras salíamos.

“Esta vez, sí”, contestó, como provocándome por lo de “esta vez.”

Descendimos por la escalinata y entramos en el coche de Iola, el que se alejó rápidamente.

Por acuerdo tácito, permanecimos en silencio durante todo el viaje, contentos de sentir nuestras almas unidas y comunicarnos en el lenguaje del pensamiento silencioso. Pasamos por el portal, bajo el siempre vigilante Cupido, y nos acercábamos a la escalinata del palacio, cuando

ella rompió el silencio, dirigiéndose a mí, por primera vez, en mi antiguo nombre:

“Cleo, para esta semana, te doy como prueba de tu fuerza mental que me borres de tu pensamiento. El grado con que lo consigas determinará el carácter de nuestra próxima reunión.”

“La tarea es grande”, contesté, “pero, por lo que ha de seguir, y en cumplimiento de tu orden, haré cuanto pueda.”

Habíamos llegado a la escalinata y me despedí en la puerta con un gentil apretón de manos; ni beso, ni caricia, sólo un dulce “buenas noches”.

Pero, ¡oh! vosotros, los que confundís una pasión egoísta y la llamáis amor, no conocéis el divino éxtasis del potente amor en que se unen alma y alma, en profundidades invisibles. Por primera vez sentía que no había separación; su alma estaba en la mía; ¿estaba la mía en la de ella? ¿Estaríamos así indisolublemente unidos para siempre?

CAPÍTULO X

PRUEBAS

Otra semana había pasado, durante la cual, siguiendo instrucciones, me había esforzado, lo mejor que pude, en conseguir el dominio de la mente. Por primera vez, comencé a darme cuenta del poder de la voluntad humana. Cada vez que mis pensamientos iban a Iola, con inflexible severidad los arrojaba de mí. A fin de conseguir esto con más eficacia, elegí profundas cuestiones de ciencia, metafísica y filosofía, y concentré en ellas todo el poder de mi mente. Tomé los símbolos e instrucciones, que me habían sido explicados y delineados parcialmente, y los analicé uno a uno por separado y, cada vez que mi mente tendía a desviarse hacia algún otro objeto, la volvía al tema elegido con firmeza y determinación.

De igual manera, practiqué la concentración en las cosas nimias de la vida; traté, por todos los medios a mi alcance, de vencer la tendencia habitual de la mente a vagar, en mi propósito de alcanzar lo que los yoguis hindúes llaman "mente en una única dirección".

En la noche de la reunión siguiente, recibí por mensajero especial, una nota diciéndome que permaneciera en casa durante otra semana, sin ir a la reunión.

La nota estaba firmada por Iola y no daba explicaciones. Sin comentarios, volví a mi habitación y, a fin de aquietar mis pensamientos que, entonces, ten-

dían a vagar más que nunca, elegí el Ego como tema de contemplación.

Siguiendo ciertas reglas, cerré la puerta, apagué la lámpara y me arrellené en mi sillón. Durante algunos momentos hubo cierta vaguedad; pero, al persistir, ésta cesó, y mi mente se centró en el tema. La concentración se hizo más profunda, y empecé a sentir un dolor en el interior de la cabeza; el dolor cesó, y un adormecimiento, comenzando en los miembros inferiores, fue invadiendo todo mi cuerpo. Al mismo tiempo, empezó una succión interior entre los ojos y un fuego ardiente llenó mi cerebro superior y las sienes.

A esta altura, se inició una violenta agitación en mi lado derecho y me invadió una sensación de miedo. Abrí los ojos, que había cerrado para facilitar la concentración, y me vi rodeado de una luz blanca y, más allá de ésta, en la obscuridad cargada de corrientes de color rojo, había una hueste de criaturas horribles, medio humanas y medio animales, de formas monstruosas y facciones horrorosas. Dando un grito, me levanté; la luz se desvaneció, las formas se disiparon y, temblando, quedé solo en la obscuridad. A poco me serené; encendí la lámpara y conseguí calmarme. "He ido demasiado lejos", murmuré. "He tentado a los demonios del aire. Si evoco así a los elementales, sin poseer suficiente fuerza para dominarlos, estoy condenado a la locura."

Transcurrió otra semana, convencido de que había cumplido bien mi deber. Llegó la noche, y como no había recibido órdenes en contrario, tomé mi coche y llegué al lugar de la reunión. La mujer con antifaz me señaló una puerta a la derecha y, al entrar, me encontré en presencia de la mujer ante la cual me había presentado por primera vez, y a la cual conocía yo bajo el nombre de Madame Petrovna. Sin decir palabra, me señaló un asiento y, fijando sus penetrantes ojos azules, me miró con

miradas escrutadoras durante varios minutos. Sostuve su mirada sin pestañear y, por fin, habló así:

“Hermano, su instructor me informa que usted desea entrar en el sexto subgrado, ¿no es así?”

Yo creía que ya era miembro del sexto grado; pero ella, como si leyera mi pensamiento, dijo:

“No, no pertenece todavía al sexto grado; usted es meramente un probacionista. Sólo podrá entrar cuando esté garantizado por un miembro que lo conozca. Su instructor, a quien usted conoce como Iola responde por usted y afirma que lo conoce.

”Sepa usted ahora que al hacerlo así, ella asume una tremenda responsabilidad; pues, si usted fracasa, ella tendrá que sufrir las lamentables consecuencias que inevitablemente se producen. Ahora, sea usted sincero, ¿su instructor le ha pedido a usted que dé este paso?

”Sólo indirectamente, hablándome de las grandes alturas, que se pueden alcanzar; lo pido por libre voluntad y sin que nadie me lo aconseje, ni me lo imponga.”

“Así está bien. Es peligroso hacer prosélitos; porque, al hacerlos, nos ligamos con el resultado de sus fracasos. Por lo tanto, usted asume toda la responsabilidad, ¿es así?”

“Ciertamente que sí”, contesté.

“¿Se da usted cuenta de la gravedad de este paso? ¿Conoce las responsabilidades y deberes que trae consigo?”

“Asumo todo eso, sea lo que quiera: estoy preparado y dispuesto”, contesté.

“¿Ama usted a su instructora?”, me preguntó.

“Con toda la fuerza que un hombre puede amar”, contesté sin vacilar.

“Entonces, no fracase, porque si usted fracasa, ella también tendrá que sufrir.” Entonces, como respondiendo a una señal secreta, Iola abrió la puerta y entró. Iba vestida de blanco, como de costumbre, pero su bello

rostro no estaba cubierto por el velo y su abundante cabellera colgaba suelta sobre sus hombros.

“Quítese el antifaz”, ordenó Madame, dirigiéndose a mí; pues yo tenía cubierto el rostro.

“Hermana”, dijo dirigiéndose a Iola, “lo reconoce, acepta y lo considera como su hermano.”

“Ciertamente que sí”, contestó Iola con voz firme y clara, mientras dirigía su mirada profunda e intensa hacia mí.

“Tómelo, entonces, como hermano; instrúyalo en las enseñanzas de este grado; usted será responsable de todos sus fracasos.”

“Hermano”, añadió, dirigiéndose a mí, “nuestra muy querida hija y hermana, le enseñará los secretos del sexto grado; como usted la ama, como ama a su propia alma, nunca, mientras viva, divulgue tales secretos. Que la tortura, selle sus labios; que la recompensa y la fama hagan más profundo su silencio.”

“Juro no hablar nunca de ellos, salvo que se me dé permiso para ello”, contesté solemnemente.

“Entonces siga, perseverere; venza todos los obstáculos, y, quizás nos veamos de nuevo.” Hizo señal de despedida e Iola me condujo a una habitación lateral.

Después de cerrar la puerta y sentarnos frente uno al otro, en la mesa del centro, Iola se inclinó hacia adelante apoyando sus manos sobre la mesa, y mirándome bondadosamente dijo:

“Cuéntame, hermano, la experiencia que tuviste en tu habitación, la noche de la última reunión”.

“Pero, ¿cómo lo has sabido?”, pregunté sorprendido.

“Por la porción de mí misma que está en ti”, replicó, sonriendo ante mi sorpresa.

“¿Quieres explicarme lo que quieres decir?”

“Es mejor que aprendas por experiencia; explicar, hablándote de cosas sólo perceptibles a sentidos que no has desarrollado todavía, no haría más que agregar mis-

terio a misterio. Difícilmente puedes comprender lo que está más allá de tu experiencia. Una vez, que con nuestra ayuda, hayas desarrollado los sentidos superiores, ahora latentes, todo se te hará claro. Ahora, explícate.”

Relaté mi experiencia, tal como ocurrió y al terminar yo, ella dijo:

“Las tres últimas advertencias que te hice, hermano mío, fueron: matar toda duda; no temer; y olvidarte de ti mismo; pues, éstos son los tres grandes enemigos del conocimiento. Evidentemente, olvidaste estas advertencias, o no hiciste como te dijeron; porque el temor te hizo pensar en tu seguridad, y provocó tal visión astral. Debes saber, hermano, que mientras seas puro y tus pensamientos altruistas, nada tienes que temer. La luz blanca que te rodeaba, es impenetrable y protege contra todos los poderes del mal, visibles e invisibles. Guárdate del mal en ti, y nada tendrás que temer del mal de afuera. Los dioses no dejan sin protección al hombre puro; está resguardado aunque él no lo sepa. Además, ahora eres miembro de la Gran Fraternidad, cuyos grandes Protectores, aunque invisibles, están siempre contigo.” Ella se detuvo, y yo repliqué:

“Hermanas, tus palabras me recuerdan las enseñanzas de mis padres, y me hacen ansiar saber más acerca de la Gran Fraternidad, de los Maestros y de mis queridos padres, que me esperan allí”.

“Hermano, todo ha de esperar su tiempo; los decretos eternos de la Ley no se pueden poner de lado para satisfacer tus ansias. No se te puede poner en la Fraternidad, sino que has de crecer hasta Ella. Hasta ahora, poco se te ha dicho de tus nobles padres; ahora te puedo decir que viven y son miembros del exaltado Tercer Grado.”

“¿Me puedes decir algo de mi hermana, Esmeralda?”

“Ella vive también; es una hermana virgen; la encontrarás en este grado. Ahora, vamos a nuestros estudios.”

Al hablar así, sacó de entre su vestido un rollo de pergamino, que extendió sobre la mesa, entre los dos; era una vitela y parecía muy antiguo.

Trazada en el mismo había una extraña combinación de números, signos, letras, colores, plantas y animales; en los ángulos había cuatro escenas alegóricas.

“Esta clave, hermano mío, fue traída del Tibet o de Tartaria por Paracelso, en el siglo XVI; como todas las obras ocultas de aquel gran místico, es incomprendible para todos los no iniciados.”

Iola se había, ciertamente, convertido en instructora y presté toda mi atención a sus explicaciones sobre aquel cuadro místico.

“Este cuadro explica los misterios del Universo, desde lo infinitamente pequeño a lo infinitamente grande. Hace clara la grande y misteriosa Ley de Correspondencias; una vez que comprendas plenamente como actúa esta ley de leyes, estarás preparado para el gran Tercer Grado. Aquí se da sólo una parte; ésta, sin embargo, te hace miembro pleno de este grado.” Luego continuó:

“Estos signos”, señalando a varios de ellos, “conocidos por todos los astrólogos, simbolizan las siete cualidades que constituyen el Universo. “Observarás”, continuó, mientras mi interés crecía, “que estos tres símbolos están separados y no aparece signo de correspondencia entre ellos. Pero esto es un velo; son realmente, los más íntimamente relacionados de todos y están simbolizados bajo las palabras de Azufre, Mercurio y Sal. Mercurio y la Sal ocultan el gran misterio de la constitución del hombre. Has de saber que el Universo proviene de una substancia homogénea, primordial y omnicompenetrante, cada parte o porción de la cual contiene, en potencia, todos los poderes que existen ahora y que existirán siempre después. Ahora bien, cada partícula del presente heterogéneo Universo, por ser sólo un aspecto condicionado del homogéneo del cual procede, contiene inherentes en

sí misma, todos estos poderes infinitos, que tratan siempre de expresarse. Pero la actividad de estos poderes está condicionada por los estados de la substancia sobre la cual actúan, y todas estas actividades condicionadas, que son una en realidad, se manifiestan como vida, voluntad, mente y las demás fuerzas de la naturaleza. Tras de todo hay una trinidad; ésta es: Espíritu o voluntad, un poder que se mueve por sí mismo; substancia o éter, la porción inseparable de este mismo espíritu que se mueve; y el tercero, igualmente inseparable el hecho del movimiento. Espíritu, substancia y movimiento, constituyen una trinidad que es una unidad.

Pasando sus dedos a algunos otros signos peculiares, continuó:

“Hay muchas clases diferentes y grados de movimiento o vibración, y cada movimiento o vibración crea su correspondiente substancia, color, sonido y número. De las diferentes clases de movimiento, este carácter representa él en espiral; éste, el remolino; éste, el vibratorio; éste, el ondulatorio; y éste el de atracción y repulsión. Los científicos, con la ayuda del microscopio, han descubierto vidas invisibles, que corresponden a todos éstos, y hasta sus formas revelan su relación. Que tengan cuidado, porque están penetrando en los dominios de lo oculto, y dentro de poco proclamarán como científicas muchas de las ridiculizadas supersticiones de los antiguos. Hoy en día se enseña, bajo nombres nuevos, ocultismo antiguo”.

De esta manera, continuó Iola, durante dos horas, explicando el cuadro y comentando con gran cuidado sobre cada punto.

Al término de su conferencia se había hecho gran luz sobre mis estudios anteriores. Muchos enigmas quedaron explicados; pero, aunque muchos misterios se habían aclarado para mí, el campo del conocimiento se había extendido y nuevos misterios se presentaron ante mi vista.

“Maravilloso, maravilloso, maravilloso”, exclamé, “es el campo del conocimiento infinito.”

“Infinito”, respondió ella. “Cuanto más alto nos elevamos, más lejos vemos, los límites se expanden siempre, se ensanchan constantemente, hasta que la inmensidad del hombre y del Universo dan lugar a una inmensidad más grande.”

“¡Oh, Iola, cuánto te debo!” Levantando su dedo me detuvo, y replicó:

“Nada más que lo que mereces; a su tiempo, cada hombre recibe la plena recompensa de sus méritos, plena justicia y todo lo que se le debe, sea bueno o malo. Tú te demoraste; no dominaste a tu corazón; cuando se conoce el pasado, todo esto se hace claro”.

En aquel momento resonó una nota musical en la habitación y ella dijo:

“Ahora termina esta lección. Con esta clave has de estudiar solo, por algún tiempo. Yo te muestro el camino; ahora tú mismo has de trabajar. He tratado de mostrarte lo infinito del amor, lo mismo que lo infinito del conocimiento y de la mente. El hombre, por contener corazón para amar y mente para pensar, es la consumación más grande del mundo; el fin al que tiende toda la evolución; el objetivo de la creación”.

“¿Consideras tú al hombre como la consumación de todas las cosas?”, pregunté.

“El hombre, por contener todas las cosas, es la consumación de todo. En él está el universo en miniatura. En el hombre está Dios y el demonio; cielo, tierra e infierno; estrellas, soles y planetas; espíritus, ángeles y todas las huestes existentes.”

“Entonces, verdaderamente, el antiguo axioma, ¡conócete a ti mismo!, tiene un significado mucho más amplio, que el que los hombres le dan.”

“Mucho más amplio”, respondió ella, “quien se conoce a sí mismo comprende al universo.”

“No hace mucho has dicho que todos los hombres obtienen, a su tiempo, lo que se merecen; ¿no obtienen, con frecuencia, lo que no merecen y muchos sufren injustamente? ¿Crees tú que la justicia es segura y que no hay injusticia?”

“No podemos decir con certeza lo que el hombre merece o no merece; no conocemos su pasado, el que se extiende a muchas vidas anteriores. El inocente sufre y hay injusticias en el mundo; pero es porque el hombre es injusto para el hombre; Dios y la naturaleza son infaliblemente justos y seguros. El hombre tiene el poder de contrariar las leyes que debieran gobernarlo y, al contrariarlas puede, por así decirlo, pervertir la naturaleza y establecer condiciones que no están en armonía con el bien divino. De consiguiente, en el mundo de los hombres hay injusticias; pero los que se identifican con este mundo están sujetos, en debida proporción, a las incertidumbres del mismo. Pero los que se unen a Dios y trabajan en armonía con la naturaleza, nunca están faltos de protección. No sólo están resguardados por poderes superiores, es decir, por los Grandes Protectores, sino que, con su modo de vivir, se despliega ante ellos la luz blanca que tú vistes la otra noche. Los poderes elementales y las formas del mal no podían transponer tal esencia. Esa luz es una protección contra todas las cosas exteriores; sólo lo que está dentro de ti mismo puede dañarte.”

“Pero”, yo persistí, “¿cómo puedes decir que Dios y la naturaleza son justos, cuando hay tantas desigualdades en el mundo? ¿Cómo explicar las desigualdades que vienen de nacimiento? ¿Por qué un niño nace puro y bueno, con nobles tendencias, y otro nace enfermo, imbécil o con malas tendencias? ¿Han de caer los pecados y errores de los padres sobre niños inocentes, y por ley de la naturaleza hecha por Dios? Concedido que el hombre tiene poder para pervertir las leyes naturales, con respecto al resultado que lo afecta; pero, me parece a

mí, que debiera haber guardianes que impidan que tales perversiones afecten a otros.”

“Esta es una cuestión a la que el mundo busca respuesta; pero que, por temor a las consecuencias, busca a ciegas. La Iglesia, por no poder contestar, la evade; el pesimista, cuyos argumentos la substancia, la afirma; y el mundo, que duda cuando se le contesta, exclama: ¿Por qué los hombres han de ser justos, cuando la naturaleza es injusta? Vamos a proyectar una luz oriental sobre el asunto. El carácter o naturaleza, con que todo ser viene a la vida, es el resultado de vidas anteriores. Los pecados de los padres no recaen en niños inocentes, sino sobre almas renacidas de vidas antiguas, cuyas cualidades conservadas las llevan a padres de los cuales reciben nuevos cuerpos, de acuerdo con sus merecimientos.”

“¿De manera que, tú aceptas como explicación la enseñanza sobre la pre-existencia y el renacimiento?”

“Sin estas enseñanzas, que justifiquen las desigualdades entre los hombres, el deber carece de base y la justicia es un mito. Sin estas enseñanzas, la continuación del alma carece de lógica; la conservación no tiene base; la evolución no tiene significado y las desigualdades de la vida vienen a ser una blasfemia. Pero, hermano mío, todo esto te resultará claro una vez hayas pasado por este grado.”

Al terminar ella de hablar, nos levantamos y salimos. Nuestros pensamientos nos hicieron pasar el tiempo tan rápidamente como en las noches anteriores y fuimos de los últimos en partir.

Iola era ciertamente una mujer superior. Amándome, como yo sabía que me amaba, dominó su amor con voluntad férrea, sin darle expresión. Su conversación, durante toda la velada, se mantuvo en tono bondadoso y afectuoso; pero ni un instante mostró signos de un sentimiento más profundo. Al cruzar el pórtico, vi una figura alta entrar por la puerta por la que salíamos; Iola lo

saludó con una inclinación de cabeza. Yo nada dije, pero recordé al extraño adepto, Alvarez, por la capa que siempre llevaba.

Mientras el carruaje se alejaba en la obscuridad, Iola, de pronto se volvió hacia mí y dijo:

“Cleo, hermano, veo una nube que se cierne sobre ti, y te advierto que dentro de poco, serás probado hasta el límite de tus fuerzas. Mantente en guardia y no fracases. Guarda bien tu corazón; guárdate del egoísmo, del temor y de la duda; y, pase lo que pase, sé fuerte, bravo y verdadero. Mata el egoísmo con amor universal; mata la duda con el conocimiento; mata el temor con la fortaleza, ¿te sientes ahora fuerte?”

Ella puso énfasis especial en esta última pregunta, y yo contesté:

“Si fuera yo siempre tan fuerte, como cuando estoy en tu presencia, nunca sucumbiría”.

“Pero yo estoy siempre contigo, querido”, dijo ella mientras me apretaba la mano.

“¡Ah!, olvido esta preciosa verdad, mi alma”, dije devolviendo el apretón.

“No debes olvidar mi amor en esta vida y en muchas vidas pasadas”, replicó ella apoyando su cabeza en mi hombro.

La fiebre del amor venía a mí de nuevo; la calma tranquila del amor superior, empezaba a dar lugar a una energía más inquieta.

Apreté su mano y, al mirarla al rostro, vi sus bellos ojos llenos de lágrimas.

“Iola”, dije, “¿por qué estás tan triste? ¿Por qué esos bellos ojos están llenos de lágrimas?”

“Cleo”, contestó, “mi reprimido amor habla.”

“Mi querida, mi amor”, contesté mientras la abrazaba y besaba, “seca tus lágrimas y seamos felices en nuestro amor.”

Su cabeza se apoyaba en mi pecho; su corazón latía

junto al mío. ¡Oh, que gozo da el amor! Demasiado para expresarlo en palabras, nos amábamos en silencio. Acariciando su cabello castaño le di un fervoroso beso en la frente y me rodeó el cuello con sus brazos, mientras susurraba:

“Cleo, mi querido, ¡te amo, te amo!”

El coche se detuvo, entonces; pues estábamos en casa.

“Ah, ¿hemos de separarnos tan pronto?”, suspiró.

“Es sólo por poco tiempo, mi amor”, contesté; “¿por qué has rechazado mi amor tanto tiempo?”

“Ha sido sólo para probarte, Cleo”, contestó, mientras le ayudaba a salir del coche.

“Entonces, en adelante nuestro amor no tendrá barreras”, dije al darle las buenas noches, “tú serás mía, mi propia verdadera y amante esposa, ¿no es así, Iola?”

“Mi querido esposo mío”, contestó. Con una larga caricia nos separamos.

De vuelta a mi hogar, todos mis pensamientos eran un sueño continuo de amor. ¡Iola mi esposa; mi querida esposa!

Pasó otra semana y me presenté ante los guardianes internos. El patriarca y la mujer en negro me miraron inquisitivamente; terminado su escrutinio en silencio, se abrió una puerta desconocida hasta entonces y, a su indicación, la traspasé. Mirando alrededor, me encontré en una habitación pintada en una combinación de verde e índigo. Alrededor de las paredes había varios compartimientos de vidrio aislados, cada uno de los cuales contenía un asiento con almohadones, un estante de libros y una pequeña mesa, y en cada puerta de vidrio un carácter jeroglífico. En el centro de la habitación, ocupada casi toda ella por una mesa, de la que colgaban adornos de color índigo, cubiertos con caracteres místicos, estaba sentado un hombre de edad indefinible. Su cabello ondulado y su fina barba castaña, le daban apariencia de juventud, en contraste con las líneas de su rostro que

indicaban pensamiento y experiencia. Nadie más estaba en la habitación. Al entrar me indicó un asiento a su lado.

“Hermano mío”, dijo en voz baja y tono bondadoso, “desde ahora seré su instructor; para que sepa la razón de la transferencia a mi cargo, le diré que ha fracasado en cierta prueba, necesaria para darle el derecho de pasar al otro sub-grado.”

“He fracasado”, murmuré con cierta sensación de temor.

“Sí, ha fracasado usted; pero sólo Iola trató de llevarlo, por medios extraordinarios, al séptimo sub-grado, del cual ella es miembro. Ha fracasado, porque no ha desarrollado lo suficientemente su voluntad para dominar su corazón. Antes de que pueda pasar al séptimo sub-grado, donde ella está ahora, su voluntad ha de ser rey supremo.”

Una sospecha empezó a penetrar en mi mente, y pregunté:

“¿Qué he hecho? ¿Cuándo fracasé?”

“Cuando usted cedió al amor de ella y a los deseos de su corazón, en la noche pasada”, contestó.

Todo se me hizo claro entonces, su amor había sido una prueba; ella me había advertido, y yo declaré mi fortaleza para pasarla; me sometí a la prueba y fracasé. Sus lágrimas fueron causadas por una mezcla de amor y de tristeza; amándome, estaba obligada a probarme y aquellas lágrimas se debían, no sólo a su amor reprimido, sino también a la idea de que yo podía fracasar. Luego, ya fracasado, y sabiendo que las consecuencias no podían ser peores, por el momento, abrió su corazón y se apoyó con amor en mi pecho.

“¡Oh, Dios, qué pruebas para un ser humano! ¿Puede un mortal sobreponerse a ellas?” Volviéndome a mi instructor, pregunté, con labios temblorosos:

“¿Puede un ser humano pasar tal prueba y no ceder a tan supremo afecto?”

“Hermano mío”, contestó, solemnemente, “el grado al que ella quería llevarlo, es sobrehumano. Cuando llegue allí, será usted más que hombre, tal como se le conoce ahora.”

Por un momento permanecí sentado, ensimismado en pensamiento; mi instructor me miraba en silencio.

“¿Y significa esto la separación?”, pregunté serenándome un poco.

“Hasta que adquiera usted la fortaleza de encontrarla en su propia esfera, han de estar separados. Ya no se le permitirá a ella descender y sufrir de nuevo por usted; en adelante, tendrá que luchar sus propias batallas y desarrollar y apoyarse en su propia fuerza.”

Al dejar él de hablar, una ardiente determinación se despertó en mí, y dije:

“Mi instructor, con frecuencia he dicho: ¡Así será! y he fracasado; pero ahora, por última vez, digo: ¡nada me impedirá progresar! ¿Qué debo hacer?”

“Debe usted seguir el curso regular; el cual, aunque más lento, es seguro y cierto, si persevera en él. Primeramente, ha de trabajar por el dominio completo de la mente; una vez conseguido, su voluntad, desarrollada en el proceso, será bastante fuerte para dominar al corazón. Antes de que pueda pasar al grado siguiente, mente y corazón han de estar dominados y controlados.”

“Entonces, estoy dispuesto y sin demora me pongo bajo la dirección de usted”, contesté con firmeza. “¿Cuál es su curso? ¿Qué debo hacer? Empecemos desde ya.”

Mi instructor, con mirada indulgente, dijo:

“Aspirante, su fogosa impetuosidad habla bien de usted; pero recuerde que, el desenvolvimiento que perdura, viene despacio. Aprenda a tener paciencia y procure darse cuenta de la eternidad del tiempo. Su primer

deber consistirá en meditar y estudiar en la soledad. En adición a las instrucciones, que ya ha recibido, se le darán otras; y en una habitación, reservada exclusivamente a tal objeto, habrá de estudiar y meditar sobre el significado de tales instrucciones. En cada reunión semanal, se dará aquí una conferencia; terminada ésta, se retirará usted a uno de esos compartimientos, que se le reservará exclusivamente, para meditar sobre las instrucciones dadas. Si al término de seis meses ha conseguido usted suficiente dominio de su mente, como para que no se distraiga, en medio de la mayor confusión y diversidad de ambiente, se le permitirá someterse a prueba para ingresar en grados más elevados. Mientras tanto, no necesito decirle que no puede usted alcanzar el éxito, sin regulares hábitos de vida. Quizás esto está de más, en el caso de usted; pues, si hubiera habido alguna duda sobre esto, no habría tenido el privilegio de asociarse con un ser tan puro como Iola”.

En aquel momento, entraron varios estudiantes, y el instructor dio comienzo a su conferencia, diciendo a manera de introducción:

“Hermanos y hermanas, un nuevo miembro se une a nosotros en la búsqueda de la verdad; para su instrucción, volveré a tratar de los tres requisitos necesarios para entrar en este grado. No buscamos el conocimiento para acumularlo, sin aplicación, en nuestros cerebros; lo buscamos para utilizarlo en bien del mundo. Con esto en vista, consideramos como requisitos necesarios, conocimientos de arte, medicina y de leyes.

”Arte, para que por medio de formas, colores y símbolos, que le dan expresión, podamos difundir, por el mundo entero, nuestras nobles enseñanzas. Bajo la envoltura del arte, a través del cual los ciegos no pueden ver, presentamos nuestras verdades a quienes buscan la luz, e impresionamos inconscientemente, hasta a aquellos que aman la obscuridad.

"Por medio de la música, el lenguaje del alma, e inseparable del arte, calmamos a la naturaleza externa y aquietamos al alma sumergida en el hombre, esclavo de los sentidos. Mediante el poder secreto del sonido, llegamos a las almas más abatidas y las alentamos a nueva vida.

"Aprendemos medicina, a fin de aliviar el sufrimiento y mitigar los grandes dolores del mundo. Ella ofrece grandes oportunidades para hacer bien; proporciona, además, gran felicidad a quien se dedica a aliviar los males de otros: por lo tanto, como deber y por gozo, tratamos de ser médicos.

"Estudiamos leyes para poder proteger a quien no tiene ayuda; para defender al inocente y obtener justicia en el mundo de los hombres. Hemos de exaltar la ley; no la pervertida para fines egoístas y crueles, sino la regla del derecho, en cuyos estrados el débil encuentra equidad y puede hacer frente al fuerte; y la pureza y la pobreza pueden contender con el crimen, la codicia y el oro.

"Pero téngase en cuenta que no nos encerramos en los estrechos límites que el mundo exterior pone en esos campos de actividad. Para comprender estas grandes profesiones, el hombre ha de hacer del Universo su tema de estudio y ha de conocerse a sí mismo. La ciencia necesita de la filosofía, que es su esencia, o sea, la ciencia de la gran unidad, cuya trinidad conocemos como color, forma y sonido".

El instructor se detuvo y, asumiendo un tono bajo y de conversación, comenzó una conferencia secreta sobre el triple misterio de color, forma y sonido, que aclaró por medio de números.

Terminado el discurso, entregó a cada miembro un cuadro, dándome uno a mí con la llave de uno de los compartimientos. Me fui al que se me habría designado, y extendí el cuadro sobre la mesa y vi que era una clave en cifra; tomé algunos libros del estante, escritos en

caracteres similares y trataban sobre magia espiritual. Este curso duró seis meses. Durante las horas de estudio, el instructor principal permanecía en el centro de la habitación y vigilaba cuidadosamente a cada estudiante y, al final de la sesión reunía los cuadros y las llaves.

Durante esos seis meses, con determinación casi cruel, desvanecí a Iola de mi mente. Estaba decidido, si fuera necesario, a romper mi corazón; me dominó la irresistible impetuosidad de dominarlo todo, y entrar por la violencia en el Reino de los Cielos, por así decirlo. En la vigésimo séptima semana, mi instructor me dijo que, si lo deseaba, podía someterme a la necesaria prueba de fortaleza, preparatoria para ingreso en siguiente grado superior.

“Deseo la prueba”, contesté con confianza; al mismo tiempo que, recordaba mis fracasos anteriores, formaba la firme determinación de triunfar.

“Entonces, sígame”, dijo fríamente.

Tenía ya una idea de cuál sería la prueba y, de consiguiente, estaba mejor preparado. Sabía que sería una prueba de concentración mental. Me fijarían un tema para meditar y, luego, tratarían de distraer mi atención con ruidos, confusión y otros medios. Recordé a Sócrates, quien se mantuvo un día entero en profunda reflexión mientras un ejército se movía en confusión a su alrededor. Recordé al yogui hindú, quien, durante un motín en la India, estuvo sentado y en silencio durante horas, mientras tronaban los cañones y las balas silbaban a su alrededor. Con la mente alerta acompañé al instructor al lugar de la prueba.

Con mi rostro cubierto con una máscara, el instructor me llevó al centro de un salón de baile. Los acordes de la música llenaban la sala, y las parejas se deslizaban a mi alrededor. Con los ojos fijos en el piso lustrado, pero listo para volverlos hacia dentro, me llevó a un asiento tapizado y me dijo en voz baja; “Adentro”.

Instantáneamente, puse todo el poder de la voluntad

y de la mente en las profundidades de mi ser. Música, formas, tiempo, espacio y todas las cosas se desvanecieron; un ruido confuso surgió en mis oídos; un latido estridente palpitaba en los órganos subcraneanos, y después nada. Toda sensación del yo había cesado; había dejado de ser. Tres horas más tarde, me encontré solo, con el instructor en su estudio. ¿Cuándo se produjo el cambio? yo no lo sé; pero una maravillosa luz llenaba mi alma.

“Los misterios del Universo no han de ser revelados”, dijo mi instructor significativamente; luego añadió:

“Ha pasado usted; ni Iola ni sus padres lo han despertado. Si pasa las otras pruebas con el mismo resultado, todo irá bien”.

“¿Habrá más pruebas?”, pregunté con una sensación de poder.

“Ninguna de mi parte”, contestó. “Si desea usted ir adelante, haga su solicitud por escrito y se entregará a quien corresponda; pero recuerde, yo no le aconsejo que lo haga; debe solicitarlo por su propia voluntad.”

Una despreocupación temeraria me dominaba, y repliqué:

“Lo hago por propia voluntad y con toda deliberación; proporcióneme el formulario.”

Sin pronunciar palabra, me entregó una solicitud en blanco, la que llené con mano firme y sin vacilar.

“Hermano”, dijo mi instructor al recibir mi solicitud, “este acto suyo lo he de mantener en el secreto más inviolable; procure no exponerse a peligros innecesarios, revelándolo. Ya no necesita volver aquí. Cuando el Consejo del séptimo grado decida considerar la solicitud, usted lo sabrá directamente del mismo; si no cumpla sus deberes en el mundo y haga todo el bien que pueda por sus semejantes. El Consejo del séptimo grado no está obligado a recibirle; en virtud de esta solicitud, terminan

sus relaciones con nosotros y sale usted de esta jurisdicción. Guarde absoluto silencio, siempre, sobre las instrucciones que ha recibido, y quizás nos veamos de nuevo. Ahora, puede irse; buenos pensamientos y puras aspiraciones lo protejen siempre.”

Con sorprendente frialdad, dejé a mi instructor y volví a mi habitación en la Mansión Durant, sin soñar lo que muy pronto iba a acontecer.

sus relaciones con nosotros y sale usted de esta jurisdicción. Guarde absoluto silencio, siempre, sobre las instrucciones que ha recibido, y quizás nos veamos de nuevo. Ahora, puede irse; buenos pensamientos y puras aspiraciones lo protejen siempre.”

Con sorprendente frialdad, dejé a mi instructor y volví a mi habitación en la Mansión Durant, sin soñar lo que muy pronto iba a acontecer.

CAPÍTULO XI

LA FRATERNIDAD NEGRA

Me sentía con una calma y dominio de mí mismo, que nunca había experimentado hasta entonces; decidí aceptarlo todo con estoica indiferencia y no sorprenderme de nada que pudiera ocurrir. Este estado mental encontró su primera prueba a la mañana siguiente; pues, ¿a quien había de encontrar en la mesa del desayuno más que a García, mi antiguo amigo? Después de una ausencia de dos años y medio, en cuyo tiempo nada supe de él, reapareció repentinamente. Nos saludamos con un cordial apretón de manos, y, en contestación a mi pregunta sobre donde había estado durante tanto tiempo, dijo, con una mirada de inteligencia, que había estado en Oriente. Como era regla nunca hablar en la mesa de asunto alguno relacionado con la Fraternidad, no le hice más preguntas. Terminado el desayuno, me acompañó al recibidor y, al estar solos, dijo:

“Hermano Alfonso, tengo algo muy importante que decirte”.

“Muy bien, García”, contesté, “vamos a mi habitación.”

Una vez en mi cuarto y después de cerrar la puerta, se sentó a mi lado y dijo:

“Alfonso, he venido expresamente de Abisinia para verte. El gran Maestro que es Protector tuyo y de tus padres, viendo que estás envuelto en un gran peligro

mortal, me envía aquí para advertirte y prepararte. Seguramente sabes, Alfonso, que tus padres no te hubieran puesto bajo mi cuidado, si no tuviera yo las más altas recomendaciones y no fuera digno de tal confianza”.

“No tengo la menor duda acerca de su honestidad e integridad, hermano mío; ¿cuál es su comunicación? ¿De qué ha de advertirme?”, pregunté.

“En París”, contestó en voz baja, “existe una rama de los Dugpas Rojos de Nepal, una banda de hechiceros negros, los que habiendo sabido que tú buscas iniciación en la Fraternidad Blanca, han preparado una confabulación, para desviarte del sendero verdadero y llevarte a su asociación roja.”

“¿Cómo pudieron descubrir tal cosa, si fuera verdad?”, pregunté cautelosamente, recordando la advertencia de mi instructor de que debía guardar el secreto, y preguntándome si García conocía realmente mi solicitud.

“Hermano mío”, replicó, “aunque todos los secretos de la escuela están bien guardados, y todos se comprometen a guardar silencio, por el conocimiento que ya has adquirido, te darás cuenta de que hay otros medios para obtener tal conocimiento. Estos hombres son hechiceros y nigromantes y muy hábiles en las artes negras. Con sus nefandas prácticas, evocan los cuerpos astrales de los muertos, invocan espíritus elementales y hacen que estos mensajeros obedezcan sus órdenes. De esta manera se enteran de los secretos mejor guardados y los utilizan para fines malignos.”

“Pero”, insistí, “¿por qué me han de elegir a mí como sujeto? Yo no trabajo con fines malignos.”

“Mayor razón para que te busquen. Ellos aman el mal, y marcan a todos los aspirantes a la Gran Fraternidad; son enemigos de todo cuanto es bueno y puro, y quisieran que te identificaras con ellos en su obra maligna.”

“Es extraño que me elijan a mí, que sólo amo lo

bueno y lo puro”, respondí, encubriendo la secreta sospecha de que se trataba de otra prueba.

“En verdad, hermano, a primera vista, parece extraño; pero una vez que te tengan en su poder, harán que tu entera naturaleza se pervierta; y el conocimiento divino que tú ya posees, te convertirá en un instrumento más potente para el mal. Muchos aspirantes a la Fraternidad Blanca se han perdido así, y están ahora identificados con esta Banda Roja en la que utilizan sus poderes divinos para fines infernales. Recuerda el axioma cabalístico: ‘Demon est Deus inversus’, el demonio es Dios invertido.”

“Bien, hermano”, contesté con un sentimiento interior de que era yo bastante fuerte como para encararme con el malo mismo, “estoy muy agradecido por su advertencia; pero estoy listo para enfrentarme con el mismo diablo y con todas sus huestes diabólicas”. Luego, con un sentimiento de poder espiritual, exclamé:

“¿Sabe usted, hermano, que soy divino? Sí, yo soy Dios; en este templo que usted ve ahora, está Dios mismo; ¿y qué poder tiene satanás sobre Dios?”

La inspiración me vino en el momento, y sentí todo el poder que mis palabras expresaban.

“Está muy bien, hermano, y me agrada oírte hablar con tanta confianza; pero, mantente en guardia; te he advertido y aquí termina mi deber. Ahora, sabe esto, como signo infalible: ninguna rama o sección de la verdadera escuela oculta, la Fraternidad Blanca del Oriente, pedirá nunca un centavo por las instrucciones ocultistas, ni pondrá precio en dinero por la iniciación.”

“Eso lo sé muy bien, hermano; durante dos años he recibido instrucciones y no se me ha pedido ni un centavo.”

“Hasta ahora, Alfonso, has pertenecido a una sección externa de la verdadera Fraternidad Blanca; pero mi Maestro no me hubiera enviado aquí a advertirte, si no

te amenazara algún peligro. Recuerda las palabras de tu padre, cuando te dijo que, mientras fueras puro y altruista, los Grandes Protectores te resguardarían; y ahora declaro que es por orden de uno de Ellos que estoy aquí para advertirte. Ahora tengo que irme; no puedo hacer más que advertirte de nuevo.”

Con estas palabras, y sin darme tiempo de hacerle nuevas preguntas, se levantó y salió. Apenas se había cerrado la puerta tras él, un criado vino a anunciarme que un caballero me esperaba en un coche en la puerta.

“¿Las cosas comienzan a moverse tan pronto?”, me pregunté, al acercarme a la puerta.

Al llegar cerca del carruaje, la puerta se abrió y un hombre enmascarado me hizo seña de que entrara. Al entrar yo, él murmuró la palabra de paso del sexto grado e hizo el signo de salutación correspondiente. Una vez entrado, bajó los visillos, cerró la puerta y el coche se alejó rápidamente. Durante media hora marchamos en silencio, mientras el coche, a juzgar por el movimiento, daba varias vueltas. Al cabo de la media hora, se detuvo y oí que un portal se abría; luego, seguimos; a los cinco minutos el coche se detuvo de nuevo, y mi compañero habló por primera vez, diciendo:

“Tenga la bondad de ponerse este capuchón.”

Al hablar así me entregó un saco de seda negra, con el que, sin vacilar cubrí mi cabeza, la que quedó totalmente envuelta; pues, como no tenía más que una pequeña abertura a la altura de la boca, no dejaba ver nada.

Mi compañero me tomó de la mano, salimos del coche y ascendimos por una serie de escalones. Avanzamos por un piso desnudo y duro, en el que resonaban nuestros pasos, hasta que, al trasponer una puerta me quitaron el capuchón y me encontré en una habitación la cual, aparentemente, no tenía aberturas; pues hasta la entrada, por la que habíamos pasado, estaba oculta. La forma de la cámara era un cubo exacto; sus paredes desnudas

estaban pintadas de negro como la noche y cuatro luces rojas llenaban el cuarto de un resplandor espeluznante. Hasta la alfombra era negra, y, para hacer la escena más sombría, doce formas enmascaradas, completamente envueltas en ropas negras, estaban sentadas alrededor de una mesa del mismo tono de ébano. Mi conductor me sentó a un extremo de la mesa y tomó asiento a mi lado; había seis formas a cada lado de la mesa y otra en el extremo, directamente opuesto a donde yo estaba. Hasta entonces no se había pronunciado ni una sola palabra; pero, en vez de timidez, este procedimiento extraño y extraordinario influenció favorablemente mi mente y me sentí poseedor de fuerza y coraje. La forma enmascarada, en el extremo opuesto a donde yo estaba, sacó de entre los pliegues de su vestidura, un cubo negro que colocó al lado de una tela que cubría algún objeto sobre la mesa. Después, hablando con una voz baja y penetrante, a la vez que áspera, dijo:

“Hombre de la tierra, ¿qué temeraria locura te impele a buscar admisión en esta Fraternidad?”

Sin sentirme perturbado por sus severas maneras y por el ambiente sombrío, respondí:

“La locura del conocimiento y el deseo de poder”.

“¿Conocimiento para aprovecharte del ignorante, y poder para exaltarte en la tierra?”

“No”, contesté con vehemencia, “conocimiento para socorrer y ayudar a mis semejantes; poder para servirles más eficazmente.”

“¿No sabes bastante para ello? ¿Qué es lo que te falta aprender?”

“Lo que sé es sólo un átomo de lo que no sé; es sólo un grano de arena en la playa; sólo una gota en el océano. Está el conocimiento de la otra vida, del alma, del espíritu, y de todo lo infinito en sus profundidades.”

“¿Y crees tú que la mente del hombre puede conocer

tales cosas? ¿No creer que ese vasto conocimiento está reservado para Dios únicamente?”

“Lo que pertenece a Dios, pertenece al hombre divino; la mente, conjuntamente con el espíritu, no tiene límites; llega a comprender hasta los misterios más profundos de Dios.”

“¿La mente conjuntamente con el espíritu! ¿Cómo creer que se puede hacer esto?”

“Estableciendo las condiciones necesarias para tal unión; desarrollando los instrumentos que respondan a tales poderes.”

“¿Tú crees, entonces, que el hombre puede evolucionar y desarrollar facultades superiores, instrumentos más perfectos para la manifestación del conocimiento y, posiblemente, sentidos latentes y desconocidos?”

“Todos ellos”, contesté.

“¿Crees tú que esto se puede hacer mientras el hombre permanece en la tierra?”

“Hasta mientras está en la tierra, si está libre de las cosas de la tierra y domina a la carne.”

“¿Conoces tú los peligros que rodean a todos los que tratan de desarrollar estas facultades y los poderes superiores, sin estar debidamente preparados?”

“Muchos peligros les amenaza”, fue mi respuesta.

“¡Oh! y pocos son los que están preparados. Hombre temerario, retírate antes de que sea demasiado tarde. ¡Ten cuidado! La muerte, la locura, enfermedades incurables y la miseria, marcan a los que fracasan. Vuelve a tus deberes en el mundo; no entres en el áspero y peligroso sendero, donde el fracaso significa desesperación.”

“Señor”, contesté con firmeza, “usted tiene mi solicitud, y no la retiro; he meditado y estoy listo para todas las ordalías.”

Verdaderamente, no hay fortaleza con la que uno siente, cuando alcanza la realización del Dios interior.

Un poder interno me impelía hacia adelante, y estaba decidido a seguir el impulso.

Durante todo este diálogo, las doce figuras encapuchadas habían permanecido en silencio y casi inmóviles; pero sus escrutadores ojos, mirando a través de sus capuchas, estaban clavados en mi rostro. Entonces, a una sola voz, profunda y sepulcral, exclamaron:

“¡Hombre temerario, abstente, abstente!”

Pero yo, respondiendo a la voz interior, respondí: “Persisto”.

Cada forma cruzó sus manos de manera peculiar sobre la mesa, y el dirigente habló:

“¿Tienes padre, esposa, hijo, ahijado o pariente en el mundo, que dependa de tu protección o apoyo? ¿Estás tú ligado por deber a alguien en la tierra?”

“No estoy ligado por deber a nadie, excepto por el deber que tengo hacia todos; mis padres y mis parientes se han ido.”

“¿Estás dispuesto a renunciar a ti mismo y a todo lo del mundo por la verdad?”

“Todo por la verdad”, respondí desde el fondo del corazón.

“¿Estás dispuesto, por la verdad, a ser escarnecido y vilipendiado por los hombres?”

“Todo por la verdad”, repliqué.

“¿Estás dispuesto a convertirte en un mendigo en la tierra, despreciado, torturado, calumniado y abandonado, por la verdad?”

“Todo por la verdad”, contesté por tercera vez.

Tomando el cubo negro que tenía delante en la mesa, el dirigente me preguntó:

“Candidato para el conocimiento sagrado, ¿conoces el significado de este cubo?”

“El cubo negro es el símbolo del hombre inferior y de los elementos que constituyen la naturaleza terrena.”

“Está bien”, contestó, e hizo circular el cubo alre-

dedor de la mesa. Observé, entonces, que el cubo tenía una pequeña abertura y, al pasar, cada figura introducía algo en el mismo; evidentemente estaban votando mi admisión. Devuelto el cubo al dirigente, éste lo contrapesó en su mano y luego, dirigiéndose a mí, dijo:

“Hombre, no recibimos a nadie, bajo su propia declaración de fortaleza; tendrás que descender, como Cristo, al infierno, soportar y sobreponerte a sus tormentos, y probar, si puedes, que eres digno de este conocimiento y de los privilegios que buscas.” Luego, sacó de entre sus vestiduras dos tarjetas, una blanca y otra negra, las que me entregó, por encima de la mesa, diciendo:

“Te damos siete días para tu decisión final. Sí, en el séptimo día, decides renunciar a tu candidatura y volver al mundo, quema la tarjeta blanca; si estás todavía decidido a persistir, quema la negra.” Al terminar de hablar, levantó la cubierta, que estaba sobre la mesa, y apareció a la vista una calavera humana sobre dos huesos cruzados; brillaba con luz fosforescente y desprendía un olor nauseabundo. A una señal, todos se levantaron y señalándome con sus manos cubiertas con guantes negros, cantaron:

¡Muerto, muerto, enterrado en lo profundo de una tumba;

Tu espíritu está perdido en la noche y lobreguez del mundo;

Pero el sol se levanta y el día se acerca;

Sin embargo, antes de la ascensión, el cuerpo ha de morir;

Sin embargo, antes de la ascensión, el cuerpo ha de morir!

Al terminar el canto, mi conductor anterior me cubrió la cabeza con el capuchón, me condujo al coche y, rápidamente, volvimos a la casa de los Durant.

Mis pensamientos volvieron a Iola, pero esta vez, mi mente estaba bien dominada, y fueron fuente de fortaleza.

Mi entrenamiento en el sexto grado no había sido en vano; pues podía, entonces, dominar la inquieta agitación, que antes arrastraba mi corazón y era mi debilidad. “¡Qué grande y noble debe ella ser!” murmuré. “¡Qué majestad de mente; que maravillosa voluntad, y, no obstante, que corazón amoroso y simpático; es la encarnación de la humana perfección; de fortaleza combinada con gentileza; de mente conjunta con el corazón! Sí, yo también alcanzaré a su exaltado plano y seré un humilde hermano, trabajando con ella por el bien del hombre.”

Al siguiente día, García vino de nuevo a mi habitación y reiteró su advertencia. “Alfonso”, me dijo, “recuerda que la Gran Fraternidad no exige pruebas, aparte de las de carácter mental y moral” .

“Lo tendré presente, hermano”, repliqué; pero nada le dije de los incidentes de los últimos días. En el transcurso de la semana, emprendí un ayuno parcial y permanecí, lo más posible, en mis habitaciones, la mayor parte del tiempo en profunda reflexión y comunión interior. En el séptimo día, después de un ligero desayuno, volví a mi cuarto. Durante toda la mañana medité sobre la divinidad del hombre, y me esforcé en realizar plenamente mi propia naturaleza divina y el hecho del Cristo Universal que encierra todo hombre. Al mediodía, saqué las tarjetas del bolsillo y me dispuse a hacer mi elección. Entonces noté que la tarjeta blanca tenía un triángulo y la negra un cuadrado. “¡Ah!” exclamé, “si quemo la blanca, destruyo al hombre divino; el Dios Trino; si quemo la negra, destruyo al hombre inferior, el cuadro o cubo negro. El Yo divino prohíbe que destruya al alma inmortal; por lo tanto, la negra será quemada”.

Al pronunciar estas palabras, besé el triángulo de la tarjeta blanca y arrojé la negra al fuego de la chimenea. Al caer en las brasas, se produjo una llama roja, y un olor nauseabundo llenó la habitación. Sin poder evitarlo,

caí en mi sillón frente a la chimenea, de la que no pude retirar los ojos. Ante mi mirada, se formó en las llamas un rostro horrible, el que se expandió a dos veces el tamaño natural y mientras lo miraba con extraña fascinación, reconocí mis propias facciones. Pero, ¡Oh Dios! cuán perversas y malignas; mirada siniestra y de soslayo, cruel, y profundas arrugas de libertino! Aquella horrible faz parecía atraerme a ella, y rápidamente me hundía en un estado letárgico, cuando, con un gran esfuerzo de voluntad, me levanté y grité: “¡Vete! ¡vete!” Un violento temblor sacudió todo mi cuerpo; mientras con un gruñido, un verdadero gruñido, el monstruo se desvaneció en las llamas. Corriendo a la ventana, la abrí y me incliné hacia afuera, para dar escape a los vapores venenosos que llenaban la habitación. Luego, yendo a mi escritorio, tomé un preparado químico, que yo había descubierto y compuesto durante mis estudios, y lo arrojé sobre las llamas. Inmediatamente se difundió por la habitación un olor más agradable y recuperé las fuerzas.

“¡Cielos! he de tener cuidado”, me dije. “Ésto es, probablemente, un anticipo de lo que ha de venir.”

Llegó el anochecer; había recuperado la serenidad; nada había comido, ni deseaba comer. Vino la oscuridad, y paseaba por mi habitación, sumido en profundo pensamiento, cuando llamaron suavemente a la puerta. Como no quería ser perturbado, no respondí, hasta que oí la llamada peculiar del sexto grado. Entonces abrí la puerta y antes de que pudiera hablar, entró una figura vestida de negro, que murmuró:

“Cierra la puerta con llave.”

Era la voz de Iola, y sin un momento de vacilación, cerré la puerta.

“Cleo”, dijo, en voz muy baja, “he venido aquí con peligro de mi vida. Si se descubre o se llega a saber que he estado aquí, mañana mi cadáver flotará por el Sena. ¿Tiene otras puertas esta habitación?”

“Hay otra salida por el baño”, respondí. “¿Qué pasa? ¿Por qué esta inusitada visita?”

“Ante todo” dijo, “si alguien viene, mientras estoy aquí, he de salir sin que me vean, y tú, por nada debes revelar mi visita”.

“Muy bien”, contesté, preguntándome si ello era otra prueba y poniéndome en guardia.

“Cleo, he venido, sin que lo sepan mis hermanos, a decirte que has caído en manos de la Fraternidad Negra, la rama occidental de los Dugpas Rojas del Oriente. Mis hermanos han dicho que te han advertido por el conducto adecuado y que nada más harán; que tendrás que ir a la Banda Negra y fracasar o triunfar. Esto es terrible y temo que fracases; porque estos monstruos atontan la mente con drogas venenosas. Por tanto, en contra de las reglas, pero sin violar mi juramento, he venido a prevenirte. Al venir, me convierto en un centro de atracción para las influencias malignas de la Fraternidad Negra, y las corrientes de odio que circulan por el mundo astral están, desde ahora, dirigidas contra mí. Pero con el poder de mi Yo eterno, las resistiré, y mi amor por tí me ha impulsado a venir.”

“Mi querida hermana”, dije emocionado, pero dominándome, “te agradezco desde el fondo de mi corazón tu bondad y sacrificio; pero si, como tú dices, he de caer en manos de la Fraternidad Negra, que así sea. Con la fortaleza y la determinación que ahora poseo, estoy dispuesto a ser un hermano de esa orden infernal, para que, de esa manera, pueda llevar los poderes de Dios hasta las profundidades del infierno. Si me quieren, que tengan cuidado; puede que no conozcan a quien reciben”.

“¡Oh, hermano mío! No te engañes de esa manera. Una vez ligado por sus encantamientos infernales y rodeado de espíritus diabólicos, nunca podrás ser libre. Espera, y la Gran Fraternidad Blanca te dará, con el tiempo, la oportunidad de entrar en sus sagrados tem-

plos. En verdad, yo misma seré tu abogado. De un momento a otro, puede que venga un miembro de la Orden Negra; no vayas con él; espera.”

“No, hermana mía; los dados están echados; vida o muerte, fracaso o triunfo, yo voy. En el pasado me pediste que confiara en tí; ahora te pido que tengas confianza en mí. Temes que no tenga fuerza; pero no te alarmes, poseo toda la fuerza; y venga lo que venga, lo más que puede suceder es que muera. Con el conocimiento que ahora poseo, considero que la muerte no sería más que la entrada a una vida nueva y superior...”

Un ligero golpe en la puerta interrumpió nuestra conversación.

“Aquí está él”, murmuró Iola, mientras pasaba a la otra habitación. “Espera, hermano mío, espera; no vayas con ese hombre.”

Pero una firme determinación me dominaba y abrí la puerta con la mente plenamente decidida a seguir adelante. Al abrir la puerta, entró una figura vestida de negro y encapuchada, cerrando la puerta tras sí.

“¿Estamos solos?” preguntó.

“Estamos solos”, respondí.

“Me pareció oír voces”, replicó mirándome fijamente.

“Yo siempre me hablo a mí mismo, cuando estoy solo”, contesté decidido a proteger a Iola a toda costa.

“Es una costumbre que indica locura o genio. ¿Ha destruido o guardado en lugar seguro todos los documentos que usted tiene?”

El enmascarado me había dado el signo y la palabra de paso, y contesté.

“No tengo documentos secretos; al dejar el sexto grado, devolví todos los papeles.”

“Muy bien. ¿Ha hecho testamento, y ha borrado todo rastro para que no se sepa donde ha ido?”

¡Dios mío! pensé; parece como si fuera a la muerte; pero con toda calma repliqué:

“Mi testamento no demanda mi atención ahora; no voy a morir todavía. En cuanto a donde voy, no lo sé yo mismo.”

Sin contestar, mi visitante se levantó y me hizo seña para que le siguiera. Al salir, me indicó que cerrara la puerta con llave; luego recorrimos el corredor alfombrado, sin ruido y sin palabras. Al llegar a la intersección con otro corredor, mi conductor, quien se había adelantado y parecía conocer la casa perfectamente, vio al señor Durant cruzando el pasillo y me ocultó en el quicio de una puerta, hasta que aquel hubo desaparecido.

Luego, tomándome del brazo, me guió por la entrada y el jardín hasta un portal lateral, donde esperaba un carruaje. Mi acompañante dijo algo al oído del cochero, y se sentó a mi lado, bajando los visillos. El cochero dio un latigazo a los caballos y el coche se alejó rápidamente en la oscuridad de la noche. Confiado en la protección de unos signos y palabras de paso, me iba con un extraño, sin saber a donde.

CAPÍTULO XII

MUERTE - VIDA

El coche rodó rápidamente durante unos cinco minutos, cuando se detuvo por unos momentos y oí que alguien se encaramaba por delante como para sentarse al lado del cochero. Luego seguimos marchando durante unas tres horas sin parar. En todo este tiempo, mi acompañante se mantuvo callado como una tumba. Por mi parte, ignoraba la ruta que seguíamos; sólo me daba cuenta de las vueltas que el coche daba y de que cruzamos un puente. Por fin, el coche se detuvo y oí un silbido que fue contestado por otro; luego, el coche siguió despacio hasta pararse de nuevo. Como en el viaje anterior, mi conductor me entregó un capuchón, indicándome que me lo pusiera. En silencio obedecí, y salimos del coche después de estirar el capuchón, para ver si estaba bien puesto, mi acompañante me tomó del brazo y ascendimos unos cuantos escalones. Durante unos momentos en que nos detuvimos arriba, oí que hablaban en voz baja, pero no pude entender lo que decían. Cruzamos por lo que me pareció una puerta; mi acompañante soltó mi brazo; pero en el mismo instante otras dos manos me tomaron fuertemente de cada brazo y me llevaron medio corriendo por un piso en que los pasos no resonaban. Pocos minutos después, nos detuvimos en seco y me sacaron el capuchón.

Al mirar a mi alrededor, me encontré en una gran

sala de forma cúbica sin aberturas visibles; pero, en vez de estar pintada de negro, como la sala de mi experiencia anterior, todo era de color rojo-sangre. Cuatro lámparas, cubiertas con globos rojos y ardiendo con llama del mismo color, alumbraban la sala con luz mortecina. Alrededor de una mesa central, revestida de rojo había, como en el caso anterior, doce figuras; pero, esta vez, envueltas en togas de color rojo carmesí, en armonía con el color de la sala. El primer objeto que atrajo mi atención, fue un enorme buitre negro, comiendo en un gran tazón, colocado en el centro de la mesa y lleno de carne en putrefacción; al comer el animal, se desprendía un hedor nauseabundo. “¡Mi Dios”, me dije, “ésto es, seguramente, magia negra!” El nauseabundo hedor me daba náuseas y dí unos pasos atrás. Ante este movimiento, una diabólica carcajada salió de las figuras alrededor de la mesa.

Entonces, una de las figuras levantó su mano —que no era una mano, sino una gigantesca zarpa manchada de sangre—, y señalándome dijo con voz fría y cruel:

“Mañana tu cuerpo será su comida.” Luego, todos alrededor de la mesa cantaron a coro y con risa diabólica:

“¡Ja, Ja! ¡Ja, Ja!, serás su comida, serás su comida, mañana.”

“Pobre hombre”, dijo el primero que habló, con tono glacial, “todavía tienes tiempo de volverte atrás; aprovéchalo y retírate”.

Me acordé entonces de la advertencia de García; pensé en Iola; el mal olor me enfermaba; pero con una determinación, que bordeaba en desesperación, contesté:

“¡No, Seguid adelante!”

Con la rapidez del pensamiento, me encasquetaron de nuevo el capuchón y dos fuertes manos se apoderaron de cada uno de mis brazos y me hicieron correr unos cuarenta pasos; nos paramos en seco y me sacaron el

capuchón. Me encontraba en una sala parecida a la que habíamos dejado, pero pintada toda ella en verde; como por un cambio instantáneo, mis acompañantes estaban envueltos en ropa del mismo color, lo mismo que las doce figuras que rodeaba la mesa como antes. Mis conductores me hicieron sentar a un extremo de la mesa y ellos se sentaron uno a cada lado junto a mí. La figura en el extremo opuesto sacó algunos papeles y dirigiéndose a mí, dijo:

“¿Estáis dispuesto a prestar el juramento?”

“Lo estoy”, contesté con voz firme.

Pasando los papeles que tenía en sus manos a la figura que estaba a su derecha, ésta los tomó y con tono profundo y solemne, empezó a leer:

EL JURAMENTO

“Creo en el eterno, inmutable, implacable y universal reinado y gobierno de la ley.

”Positivamente, no creo en el perdón de los pecados, o en la posibilidad de escapar y expiarlos por medio de substitución o penitencia. Creo que todo mal pensamiento, todo mal deseo, toda mala palabra y obra, traen al hombre el dolor correspondiente, el que no puede evadir.

”Creo que ni Dios, ni los ángeles, ni la muerte, ni todos los poderes existentes en el cielo, en la tierra o en el infierno pueden evitar el sufrimiento, que sigue como efecto de todo mal pensamiento, deseo o acción.

”Creo que desde la molécula más humilde de la materia más degradada y perniciosa, hasta la más elevada y exaltada esencia, que compenetra las mentes de los genios iluminados por Dios, son todos vida.

”Creo que todo átomo en mi forma está lleno de vida; creo que cada átomo en mi forma es una vida; pero que todos están sujetos por el poder de mi voluntad incons-

ciente a trabajar unidos para el bien de mi organismo con un todo.

"Creo que, así como mi cuerpo está compuesto de una multitud de vida, así también lo está el aire que me rodea, el éter que todo lo compenetra, y todas las cosas materiales y no materiales, visibles e invisibles; en todo y a través de todo populan innumerables huestes de seres, benéficos y maléficos.

"He considerado todo ésto; comprendo; creo en efecto, afirmo.

"Y ahora, en la presencia de todos éstos y de mis superiores, juro y afirmo solemnemente; en presencia de mi alma inmortal; en presencia de Dios y de los ángeles, en presencia de todas las cosas, buenas y malas, juro no revelar nunca, por toda la eternidad, sin permiso, las enseñanzas, personas, símbolos y procedimientos de esta Logia, sea de palabra, acto, signo o intimación.

"Juro, además, nunca revelar los signos, contraseñas, símbolos, la hora y el lugar de esta Logia y de sus miembros.

"Y juro, además, que ni la muerte, ni la tortura, ni la cárcel, ni el tormento o la llama podrán forzarme a violar este mi más sagrado y solemne juramento; ni tampoco, la fama, la mala fama, la falsedad o la ignominia harán que rompa esta mi más sagrada promesa.

"Oíd, vosotros, Dioses, ángeles, demonios, oíd mi más sagrado juramento, promesa y afirmación."

El lector cesó, y por un momento reinó profundo silencio: luego el dirigente habló:

"Habéis oído el juramento; ¿Lo habéis entendido, lo aceptáis y estáis dispuesto a firmarlo?"

"Lo entiendo, lo acepto y lo firmo", fue mi contestación.

El dirigente me hizo llegar el papel y después de leerlo detenidamente, lo firmé.

Después de recibir el juramento firmado, el dirigente me entregó otro papel y dijo:

“Escribid lo que yo os dicte.”

Tomé papel y pluma y escribí lo siguiente:

“Sepan aquellos a quienes interese, que yo, Alfonso Colono, estoy cansado de esta vida, y después de pensarlo y considerarlo he decidido arrojarme al Sena...”

“Un momento”, interrumpí, dejando la pluma, “eso no es verdad y sería una deshonra para mi nombre”.

“¡Ah!” replicó el dirigente, “todavía os preocupa la opinión del mundo, ¿no es verdad? Creíamos que habíais matado todo pensamiento sobre el yo; ¿no quemásteis el cuadrado negro?”

No contesté; pero pensé entre mí que eso era una cuestión peligrosa. Luego pensando que no era más que una prueba, tomé la pluma y escribí lo que se me dictaba.

“Ahora, firmad”, dijo el dirigente; y, con alguna vacilación firmé.

“Ahora, firmad ésto”, dijo, pasándome otro papel.

Al recibirlo vi que era un cheque, contra el Banco de Francia, que decía lo siguiente:

“Páguese a la orden del Conde Alejandro Nicolsky la suma de quinientos mil francos (500.000 Francos)..”

Entonces, vino a mi mente con fuerza la advertencia de García. “Dios mío”, me dije; “lo que me advirtió debe ser verdad; los Maestros Blancos nunca piden dinero. Ellos rechazan toda recompensa material. Son éstos los Hermanos Negros, con vestidura y símbolos robados... Bien, he ido ya demasiado lejos para volver atrás ahora; por el Eterno, seguiré adelante, venga lo que venga. El conde Nicolsky es el famoso místico ruso, considerado como el hombre más rico de Europa. ¿Será posible que haya acumulado su riqueza por medio de esta nefasta orden?” El dirigente, notando mi vacilación, dijo secamente:

“¿Bien, váis a firmar?”

“Sí, voy a firmar”, dije, mientras firmaba con mano firme, entregando toda mi fortuna a un desconocido.

“Está bien”, dijo el dirigente. “Si triunfáis, no necesitaréis riqueza; si fracasáis, vuestra última carta servirá para identificar vuestro cuerpo flotando en el Sena.”

Con estas frías palabras, guardó cuidadosamente los papeles en su ropaje y sacó un juego de cartas coloreadas de manera peculiar. Las barajó y las pasó alrededor de la mesa, para que cada figura las barajara también. Una vez pasadas, cortó el mazo y lo puso en el centro de la mesa. Cada figura tomó una carta, sucesivamente, siendo el dirigente el primero. A una señal, todos dieron vuelta a su carta, e, instantáneamente, se levantó un murmullo de sorpresa.

“Hombre”, dijo el dirigente con salvaje dureza, “¿Perteneceís a alguna otra Fraternidad oculta?”

“No, que yo sepa”, contesté.

“Bien, Fraternidad o no Fraternidad, estáis rodeado de poderes invisibles; siendo así, en contra de todos los precedentes, os damos, todavía la oportunidad de retiraros. No queremos asumir la responsabilidad de lo que os amenaza. Desgraciado, si fracasáis, y desgraciada ella.” No nos importa vuestra miserable vida; pero el destino dice que si fracasáis, nuestra virgen hermana, Iola, está condenada.

“No fracasaré; seguid”; grité con mis dientes apretados.

“Hombre, los poderes elementales destrozarán la vida y la mente de vuestra hermana y harán de ella una loca furiosa. ¡Tened cuidado!”

“No fracasaré; que su sangre caiga sobre mi cabeza. Seguid.”

Apenas habían salido estas palabras de mi boca, todo quedó en negra oscuridad, y la sala se llenó de extraños y terribles ruidos. Manos fuertes se apoderaron de mí y

una voz aterradora murmuró en mi oído, "Corre". Como me empujaban tuve que obedecer. Pronto descubrí que estábamos en un estrecho pasaje abovedado. Corrimos y corrimos por un piso de piedra, donde resonaban nuestros pasos. Todo era oscuridad; pero como no llevaba el capuchón, alcancé a percibir la bóveda arriba, mientras mis pasos me indicaron que corríamos por una pendiente. Seguíamos corriendo. Mis compañeros, por su jadeante respiración parecían agotados. Parecía como si la carrera no fuera a terminar nunca. De pronto, me hicieron una zancadilla y caí de bruces; las manos de mis conductores me habían dejado y oí de una voz burlona la palabra "¡Muere!" De inmediato sentí que el piso se hundía, bajando, bajando, hasta las mismas entrañas de la tierra, y todo en la más profunda oscuridad. Por fin, el piso se detuvo con una sacudida; mirando a mi alrededor, vi un esqueleto fosforescente, parado en la abertura de un pasaje oscuro. Tenía el poder de moverse, y en su mano izquierda, sostenía una calavera humana que emitía una luz roja, mientras con la derecha me señalaba que siguiera.

En el mismo instante, y mientras vacilaba en seguir a aquel extraño guía, una voz que parecía hablar desde el fondo de mi estómago, dijo clara y distintamente:

"Sigue; nunca retrocedas; tras de tí está la destrucción; tu única esperanza es seguir adelante; ¡sigue!"

Habiendo recuperado el aliento, me levanté y me preparé para seguir. Al hacerlo, el esqueleto, como flotando, se adelantó a lo largo del pasaje, y le seguí. El aire empezó a hacerse húmedo y frío, pero yo continué tras del macabro guía. De pronto, éste se evaporó, y quedé de nuevo solo en oscuridad impenetrable. No sabiendo que camino tomar o que hacer, me quedé quieto y la misma voz de antes, habló de nuevo y dijo:

"Adelante; sigue."

Extendiendo mis brazos a cada lado, toqué la pared

con las manos. Palpando las paredes, que eran frías y húmedas, seguí adelante con cautela hasta que las paredes terminaron y casi caí al suelo, que allí era áspero. Inclinandome, mi mano tropezó con una piedra y decidí descansar unos momentos; pero al sentarme en la húmeda y fría piedra, se dejó oír un silbido y, al extender la mano toqué el cuerpo frío de una serpiente. Me levanté de un salto. Un gran murciélago pasó sobre mi cabeza y una bandada de éstos empezó a revolotear a mi alrededor. Algo nervioso; pero en posesión, todavía, de la mente en maravillosa calma, di otro paso adelante. El aire se llenó de murciélagos y no se oía más que el silbido de las serpientes. “¡Dios mío!” exclamé, “estoy en verdad abandonado”. De nuevo la misteriosa voz interna habló diciendo:

“Nunca abandonamos a los que llaman con corazón sincero, y son dignos de nuestro cuidado.”

Esto me fortaleció, y pensé, de nuevo, en mi ser divino. Pero entonces, una serpiente empezó a enroscarse en mis pies y, con terror momentáneo, avance rápido, sólo para tropezar en una roca y caer en un charco viscoso. La succión me atrajo hacia abajo; no me podía levantar y empecé a hundirme. Luchaba vanamente, me hundía más y más hasta que el líquido me llegó a la boca.

“¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Me han abandonado todos?” grité, hasta que la masa viscosa como alquitrán me llegó a la boca. Como contestando a mi grito desesperado, dejé de hundirme; mis pies habían tocado fondo. Mi mente se tranquilizó nuevamente; busqué con el pie un lugar menos hondo, y, a Dios gracias, lo encontré. Grité, mientras me elevaba en aquella masa como cola, hasta que sólo me llegaba al pecho; a cada paso el charco era menos profundo; pero, de pronto caigo en otro, y me hundo. Vanamente lucho; el fluido es espeso y viscoso, el fondo está cada vez más hondo, hasta que

el líquido me llega otra vez a la boca. Dejo de hundirme y llego a un lugar no tan hondo, sólo para hundirme de nuevo. Entonces, me doy cuenta de la verdad. Estoy cruzando una serie de charcos y tan pronto salgo de uno, me hundo en otro. ¡Oh poder misericordioso! ¿Cuánto durará ésto? ¿Cuánto tiempo tendré que trabajar? ¿No llegaré nunca al otro lado?

De nuevo la voz interior habló: "Mantente fuerte; persevera". No sé por cuanto tiempo luché. No podía volver atrás, porque todo se perdería; toda la esperanza estaba en seguir adelante; de manera que continué luchando. Ya me había hundido en el cuarto charco, cuyo líquido era más denso que los anteriores, y cuya superficie contenía algo pútrido, que casi me sofocó con su hediondez; cuando, casi agotado y mientras descansaba por un momento, apareció una luz roja en la oscuridad. Mirando a mi alrededor, vi que se aproximaba un bote. Sólo tenía un ocupante y avanzaba tirando de una soga negra, que parecía suspendida del aire, en el que se cernían numerosos murciélagos. La luz roja brillaba de una calavera sujeta a la proa, y a su luz vi que me encontraba en una gran caverna. Al acercarse el bote, vi que el ocupante solitario iba vestido de rojo; su faz era también roja y tenía una mirada maligna; un casquete rojo con alas de murciélago a cada lado, le daba una apariencia aún más siniestra.

"Hombre perdido", dijo, con voz que quería ser dulce, pero que en mis oídos sonó áspera, "dame en prenda tu alma, para hacer lo que yo mande y te sacaré de este cenegal y te haré rey de la tierra".

Levantando mi cabeza lo suficiente para poder hablar, pregunté:

"¿Y quién eres tú que exiges tal prenda, antes de prestar ayuda?"

"Soy el rey de la noche, el regente de la tierra; la

materia es mi elemento; todas las cosas materiales son mías.”

“Entonces, márchate”, contesté, “no te necesito. El espíritu es mi elemento; prefiero morir; porque la muerte es la entrada a la vida del espíritu. ¡Vete!”.

Sin una palabra, el hombre tiró de la sogá, y el bote se alejó rápidamente y, de nuevo quedé en la oscuridad. Estaba resuelto a morir y poner fin a todo; pues estaba completamente agotado; pero tan pronto como tuve tal pensamiento, sentí como si una nueva fuerza surgiera en mí, y la voz interna, más fuerte que nunca, habló y dijo:

“Yo, tu Dios, el Cristo en tu alma, estoy contigo. ¡Lucha! ¡Trabaja! ¡trabaja! ¡trabaja!”

Con vigor renovado, volví a mi labor, decidido a morir luchando. Ya había cruzado seis charcos y me encontraba en el séptimo. No sé si era porque me sentía más fuerte, o porque los charcos eran menos espesos; pero crucé cada uno con menos dificultad. Cruzado el séptimo me encontré en tierra firme. Un grito de agradecimiento escapó de mis labios. Me había detenido con ánimo de descansar, cuando la voz interna habló de nuevo, diciendo:

“Sigue adelante, nunca te detengas; las demoras son peligrosas.”

Confiado únicamente en mi guía interno, marché adelante. Después de dar unos pasos, vi, reflejada en las paredes de la caverna, una luz a lo lejos frente a donde yo me encontraba. La caverna parecía tener gran extensión y, a juzgar por lo que había yo descendido, debía estar muy hondo en las entrañas de la tierra. Avancé rápidamente; después de rodear una piedra saliente, llegué a una hoguera. Al lado de ésta, estaba sentada una bruja de apariencia horrible, que acariciaba a una gran serpiente enroscada en su cuerpo. La fogata era evidentemente un centro de atracción, pues alrededor

de ella, se movían numerosas serpientes y muchos lagartos, mientras que los murciélagos sobrevolaban incessantemente. Cuando la mujer me vio, dejó su serpiente y, acercándose, me saludó con una carcajada que helaba la sangre.

“¡Ja, Ja!” chilló, mientras extendía sus largos y huesudos dedos, que, más bien, eran zarpas, “¡Ja, Ja! otra víctima”.

Luego, al mirarme más de cerca, sus maneras cambiaron, y su cuerpo empezó a sacudirse, a la vez que se retorció las manos y rompía en dolorosas lamentaciones.

“¡Hombre! ¡hombre! Vuelve atrás. ¡Mira a esta vieja bruja! Hace diez años yo era joven y hermosa; una princesa real; ahora, mírame; soy la víctima maldita de una pandilla de asesinos monstruosos.”

Mirando a su alrededor, como si temiera que alguien la oyera, continuó con voz ronca:

“Como tú, lo di todo por el conocimiento, y busqué ser admitida en la Fraternidad sagrada; pero fui engañada y caí en manos de esta Orden Negra. Como tú, crucé los charcos alquitranados; pero no quise matar. Hace diez años mi corazón fue transformado en piedra; más que en piedra, en pedernal diamantino. Pero tu rostro me recuerda lo que yo fui un día; si me descubren, pagaré con mi vida; pero he de advertirte, porque me has tocado el corazón. ¡Corazón! Es mejor tener corazón que estar aquí entre estos vampiros.” Sin darme tiempo para hablar, mirándome con sus ojos hundidos, continuó:

“Al final del pasaje los encontrarás y te ordenarán quitar una vida humana. Nadie puede entrar en su Fraternidad si no ha matado a un hombre; su pacto es de sangre. Me negué a matar, y me volvieron a esta caverna, donde debo morir. Un solo camino de salvación te queda; por casualidad, un día descubrí un pasaje a la izquierda,

que no está guardado y conduce afuera; es tu última oportunidad.”

Pero yo había decidido no dejarme guiar más que por la voz interna, la cual, mientras la mujer hablaba, insistentemente, me decía: “Toma a la derecha; toma a la derecha”. Así, sin hacer caso a lo que decía la mujer, dije a ésta:

“Mi pobre hermana, dame un tizón de tu fogata para alumbrar mi camino; seguiré a la derecha y me uniré a la Fraternidad, a la que pediré que te saquen de esta caverna.”

“¡Perdido, perdido, perdido! Marcha a la muerte, si así lo quieres. Sí, te daré una antorcha.” Así diciendo, me dio un pedazo encendido de madera y me señaló el pasaje.

“Sigue adelante”, dijo mi voz interna y, con las ropas chorreando, emprendí rápidamente el camino.

El pasaje era áspero y tenía muchas vueltas; haciendo oscilar la antorcha, debí caminar unos tres cuartos de hora, hasta que entré en un pasaje abovedado más estrecho y en ascenso. Continué por éste, durante unos quince minutos, hasta que llegué a una pared en la que no se veía abertura alguna. Examiné la pared minuciosamente, alumbrado por la antorcha; al inclinarme, vi un agujero cerca del piso, por el que apenas podía pasar el cuerpo de un hombre; pero, con la antorcha por delante, me arrastré, hasta encontrarme en una gran sala toda negra, rodeada por varias figuras vestidas del mismo color. La sala estaba alumbrada por antorchas y, al mirar a mi alrededor vi un ataúd cerca de una fosa recién abierta en el centro del suelo de tierra. Junto a la fosa abierta había un hombre amarrado a una silla, como cautivo. Entonces recordé con horror y duda las palabras de la bruja. ¿Habría yo caído en manos de la Fraternidad Negra? La duda produce temor; pero

con una ardiente invocación a mi ser interno, recibí fuerza y no di señales externas de debilidad.

“Dadle sus vestiduras”, dijo una de las figuras, que por su apariencia supuse que era el dirigente. Mientras se acercaba un enmascarado con un traje y una túnica negros, el dirigente me dijo: “Candidato, has pasado la primera ordalía, pero te esperan muchas más. Ponte estas prendas”.

Volviéndose al hombre que traía la vestimenta, dijo: “Al baño”.

Gustoso le seguí hasta el extremo de la sala, pensando que por fin mostraban alguna consideración hacia mí; pero preguntándome si tratarían de que quitara la vida a un semejante. Después de cambiar mis vestidos, siempre bajo la vigilancia de mi conductor silencioso, volvimos a la sala; dos figuras se acercaron y me tomaron de los brazos para ponerme delante del hombre amarrado, mientras los demás formaban un círculo a nuestro alrededor. El cautivo tenía la cara cubierta en parte. El dirigente se acercó con una daga larga mientras otra figura venía con un recipiente manchado de sangre.

“Candidato”, dijo el dirigente, “es tu glorioso privilegio obtener la iniciación haciendo justicia a un traidor. Este hombre, faltando a su sagrado juramento, ha divulgado nuestros secretos al mundo externo. Todos los que dan a conocer estos secretos han de morir, pues han de expiar su crimen; es tu gran privilegio cumplir la obra y de esta manera ligarte a nosotros con vínculos de sangre. Arranca su corazón traicionero y deposítalo en este recipiente”. Al terminar de hablar me tendió la daga. Pero yo estaba decidido sobre lo que debía hacer y con poder y dignidad, contesté:

“No quiero tomar una vida humana; ningún hombre ha de derramar la sangre de otro; la vida es sagrada y la venganza es de Dios.”

“¿Entonces, te niegas? ¿Desafías nuestras leyes y órdenes?”

“Rotundamente, cuando son contrarias a la ley de Dios y a la ley eterna.”

“Entonces, tú mismo has de morir”, silbó, mientras levantaba el brazo como para matarme; pero los presentes gritaron:

“¡Detenéos! enterrad vivo al cobarde; es peor que un traidor; que lo entierren.”

Una docena de manos se apoderaron de mí y me ataron de pies y manos; mientras yo gritaba: “Mejor la verdad, que vivir”. Una tormenta de silbidos respondió a mis palabras, y fuertemente atado me arrojaron al ataúd. Yo pensaba: Todo ha terminado; he caído, ciertamente, en manos de los dedicados al mal. Mi búsqueda de la verdad me ha traído a este trance. ¡Qué así sea! Si los poderes divinos, mi corazón puro y la sinceridad de mis propósitos no pueden protegerme, moriré por la verdad.

En su apresuramiento, había roto el vidrio que cubría el ataúd, entonces me sacaron de éste y me bajaron a la fosa. “Así terminan todos los cobardes”, oí que decían, mientras arrojaban tierra sobre mi cuerpo. Pero yo me sentía tranquilo y decía entre mí: “Todo por la verdad; todo por la verdad”. De pronto cesó de caer tierra sobre mí y oí voces excitadas. Me sacaron de la fosa y cortaron mis ligaduras. Una vez en pie de nuevo, con mi mente en calma y despejada, vi que no había ya figuras negras, todos iban vestidos de color índigo.

El nuevo dirigente dijo: “Te hemos rescatado; uno de nuestros miembros ha convenido en cumplir con tu deber para con los Negros y estás salvado”.

“No quiero que otro cumpla con mi deber; cada uno ha de cumplir el suyo”, repliqué.

“Nosotros cuidaremos de eso”, dijo el dirigente. Luego volviéndose a uno de sus hombres, dijo:

“Lo hemos rescatado de los Negros; él parece ser un candidato digno, y si pasa nuestras pruebas, lo aceptaremos como hermano. Llevadlo a nuestras cámaras; marcadlo y tomad su número.”

Instantáneamente me cubrieron con un capuchón y dos de ellos me hicieron avanzar. A los pocos minutos, nos detuvimos y me sacaron el capuchón. Me encontraba en otra gran sala, con un horno en uno de los extremos.

“Desnudaos”, dijo uno de mis conductores, al llegar a una mesa cerca del horno. Hasta entonces había obedecido y estaba todavía vivo; así que decidí seguir obedeciendo y correr todos los riesgos y, sin una palabra, comencé a desnudarme.

“Ahora, dejadme que tome vuestras medidas”, dijo indicándome que me acercara a un plano peculiar colgado en la pared. El plano contenía pequeños cuadros formados por líneas blancas y negras. En los cuadrados había letras, símbolos, signos y números, pintados de diversos colores. Me colocó contra este plano, con los talones juntos y los brazos en cruz, mientras se acercaba un hombre, que llevaba un sombrero blanco en forma de cubo, quien marcó el delineamiento de mi cuerpo en el plano.

“¿Qué medidas tiene?”, preguntó el que parecía jefe.

“Por las líneas negras, los cuatro largos que hacen su altura igual a los cuatro de su ancho; de consiguiente, es un cuadrado perfecto. Por las líneas blancas, el siete que hacen su altura en exacta e igual proporción a los que muestran su ancho; por tanto, es el cuadrado de siete, o sea, cuarenta y nueve.”

“Está bien; podéis vestiros”, dijo el jefe.

El calculador con sombrero blanco, había ido al horno, y el jefe continuó:

“Vuestra medida es aceptable; pero ahora debemos marcar vuestro número en el brazo; ¿podéis mantener

vuestro brazo firme, por el poder de la voluntad y sin ligaduras?”

“Traed vuestros hierros”, contesté, plenamente confiado en el poder de mi voluntad.

El encargado de marcarme se acercó con un hierro al rojo y me puso el brazo desnudo sobre la mesa.

“Marcad el número siete”, ordenó el jefe. En obediencia al mandato no fue aplicado el hierro al rojo en mi brazo. Sentí un dolor agudo; pero con los puños apretados, mantuve el brazo inmóvil. Antes de completar el número, se oyó en la cámara la palabra: “Detenéos”. El que me marcaba se detuvo y el jefe se levantó, preguntando: “¿Quién da la orden?” “Un heraldo del rey”, fue la contestación de una figura vestida de blanco, que se aproximó y entregó una carta al jefe.

“¿Quién ha informado al rey antes de tiempo?”, preguntó el mensajero.

“Los alambres secretos que comunican todos los pensamientos”, replicó el mensajero.

“Candidato”, dijo el jefe, dirigiéndose a mí, “habéis sido llamado a aparecer ante el rey. Su heraldo os conducirá; seguidle a donde os conduzca”.

A una señal del heraldo, le seguí. Avanzamos hasta una pared, en la que, al llegar, se abrió una puerta oculta y entramos en un pequeño vestíbulo, pintado de blanco.

“Sacaos el negro y vestíos de blanco”, dijo mi conductor, mientras abría un armario lleno de prendas de seda blanca y perfumada; “nadie vestido de negro puede cruzar el río y aparecer ante el rey”.

El día empezaba a aclararse. Al abandonar las prendas negras y ponerme las blancas, suaves y agradables al tacto, un sentimiento de indecible felicidad me invadió. Mi corazón parecía arder con fuego consumidor, y, aunque no había comido desde hacía muchas horas, una nueva fuerza había en mí. Mi cuerpo adquirió mayor

ligereza y, al mirarme, vi mi forma en blanco perla. Una vez vestido, mi conductor me llevó por una caverna larga de paredes blancas, llena de radiante luz. Era inmensa, con el suelo cubierto de arena dorada cargada de conchas; en frente se deslizaba un río de aguas cristalinas. La orilla distante estaba oculta a la vista por una neblina o por vapor blanco, y se oía el fragor de una catarata abajo.

“Candidato”, dijo el heraldo, éste es el último río; tenéis que cruzar la corriente, en un bote sin remos. Si vuestra fe en la verdad y en la justicia es fuerte, si no dudáis de que el puro y el bueno están protegidos, lo cruzaréis con seguridad; porque los Hermanos Blancos nunca abandonan a los puros de corazón, que confían su protección al bien. Pero si dudáis, si vuestro amor a la verdad y a la pureza no es bastante fuerte, para atraer tal protección, seréis arrastrado por la corriente hasta la catarata, cuyo retumbar estáis oyendo. ¿Tenéis firme fe en la justicia, la verdad y el derecho? ¿Vuestro amor es puro y fuerte? ¿Estáis dispuesto para el cruce?”

Al terminar de hablar él, llegamos a un bote blanco, a la orilla del río; yo contesté:

“Sí, cruzaré el río; creo en la pureza de mis motivos y atraeré la protección de los Maestros.” En efecto, mi fe era firme y un gran amor inundaba todo mi ser.

“Noble hermano de mañana”, dijo mi compañero, mientras yo entraba en el bote y él lo empujaba hacia el río, “que el poder de vuestro corazón y mente os lleve a los protectores del bien”. Con estas palabras, dio un fuerte empujón al bote, haciéndolo llegar lejos en medio de la corriente.

Tan pronto como perdí de vista al heraldo, empecé a preguntarme, como iba a cruzar el río sin un solo remo. Pero inmediatamente me vino el pensamiento de que Dios y los Maestros no abandonan a su hijos. Con este pensamiento, sentí calma e indiferencia, mientras el bote

se deslizaba río abajo. Tranquilo me tendí en el bote, disfrutando del amor que llenaba todo mi ser. El estruendo de la catarata era cada vez más fuerte, y la corriente más y más rápida; pero yo, perdido en la felicidad interior, no prestaba atención. De pronto una música celestial llenó el aire alrededor y se elevó sobre el ruido del agua. Mis ojos estaban cerrados; al abrirlos y mirar arriba, vi que la radiante luz que me rodeaba estaba llena de rostros angélicos. Me levanté y miré a mi alrededor y vi que se aproximaba rápidamente un bote blanco. Era tirado por sogas doradas y adornado con guirnaldas de flores por manos de cupidos angélicos. El bote llegó pronto y la multitud flotante entonó a coro:

“¡Amor, Fraternidad y Verdad!”

Una figura radiante se inclinó en la proa del bote; con indecible gozo vi que era mi amada Iola. Esta detuvo el bote al que aseguró con un ancla de oro, y me tendió los brazos para saludarme.

Una vez más me había salvado de caer en el abismo. Ya no estaba yo ciego; el espíritu se había desarrollado; consciente de mi derecho a amarla como hermano, la rodeé con mis brazos. Tiernamente se unieron nuestros labios como para sellar la unión más pura de dos almas, purificadas por el fuego. El estruendo de la catarata se desvanecía; el bote, tirado por manos invisibles, se deslizaba rápidamente por sobre el agua.

“Mi noble hermano, victorioso sobre todas las cosas terrenas”, dijo con ternura.

“Mi querida hermana, reina de amor y de bondad”, contesté yo con todo el fervor de mi corazón.

“Amamos como Dios quiere que todos debieran amar”, murmuró ella.

“Sí, querida, con el amor puro y santo del alma al alma, en las profundidades del espíritu, en el que nada terreno existe. Gloria al amor divino y puro.”

CAPÍTULO XIII

LA FRATERNIDAD BLANCA

El tiempo es, en sí mismo, una ilusión; depende de los estados de conciencia. Mientras luchaba yo en el estanque negro, cada momento me parecía una hora; cada hora un día. Lo mismo ocurre al hombre cuya mente se ocupa sólo de cosas de la tierra y cuyos pensamientos son de carácter sensorio.

El secreto de la felicidad está en olvidarse de uno mismo; cualquier ligera diversión, asunto o entretenimiento que produzca eso mismo trae una felicidad proporcional; pero la felicidad derivada del voluntario y consciente olvido de uno mismo excede de todo lo demás y produce un estado de conciencia en que se pierde toda sensación de tiempo.

Al deslizarse rápidamente el bote sobre el agua, Iola y yo quedamos sumergidos en nuestro mutuo amor. Mi corazón, lo mismo que el suyo, respondían a las divinas vibraciones del alma celestial, y no hay palabras para expresar la felicidad que tal estado produce. Nuestros pensamientos volvieron a la tierra al detenerse el bote en la arena de la orilla. En aquel instante la visión clarividente y el oído clariaudiente, que me habían revelado la presencia de seres celestiales en el éter, cesaron y ya no contemplé los misterios del mundo invisible. Pero Iola estaba todavía conmigo, y al levantar mis ojos vi

alrededor del bote, una asamblea de seres vestidos de blanco.

“Levántate, hermano, tus pruebas han terminado y has triunfado noblemente”, dijo Iola.

Tomados de la mano, saltamos a la arena. La asamblea vestida de blanco nos rodeaba con las cabezas descubiertas como en reverencia a la santidad de nuestro amor, mientras una hermosa mujer avanzaba para encontrarme.

Un grito de gozo escapó de mis labios. “Triunfo de amor”; grité, “es mi hermana, Esmeralda, por largo tiempo perdida”. Bella en su juventud; divinamente bella entonces. Como todos cuantos nos rodeaban, su rostro revelaba su poder y amor espiritual.

“Mi noble hermano”, dijo, al abrazarla yo cariñosamente, “te dije que nos volveríamos a encontrar; pero no tú ni yo soñábamos en un encuentro como éste”.

“Mi querida hermana”, contesté, “es ciertamente una felicidad que no esperaba; pero, ¿puedo preguntarte por nuestros padres?”

“Ellos viven”, replicó con alegre sonrisa, “pero aún avanzados; son miembros del Tercer Grado; y hemos de encontrarlos allí. Pero, hermano mío, nos hemos encontrado más recientemente de lo que tú crees”.

“¿Cuándo y dónde?” pregunté sorprendido.

“Como la gitanilla de nombre Rahula, a quien viste en el baile.”

“Ah, así se explica tu silencio y timidez al lado del majestuoso turco; pero, ¿por qué ocultabas tu identidad?”

“Se me prohibió que me diera a conocer; tenías pruebas que pasar, y la ocasión fue una de éstas para mí.”

En aquel momento, se acercó un anciano de noble apariencia, con larga barba gris y ancha faja en la cin-

tura, quien inclinándose, dijo con bondadosa y gentil voz:

“Hermano, vuestras hermanas os conducirán a la cámara real.”

Al hablar así, hizo una señal y la asamblea formó un triángulo del cual el anciano era el ápice, mientras yo con Iola y Esmeralda a cada lado, marchábamos en el centro.

¡Qué contraste, desde que me vestí de blanco! Ahora todo era belleza y mis pruebas parecían haber pasado. Cruzamos la caverna y entramos en un pasaje abovedado, con paredes de mármol adornadas de oro y plata. Todo estaba iluminado con luz difusa sin focos aparentes, y no pude menos que sorprenderme de la belleza de mis hermanos y hermanas, cuyos rostros resplandecían bajo la radiación de aquella luz. La mitad de nuestra escolta estaba formada por mujeres. Mientras marchábamos, Iola dijo:

“Ahora ves al hombre como la obra más noble de Dios, en la que la perfección de la forma responde a la de la mente y al espíritu.”

“Sí”, añadió Esmeralda, “y comprenderás ahora más claramente, la grandeza de la filosofía que enseña que el universo vino a la existencia para la evolución del hombre perfecto”.

“En efecto”, replicó Iola, “el objeto principal de Dios es glorificar al hombre, y la principal finalidad del hombre debiera ser glorificar a Dios”.

“De manera que”, dije yo, “si el hombre cumple fielmente su deber para con el hombre, cumple debidamente su deber para con Dios”.

“Tal es la suma de todos los deberes; el deber del hombre es para el hombre”, replicaron las dos a una.

Llegamos por fin a un portal dorado que se abrió ante nosotros, y entramos en una amplia cámara blanca

de forma exagonal y con techo piramidal. Alrededor del borde superior había un friso acabado en oro con los doce signos del Zodíaco en relieve; en el lado opuesto al portal había un trozo blanco, en el centro del cual había un sillón dorado en que se sentaba un hombre, aparentemente, de media edad. Su rostro notablemente hermoso no tenía barba; su apariencia era de juventud, aunque sus rasgos eran los de un hombre de edad y pensador. Su cabeza descubierta estaba coronada de espesos rizos largos de oro, a la vez que sus azules ojos brillaban con un lustre más maravilloso que los de mis compañeros. Vestido con la suelta y flotante túnica de los griegos, su varonil forma revelaba las perfecciones del desenvolvimiento humano.

A la derecha del trono estaba sentado un hombre que parecía un Apolo; su forma estaba también parcialmente cubierta con vestidura flotante, y su figura era realmente un símbolo de fuerza y poder. Evidentemente representaba o simbolizaba al Sol; pues sus manos descansaban en un escudo circular con un punto en el centro rodeado por un círculo de oro. A la izquierda del rey estaba sentada una mujer cuya belleza morena era una maravilla; sus ojos y cabellos negros, contrastaban con maravilloso efecto con su cutis perla. Sus blancas y bien formadas manos se apoyaban en un gran creciente de plata; evidentemente, ella simbolizaba a la Luna.

Cruzando el piso blanco de mármol pulimentado, nos acercamos a una larga mesa blanca colocada frente al trono. Yo tomé el asiento frente al rey, mientras Iola y Esmeralda tomaron los asientos junto a mí a cada lado. Los hermanos de la escolta se sentaron a la derecha y las hermanas a la izquierda.

Hasta entonces todo se había hecho en silencio. Sentados todos, se levantó el anciano de barba gris y con una reverencia al rey, empezó a hablar:

“Nuestro más noble rey, otra estrella ha aparecido;

otro niño ha nacido en nuestro reino; y lo hemos traído aquí para que reciba vuestra bendición y adopción.”

El Maestro rey se inclinó con una sonrisa, y dirigiéndose a mí con tono bondadoso y dulce me dijo:

“Querido hermano, gustoso te doy la bienvenida a este reino de la verdadera fraternidad. Nos proporciona gran gozo ver que uno más se une a esta pequeña minoría. Todos te saludamos como nuestro hermano.”

Como respondiendo a estas palabras, toda la asamblea dirigiéndose a mí, exclamó:

“Te saludamos como nuestro hermano.”

Qué diferente este rey de los reyes de la tierra, pensé; me saluda como hermano, y sabe combinar su sonrisa y ternura fraternal con la dignidad y poder de su investidura.

Luego, con voz dulce y tranquila que me llegó al alma habló:

“Hermano, nuestras explicaciones e instrucciones especiales te serán impartidas por el Instructor adecuado; pero ahora te presentaré el cuadro sobre el cual construimos nuestro templo.

”Existe un Dios, un hombre, una Fraternidad, una Verdad; éstos son nuestras piedras angulares, sobre las cuales erigimos nuestra estructura.

”Dios es el Infinito y omnicompenetrante Espíritu, sin forma, inmutable, eterno e incomprensible para todos, menos para Sí mismo.

”El hombre es una manifestación individualizada de Dios en condiciones auto-impuestas; un centro de la Esencia Infinita alrededor de la cual vibra, y por medio de la cual fluye y se revela en el mundo de formas y cosas.

”La Fraternidad única es la humanidad; la suma total de los centros individualizados de la actividad divina, los cuales, aunque aparentemente separados, son uno en vida y en esencia.

"La Verdad es la plena y autoconsciente realización de Dios en sus manifestaciones individualizadas, y la iluminación que viene a cada una.

"Dios abarca toda Verdad; y el hombre, como Dios individualizado, puede comprender toda verdad, gracias a Dios en él."

Dejó el rey de hablar, pero quedó el maravilloso magnetismo de sus palabras, y por unos momentos reinó en la sala una profunda quietud. El significado de aquellas palabras, impregnadas por el espíritu, no puede expresarse en tipo; el sonido tiene un poder desconocido para el escrito.

El anciano de barba gris se levantó de nuevo, y después de hacer una profunda reverencia al rey, sacó de entre su vestidura una caja blanca. Sacudiéndola, arrojó cuatro dados sobre la mesa; acción que repitió tres veces. Luego dirigiéndose al rey, dijo:

"Las tiradas suman cincuenta y uno, y cada vez diez y siete; los poderes invisibles que rigen estas tiradas decretan que nuestra hermana Iola ha de impartir las instrucciones." Se dirigió a Iola con una reverencia. Esta, apretándose la mano bajo la mesa, se levantó y con una graciosa reverencia al rey y al anciano, preguntó:

"¿Es el número cuarenta y nueve el de mi hermano?"

El anciano, inclinándose, respondió: "Así es".

"Entonces", ella dijo dirigiéndose al rey y al anciano, "el significado de esta elección queda revelado; cincuenta y uno y cuarenta y nueve hacen el cuadrado de diez, cuyo significado todos conocéis".

El anciano dirigió una mirada interrogante al rey, quien de nuevo dirigiéndose a mí, dijo:

"Hermano, los poderes invisibles dicen que aspiras a grados más elevados. ¿Es verdad?"

"Aspiro a la cumbre más elevada, en efecto, hasta a la divinidad aspira mi alma", respondía tranquilo y consciente de mi fuerza.

Sin replicar, el rey hizo seña al anciano y éste y Iola se sentaron. La figura de Apolo, sentado a la derecha del rey, habló entonces:

“Represento al Sol, símbolo de vida, centro de vitalidad y corazón de esencia solar cuyos rayos llegan a los confines de nuestra esfera planetaria. Soy el espíritu en acción y manifestado en materia; pero mi signo oculta un misterio y tiene dos significados; aprende tú este secreto y jamás morirás.”

Al dejar de hablar, la mujer sentada a la izquierda del rey, con voz clara y musical, dijo:

“Yo represento a la Luna, símbolo de materia sutil, la substancia esencial necesaria para la forma y el crecimiento. Soy el vehículo del espíritu y la base sin la cual éste no podría actuar; mi signo también oculta un misterio y tiene dos significados; aprende tú su secreto y tu forma, hecha perfecta, no se disolverá.”

Cesó ella de hablar y habló de nuevo el rey:

“Siempre, desde que nos reunimos en los salones de las columnas en Tebas y Menfis, Osiris e Isis han estado con nosotros; y su perfecta y armoniosa unión en tí te hacen Horus.”

Mientras hablaba, los ojos de todos se dirigieron al signo del zodiaco encima del trono; yo hice lo mismo y vi que lo cubría una neblina violeta. Envuelto en la substancia, el signo aparecía animado por átomos dorados que se movían y vibraban rápidamente. La nube se mantuvo durante unos momentos, luego desapareció y el signo era visible una vez más; pero en lugar del Sol y de la Luna, había un disco dorado con una cruz en medio. Mientras me preguntaba que extraño mecanismo producía el fenómeno, el anciano se levantó y dio la orden:

“¡A la sala de estudio!”

La asamblea se levantó enseguida, y, después de una reverencia al rey, salimos todos en doble fila del salón.

Seguimos por un pasaje parecido al anterior y entramos en una sala abovedada.

El friso de ésta tenía también un Zodíaco con planetas movibles en los diferentes signos y las grandes estrellas tenían también su lugar. Las paredes estaban cubiertas con símbolos místicos, círculos, triángulos, cruces, cuadrados, líneas, puntos, letras, escenas alegóricas y números. En cada uno de los cuatro lados de la cámara había notables estatuas; un león dorado, un hombre de marfil, un águila gigantesca y un toro. En el centro de la sala había una larga mesa baja, hecha de un bloque de mármol; sobre ella había cubos, ingletes, esferas y símbolos similares. Pero había dos obras de arte más notables que las demás. Cerca de un extremo de la mesa había un cubo macizo de mármol negrísimo, sobre éste, sostenida por cuatro columnas con capiteles egipcios de loto, descansaba una pirámide de base cuadrada y de blancura transparente. En el centro del espacio entre la base y la pirámide había dos maravillosas figuras unidas con un cordón verdoso que conectaba la pirámide con el cubo. Una de las figuras era un enano de apariencia demoníaca, hecho de material rojo, de facciones con mirada traidora y maligna, que trataba de cortar el cordón con una espada manchada de sangre. La otra figura era un hombre de noble apariencia hecho de marfil, cuyas facciones expresaban dolor intenso, luchando con el monstruoso enano, y con sus manos y brazos manchados de sangre. Miraba yo al grupo como fascinado, cuando Iola me atrajo a otro símbolo igualmente notable colocado al otro extremo de la mesa.

Éste era un hombre de tamaño natural clavado en una cruz negra, con una gran serpiente enroscada alrededor del cuerpo y de la cruz; la serpiente emitía una luz roja fosforescente y bebía la sangre que brotaba de las heridas del hombre torturado. Las venas de éste aparecían

hinchadas y cada línea de su cuerpo expresaba sus torturas; pero, aunque su rostro mostraba dolor, tenía expresión de sorprendente fortaleza.

Un temblor me sacudió, y quitando mis ojos, vi al otro lado de la mesa, un Buddha en meditación, sentado en un gigantesco loto con pétalos de madreperla. La expresión tranquila de rostro meditativo estaba en marcado contraste con el de la figura en la cruz.

Todos esos símbolos los observamos durante unos pocos minutos; luego nos detuvimos a un lado de la mesa y el dirigente, un hombre de media edad, salió de las filas y se dirigió a mí diciendo:

“Hermano, las pruebas por las que habéis pasado no carecen de significado y, sin duda, una vez se os expliquen se grabarán indeleblemente en vuestra mente.”

Luego, señalando a un gran cuervo tallado de material negro, que tenía cerca, continuó:

“Desde el día en que abandonamos la Atlántida, ahora perdida, para venir al nuevo hogar en la tierra de las pirámides, el cuervo, como destructor de toda corrupción y cosas sucias, ha sido símbolo de poder sagrado. Los hierofantes iniciados de Egipto no emplearon sin razón el símbolo del cuervo; como Prometeo entre los griegos, todos cuantos entren han de dejar que este poder consuma su hígado. Pero, a diferencia de Prometeo, han de impedir su crecimiento o, como él, han de quedar atados a la roca del dolor y del sufrimiento.”

Se detuvo un momento como para dar tiempo a que sus palabras se grabaran en mi mente; luego continuó:

“Además, ningún hombre puede entrar aquí hasta que haya matado todo pensamiento sobre sí mismo y haya sofocado toda aspiración egoísta y deseo de vivir, si la vida no tiene finalidad altruista. Las pruebas para probar vuestro orgullo y el amor a la vida, han manifestado vuestra posición. Cuando se os pidió vuestra riqueza,

dudasteis; había quienes pudieron leer vuestros colores y vuestros pensamientos no quedaron ocultos. Sabed que aquí no se puede ocultar ningún mal pensamiento, vuestra mente es un libro abierto. Sabed también que la duda es un gusano gangrenoso que alimenta al miedo y paraliza la fuerza; no la duda de las formas, de los credos, o de los dogmas, sino la duda sobre la excelencia y superioridad de la verdad y de la justicia. Quien no duda de estos principios eternos, siempre se adhiere a lo justo, confiando en que cualesquiera sean las apariencias, al fin alcanzará éxito y triunfará en todo.

"Sabed, además, que no necesitamos de vuestro dinero; lo que necesitamos, nuestro conocimiento de los poderes de la naturaleza nos lo proporciona. Ahora oíd la explicación y significado de vuestras otras pruebas. Una vez pasásteis las pruebas de egoísmo y pusísteis de lado las ambiciones mundanas, os consideramos como hombre antes del tiempo de Adán.

"El hombre, entonces, era un ser celestial, puro e inocente, pero sin conocimiento. Impulsado por intuición interior, que vagamente le indicó sus inherentes, pero latentes posibilidades, aspiró a adquirir sabiduría y experiencia. Esta aspiración le trajo una luz momentánea y, mirando a las radiantes profundidades del espacio, contempló una visión de lo que podía ser. A través de un negro y oscuro estanque, envuelto en humo y olores malsanos, vio una esfera radiante, en la que hombres que habían sido como él, habían evolucionado hasta alcanzar alturas de perfección, como dioses, conociendo el bien y el mal y poseedores de los poderes de la mente y de la voluntad. La casi latente luz le susurró: "Ser, está en ti el poder de ser como ellos, de conocer todas las cosas; consciente de tal conocimiento; pero para llegar a tal altura, has de cruzar ese estanque de materia negra y oscura, descender a sus profundidades y triunfar sobre todas sus horribles criaturas. Sólo atravesando el mundo

del mal puedes saber lo qué es el mal; y solo mediante este conocimiento podrás conocer y realizar el bien'. A esto contestó el ser celestial: 'Carezco de conocimiento y no entiendo tus palabras; pero algo en mi interior me dice que las escuche, y si tú me impulsas en tal viaje, confiaré en tu guía'.

"A esto replicó la luz interior: ¡Oh Ser!, iré contigo y te haré sabio y divino; no sólo te daré fuerza en este viaje, sino que te prometo cruzar contigo este terrible estanque de materia y, si confías en mí, te guardaré y te conduciré a la libertad de la otra orilla. Pero antes de que emprendas este viaje, escucha mis advertencias: Dos sendas hay en este terrible charco; una recta y cierta y no peligrosa en exceso; la otra torcida, con muchos tropiezos, que la hacen peligrosa y productiva de mucho dolor. Siguen la primera los que me toman como guía y aprenden la naturaleza del sufrimiento, mediante identificación simpática con los que sufren; pero que no causan sufrimiento, porque se alejan de las causas que lo producen. Muchos que inician el viaje conmigo me pierden de vista cuando los vapores les rodean; entonces, no oyen ni escuchan mi voz guiadora, son engañados por falsas bellezas, que siempre los tientan, y toman la segunda senda. ¡Grande es su sufrimiento; largo y doloroso es su camino! Así engañados su descenso es tan bajo y su desvío tan grande que ya no puedo alcanzarlos; entonces mueren; absorbidos por la materia, su substancia vuelve al Todo y yo voy a ayudar a otro ser. Porque has de saber, ser celestial, que mi naturaleza es tratar de ser una individualidad; pero sólo puedo realizar mi aspiración uniéndome a uno como tú y llegar a la otra orilla. Tú te das a mí; y yo me doy a ti; juntos haremos el viaje. Separados, tú estás desprovisto de mente; yo soy la esencia sin forma; unidos, tú me darás individualidad, y yo te daré una mente con conocimiento."

El orador se detuvo; sus profundas palabras agitaron

mi alma y despertaron mi intuición, dándome a conocer el significado oculto de aquel diálogo.

Iola evidentemente adivinó lo que el orador iba a decir y me tomó de la mano, la que mantuvo entre las suyas al continuar aquél:

“Así como en la evolución universal dos sendas conducen al Nirvana, también aquí abajo dos sendas conducen a esta cámara. Tu amante hermana trató de guiarte hasta aquí por la senda del amor y de la luz; pero, como la mayoría, tú anduviste vagando y tuviste que tomar la senda oscura y descendente hasta las profundidades de la tierra. Un esqueleto, que simbolizaba la muerte del espíritu en la tumba de la materia, te condujo hasta el mismo cieno de la materia y caíste en el estanque. Pero tú no habías perdido de vista enteramente tu yo interior y escuchando sus indicaciones has triunfado.

”Si tus temores y dudas te hubieran cegado, no habrías oído la voz interna y tu alma hubiera quedado perdida. Cuando el rey de la materia te tentó, renunciaste a la vida y a las ambiciones del mundo. Esta renuncia fue tu victoria; porque gracias a ella, empezaste a ascender y el espíritu te dio fortaleza. Sabe, aspirante, que la ambición y el amor a la vida son las pasiones que sujetan al alma a la tierra. Los hombres alaban a la ambición y en nombre de ella justifican su lucha egoísta por el poder y la fama; pero, qué es la ambición egoísta comparada con la más noble aspiración de quien, olvidándose de sí mismo, trabaja para la humanidad. Tu muerte trajo vida y fortaleza; cruzaste el estanque y encontraste a la bruja. Dijo la verdad al decirte que deberías matar a un hombre; nadie puede entrar aquí sin haberlo realizado; pero ese hombre es el yo inferior de quien trata de entrar. Cuando, escuchando a tu espíritu interior, te negaste a quitar una vida humana, mataste a tu yo inferior; te depositaron en la tumba y el entierro te dio paz. La paz te hizo resucitar; ascen-

diste a un plano superior y tu espíritu fue entronizado en la forma que era una tumba; pero que ahora es un voluntario instrumento del Yo superior.

”Como la senda en la que entraste llevaba hacia abajo, la nueva que tomaste lleva hacia arriba; cuanto más descendiste más oscuro era todo; a medida que ascendías, más brillante era la luz. Y ahora todos damos la bienvenida al hermano de este gran Grado.”

Así terminó, y toda la asamblea repitió a coro:

“¡Todos saludamos a nuestro recién nacido hermano!
¡Todos saludamos a nuestro recién nacido hermano!”

El orador tomó su puesto en las filas y el anciano de barba gris, con una reverencia a Iola, hizo una señal, la asamblea se formó en parejas y salieron.

“Te dejo con tu otra hermana”, dijo Esmeralda, tomando el brazo de un hermano alto y rubio.

“¿Cuál es el curso?”, preguntó el dirigente al pasar cerca de Iola.

“La ley ha de regir”, contestó Iola, cuando él salía, dejándonos solos en la sala.

“Ahora, mi querido hermano, te explicaré algunos de los símbolos; pero ten en cuenta que algunos de ellos tienen más significados de los que puede contener un grueso volumen, y tales símbolos tienen muchas claves y, por lo tanto, muchos significados.”

Al hablar así me llevó a la pirámide blanca conectada con el cubo negro por un cordoncito verde.

“Recuerda las palabras del orador y el significado de este símbolo será claro para ti”, dijo ella, mientras yo miraba en silencio a aquella obra verdaderamente maravillosa. “La pirámide blanca simboliza el Yo superior, el espíritu en peregrinaje; el cubo negro simboliza el hombre inferior o el ser celestial una vez sumergido en la materia. El ser se ha hundido tan bajo que sólo un hilo lo conecta con el Yo superior; las pasiones y deseos que surgen de la materia y simbolizadas por el demonio

rojo tratan de cortar esta débil conexión y destruir el alma. La figura blanca simboliza el espíritu en la forma; lucha y se esfuerza para mantener la conexión, aunque al hacerlo perpetúa su dolor. Pero antes que volver y comenzar un nuevo peregrinaje, el espíritu prefiere aferrarse a su degradado vehículo hasta el último momento, en la esperanza de que así conseguirá volverlo al camino del que se ha desviado. Pues, has de saber que, el ser, una vez unido al espíritu en este peregrinaje, posee voluntad propia, a la cual no puede sobreponerse el espíritu si la voluntad no lo consiente. El espíritu es todopoderoso en su propio plano; pero queda condicionado, por así decirlo, al estar sumergido en la materia. La lucha parece desigual; el hombre blanco no tiene más armas que el poder de persuasión, a la cual la pasión no escucha, y la cruel espada del enano se descarga sin piedad en el brazo del hombre sangrando, el cual no resistiría sino fuera que el dolor cura las heridas tan pronto como las recibe. ¡Observa la agonía escrita en sus facciones! Muchos hombres permiten que la pasión y el deseo torturen a sus naturalezas superiores hasta que el hilo se corta y el alma se pierde.”

Al dejar ella de hablar por un momento, yo pregunté:

“Pero Iola, ¿puede alguna cosa ser destruida?”

“En su esencia, no”, contestó, “tanto la materia como el espíritu son eternos e indestructibles; pero sus combinaciones individualizadas o especiales no lo son, si la voluntad que las rige no lo quiere. Al separarse lo inferior de lo superior, o el espíritu de la materia, el espíritu vuelve al Espíritu Universal y la materia a la materia universal; pero la individualidad resultante de su unión se pierde. Has de saber que la enseñanza oculta, según la cual el hombre puede perder su alma, es altamente científica cuando se entiende correctamente. Todas las almas alcanzan individualidad espiritual y pasan a la perfección divina, o son disipadas y disueltas. Muchos hom-

bres viven ahora en la tierra, cuyas almas superiores los han abandonado; tales son los monstruos que a veces aparecen con forma de hombres y sorprenden al mundo por su maldad. Pero este estudio del alma es muy vasto y profundo; sigamos con los otros símbolos.”

Cerca había un cubo negro grande; al llegar a él, ella dijo:

“Éste sin duda lo entiendes; pero tiene muchos significados. El cubo negro simboliza los cuatro elementos o principios que constituyen el hombre inferior; es decir, tierra, agua, fuego y aire, o las esencias que estas palabras simbolizan.”

Iola apretó un resorte y los lados del cubo se abrieron y formaron una cruz en el suelo, tres cuadrados de ancho y cuatro de altura. “Tú ves”, dijo, “que contando dos veces el del centro hay siete cuadrados, que simbolizan los siete principios que hacen al hombre. Como un cuerpo negro es instrumento de tortura para el espíritu que lo ocupa, tenemos aquí la cruz como instrumento de tortura; y así como el hombre con los brazos extendidos forma una cruz, así también se despliega el cubo. De igual manera, el hombre con los brazos extendidos forma un cuadrado de medidas iguales; el cuatro de su altura es igual al cuatro de su anchura, y cuatro por cuatro es dieciséis, un cuadrado perfecto y la cuarta potencia del dos.”

Cerramos la cruz en cubo y nos acercamos al otro maravilloso símbolo. Por un momento guardamos silencio; luego, con voz solemne y profunda, ella dijo:

“Esto explica el misterio de Cristo, el significado de la crucifixión y el misterio del dolor. La cruz negra, como te expliqué antes, representa la naturaleza inferior del hombre, este cuerpo, la tumba del espíritu y un instrumento para su tortura. Clavado o sujeto a esta cruz, o forma de carne, está el Hombre divino, Cristo, el Hijo de Dios. La serpiente enroscada es el deseo y la pasión,

la lujuria, el odio y la avaricia; su vida depende de la sangre que brota de las heridas. ¡Cuán real es este símbolo de la vida de todos los hombres de la tierra! Es un símbolo universal, aplicable a todos; pues todo hombre que fomenta sus deseos y pasiones o cede a su naturaleza inferior, crucifica al Cristo en él. Todo acto malo que ejecutamos, todo pensamiento impuro que pensamos, todo mal deseo o aspiración, tortura el hombre divino en nosotros y alimenta al horrible monstruo del deseo con nueva sangre, que representa la vida de Cristo, y produce agudo dolor.”

Ella se detuvo, y yo pensé, cuán bella y patética es esta interpretación de la historia de Cristo; qué mal comprendida es esta maravillosa alegoría, que enseña una verdad universal.

“Iola”, dije yo, “veo que das una interpretación alegórica a la historia de Cristo, ¿tú crees que el Cristo histórico existió?”

“No tengo la menor duda que ha existido un carácter alrededor del cual tal historia se construyó; pero el Cristo Universal, lo divino en el hombre, siempre ha existido y nunca ha muerto. Todas las Escrituras antiguas tienen un significado esotérico, y bajo alegorías y símbolos, están veladas las grandes verdades del universo y del hombre, del macrocosmos y del microcosmos; pero veladas tan ligeramente que, quienes buscan descubren su significado. Paradójicamente, cuanto más ocultas, más abiertas; pero el ciego pasa y no las ve. El universo está edificado sobre la sencillez; pero las mentes superficiales y egoístas no conocen el significado de esta palabra. Los hombres buscando el misterio, descuidan la verdad; confiando únicamente en el intelecto, desprecian la filosofía contenida en las sencillas parábolas de las ocurrencias cotidianas. Pero Jesús enseñó así; las parábolas fueron su constante método, y su filosofía, así ligeramente velada, la dio a sus discípulos. San Pablo, su

eminente sucesor, enseñó de igual manera, como así Orígenes y Clemente de Alejandría. Todos los gnósticos y los cristianos neoplatónicos, hasta la época de Constantino, reconocieron el significado esotérico de las Escrituras.”

De nuevo se detuvo Iola; al contemplar aquel maravilloso símbolo de los místicos cristianos, un sentimiento de compasión brotó en mi interior.

“Ven”, dijo, “te explicaré más extensamente estos grandes símbolos en otra ocasión; ahora pasaremos a los otros.”

Me explicó con grandes detalles el significado del hombre, del toro, del águila y del león, deteniéndose en cada uno; baste decir que, por primera vez, se me aclaró el lenguaje místico de los hebreos. Después de recibir una breve sinopsis de los demás símbolos en la sala de Estudio, salimos de ella y avanzamos por otro corredor. Si alguna vez había dudado de que el conocimiento viene del desenvolvimiento de una facultad interior, ya no dudaba más. Empezaba a darme cuenta de esta luz interior; pero Iola parecía poseer ya conocimiento universal. No había pregunta que no pudiera contestar; así continuamos nuestra conversación con las mentes activas y los corazones armonizados, y avanzamos por el corredor hacia la Sala de Elección.

CAPÍTULO XIV

AMANTE - VIRGEN

Cuando la mente absorbe todas nuestras energías, nos olvidamos del cuerpo; hay quienes llegan a estar tan ensimismados en sus pensamientos que se les puede amputar un miembro y apenas sentir dolor. Igualmente, hombres bajo intensa acción mental pueden trabajar más allá de su resistencia ordinaria.

Mientras marchábamos por el corredor, supe por Iola que habían transcurrido dieciocho horas desde que ella, después de tentarme, se había encaramado en el coche junto al cochero, en la primera corta parada. Quiere decir que había yo pasado veinticuatro horas sin tomar alimento alguno; sin embargo, por extraño que parezca, no sentía apetito. ¿Habían cesado de trabajar, después de mi iniciación, las vidas que nos consumen? Iola contestó mi pregunta silenciosa diciendo:

“Antes de que llegue la hora de tu nueva ordalía en la Sala de Elección, es conveniente que tomes algún alimento.”

“Entonces, ¿tú también necesitas alimento?”, pregunté con una sonrisa.

“Ciertamente”, contestó ella, “en nuestra manera de vivir la cantidad de alimento se reduce; sin embargo, no estamos tan arriba que podamos prescindir enteramente del mismo. Se dice que los miembros del Tercer Grado están por encima de nosotros, en cuanto a esta necesidad,

y que reponen sus fuerzas físicas por medio de un elixir concentrado, el secreto de cuya fórmula sólo ellos conocen. Pero nosotros, hermano mío, tenemos mucho que andar para ir tan lejos; por lo tanto, te acompañaré a tomar un ligero refrigerio.”

Hasta aquel momento, todos los salones y corredores por los que pasamos estaban alumbrados por la misma luz difusa, que parecía ser una incandescencia en el aire; pero al trasponer una puerta y subir una escalera, nos encontramos en un salón con ventanales abiertos cada lado a la luz del día. Este salón estaba ricamente alfombrado y sus paredes llenas de cuadros. Al pasar nos saludaron cariñosamente varios hermanos y hermanas, todos con las vestiduras de su grado.

Dondequiera estuviera el edificio era de dimensiones inmensas. El salón tenía bien treinta metros de largo, y al mirar por los ventanales vi a cada lado grandes patios, que eran inmensos conservatorios llenos de grandes árboles de muchas variedades, y flores y plantas en abundancia. Al llegar al extremo del salón una figura revestida nos detuvo. Iola murmuró algo en el oído del portero y éste, inclinándose, nos dejó pasar.

“Este es el guarda”, me dijo Iola, “y ahora es mi privilegio comunicarte la palabra de paso.”

“Para salir, empleamos la palabra sánscrita ‘Jnana’, que significa conocimiento; para entrar la palabra es ‘Naga’, también sánscrita, que quiere significar serpiente; al pronunciarlas hay que hacerlo al oído como un murmullo.”

Habíamos entrado a una sala interior y nos acercamos a una puerta a la derecha. Apretando un botón colocado cerca del piso, Iola la abrió y entramos. Me di cuenta enseguida que era una habitación privada. Mirando a un lado, vi un retrato al óleo de mi querida compañera en tamaño natural. Notando mis miradas de

admiración, pues era una verdadera obra de arte. Iola observó modestamente:

“No creas que esto es un despliegue de vanidad, hermano mío; Zerol se empeñó en tomarme como modelo y yo, como buena hermana, lo complací; pero para no exhibirme lo colgué en mi habitación privada.”

“Lástima de modestia”, repliqué yo, “impide a la gente gozar de tal obra de arte y sentir la elevadora influencia que se desprende de ella y de tan perfecta figura.”

“No sigas, hermano mío; recuerda las palabras de Sócrates cuando dijo ‘La adulación es peor que un cuervo; porque éste sólo consume lo muerto, mientras que aquella consume a los vivos’.”

“Probablemente serás mi huésped por algún tiempo”, continuó, mientras tomábamos asiento cerca de una mesita, “y has de considerarte como en tu misma casa; todos los de este grado han demostrado ser puros, de modo que no gastamos formas ceremoniales entre nosotros.”

“Uno se siente bien y cómodo con personas entre las cuales reina esta libertad”, contesté. “En un mundo rodeado de formas ceremoniales, ¿cuántas almas que simpatizarían se mantienen alejadas? Te tomaré la palabra y me consideraré libre en todas mis acciones.”

“Siéntete libre”, dijo Iola sonriendo, mientras me tendía la mano por sobre la mesa, en señal de verdadero compañerismo.

En aquel momento entró un joven hindú con una bandeja que contenía nuestro refrigerio.

“Como ves”, dijo Iola mientras vertía el chocolate en las tazas, “los miembros de este grado comen en privado; es una de nuestras reglas; pero como estamos tan íntimamente relacionados, podemos comer juntos; por lo menos una vez.”

“¿Nada más que una vez?”, pregunté, mirándola con afecto.

“Bueno, ello depende”, contestó ella, “desde ahora soy tu servidora, y lo que digas se hará.”

“Mira mi bella coqueta, ¿estás tratando de tentarme otra vez?”, pregunté. “Esta vez fracasarás; porque he jurado ser monje.”

Ella me miró a los ojos y replicó:

“No; en las pruebas que hayas de pasar no interveniré yo como tentadora; he cumplido mi deber para contigo y tú el tuyo para conmigo. Los engaños que he tenido que simular eran pruebas para mí lo mismo que para ti; por amarte, tuve que tentarte y tratar de conducirte a la ruina. ¿Podía haber prueba más dura para mí? Pero yo cumplí con mi deber y, gracias a tu ser interior, tú cumpliste el tuyo; y ahora nos encontramos en el plano de hermanos iguales y no sufrirás más decepciones por mi intermedio. Esta es una afirmación solemne, con la cual puedes contar en lo futuro.”

Sin darme tiempo para replicar, ella continuó:

“En cuanto a ser tú monje, he de decir que los hombres más nobles de la tierra lo han sido. Al parecer, ser monje es requisito indispensable para alcanzar la máxima perfección.”

Sofocando una exclamación admirativa, pregunté:

“¿Y todo este tiempo has obedecido, sin vacilación ni dudas, los mandatos de tus hermanos?”

“Ciertamente”, contestó. “He estado muchos años con ellos; durante todo este tiempo sólo me han enseñado lo bueno y lo puro; ellos llevan vidas sencillas y abnegadas; sus acciones son nobles; no tenía por que dudar de ellos. Luego me han enseñado que hay potencias protectoras para todos los seres y que estas potencias son fuertes en proporción a la fuerza de la divinidad del hombre. Me han enseñado que aquellos cuyas aspiraciones fueron puras triunfarían a la larga por fuertes que

fueran las tentaciones. He creído tales enseñanzas, no simplemente por lo que me han dicho, sino porque mi razón estaba convencida y mi corazón aceptaba tales conclusiones. La creencia en las potencias protectoras dio gran paz a mi alma y vino a ser una fuente de fortaleza; porque yo no creía en la Providencia tal como se enseña en el mundo, y mis ideas acerca de Dios eran muy diferentes y demasiado exaltadas. Necesitaba un vínculo intermedio, y esta enseñanza acerca de las potencias protectoras, Maestros Protectores, llenaba esta necesidad.”

Hablaba Iola con gran seriedad, y guardé silencio, mientras ella continuaba:

“Antes de esto, ¡cuán cruel me parecía el mundo; cuán despiadado y cuán injusto! No podía concebir al Infinito pasando por alto las leyes que rigen al Universo; no podía concebir a Dios como caballero andante gigantesco yendo de un lado al otro, en un abrir y cerrar de ojos, para proteger al inocente y resguardar al desamparado. Aun siendo niña me preguntaba cómo un Dios así podía estar en todas partes al mismo tiempo. Pero cuando me hablaron de los Maestros y Protectores, hombres perfectos de antiguas razas; que han evolucionado mucho más allá que los hombres del mundo actual y que trabajaron por la verdad y la justicia, consideré la enseñanza razonable. Porque, si el hombre evoluciona, ¿quién puede poner límites a su evolución? Así como nosotros estamos por encima del salvaje, hay quienes están muy por encima de nosotros. Algunos de estos exaltados seres viven todavía en la tierra, pero en cuerpos que no decaen; desconocidos del mundo, van de lugar en lugar, trabajando siempre para el bien, protegiendo al inocente, apoyando al desamparado y aliviando al que sufre. Otros, aún más elevados, que han evolucionado más allá del poder de la muerte, han renunciado a los privilegios del Nirvana y existen en el mundo invisible. Éstos han renunciado a la bienaventuranza del

cielo y laboran en la esfera de la mente para elevar a la humanidad. Desconocidos, sin honores, viven para el hombre, pues su compasión es infinita”.

Iola calló, sus grandes ojos despedían maravillosa luz; su rostro resplandecía de amor divino. No hay palabras para expresar el poder de un corazón puro y sincero. Sus palabras me iban sumiendo en un encanto indescriptible. Entonces pregunté:

“¿Tú creíste entonces que estos Protectores y Maestros me resguardarían, puesto que mi corazón era puro y mis aspiraciones nobles?”

“Jamás tuve la menor duda”, contestó ella.

“Bien, amor mío, recordaré tu símil y evitaré nuevas comparaciones con los buitres; pero, dime: ¿permiten el amor aquí? ¿Permiten el matrimonio, o son todos monjes y monjas?”

Por fortuna me había dominado y había aprendido el poder de la voluntad, porque con una mirada que antes me hubiera arruinado, contestó:

“Enseñamos el amor tal como lo entiende el hombre divino; amor del alma al alma. Hemos hablado antes sobre este tema y lo que dijimos entonces es válido ahora. Pero ten cuidado del amor que tenga un solo pensamiento para el yo”.

Al hablar así me dirigió una mirada profunda y significativa, y continuó:

“No tenemos matrimonio tal como el mundo lo entiende. Los matrimonios no son hechos por las leyes de los hombres, de las iglesias o de instituciones humanas. El matrimonio es la unión de dos almas similarmente a tono, con una finalidad pura y santa, o sea, desarrollar los poderes del alma y proporcionar tabernáculos para almas subjetivamente condicionadas que buscan encarnar. Aborrecemos al matrimonio como medio para satisfacer deseos sexuales y lujuria, o para gratificar apetitos y pasiones. Como verdadera hermana, puedo hablarte con

candor de un tema que la ignorancia ha clasificado como impropio. Mantenemos que los órganos de generación son sagrados y están relacionados directamente con el poder creador divino, y todo mal uso de los mismos es el más imperdonable de los pecados. Los antiguos símbolos fálicos han sido muy mal comprendidos y mentes superficiales han sido incapaces de percibir su sagrado significado. Cegado por una modestia que es sólo superficial, el mundo confunde ignorancia por virtud. ¡Oh, cuán civilizado es nuestro salvajismo cuando degrada y mancha estas sagradas funciones!”

Por primera vez sus palabras asumieron un tono desdenoso, al continuar:

“¿Qué es el mundo hoy más que un remolino de salvaje lujuria? Que los salvajes me perdonen por esta calumnia; porque sólo el hombre civilizado con su lustre exterior, pervierte estas funciones sagradas. ¿Y qué diremos del código moral que rige estas relaciones? ¿Sabes tú que si yo fuera hombre me avergonzaría exigir a una mujer lo que yo no poseyera en verdad, o sea, la pureza? Pero la mujer. ¡Dios tenga piedad de ella!, consiente este mal y perdona al hombre lo que nunca perdona a una mujer. Pero la pasión es ciega y sorda”.

“Mi querida Iola”, dije cuando ella dejó de hablar, “si en verdad antes te amaba, ahora puedes multiplicar ese amor al infinito. Estoy completamente de acuerdo contigo. Ahora bien, tú has dicho que me obedecerías y serías mi humilde servidora; ¿lo serás?”

Ella me miró con ojos investigadores y replicó:

“¿Serás tú un buen amo?”

Dijo esto con tono serio, que yo no comprendí exactamente; pero aproveché la oportunidad y dije:

“No un buen amo, sino un buen esposo, mi querida Iola”.

“Tú vas a ser monje”, contestó prontamente, sin decir sí, ni no; “y esto me recuerda que no he contestado parte

de tu pregunta. No todos somos monjes y monjas, aunque muchos lo son; pero de una clase peculiar que aprenderás a medida que avances.”

Ella evadió dar una contestación categórica; pero fui tenaz y pregunté:

“¿Crees tú realmente que yo debo ser monje?”

“Esta es una cuestión que sólo tú has de decidir; pero no aquí”, agregó prontamente, al ver mi intención de replicar; “tenemos en este grado una regla que es mejor que la conozcas ahora mismo; es que cada uno ha de decidir por propia voluntad y sin consejos. Esta es una de las reglas más importantes en ocultismo.”

“Muy bien, entonces, tendré que confiar enteramente en mi voz interior”, contesté, a la vez que me preguntaba, que preferiría ella que yo fuera.

“No encontrarás mejor guía”, replicó, y como si adivinara mis pensamientos, continuó:

“Nunca hagas nada simplemente para agradar a alguien; hazlo porque lo consideras correcto, y recuerda que cuanto menos personalismo haya en la decisión, más cerca estarás de la verdad”.

“Entonces”, repliqué, “¿haces de la conciencia la única guía en la vida? ¿No es la conciencia relativa y muy incierta?”

“En el hombre corriente, la conciencia ha de unirse a la razón; en el iniciado, conciencia y razón son una. Ciertamente que, en la mayoría de los hombres, conciencia y razón son relativas, pero no en sí mismas, sino a causa del instrumento con el cual, o sobre el cual, trabajan. Conciencia y razón, en sí mismas, son atributos del Infinito, y como tales son perfectas; pero están calificadas por las condiciones bajo las cuales se manifiestan y, en consecuencia, aparecen como imperfectas. Un músico perfecto, puede producir música imperfecta, sólo mediante un instrumento defectuoso; similarmente Dios, como conciencia y razón, sólo puede expresarse imperfecta-

mente en hombres imperfectos. Cuanto más perfectos somos, más perfectas son las expresiones de nuestros atributos divinos. Como muy bien dijo Jesús: "Llevad la vida y conoceréis la doctrina". Quien lleva una vida pura y altruista posee un sentido peculiar que le es propio, y el conocimiento o información que tal sentido proporciona, es incomprensible para quienes no lo poseen. Libérate del yo inferior, pues éste pervierte constantemente la verdad... Pero ya es la una de la tarde", dijo al mirar su reloj, "y tengo que dejarte por un momento. Considérate como en tu casa; yo volveré dentro de poco."

Al hablar así, se levantó y salió, y yo con la autoridad del presunto hermano o esposo, no sabía cuál, empecé a familiarizarme con cuanto me rodeaba. Además de la sala de recibo, había dormitorios, un baño y demás servicios. Estos son monjes y monjas peculiares, pensé, al recorrer el departamento, elegantemente amueblado. ¿Cómo puede vivir en este lujo cuando hay tanta pobreza y miseria en el mundo? Seguramente hay aquí algo contradictorio.

Entonces observé el retrato de un hombre elegante, colgado en la pared cerca de la cama, e inmediatamente me pregunté si había dominado a mi naturaleza inferior lo suficiente como para no sentir celos y, en el caso que ella tuviera otro amante, si me conformaría. Yo mismo contesté a estas preguntas en forma decididamente afirmativa. Al darme vuelta, me vi en un espejo en la pared opuesta. Me quedé asombrado; apenas me conocí; cuán blanco era mi rostro, blancura que resaltaba más a causa de la vestidura blanca que llevaba. Mis ojos brillaban con lustre extraordinario. Ciertamente, pensé, el mejoramiento interior, se manifiesta por fuera; una forma perfecta es el símbolo de los atributos divinos manifestados en lo interior. ¿Acaso no es éste el secreto del arte griego?

Retorné a la sala y me detuve ante un cuadro que

no había notado y que tenía la firma de Iola en un ángulo. Era una obra de arte: representaba una escena nocturna; en un lúgubre pantano, tres hombres de mala catadura en un bote remaban sobre aguas oscuras, en medio de ellos estaba una hermosa mujer vestida de blanco, atada como cautiva. Los árboles chorreando, las nubes tormentosas y los murciélagos volando, me hicieron temblar y recordé mis experiencias recientes.

En aquel momento, entró Iola, a la que pregunté: “¿De dónde sacaste la idea para este lúgubre cuadro?”

“Hay una leyenda relacionada con este cuadro”, contestó al detenerse junto a mí.

“¿Cuál es ella?”, pregunté.

“Tus experiencias recientes debieran decírtelo”, replicó, “pero te la voy a repetir. Estos tres hombres de mala catadura, se llaman: Pasión, Deseo y Avaricia; la mujer vestida de blanco es la naturaleza virginal en el hombre. El bote negro con adornos rojos representa la naturaleza inferior, dominada por los tres remeros. El pantano representa la perdición o el estanque de materia. La leyenda dice que esos tres hombres han tratado una y otra vez de sumergir a la hermosa virgen en el pantano; pero, por algún medio milagroso, ella escapa, cuando ellos se alejan. Pero una y otra vez la capturan y la retienen. La leyenda tiene dos conclusiones, y las gentes difieren en cuál es la verdadera. Unos dicen que, esos hombres, desesperados por no poder destruirla, meten a la mujer en un saco negro, al que atan una gran piedra para hundirla en el pantano y no salga más. Otros dicen que, una noche ella consiguió persuadir a sus apresadores para que escucharan un canto y, mientras ella cantaba, apareció la luna llena, y los remeros fueron transformados en ángeles de Amor, Virtud y Misericordia y la eligieron a ella como reina, y que los condujo a una tierra lejana donde sólo dioses pueden morar.”

“Veo”, dije admirado, “que todo tu arte tiene un propósito.”

“Todo verdadero arte lo tiene”, contestó; “Jamás se ha conocido un instructor más potente y universal que el arte; grande es la influencia que ejercemos en el mundo por medio de este lenguaje misterioso, el cual, aunque incomprendible para el intelecto, rara vez deja de llegar al alma... Pero, hermano mío, he venido para conducirte a la Sala de Elección, donde el Consejo te espera.”

Diciendo esto, fuimos a la puerta, salimos, y ella me guió hasta la sala. Mientras caminábamos por el corredor dije a Iola:

“¿Cómo reconciliáis toda esta magnificencia palaciega, con vuestras declaraciones humanitarias, cuando hay tanta pobreza y miseria en el mundo.”

“Hermano”, replicó, “no te dejes engañar por las apariencias; no se puede salvar al mundo con dinero o riqueza, por mucho bien que, con ellos se pueda hacer en casos aislados. La riqueza que tenemos aquí no disminuye en lo más mínimo la que tenemos que dedicar a otras cosas.” Con una sonrisa significativa, continuó:

“La riqueza y el lujo, sólo han de descartarlos los incapaces de dominarlos; aunque rodeados de riqueza, no permitimos que consuma nuestras almas como los avariciosos de la tierra. Creemos en el arte, en suaves perfumes y hermosos hogares; pero no permitimos que la posesión de eso nos oculte el hecho de que todo en la tierra es temporario y pasajero. No permitimos aquí que nada nos separe del pobre; pero ansiamos y esperamos que algún día gozarán de todo esto con nosotros. El que la riqueza sea buena o perniciosa depende de la influencia que ejerce sobre el corazón y la mente. Los que hemos aprendido a regir y mantener puros estos atributos divinos, no dejamos que queden sofocados por la codicia por cosas materiales, por muy bellas que sean.

Recuerda que en la tierra todo es bueno, en sí mismo, sólo es malo el uso perverso que se hace de ello”.

“Dices, hermana, que el dinero y la riqueza no pueden salvar al mundo, ¿qué es lo que lo puede salvar?”

“La reforma del hombre, la elevación del carácter, la purificación y elevación de la mente y del corazón; no los remedios externos ni los paliativos superficiales. Todo lo objetivo es el resultado de lo subjetivo; para cambiar lo invisible; y esto sólo se puede hacer con la mente y el corazón.”

“Pero”, interrumpí, “¿lo invisible no puede ser cambiado por lo visible? ¿Un medio ambiente adecuado, no puede traer este estado interior tan deseado?”

“En cierta medida, sí”, contestó. “Lo objetivo y lo subjetivo reaccionan entre sí; pero el gran poder está en lo subjetivo; porque la mente y la voluntad tienen un poder superior al medio ambiente, y decir que no lo tienen es enseñanza perniciosa. No puede haber cambios en el medio ambiente sin que primeramente el cambio se produzca en el corazón y en la mente de los individuos; ambos van juntos. El hombre, si quiere, por antagónico que sea el medio ambiente, puede elevarse sobre todas las influencias externas; ésta es precisamente una de las enseñanzas más importantes del ocultismo. Todos los ocultistas creen en el poder divino de la voluntad.”

“¿Crees tú en el libre albedrío?”, pregunté.

“Esa es una palabra muy mal comprendida”, contestó ella. “El hombre actúa influenciado interna y externamente; por lo tanto, no es absolutamente libre; sin embargo, tiene el poder de elegir y este poder es superior a todas las influencias.”

“¿Pero no hay excepciones a esto? ¿No han caído algunos tan bajo que han perdido este poder?”

“Están”, dijo ella con tristeza, “las almas perdidas que no tienen voluntad propia; sólo tienen la voluntad de su ser demoníaco, que fomenta sus deseos y pasiones;

han entregado su voluntad a este monstruo y han de obedecerle. Pero, mientras el delgado hilo verde conecte la pirámide con el cubo, tendrán poder para elevarse.”

Con estas palabras nos detuvimos ante un hermano sentado frente a una puerta.

“El gallo canta”, dijo Iola.

“La aurora se acerca”, contestó el hermano y abrió la puerta y entramos en un salón pintado de blanco con adornos de oro. Nos encontramos en presencia de siete figuras vestidas de blanco, sentadas alrededor de una gran mesa del mismo color. Los rostros los tenían descubiertos y a la cabeza de la mesa estaba el rey a quien había visto aquella mañana. Los tres de la derecha eran hombres y al lado del rey estaba el que había representado al sol. A la izquierda había tres mujeres y junto al rey la que había representado a la luna. Había dos asientos vacantes al otro extremo de la mesa y a indicación del rey, Iola y yo nos sentamos uno junto al otro.

“Qué dice la hermana?”, preguntó el rey a Iola en voz suave y gentil.

“La ley rige”, contestó ella.

“Hermano”, dijo el rey, mientras los ojos de todos se dirigían hacia mí, “las inteligencias invisibles, que rigen los aparentes accidentes de la vida, han hablado por medio del místico lenguaje de los números y dicen que eres digno de convertirte en candidato para el exaltado “Tercer Grado”. Pocos hombres hay en el mundo en tales condiciones; de los mil quinientos millones no hay ni mil. Esto no quiere decir que tú te encuentres por encima de los demás, sino que tienen posibilidades que te harán grande una vez las desarrolles, lo que puedes hacer en una vida. En otras palabras, aunque no lo sabías, has sido un estudiante de ocultismo en vidas pasadas. ¿Ahora, hermano, deseas seriamente entrar en el sendero que conduce a este grado más elevado?”

“Ciertamente que sí”, contesté con voz clara y firme.

“Recuerda, hermano, que nosotros no te aconsejamos que des este paso, ni tampoco que no lo des. Todos cuantos alcanzan este grado, consideramos que poseen la sabiduría necesaria para decidir por sí mismos. Entiendes?”

“Sí”, contesté.

“Entonces que no haya secretos. Sabemos por los colores visibles clarivamente que tú y nuestra hermana Iola tienen la misma clave vibratoria; vuestras auras se mezclan sin discordancias; ella está perfectamente a tono contigo y tú con ella. Esto muestra que sois almas en simpatía y explica que os améis uno al otro.”

Iola me apretó la mano por debajo de la mesa, y yo le devolví el apretón. El rey continuó:

“Tu amor ha sido perfectamente evidente para nosotros; pues hemos amado también, y el amor no tiene misterios para quienes lo han sentido verdaderamente”.

“Ahora se abren ante ti dos senderos y ésta es la Sala de Elección; no elijas apresuradamente; si lo deseas te daremos tiempo para la debida consideración.”

“El primer camino se conoce como el del ‘Esposo Virgen’. Por esta ruta, tomas a nuestra querida hermana en santo vínculo matrimonial.” Apreté la mano de Iola, pero ella no respondió. “Vuestras almas a tono en acorde armonioso, dan la sanción de la naturaleza a tal unión, la que la santificará con goces paternos. Padres puros con mentes conscientes, tienen hijos a su semejanza. Un niño y una niña bendecirán vuestro hogar, os enseñarán las bellezas del amor paternal, espiritualizarán vuestras almas y tomarán vuestro lugar en el mundo al pasar vosotros a otra esfera. Una vez que ellos estén preparados para ocupar vuestro lugar en el mundo, una vez los hayáis criado en una vida de amor y hayáis hecho todo lo posible para ayudarles a desarrollar su fuerza interna y prepararlos para una vida de servicio, ambos seréis llamados y admitidos al exaltado rango al que aspiráis.” El

rey se detuvo por un momento y luego continuó con la misma voz dulce, pero firme:

“El segundo camino es el llamado el del ‘Amante Virgen’. De nuevo apreté la mano de Iola, pero tampoco contestó. “En este camino, no hay matrimonio, salvo la pura y muy exaltada unión de alma con alma, sin un solo pensamiento para el cuerpo; un matrimonio cuyo significado el mundo impuro no conoce.”

“En este segundo camino pasas por rápidas y terribles pruebas durante siete años, después de los cuales, si perseveras, tendrás el privilegio de pasar adelante. Siete años consumarán un cambio completo en tu cuerpo, y todas las partículas atómicas habrán sido reemplazadas por otras más puras, impresionadas con las aspiraciones que caracterizan tu vida superior. Ahora bien, si eliges esta ruta, este Consejo será tu instructor y sus órdenes tus leyes; pues representamos a un Consejo superior y, durante los siete años, nuestros mandatos habrán de ser obedecidos. Considera bien. El primer camino te da una esposa amorosa, un hogar feliz, hermosos niños jugando en tus rodillas y saltando contigo y tu querida Iola en campos de flores. Imagínate en este hogar de luz del sol, corazón y gozo, donde la vida es una caricia constante de tu amante esposa, y donde bellos niños besan tus sonrisas y se reclinan en tus brazos. Escucha la música de sus risas mezclada con el trino de los pájaros; escucha el balbuceo de su charla infantil. En fantasía envuélvete, con los que tú amas, en guirnaldas de fragantes flores; aspira su dulce perfume y disfruta de todo lo que el poder del espíritu de la naturaleza ha hecho bello y bueno.”

De nuevo se detuvo, como para darme tiempo de visualizar tan encantadora escena; pues sus palabras desplegaron ante mi mente el soberbio panorama. Luego, cuando mi corazón había experimentado el más elevado amor paternal, él continuó con vos intensamente grave:

“Pero recuerda que todo esto ha de tener fin, porque todo en la tierra está limitado por el tiempo. Recuerda las palabras de Jesús nuestro Gran Hermano, cuando dijo, el que no abandona no puede ser mi discípulo. Si quieres trascender las limitaciones del tiempo, tienes que sacrificar todo eso. No te equivoques; ésta no es una regla para dar al mundo; te hablamos a ti sólo como a uno que se elige a sí mismo como miembro del “Tercer Grado”. Los hombres del mundo no pueden tener aspiración más elevada que el hogar. Un hogar puro y bello es la cosa más sagrada de la tierra; el ideal más elevado en el que los más nobles del mundo pueden fijar sus corazones; el poder más grande para purificar las almas de los hombres y conducirlos a Dios; el templo más grande en el cual el corazón humano puede ofrendar sus aspiraciones a un Amor infinito. Y nosotros, como cuerpo organizado, trabajamos con toda nuestra fuerza para hacer de este mundo un mundo de hogares, para llenarlo de amor, felicidad y paz. Pero ha de haber unas pocas almas grandes que trabajen en una esfera superior; y éstas, Los Grandes Elegidos, han de renunciar a la más pura felicidad de la tierra, hasta que gracias a su influencia sobre los hombres hayan consumado la perfección del mundo. Los Hermanos de Tercer Grado hacen este gran renunciamiento. Su familia es la humanidad; todos los hombres sus hijos, y no aceptan goces terrenos que no puedan compartir con todos los demás hombres. Pero nuestras palabras no han de determinar tu elección; ahora conoces ambos aspectos. Aunque en el sendero de renunciamiento se puede realizar obra efectiva y potente, también se puede realizar buena obra en la senda del amor paternal.”

De nuevo hizo una pausa, como para hacer resaltar sus palabras y, luego continuó:

“Puedes hacer tu elección ahora, o tomarte siete días; no hagas nada apresuradamente. Si eliges el sendero del

‘Esposo Virgen’ tomas a tu hermana Iola como amante esposa; si eliges el sendero del ‘Amante Virgen’, habréis de amaros uno al otro, pero a través de lo Universal; una hora puede veros separados en el mundo de formas. En el sendero primero, estáis ligados en este mundo; en el segundo, aparente separados, pero unidos en el Alma Universal. Y para que sepas la naturaleza de las órdenes posibles, si eliges el sendero segundo, has de saber que se acerca el fin de un gran ciclo. Desde hace tiempo se ha ido acumulando un gran fermento en el mundo de la mente que va a estallar pronto; ahora mismo ha estallado en Oriente y hay amenaza de guerra en Occidente. Antes de que termine este siglo, reyes y gobernantes, principados y potencias, se levantarán y caerán violentamente; una negra nube se cierne; lo invisible es amenazante y terrible; guerra, pestilencia, hambre y conflagración viene para expiar el karma acumulado. Cuando lleguen estos tiempos, nosotros guiaremos y trabajaremos invisibles, para que se cumpla la ley. En estas labores necesitaremos hombres y mujeres que no sientan temores, para quienes la vida es eterna e indestructible. Los tales han de estar libres de lazos personales. Estos son los hermanos de Tercer Grado y sus discípulos en el sendero segundo”.

Una vez más hubo una pausa; un silencio de muerte reinaba mientras todas las miradas estaban fijadas en mí. Luego con lenta y medida voz preguntó:

“Aspirante al Tercer Grado, con calma ahora, ¿deseas más tiempo? ¿o quieres decidir ahora? ¿Si ahora, qué sendero eliges?”

¿Cuál? me pregunté. Apreté la mano de Iola, pero nada; su mano estaba fría e inmóvil, su rostro impassible y mirada lejana en sus grandes ojos pardos. El rey se había ocupado en detalles y desapasionadamente sobre ambos caminos, como si tratara de hacer pareja la influencia de cada uno. En el primer sendero recordé el

hogar de mi niñez, con Iola como esposa y yo como padre. En el segundo sendero veía labor inmediata e incesante en campos de guerra y carnicería; en el primero una vida de amor; en el segundo una vida de labor; en el primero Iola mi amada esposa; en el segundo separación.

Era un conflicto entre el yo y el deber. Recordé las palabras de Iola: "Olvida al yo". Arrojando la duda al viento y mirando a Iola en el rostro, me volví hacia el rey y con clara y resonante voz repliqué:

"Elijo el segundo sendero".

Inmediatamente vibró por toda la sala un solo acorde de sonido maravilloso, como procedente de un instrumento gigantesco. Un violento temblor se apoderó de mí; mis ojos se apagaron; parecía como si cada molécula de mi cuerpo tratara de separarse de las demás y, con una sensación como si todo mi ser fuera consumido por un fuego interno, perdí la conciencia y quedé sin sentido.

CAPÍTULO XV

Se recordará que, al hacer mi "elección", resonó en la sala un maravilloso acorde, que hizo que todo mi cuerpo vibrara hasta hacerme perder el sentido. Al volver en mí y recuperar la conciencia, me encontré acostado en una habitación alumbrada por una luz mortecina; y sentí unos labios en mi frente y la amorosa voz de mi querida Iola murmurando:

"Mi querido hermano, que grande y noble eres; esta vez triunfaste. ¡Que el Espíritu te bendiga; que nos bendiga a los dos!"

Ella no se había dado cuenta de que yo había recuperado la conciencia. ¿Debía yo simular y gozar de sus caricias? No, ciertamente: ahora podía gozar de ellas despierto.

"Iola", dije, "me siento mejor. ¿Qué ha ocurrido, ha sido por debilidad que me he desmayado?"

"Lejos de eso, hermano", replicó ella, "el hecho de que sólo te hayas desmayado prueba que tu organismo está altamente desarrollado y perfeccionado; de no ser así, la nota que desencadenó los terribles poderes del sonido hubiera causado tu muerte. Otra vez, te producirá aún menos efecto, hasta que poco a poco tu forma será pura substancia sonora. ¿No sabes, hermano, que, a no ser por las voluntades que la regían, aquella nota hubiera hecho que se derrumbaran las paredes de la sala? Para

un hombre ordinario hubiera sido muerte instantánea, muy parecida a la parálisis; mata sin que derrame una sola gota de sangre. Cuando hiciste tu elección tomaste tu vida en tus manos; pues nadie puede entrar en la senda que tú elegiste, si no puede soportar tal prueba y quien lo pretenda ha de morir. Pero ahora debes descansar", dijo, al intentar yo hablar, "duerme y mañana te diré algo más."

Dispuesto a obedecer a Iola, me tendí en la cama, y ella, después de apagar la luz, salió de la habitación.

Al despertar a la mañana siguiente, el sol entraba por una gran ventana abierta en la pared opuesta. Muy descansado me levanté y vi que me encontraba en una habitación lujosamente amueblada. En una silla, al lado de la cama, había un traje azul oscuro de fino paño y otras ropas, y sobre ellas una nota que decía:

"Una vez listo para el desayuno, aprieta el botón dos veces. Vístete como caballero del mundo, Iola."

"Quien quiera haya suministrado esta ropa conoce mis gustos y que soy exigente en cuanto a los colores", dije entre mí, mientras me ponía la elegante ropa interior de seda, y la camisa de blancura inmaculada, con botones de pechera adornados con triángulos entrelazados y gemelos con cruces swástica para los puños. Hasta una corbata de lazo negro, que es mi favorita, y el traje como hecho a medida. Ni siquiera se habían olvidado de los zapatos, que estaban bien lustrados cerca de la silla. No faltó siquiera el reloj y su cadena, para que en todo momento pudiera saber la hora. Después de arreglar mi "toilet" a mi satisfacción toqué el timbre.

A los pocos instantes, se abrió una puerta lateral y apareció Iola sonriente, saludándome con un placentero "Buenos Días, Hermano". Al trasponer la puerta, me encontré en el salón de Iola en el que había estado el día antes.

"¿Me han traído a este departamento?", pregunté.

“No sin que yo lo solicitara”, contestó ella. “Salvo que tengas alguna objeción y lo consideres indecoroso, viviremos, en cierto modo, juntos desde ahora en adelante.”

“¿Como hermanos?”, pregunté.

“Como hermanos”, replicó ella.

“Y te puedo dar un beso de hermano?”, pregunté, al contemplar su encantadora belleza virginal.

“Tú puedes”, contestó con una afectuosa sonrisa.

“¡Qué buenos y bondadosos son los verdaderos hermanos y hermanas, y que buena, buenísima, eres tú mi encantadora hermana!”, dije al besarla.

Nos sentamos entonces a la mesa y ella quitó el mantel que cubría nuestro desayuno.

“Te voy a enseñar algunas reglas dietéticas”, dijo sonriendo, mientras llenaba un vaso con agua cristalina. “Lo primero en la mañana es una profunda inhalación del aire puro matinal y luego beber un vaso de la mejor bebida de Dios —agua pura.”

“Benditos sean los dioses del agua cristalina”, dije yo al tomar el agua.

“Luego viene algo nutritivo en forma de harina de avena u otro cereal.”

“Pero, hasta nuestros gustos dietéticos son los mismos”, exclamé yo, mientras ella vertía la rica crema.

“Lo cual explica nuestras otras similitudes”, replicó ella. El alimento que tomamos determina de manera maravillosa los pensamientos que pensamos y nuestros hábitos en general. Come alimentos que estimulen la pasión y tu vida será pasional; come alimentos puros y tendrás pensamientos puros y llevarás una vida pura.”

“¿Pero dónde dejas las carnes que dan fuerza?”, pregunté, simulando sorpresa ante la ausencia de un artículo que nunca había usado.

“En el matadero humano, llamado el mundo, especialmente en la parte llamada cristiandad; pero no tiene

lugar aquí. La carne da fuerza, como el aceite da calor, muy caliente, pero de poca duración. Si comes bastante carne y tus órganos digestivos pueden soportar la tensión que ella produce, te mantendrá; pero no esperes realizar algo mentalmente, mientras tu estómago requiera todas tus energías vitales. Mientras la naturaleza produzca cereales, verduras, frutas y nueces, no necesitamos establecer en nuestros cuerpos una vibración roja, ni matar a una sola vida evolucionante.”

“¿Crees tú, Iola, que los animales son hombres en evolución?”, pregunté, aprovechando la oportunidad para conocer sus ideas acerca de la evolución.

“No; sería un error afirmarlo. Hay en el animal una entidad que, con el tiempo, evoluciona en una forma humana; una inteligencia, que ha estado profundamente oculta en esa entidad, luego se desenvuelve, y el resultado es una forma humana con una mente; en otras palabras, un hombre. Pero lo que evoluciona hasta ser hombre, no se puede decir que lo sea, hasta que haya evolucionado. Hay en el hombre algo que ha pasado por todos los reinos inferiores, incluso el mineral; pero el hombre, como tal, nunca ha estado en ellos. Este es uno de los grandes secretos del conocimiento oculto; por medio de ese algo que ha pasado por todos los reinos, el hombre puede conocerlos; no sólo conocerlos, sino dominar gran porción de los mismos; en esto está el secreto de la magia”

“Bien, ¿crees tú que la mente evoluciona de las formas?”, pregunté.

“Me parece”, contestó, “que ya he expresado mis ideas sobre el tema; pero para aclarar la cuestión diré: La mente, como elemento universal, está completamente separada de la forma y es distinta; pero necesita una forma o instrumento para manifestarse; es decir que, para llegar a ser consciente de sí misma, ha tenido que individualizarse, para lo cual requiere una forma. Ten

en cuenta, sin embargo, que esto no limita la existencia de un individuo al cuerpo físico; pues puede haber otras formas o cuerpos, como el astral o el akásico, aunque su forma sea diferente y sea invisible para los ojos ordinarios. No olvides que el cerebro y todas las formas y organismos no son más que instrumentos por medio de los cuales la mente actúa más o menos perfectamente. Los científicos materialistas, al ver que las manifestaciones de la mente son más perfectas a medida que el instrumento se perfecciona, han llegado a la errónea conclusión de que el instrumento es la causa de la mente, cuando, en realidad, es lo contrario; la mente, actuando desde dentro, es la causa de la perfección del instrumento. Si no fuera así, ¿qué utilidad tendría el pensamiento, el estudio o la meditación? Dándose cuenta de esto, el verdadero estudiante se afana por acumular una vasta masa de información, porque al adquirirla desarrolla su mecanismo cerebral y hace del mismo un instrumento perfeccionado para la mente.”

Iba yo a formular nuevas preguntas, pero ella me detuvo diciendo: “Tendremos mala digestión, si, mientras comemos, ponemos todas nuestras energías vitales en la cabeza, lo mismo que ocurre en orden inverso. Cada cosa a su debido tiempo; cumplamos ahora nuestro deber para con nuestros cuerpos, pues los necesitamos para nuestras labores”.

El resto del desayuno lo dedicamos a cosas más superficiales, y una vez terminado, ella insistió en que debíamos dar un paseo entre las flores del patio; a lo que gustoso consentí y durante una hora disfrutamos de las bellezas de la naturaleza en el patio y en el jardín adjunto. Aunque la tendencia natural de nuestras mentes era hacia la filosofía, durante ese tiempo ella habló de temas menos serios. Como yo deseaba alguna información general, aproveché la oportunidad para preguntar sobre el lugar donde me encontraba, y dije:

“Iola, ¿puedo preguntarte en qué lugar me encuentro?”

“Ciertamente”, contestó. “Puedes preguntar lo que quieras; cuando no pueda contestarte te lo diré claramente. Nos encontramos en el castillo del Conde Eugenio Du Bois, a unas tres horas de París.”

“¿Te das cuenta, Iola, de que a pesar de conocerte tan bien, todavía no sé tu nombre ni tu nacionalidad?”

“¡Oh, Iola es bastante bueno”, contestó con una sonrisa. “En mis tiempos he tenido muchos nombres; pero ninguno me gusta tanto como los de la antigua Grecia.”

“Pero, ¿cuál es tu nacionalidad?, persistí. “Hablas unos doce idiomas, todos perfectamente; de modo que no noto peculiaridad alguna en el acento.”

“Te diré que he tratado todo lo posible por trascender esta idea de la nacionalidad, y probablemente lo he conseguido en cierta medida. Yo creo en una sola nación, la tierra entera; creo en una sola raza, toda la humanidad. Cuando estoy en Francia soy francesa; cuando me encuentro en Inglaterra, soy inglesa, y así en todas partes, dondequiera me encuentre. Si quieres algo más preciso, considérame Aria, de la antigua Aryavarta. Confórmate con esto. Ahora es tiempo de que vayamos al salón y conocer mejor a nuestros hermanos y hermanas. A las diez tenemos que presentarnos de nuevo ante el rey.”

Mientras avanzábamos a lo largo del corredor hacia el salón, pregunté:

“¿Quién es la señora a quien me presentaste la primera vez, conocida como Mme. Petrovna?”

“Sólo los miembros de ‘Tercer Grado’ la conocen; es una mujer misteriosa que está aquí, allá y en todas partes. Hace pocos días salió para Inglaterra; pero nadie sabe dónde está ahora; ella está siempre a mano cuando se la necesita.”

“¿De quién era la casa donde estuve y que nunca he

podido localizar a causa del encanto en que me envolviste?”

“Era la residencia del Conde Alejandro Nicholsky”, contestó ella con una sonrisa.

“¿Te alojas allí cuando estás en París?”

“No; no desde que Madame se fue”, contestó

Entramos entonces en el salón donde estaban todos reunidos conversando en grupos. Esmeralda estaba allí y me saludó como siempre con todo afecto, y me hizo conocer a su apuesto compañero, Enrique Ulson de Estocolmo. Pasaba el tiempo sin darme cuenta, hasta que Iola vino a decirme que eran las diez, hora en que debíamos presentarnos ante el rey. Pasamos dos guardas antes de llegar a la sala en donde tenía su despacho, y era evidente que sólo recibía a quienes tenían serios motivos para verle. Por fin llegamos ante una puerta donde estaba sentado otro guarda. Iola dio la contraseña, pero el guarda contestó que el Maestro estaba ocupado. Miró ella el reloj y, viendo que eran exactamente las diez, dijo algo al oído del guarda; éste se inclinó y entró en el despacho. Iba yo a preguntar algo a Iola, cuando ella puso su dedo en los labios como señal de silencio. El guarda salió pronto y nos hizo entrar en el antedespacho, diciéndonos que esperaríamos. Nos sentamos cerca de la ventana y esperamos algunos minutos, cuando se abrió la puerta interior y salió el rey quien nos invitó a entrar. Álvarez, el adepto misterioso, salía. Estoy seguro que era él; el mismo hombre alto, con la capa, tal como lo había visto en Méjico, en Londres y en la Gran Opera. Sin manifestar haberlo reconocido, entré con Iola en el despacho. Estaban allí el hermano y la hermana que representaban al Sol y a la Luna, sentados cerca de la mesa del centro, y como era costumbre, nos sentamos frente al rey.

“Hermano y Hermana”, dijo el rey, “sois ahora miem-

bros de séptimo sub-grado del Cuarto Grado, y candidatos bajo probación para el exaltado 'Tercer Grado'. Nuestros grandes grados se acercan a la unidad a medida que ascienden; por lo tanto, pasáis por el Cuarto antes de entrar en el 'Tercero'. Ahora, por lo menos durante un año, no tendréis ningún deber especial que cumplir; pero durante este tiempo deberéis prepararos para las labores que después se os encomendarán. Esta preparación requiere un curso especial, el que será como sigue: Habréis de vivir juntos, y sintonizar vuestro ser respectivo a tal grado que podáis comunicaros aunque os separen miles de kilómetros. Con dos naturalezas ya tan a tono entre sí como las vuestras, ello no os ha de ser difícil. Todo el secreto está en poner vuestras mentes en el mismo estado de vibración, o condición del éter, y al mismo tiempo. De consiguiente, habréis de estar juntos constantemente, durante este tiempo; deberéis tratar de pensar los mismos pensamientos, comer la misma clase de alimento, levantaros, acostaros y meditar a la misma hora; no tener secretos el uno para el otro, amaros y alentarnos mutuamente y no permitir que se interponga entre vosotros una nota discordante. En otras palabras, habréis de procurar vivir como un solo ser."

"Vamos a necesitar vuestros servicios al término de este año; hemos investigado el porvenir hasta donde es posible, y sabemos lo que se avecina. Ahora bien, para mejor realizar el fin deseado y prepararos para vuestra labor, el Consejo ha votado que viváis juntos como marido y mujer. Como tales gozaréis de todos los privilegios de la vida matrimonial, sujeta únicamente a las restricciones que vuestras propias almas os impongan. Durante este año de preparación, podréis hacer también algún trabajo. Es nuestro deseo que conozcáis y tengáis íntima relación con los miembros más prominentes y avanzados de las diferentes capitales europeas. A tal fin deberéis iniciar vuestro viaje lo más pronto posible. Lla-

madro luna de miel si os parece”, dijo intercalando una sonrisa. “¿Cuándo podéis partir?”

Al oír la pregunta, miré a Iola, y ella contestó: “Mañana Maestro”.

“Muy bien; iréis primero a Berlín, luego a San Petersburgo, Moscú, Viena, Constantinopla y Roma. Voy a preparar cartas de presentación para esos lugares. Puedes, Iola, comunicar la contraseña.”

“Así lo haré, Maestro”, replicó ella.

“Podéis retiraros y prepararos para vuestra partida. Sois ahora esposos por el vínculo sagrado de nuestra Fraternidad.”

“Nosotros los testificamos”, dijeron el hombre y la mujer que hasta entonces habían guardado silencio. A una señal de despedida del rey, salimos del despacho y fuimos a nuestro departamento.

“Mi querida esposa”, exclamé acariciando a Iola, después que entramos.

“Soy tu esposa, y tu más ligero deseo será satisfecho”, contestó afectuosamente; “pero, ¿conoces las reglas de la Fraternidad acerca de esta relación?”

“No todas. ¿Cuáles son ellas?”

“Que soy tu esposa sólo como igual; tengo iguales derechos que tú en todas las cuestiones, y soy única dueña y poseedora de mi cuerpo.”

“No te hubiera recibido bajo otras condiciones y rechazaría casarme con una mujer que no reclamara los mismos derechos que me pertenecen en tal relación”, dije plenamente convencido de la justeza de mi contestación.

“Ya sé eso, querido”, replicó ella, “pero, ¿qué seremos, marido y mujer o “amantes-virgenes?”

“Seremos “amantes-virgenes”, contesté sin la menor vacilación. Ella me rodeó con sus brazos y sellamos el pacto con un beso. A la mañana siguiente estábamos listos para nuestro viaje de bodas.

“Nunca viajo con equipaje innecesario”, dijo Iola,

señalando a su pequeño baúl de cuero, “si es necesario, me basta una valija.”

“Evidentemente nada se ha descuidado en tu educación”, contesté admirado, recordando la abundancia de equipaje que acostumbran a llevar las recién casadas.

“El Maestro desea verles”, dijo el mozo hindú, después de servirnos el desayuno. “Entonces, vamos inmediatamente”, dijo Iola. Así lo hicimos; esta vez el guarda nos dejó pasar y entramos al despacho del rey. Estaba solo y, al vernos entrar, sacó de entre su ropaje un paquete de cartas.

“Estas”, dijo, “los presentarán a los emperadores de los diferentes grupos capitales; están escritas en cifra, cuyo significado Iola puede explicar, y que únicamente los iniciados pueden entender. Aunque así sea, bajo ninguna circunstancia debéis permitir que se os quiten, porque ahora todo lo escrito de esta manera despierta sospechas y puede traer dificultades. La primera carta es para el médico imperial de la corte de Berlín; la segunda para el cirujano del Zar; la tercera para Nicolás Penousky, Gobernador de Moscú; además hay cartas para el Ministro de Guerra de Viena, para el médico del Rey de Italia, y para un funcionario de categoría del Vaticano. Como véis, aunque somos relativamente pocos en número, la calidad compensa y contamos con miembros poderosos diseminados por todo el mundo; pero tras de éstos hay una fuerza invisible contra la cual ninguna mayoría puede prevalecer, y el próximo cataclismo en Europa no será algo casual.”

Dichas estas palabras profundamente significativas, me entregó una media tarjeta cortada de manera peculiar y cubierta de firmas, diciendo:

“En cualquier momento que alguien te presente la parte que falta de esta tarjeta, obedécelo como miembro del Consejo superior, en quien puedes depositar plena confianza”. Luego, entregándome otro papel, dijo:

“Este es un cheque contra el Banco de Francia por quinientos mil francos, firmado por Alfonso Colono; hazlo endosar y esa cantidad queda a tu disposición”, dijo sonriendo. “Estamos muy agradecidos por tu bondadosa contribución a la causa, pero no tenemos necesidades urgentes. Algunos hasta dicen que, si quisiéramos, podríamos pagar en una quincena las deudas nacionales del mundo. Sea o no esto cierto, no necesitamos tu dinero por ahora. El otro documento ha sido destruido. Ahora podéis partir; ajustaos estrictamente a las reglas; observad bien todas las localidades, y enteraos de todo lo que pueda ser de alguna utilidad en lo futuro. Hay ciertas reglas relativas a la correspondencia, de tiempo en tiempo, conmigo, pero Iola te informará de ello. Podéis emprender vuestro viaje; las potencias protectoras de la Fraternidad van con vosotros.” Se inclinó y salimos.

Media hora más tarde nos anunciaron que un carruaje nos esperaba. Con mi valija de mano y el pequeño baúl de Iola sobre la capota, emprendimos rápida carrera hacia París. Así empezó nuestro viaje de bodas.

Pasó un año; un año de felicidad y de estudio. Iola y yo éramos como un solo ser; nuestros gustos eran similares, nuestros deseos y aspiraciones iguales o tendían al mismo fin; de manera que no podía haber una unión más armónica.

Habíamos visitado casi todas las capitales importantes de Europa; nos habíamos relacionado con los miembros de las diferentes logias, los cuales, al igual que los de París, representaban lo más refinado e intelectual de los respectivos países. La situación política del Continente estaba muy lejos de ser tranquilizadora; había un levantamiento casi general de carácter revolucionario entre las masas descontentas, y los círculos gubernamentales eran hervideros. Fue necesario que nos mantuviéramos informados de todas estas cuestiones; sin embargo, ello no fue obstáculo para que desarrolláramos el curso pres-

cripto de entrenamiento. Todo este tiempo vivimos como "amantes-virgenes"; aunque casados legalmente y considerados como tales por la sociedad, nos comportamos como hermanos. El rey y su Consejo habían autorizado la relación sexual; ni las leyes naturales ni las humanas la prohibían, y sé que Iola no se hubiera negado, no obstante me abstuve. Esta fue una de las más grandes victorias sobre el rey del mal; pues, según las palabras de Buddha: "Nada es más difícil que abstenerse cuando nada impide". La tentación no tiene poder sobre el hombre que sabe que, cediendo a ella, infringe una ley moral. Pero sin orgullo ni vanidad, digo aquí que nada me contuvo sino el ideal y la aspiración a un amor más puro, a la vida superior y al conocimiento; pero éstos son poderes cuya potencia muy pocos comprenden. Quien mantiene constantemente un ideal puro ante sí, no se deja desviar por nada que lo rebaje; y una mente absorbida por la búsqueda de la verdad y del conocimiento, no tiene tiempo para pensamiento impuros.

Habíamos abandonado Roma y pasábamos el hermoso mes de Mayo en Florencia, alojados en la casa de campo del señor Parodi, jefe del grupo florentino. Iola y yo pasamos un día agradable visitando los lugares interesantes de la ciudad; visitamos la gran catedral; nos detuvimos varias horas en la Loggia y estudiamos con placer muchos de los maravillosos cuadros del Palacio Pitti.

Como a las tres de la tarde volvimos a la villa; en la cumbre del monte cercano a la ciudad, detuvimos el carruaje para contemplar el maravilloso panorama que se extendía ante nosotros. Fue un día como sólo en Italia se puede disfrutar. Siempre lo recordaré con placer.

"Esta es la ciudad cuyas calles recorrió Dante, y con mente meditativa murmuró su 'Infierno'", dije yo al recordar al poco comprendido escritor.

"En efecto", replicó Iola. "¿Sabes que en su 'Infierno' Dante da una de las descripciones alegóricas más ma-

gistrales que jamás se hayan escrito sobre el infierno?”

“Sí; cuando se entiende correctamente”, repliqué.

“¿Pero, cuál es tu idea acerca del infierno?”

A lo que ella contestó: “Es un estado de conciencia, de mente o de cuerpo; o una condición de conciencia causado por esos estados, sea juntos o por separado”.

“¿Entonces, no consideras que sea una localidad?”

“No, en el sentido corriente de la palabra”, replicó, “no se puede localizar el infierno geográficamente ni en la tierra ni en las profundidades del espacio. Se sufre el infierno en dos planos, en el material y en el astral. La tierra representa el plano material, y en ella sufrimos por las malas acciones físicas y las mentales vinculadas a aquellas; de consiguiente, en cierto sentido, la tierra es el infierno. Pero después de la vida terrena, penetramos en el plano astral y sufrimos por la desintegración de un cuerpo astral, formado durante la vida terrena, de pasiones y bajos deseos. Todos los castigos se sufren en los planos en que actúan las causas que lo produjeron. El castigo es efecto de acciones malas o erróneas, no la penalidad impuesta por un Dios externo.”

“¿Puedo preguntar dónde se encuentra este plano astral de que hablas?”

“La materia astral en su pristina pureza está en todas partes; pero la condición particular a que me refiero compenetra y envuelve a la tierra. Así como en la tierra hay grandes remolinos de sufrimiento y de dolor, de igual manera los hay en la substancia astral; sólo en este sentido se puede aplicar la palabra “lugar” al infierno. Cuando uno muere, el ser astral es atraído a algún remolino, cuyas condiciones son similares a la de ese ser, de la misma manera que en la tierra somos atraídos a determinadas comunidades; pero con esta diferencia: En la tierra podemos, si nos place, abandonar cualquier comunidad, por fuerte que sea la atracción; pero en el mundo astral, la voluntad ha abandonado al hombre por el mo-

mento y gravita hacia donde sus pasiones y deseos lo llevan.”

“¿Y cuáles son tus ideas en cuanto al cielo?”, pregunté.

“El cielo”, replicó, “es también un estado o condición de conciencia; pero su plano invisible se llama “akasa” más propiamente que astral.”

“Entonces, cuando el hombre muere, ¿no se remonta a alguna lejana estrella como Alcyone o Arturo?”

“No; su espíritu se sumerge simplemente en la esencia akásica que llena todo el espacio. Verdaderamente, el reino de los cielos está dentro de cada uno, y en más de un sentido.”

Mientras hablaba, ambos nos dimos vuelta como por mutuo impulso y vimos que un carruaje cerrado se acercaba rápidamente. No pudimos ver a sus ocupantes, pero al pasar cerca rápidamente, Iola se volvió a mí y preguntó: “¿Has oído algo?”

“Sí”; al ir yo a hablar me detuvo y dijo: “Escríbelo”.

Ella escribió también en un pedazo de papel y al intercambiar los papeles vimos que habíamos escrito las mismas palabras: “Preséntese en seguida”.

No se había oído ni un solo sonido vocal; sin embargo, ambos habíamos oído el mismo mandato, como viniendo del interior de la garganta.

“En ese coche debe ir un hermano de alto grado y debemos presentarnos en seguida”, dijo Iola mientras seguíamos la huella del coche.

Nos encontrábamos ya a corta distancia detrás del coche, cuando éste se acercó a la villa del señor Parodi. Vimos salir del mismo un hombre alto, envuelto en una larga capa de color índigo. Siguió por la senda a paso rápido y el coche dio vuelta y pasó a nuestro lado en dirección a la ciudad.

“Es ciertamente Álvarez”, dije a Iola, “y supongo que

nuestra luna de miel ha terminado y él nos llamará a nuestras labores.”

“Bien, esta vida es deber y no debemos descuidarlo”, replicó ella tranquilamente.

“El deber es nuestra ley”, repliqué yo con firmeza, mientras entrábamos en el jardín.

“Y el cumplimiento de nuestro deber nos proporciona la mayor felicidad”, contestó: “no importa cuán distantes estén nuestros cuerpos uno del otro, desde ahora estaremos siempre juntos en la gran Alma.”

Apenas habíamos entrado en el vestíbulo, cuando el extranjero quien era realmente Álvarez, sin ceremonia y sin decir palabra, nos hizo seña para que le siguiéramos al salón. Después de cerrar la puerta, dijo:

“Creo que no es necesario que os presente la otra mitad de vuestra tarjeta, pues ambos me conocéis de vista. Los dos debéis ir cuanto antes a París. Europa en una semana se encontrará en medio de una conflagración. Sale un tren de Florencia a las nueve de la noche; tenéis cuatro horas para tomarlo. Vosotros sabéis cuál es vuestro deber. Ahora buscad al señor Parodi y decidle que Álvarez lo espera en el salón.”

Sabiendo que Álvarez nunca hablaba sin necesidad, sin decir palabra salimos a cumplir cada cual con su misión. Iola fue al departamento a preparar el equipaje, y yo en busca del señor Parodi.

Dos horas después vimos que el adepto y Parodi montaban a caballo y salían al galope hacia las montañas. No habíamos recibido más instrucciones; pero dos horas después tomábamos el tren para París.

Al detenerse el tren en Milán, saqué la cabeza por la ventanilla del coche y vi a un hombre vestido casi exactamente como Álvarez que tomaba el mismo tren. Entró en nuestro coche y se acercó y se sentó en un asiento vacío frente a nosotros, mientras disimuladamente hacía el signo del séptimo grado; contestamos y dio la

contraseña y nos dimos cuenta de que venía con un asunto importante. Con gran precaución y disimulo, sacó de su bolsillo un paquete y, entregándomelo dijo: "Dé esto al rey Eral; pero bajo ninguna circunstancia permita que caiga en manos de otro. En caso de apuro, tire del cordón de descarga". Sin más palabras, se levantó y salió del coche y abandonó el tren. Lo vimos mezclarse con la multitud y desaparecer, al ponerse el tren en marcha.

Todo fue bien hasta que nos acercamos a la frontera francesa, cuando varios hombres vestidos como soldados franceses entraron en el coche. Apenas habían pasado la puerta, cuando Iola murmuró:

"Dame ese paquete; pronto".

Sin vacilación y en silencio, obedecí. "No me conoces", murmuró e inmediatamente se levantó y se fue al otro extremo del coche. Preguntándome qué significaba todo aquello, quedé en mi asiento y me puse a mirar por la ventanilla. Los hombres se acercaban, examinando cuidadosamente a todos. Por extraño que parezca, sin que nadie la pronunciara, resonaba en mis oídos la palabra espía, espía, espía.

Al llegar a mi asiento, una mirada de satisfacción mostró el jefe del grupo, quien ordenó: "¡Levántese!"

"¿Por orden de quién?", pregunté con dignidad.

"Por orden de Su Majestad el Rey de Italia", contestó.

"¿Y para qué?", persistí.

"Estamos buscando un espía con documentos secretos", contestó, mientras sus hombres empezaban a registrarme. Iola por un extraño poder había adivinado sus intenciones y en su clarividencia había descubierto sus pensamientos. ¿La registraría también a ella? "Es extraño", dijo el jefe, al no encontrar lo que esperaban; "¿dónde está la mujer?" "Allí está su compañera", dijo un pasajero, señalando a Iola. "Regístradla", ordenó el jefe. Un sentimiento de temor me invadió,

pero recordando la regla que nunca hay que temer, mantuve la calma y fui con ellos a donde Iola estaba sentada.

“Han sido ustedes mal informados, o se han equivocado”, dije yo al llegar a ella.

“Eso pronto lo veremos”, respondió el jefe.

Iola se mantenía en calma como si nada ocurriera. “Oh”, dijo con voz placentera, “nos toman por espías, ¿no es verdad? Bien, pero están equivocados; pueden registrarme”.

“Debemos haber sido mal informados”, dijo el jefe, pero con mirada de sospecha al ver que nada encontraban. Nuestro equipaje lo mismo que los asientos fueron registrados también, pero nada encontraron. “Bueno”, dijo el jefe, “decididamente hemos sido mal informados”. El y sus hombres abandonaron el coche en la frontera y nosotros continuamos nuestro viaje.

“¿Dónde está el paquete?” pregunté una vez que se fueron y estábamos ya en Francia.

“Está seguro”, contestó ella brevemente y no hice más preguntas; pero a indicación de ella nos sentamos ambos en el último asiento del coche.

No hubo más incidentes. Al llegar a París, Iola se levantó y de manera que no atrajera la atención, metió la mano en el carbón de la caja de combustible y sacó el paquete que se nos había confiado, ocultándolo entre los pliegues de su vestido; mientras decía:

“Desde ahora tendremos que estar siempre alerta, y nunca, por difíciles que sean las circunstancias, perder el dominio de nosotros mismos. Ahora, hazme oír tu promesa de que nunca revelarás, con la vista o con la acción, un secreto por miedo al dolor que pueda traerme a mí.”

“Lo prometo”, contesté, y salimos de la estación.

Como nuestra llegada había sido anunciada de ante-

mano, un carruaje nos esperaba, el que nos llevó inmediatamente a la residencia del Conde Nicholsky.

Hacía ya tiempo que no pasaba bajo el pequeño Cupido y su tigre encadenado; al verlo de nuevo sobre su huevo dorado, recordé a Iola nuestro primer encuentro.

“Sí, recuerdo”; dijo ella. “Entonces nuestro Cupido victorioso fue un signo de reunión; pero esta vez es, sin duda, signo de separación. ¿Estás listo y preparado para hacer frente a la emergencia?” preguntó en tono serio, como si leyera en el futuro oscuro.

“No temas, ni dudes nunca de mí, ocurra lo que ocurra”, contesté, mientras el carruaje se acercaba al pórtico corintio. Al salir del coche vimos entrar una figura alta de largos cabellos rubios, envuelta en una capa.

CAPÍTULO XVI

Al llegar a la residencia del Conde Nicholsky, entramos al salón, y Iola pidió al hermano que nos había recibido que anunciara al Conde nuestra llegada. El hermano volvió pronto con órdenes de que nos presentáramos enseguida en la cámara del Consejo. Como Iola conocía bien la casa, me guió por el mismo corredor alfombrado, descrito en un capítulo anterior, hasta una sala en el segundo piso. Una mujer vestida de negro, muy parecida a Iola cuando la vi por primera vez, nos detuvo en la puerta. Intercambiamos las contraseñas y nos dio libre paso. Alrededor de una mesa, situada en el centro de la sala, estaba sentadas siete personas, que, como supe después, eran siete de las más notables de cualquier época. A la derecha estaba el rey, al que conocíamos con el nombre de Eral; frente a él estaba la misteriosa Madame Petrovna, pero cuyas facciones aparecían maravillosamente diferentes de cuando la vi por primera vez. Su rostro era notable por su blancura y belleza; las arrugas y dureza de líneas habían desaparecido, y sus ojos azules brillaban siempre con maravillosa luz. Al lado del rey estaban dos hombres que más tarde supe eran el Conde Nicholsky y Eugenio Du Bois. Al lado de Madame estaban sentadas dos mujeres que formaban un extraño contraste; una de facciones orientales de tez oscura y la otra de largas guedejas rubias, formando marco a su rostro nacarado.

A la cabeza de la mesa estaba sentado el hombre que habíamos visto entrar al salir del carruaje; era alto y delgado, de cabello rubio largo y barba castaña rizada. Este hombre, quien, por su posición, me di cuenta de que era superior a todos los restantes, no tenía edad aparente; su rostro pálido y serio no tenía una sola arruga; sin embargo, yo sabía que no era joven. Sus ojos eran azules y resplandecían con brillantez de fuego, y noté que sus manos vibraban al apoyarse en la mesa. Para que el personaje no sea un misterio, diré que era el celebrado Conde de St. Germain, que se suponía había muerto cien años antes, pero que no era así. Este hombre notable era un gran iniciado, y poseía el poder de separar su cuerpo eterno de la forma sujeta a disolución. Iola y yo tomamos dos asientos vacantes, frente a este gran adepto, quien indicó al rey Eral que hablara.

“¿Traéis un paquete para mí?”, preguntó el rey.

Sin pronunciar palabra, Iola sacó el paquete y lo entregó a través de la mesa.

Al desenvolver la tela de seda que lo cubría, apareció un estuche de platino y, al apretar un botón oculto, se abrió la tapa y cayó sobre la mesa un papel doblado. Madame pasó al rey un vaso que tenía cerca y el rey sumergió el papel en el fluido contenido en el vaso. Sacando el papel del líquido, lo extendió sobre la mesa y, sin tocarlo, movió las manos por encima, a la vez que alentaba sobre el mismo. En pocos segundos empezó a aparecer un escrito sobre el papel hasta entonces en blanco, y el rey leyó el siguiente mensaje, que nos dio la primera indicación de lo que llevábamos:

“La alianza ruso-germana está convenida y ha sido firmada y sellada. Las fuerzas alemanas, bajo el mando de Von Kral, marchan ya sobre París, pasando por Bruselas, y los rusos, al mando de Neouli, atacan a Viena. El poder real de Italia no es seguro; pero el pueblo está con

nosotros. Los demócratas en Austria y en Alemania están con Francia. Vivani, comandante en jefe del ejército italiano, a pesar del rey, está con nosotros y se unirá a Maximiliano, comandante de los austríacos, para detener a los rusos. Que los franceses ataquen a los alemanes cerca del histórico campo de Waterloo. Abandono Berlín en esta hora. — SAROY.”

Ni una señal de sorpresa ni emoción se notó en los rostros de cuantos rodeaban la mesa, al oír tan grave noticia; pero todos miraron intensamente serios, cuando el Conde de St. Germain habló y dijo:

“¿Ha cumplido Careau la orden de poner a Napoleón Marleon al frente del ejército francés?”

“Sí, ha cumplido. Napoleón toma el mando hoy y ambos esperan nuevas órdenes”, contestó Nicholsky.

“Entonces díganle que avance enseguida con no menos de doscientos mil hombres hasta Waterloo. Es otra vez el latino contra el eslavo; pero esta vez nuestra causa es justa y Roma triunfará. Rusia destruirá a los alemanes imperialistas a causa de esta impía alianza; pero no obtendrán un palmo de terreno en Europa. Napoleón II, mucho más grande que Napoleón I, hará de Europa, fuera de Rusia, una gran república, y París será su capital.”

“¿Habláis como Maestro?”, preguntó Madame, “¿Es Inglaterra segura?”

“Recibiremos hoy un mensajero que traerá la noticia de que Alberto ha abdicado, a causa de una extendida y peligrosa insurrección, y que nuestro hombre, Oliver G. Harkley, el dirigente radical, ha sido declarado Protector. El destino ha decretado el triunfo del pueblo, y yo hablo como uno que sabe.”

El Conde calló de pronto, hizo señal de silencio, y asumió una postura fija como de trance. Todos permanecieron silenciosos, mientras él con las facciones rígidas y los ojos fijos en el espacio, se mantenía inmóvil. Durante

diez minutos permaneció en tal posición, mientras los demás respiraban rítmicamente y al unísono. Al salir de su abstracción, recuperando su estado normal, el Conde dijo:

“Necesitamos enseguida seis parejas responsables para encargarles ciertas comisiones delicadas; ¿las tenéis entre vuestros occidentales o tendré que irlos a buscar al Oriente?” Mientras así hablaba, nos miró a Iola y a mí con sus ojos penetrantes y dirigiéndose a Eral, preguntó:

“¿Puede esta pareja ser una de ellas?”

“Creemos que sí”, contestó el rey.

“¿Hermana, has cortado todos los vínculos que te ligan a tus parientes reales?” preguntó a Iola, con gran sorpresa para mí.

“Están cortados”, contestó ella. Como un chispazo vino a mi mente un recuerdo. Iola y la Princesa Luisa, a la que vi salvar tan milagrosamente en Londres, era una y la misma persona. Me expliqué entonces por qué encontré tan familiar su rostro cuando la vi después por primera vez. La visión momentánea que tuve de ella, tratando de dominar a los caballos desbocados, grabó sus facciones en mi memoria. Todos aquellos años había sido yo el hermano y compañero de una princesa real; pero ella, en su verdadera sencillez, jamás hizo alusión a su elevada alcurnia. Mientras sentimientos de admiración se agitaban en mi interior, el Conde, dirigiéndose a Iola, dijo:

“Hermana, voy a encargaros a vosotros dos una muy importante comisión, no exenta de peligros. Viajaréis separados; pero por el poder de vuestras mentes, podréis comunicaros cuando sea necesario. La mente se ha de mostrar superior a todo.” Luego, dirigiéndose al rey Eral, dijo:

“Dad a estos hermanos las instrucciones pertinentes; yo he recibido un llamado del Oriente.”

Al terminar de hablar, el Conde se levantó y abandonó la sala, y Eral, dirigiéndose a nosotros dos, dijo:

“Hermano y hermana, vuestro año ha sido bien empleado; vuestros colores muestran que vuestras mentes son una y que vuestras almas responden. Comprendéis la ciencia de la comunicación mental, pues la habéis practicado durante un año; pero os serán útiles algunas instrucciones suplementarias que os facilitarán la tarea en el campo de labor en el que váis a entrar. Cuando tengáis que enviar mensajes escritos, habréis de empapar el papel, en que esté escrito, en cierto líquido a base de nitrógeno y colocarlo en un estuche de platino que se os proporcionará; aplicaréis al estuche un fulminante que funciona por medio de un cordón que se extiende fuera del mismo. Si llegáis a ser arrestados, como último recurso, destruiréis el mensaje tirando del cordón. Sin embargo, nunca se han de llevar mensajes escritos, si los mentales son suficientes, porque estos últimos no dejan rastro y no despiertan sospechas.”

“En caso que alguno de vosotros quiera comunicarse con nosotros, o llegue a morir, podéis utilizar un método excepcional, pero sólo como último recurso. Este método es muy peligroso y se debe emplear con gran precaución. Os daremos a cada uno ciertos polvos, que habréis de tomar sólo si disponéis de una hora en que no podáis ser perturbados, de esta manera podréis llegar a cualquiera de nosotros, no importa donde nos encontremos. Pero nunca toméis tales polvos, si hay la menor probabilidad de ser perturbados, porque ello tendría la muerte como resultado. Bastará una hora, que puede ser durante la noche.

”Al separaros, ajustad vuestros relojes a la misma hora, y nunca la cambiéis al ir de un lugar a otro. De esta manera, podréis concentrar vuestras mentes al mismo tiempo para las comunicaciones. Además, como precaución, nunca debéis conoceros uno al otro, ni siquiera

en peligro de muerte o bajo tortura. Habréis de dominaros por el poder de la voluntad. Ahora, hasta la tarde, quedáis en libertad. A las cinco de esta tarde saldréis para Berlín. Viajad con poco equipaje y tomad asientos separados, pero en el mismo coche; y ocurra lo que ocurra, no os conocéis uno al otro.”

Con un movimiento de su mano nos despidió y el Consejo levantó la sesión. Tres de los miembros no habían pronunciado una sola palabra, y la misteriosa Madame había hecho sólo una observación; pero era evidente que ni una palabra o acto había escapado a su atención. Al abandonar la sala del Consejo, Iola que conocía bien la casa, me guió al comedor y con toda la autoridad de dueña ordenó nuestro desayuno. Mientras comíamos, me preguntó:

“¿Hermano mío, estás plenamente preparado para cualquier emergencia?”

“Lo estoy”, contesté, lleno de confianza.

“Entonces, recuerda que ni la prisión, ni la muerte, ni la tortura nos han de hacer traicionar a nuestra causa, ni olvidar nuestro deber.” Habló como si tuviera la premonición de algún mal, y yo contesté con firmeza:

“Nada que las mentes de los hombres puedan conjurar podrá hacerme traicionar la causa y descuidar mis deberes.” Luego, por una especie de consentimiento tácito, terminamos nuestro desayuno en silencio. Como teníamos algún tiempo disponible antes de la partida, dediqué una hora para ir a la ciudad. Las calles y avenidas estaban llenas de multitudes excitadas.

Carteles llamativos anunciaban la declaración de guerra, en grandes caracteres, leí que Napoleón Marleon, capitán de artillería, había sido nombrado comandante del ejército por el General Careau, Ministro de Guerra. Los vivas a Napoleón resonaban por todas las calles. Al llegar mi carruaje a la Plaza de la Concordia, la multitud era tan densa que hubo que detenerlo. Los Guardias

Nacionales, con el nuevo Comandante a la cabeza, estaban desfilando por el Boulevard. Los apasionantes sonos del nuevo canto de guerra, "Libertad", salían de los instrumentos de cien bandas. Al mirar al nuevo Napoleón, vi que era un joven de no más de veintisiete años; montaba un magnífico caballo blanco, con elegante postura. Era un poco más alto que su eminente antepasado; su rostro era blanco y casi sin color; sus delgados labios apretados daban firmeza a su boca, mientras sus ojos grises acero miraban fríamente aquí y allá a la multitud enardecida, como quien ha nacido para mandar. Una gigantesca bandera de seda con el lirio blanco de Francia ondulaba cerca; al verla, Napoleón sonrió y saludó levantando su sombrero de plumas. Un gran grito surgió de miles de gargantas, dando vivas a Napoleón y a la República de Europa. La creencia en la reencarnación, difundida por instructores teósofos y orientales, era universalmente aceptada en el Occidente, especialmente en Francia. Muchos creían que el gran Napoleón de Austerlitz había nacido de nuevo para completar lo iniciado un siglo antes. Los periódicos estaban llenos de llamativos encabezamientos. Inglaterra se unía a Francia y estaban desembarcando cien mil hombres en el Havre, al mando del General Nelson. La multitud gritaba: "A Bruselas; a Berlín". Mientras tanto, yo pensaba que muy pocos conocían ni se daban cuenta del poder silencioso tras de tal tumulto y acción. Los grandes Poderes trabajan desconocidos; pero realizan más que todos los conocidos. No intervienen en las acciones de los hombres; pero cuando llega la hora de la retribución kármica, vienen para guiarla en su acción.

Así pensando, volví a la residencia del Conde Nicholsky. Al entrar en el vestíbulo me encontré con el Conde de St Germain; nadie más se encontraba allí; acercándoseme dijo: "Alfonso Colono, durante los próximos cinco años, toda Europa quedará bañada en san-

gre, y toda vida será aparentemente incierta; tú tendrás que estar en medio del conflicto; pero, deja que te diga, como uno que sabe, que ni tú ni tu hermana Iola sufriréis daño alguno. Ten confianza en lo que te digo; no importa cuán cerca os veáis de la muerte, estáis protegidos y escaparéis del peligro. Ambos tenéis grandes deberes que cumplir una vez termine esta guerra; grandes alturas os esperan y ambos las alcanzaréis". Mientras hablaba, su maravillosos ojos estaban fijos en los míos y parecía que leía en el fondo de mi alma; sin pensar en contestar, me mantuve en silencio mientras él se alejaba y salió. Fui entonces a la habitación de Iola y preparamos nuestro programa; a las cinco de aquella tarde, con sólo valijas de mano tomamos el tren hacia la frontera alemana.

Iola tenía que acompañarme, y volver con ciertos mensajes del doctor Rankel, médico imperial, para quien yo llevaba cartas confidenciales. Creyendo que íbamos seguros mientras estuviéramos en Francia, viajamos juntos hasta cerca de la frontera alemana, cuando tomamos asientos separados en el coche destinado a Berlín y adoptamos el idioma alemán. La excitación reinaba en todas partes, y todo el mundo estaba bajo vigilancia militar. A pesar de mi pretendida indiferencia, me sentía un poco intranquilo por lo que pudiera ocurrir a Iola, al cruzar la línea, porque se había confiado a ella un estuche de platino con mensajes para la Logia de Berlín. Sintiendo seguro que sería registrada antes de cruzar el Rin, caminé hasta el otro extremo del coche y al pasar me detuve y la hablé en alemán; pero ella, sin hacerme caso, se puso a mirar por la ventanilla, a la vez que furtivamente me deslizó una nota. Volví a mi asiento y leí en cifra de la Orden lo siguiente:

"Voy a ser arrestada antes de cruzar el Rin; pero parece haber un objetivo en ello y las cosas han de seguir su curso. De acuerdo con las instrucciones, no destruiré

los mensajes hasta el último momento; ocurra lo que ocurra, no has de hacer señal alguna. ¡Recuérdalo! Iola.”

El medio por el cual obtuvo esta información por adelantado, no era un misterio para mí, pues sabía que poseía visión clarividente. Por extraño que parezca, yo no poseía tal facultad, pero tenía clariaudiencia, y podía oír, pero así decirlo, los pensamientos no hablados de las personas en las cuales me concentraba. A la siguiente estación, entró en el coche un joven alemán quien se sentó a mi lado. “Yo creía que iba usted con un compañero”, fue la observación con que familiarmente se dirigió a mí. Sospechando, apreté enseguida mi pulgar, signo del séptimo grado; pero él no contestó, por lo que decidí que era un espía y repliqué:

“No, no tengo compañero; ¿qué le hizo pensar que lo tenía?” Al decir esto concentré mi mente para leer sus pensamientos, pero no obtuve resultado. Algo confundido ante el fracaso, y preguntándome si había él obtenido algún indicio de que yo pertenecía a la Orden, mantuve silencio esperando que él replicara. Después de unos momentos de espera, él dio el signo del sexto grado. Eral me había advertido de que ningún miembro por debajo del séptimo grado conocía el movimiento secreto, pero yo contesté el signo. Comprendí entonces por qué no pude leer su mente; los miembros de sexto grado saben cómo dominar y resguardar sus pensamientos. Después de intercambiar la contraseña, me pasó un pasaporte y entramos en conversación, la que duró hasta que llegamos al Rin. Allí entró en el coche un destacamento militar que exigió los pasaportes. ¿Qué haría Iola? pensé; si ella tuviera mi pasaporte, podría pasar sin que la registraran.

Con esta idea, me dirigí a su asiento, pero los oficiales llegaron primero. Como sabía que no debía darme a conocer, me senté cerca.

“Su pasaporte”, dijo el oficial, dirigiéndose a Iola.

“No lo tengo”, replicó ella.

“Entonces no puede cruzar el Rin”, contestó él.

“Tengo que ir a Berlín”, respondió ella.

“¿Qué tiene usted que hacer allí?”, preguntó él, tratando de ver su rostro velado.

“De eso informaré a las autoridades correspondientes”, contestó ella, con gran sorpresa mía.

“¿Ah sí? Registradla”, dijo, dirigiéndose a sus ayudantes.

“Pido que me registre una señora”, dijo ella, levantándose con dignidad.

“¡Ah!” dijo el oficial, “usted es una espía”.

“No soy espía; tengo negocios en Berlín.”

“¿Qué clase de negocios?”

Iola hizo un signo; una expresión de sorpresa cubrió el rostro del oficial, que se acercó inclinándose y ella murmuró algo en su oído.

La comunicación pareció enloquecerlo de alegría, al mismo tiempo que lo transformaba; arrancando el velo del rostro de Iola, la agarró rudamente, mientras riendo burlonamente gritaba: “¡Un espía de la Fraternidad Negra! Registradla. Uno de vuestros miembros os traicionó esta mañana, y si no hubiera enloquecido de pronto, conoceríamos todas vuestras nefastas conspiraciones”. Mordiéndose la lengua, calló de pronto, como si comprendiera que había dicho demasiado; mientras tanto, sus hombres registraban rudamente a Iola. Por un esfuerzo casi sobrehumano, me contuve, mientras la registraban.

“Buscad bajo el asiento”, mandó el jefe, cuando vio que no encontraba nada. La cartera de Iola con todo su contenido estaba tirada por el suelo; en su búsqueda, levantaron el asiento tapizado, mientras Iola observaba con calma todos sus movimientos.

“¡Aquí está! gritó uno de los hombres, al sacar una

cajita de platino de un agujero en el asiento. Rápida como una centella, Iola agarró la mano del hombre, y antes de que éste pudiera adivinar su intención, tiró del cordón sujeto a la cajita. Se produjo una explosión apagada, los lados de la caja se hincharon, la tapa se abrió, pero sólo quedaba una masa de papel quemado y cenizas.

“¡Al diablo! gritó el jefe, “esposadla y prendedla.” Mientras ésto decía, desde el otro extremo del coche se acercaba otra escuadra de hombres.

“Una espía peligrosa”, dijo el nuevo jefe; “¿qué clase de mecanismo diabólico era ese con el que destruyó sus despachos?”.

“Sólo el diablo lo sabe”, contestó el primer jefe; “estos franceses siempre han estado en liga con hechiceros y con quienes tratan con las artes negras. ¿Dónde está su pasaporte?” preguntó de pronto, dirigiéndose a mí.

“Aquí está”, contesté, entregando mi pase.

“¿Cuál es su nacionalidad?” preguntó, mirándome con ojos de sospecha.

“Por nacimiento soy americano; por simpatía soy alemán”, contesté sin parpadear.

“Bien; usted conoce al ganador”, contestó con aspe-
reza, al marcharse. Iola, con las manos esposadas, fue
llevada a otro coche, y yo me quedé sólo con mis pen-
samientos. Colono, me dije, recuerda las palabras de St.
Germain y conserva la calma y la confianza. Entonces
me pregunté, ¿cómo me conoció el alemán que me dio
el pasaporte? Ah, ya sé; mi anillo de sello lleva el signo
de la Orden. ¿Debo quitármelo? No; me ha servido bien
hasta ahora, y seguiré llevándolo. Pero, ¿cómo voy a
comunicarme con el comandante francés, ahora que Iola
está en manos de los alemanes? ¿Ha traicionado alguien
su confianza? ¿Habrán los Maestros castigado su trai-
ción con la locura, para proteger la causa; o el jura-

mento del traidor, sellado por una invocación, ha atraído a él a los espíritus destructores, que él mismo ha evocado con su traición?

Con estos pensamientos me mantuve tranquilo hasta llegar a Berlín. Como conocía la ciudad, no perdí tiempo. Sin esperar saber lo que habían hecho con Iola, fui directamente a la residencia del doctor Rankel, decidido a contarle lo ocurrido. El doctor me recibió personalmente y me invitó a pasar a su estudio privado. Como era miembro de grado elevado, no vacilé en enterarlo de todo; y en contestación a las preguntas que le hice por mi cuenta, dijo:

“Alvarez y Saroy están en la ciudad, y les avisaré enseguida, si es que no se han enterado ya de la prisión de Iola. Ellos harán todo cuanto haya que hacer, lo cual es mucho. En cuanto a tí, irás sin demora al Cuartel General de Von Kral; yo te proporcionaré todas las recomendaciones y los papeles de la corte imperial.”

Aquella noche me quedé con el doctor Rankel, y temprano a la mañana siguiente, me entregó con una sonrisa significativa, el informe confidencial de la prisión para la corte imperial. Decía así:

“Ayer, una mujer que dijo llamarse Luisa Gray, y es una espía inglesa al servicio de los franceses, fue capturada en el tren en ruta a Berlín, con importantes mensajes secretos para emisarios franceses de aquí; pero al ser descubierta, ella destruyó los mensajes por medio de algún aparato explosivo que llevaba. Es una mujer decidida y atrevida; bajo fuerte guardia, los oficiales la trajeron a la prisión imperial, donde quedó confinada en una de las celdas interiores más seguras, con órdenes estrictas de rodearla con doble guardia. Estas precauciones se tomaron, pero resultaron inútiles; porque anoche de manera misteriosa escapó sin dejar rastros y se desconoce su paradero.

“La única explicación que el jefe de la prisión puede dar es muy confusa; éste ha sido destituido y confinado hasta que se averigüe el asunto. Según dice, anoche, como a las diez, mientras él se encontraba en la puerta exterior, se le acercaron dos desconocidos. Uno de éstos, con voz que poseía un extraño e irresistible poder, le ordenó conducirlo a la celda N^o 93, en la que la mujer estaba confinada. Incapaz de desobedecer, así lo hizo, quedando el otro desconocido en la puerta exterior. El sólo tiene una vaga idea de lo que siguió; recuerda haber conducido al desconocido a la celda; la que abrió, y luego condujo al hombre y a la mujer afuera, por el corredor, dando alguna explicación a los guardias, pero no sabe cuál.

“Una hora más tarde, el jefe fue encontrado como muerto en la entrada exterior, y tardó horas en volver en sí. Mientras tanto, los pájaros habían volado. El jefe jura que había sido hipnotizado o que había sido víctima de hechiceros de las artes negras. Los guardias parecen confirmar su declaración; pues tres de éstos estaban desmayados en una habitación cerca de la entrada exterior. Todo lo que recuerdan éstos es que interrogaron al desconocido que quedó cerca de la entrada; pero no pueden decir nada más.

“Dan mayor peso a estas declaraciones, las revelaciones de un ocultista alemán, llamado Kroez, quien enloqueció antes de que pudiera hacer una declaración completa. Este chapucero de las artes negras dijo que la alianza franco-inglesa estaba respaldada por una banda organizada de hechiceros y magos, en liga con el diablo y que poseen poderes sobrenaturales. Nunca hemos creído mucho de estas pretensiones místicas; pero puede haber en todo ello algo más de lo que la fría razón puede comprender. De todos modos, la gente oye estas cosas y, careciendo de información, se vuelve temerosa y supersticiosa. Además, otro eslabón de esta cadena es el hecho

de que la mujer dio a los oficiales la contraseña de los espías alemanes, y hubiera pasado libremente de no haber tenido las revelaciones de Kroez. Todas las contraseñas han sido cambiadas, con órdenes para prender a quienes usen las antiguas. Mientras tanto, se harán todos los esfuerzos para llegar al fondo de este asunto y descubrir a la organización. Pero a causa del creciente temor del pueblo, conviene prohibir dar información pública al respecto.”

Una vez terminé la lectura, el doctor Rankel sonrió y dijo:

“Iola, con Alvarez, está lejos en camino hacia el ejército francés, y Saroy ha partido para Viena. El pobre Kroez, como loco furioso, ya no puede hacer ningún daño. Terrible es la penalidad de quien falta a su juramento en el que ha invocado a los demonios de destrucción.”

“Tú te agregarás a la división que saldrá esta mañana de la ciudad para unirse con Von Kral; al llegar, irás inmediatamente al Cuartel General de éste y presentarás estos papeles.”

Me entregó un sobre con documentos y continuó:

“Una vez Von Kral vea estos papeles, te acordará plena confianza, y con la firma que llevan, serán su compañero más íntimo. Te daré también una análisis clarividente de la constitución de Von Kral, y el número de su organismo, de manera que, en caso necesario, podrás leer y hasta influenciar sus pensamientos. Además, desde la traición de Kroez, se han cambiado todas las contraseñas de nuestra Orden; te daré las nuevas, tal como me las han comunicado Álvarez y Saroy. En lo sucesivo no contestes a ningún signo del sexto grado; pues éstos no son de nuestro movimiento; son sólo individuales; los miembros de ese grado siguen sus propias inclinaciones, pero nosotros estamos ligados como uni-

dad. Preséntate en el cuartel de la división y, una vez te hayas unido a Von Kral, tendrás a Iola informada de todos los movimientos. Ahora puedes irte.”

Al terminar de hablar el doctor, me despedí de él con un apretón de manos, después de haber guardado cuidadosamente los papeles, y fui a presentarme al cuartel de la división. Con las cartas que llevaba, fui admitido muy bien a la inmediata compañía del general; muy pronto estuvimos en camino hacia el campo de la acción. Aquella noche acampamos en una aldea cercana a Berlín, y decidí probar y tener una comunicación mental con Iola. Habíamos fijado las cinco de la mañana y las diez de la noche para las comunicaciones prolongadas; pero habíamos convenido en que durante todo el día nos llamaríamos cada hora uno al otro, de manera que no se perdiera ninguna información especial. Como todavía no tenía comunicación especial que transmitir, esperé pacientemente, entre sábanas, que fueran las diez. Por fin sonaron y asumiendo una posición descansada, concentré todas mis energías mentales en mi hermana, al mismo tiempo que emitía la nota-clave. Mis esfuerzos tuvieron resultado; ella contestó. Una corriente astral comenzó a latir en mis sienes y a envolver mi cerebro; luego llegaron estas palabras:

“Todo va bien; Saroy va rumbo a Viena; Álvarez y yo nos apresuramos para llegar a Bruselas. Voy como muchacha campesina en un tren abarrotado de gente, y las condiciones no son las mejores; de consiguiente, si no tienes información especial, conténtate con que todo marcha bien y nos comunicaremos mañana.”

“Muy bien, mi querida hermana, que los buenos espíritus te guarden. Buenas noches.”

“Nos reuniremos en el mundo de los sueños dentro de una hora. Buenas noches”, contestó ella. Como la corriente cesó de afluir a mis sienes, quedé dormido.

Antes de terminar, diremos algo sobre lo ocurrido a Kroez. Este, después de veinticinco años de estudio casi constante, sin motivo elevados o altruistas, había tropezado, por así decirlo, con uno de los grandes secretos del ocultismo. Tal descubrimiento fue, naturalmente, conocido de inmediato en la sede oriental de los grandes adeptos; pero ¿qué podían éstos hacer? Kroez no era juramentado, y si se lo dejaba solo sin la luz superior, tan necesaria para el correcto empleo del conocimiento, podía utilizarlo con fines ilegales o malos y quedar identificado con la Fraternidad Negra, la cual existe realmente, y convertirse en un poder para el mal.

Tres caminos estaban abiertos: la muerte, guardia constante o adopción. Pero ni siquiera los Maestros tienen derecho a quitar la vida; la guardia perpetua exigiría vigilancia constante para impedir que Kroez hiciera revelaciones o mal uso de sus poderes. Esto impediría al Maestro, encargado de tal vigilancia, que se dedicara a otras labores; por lo tanto, no estaba abierto más que el tercer camino, el de la adopción. Kroez tendría que ser adoptado por una rama externa de la Gran Fraternidad.

Algunos de los ocultistas más celebrados que consiguieron con su trabajo, algunos de los grandes secretos, fueron adoptados y se convirtieron en incansable y útiles obreros de la gran causa. Además, las probabilidades eran que Kroez, una vez estuviera asociado con los Maestros, y se convenciera de que existen realmente, se convirtiera en un discípulo fiel. De todas maneras, quedaría comprometido y ligado por su invocación y, si bajo ésta violaba su juramento, la muerte o la locura sobrevendría prontamente.

En consecuencia, fue adoptado; pero esta adopción no podía borrar el karma no agotado en su naturaleza. En vez de dominar a ésta y dejar que por el dolor y el sufrimiento el mal en él se agotara, como uno de los ocultistas más celebrados del siglo décimo noveno había

hecho, se dejó dominar por su naturaleza inferior y violó su juramento. El resultado fue rápido e inevitable. Los Maestros no lo castigaron; fueron las potencias elementales que evocó al violar su juramento. Perdió su alma; si se hubiera mantenido fiel a los Maestros, se hubiera unido a su Dios.

CAPÍTULO XVII

Han pasado dos semanas; dos semanas de rápida marcha y de concentración de fuerzas, hasta llegar al histórico campo de Waterloo. Yo era cirujano personal del General Von Kral, Comandante en Jefe alemán, quien tenía cuatrocientos mil hombres bajo su mando. Todo era disciplina; y el más rígido entrenamiento era discernible en todas las divisiones. Durante ese tiempo nos habíamos comunicado Iola y yo regularmente cada noche. Los ejércitos enemigos estaban acampados frente a frente y, sin duda, al día siguiente presenciaríamos una carnicería y destrucción de la vida como el mundo no había visto hasta entonces. Se acercaba la hora de nuestra comunicación y, habiendo leído durante todo el día los pensamientos del General alemán, tenía información importante para comunicar. Con gran satisfacción para mí, había desarrollado repentinamente la facultar de clarividencia y podía ver las imágenes mentales del General a medida que éste reflexionaba.

Sonaron las diez de la noche y tomé, entre sábanas, la actitud pasiva y descansada adecuada. Apenas lo había conseguido, una voz como resonando en mi garganta, dijo: "Todo va bien".

"Todo va bien", respondí mentalmente.

"Comunica tú primero", llegó la réplica.

Sintiendo que la corriente fluía de mí y sabiendo, de consiguiente, que Iola estaba pasiva, y yo era el extremo activo, hablé mentalmente como sigue:

“Von Kral atacará mañana, salvo que ocurra lo inesperado; su plan es el siguiente: Repetirá lo del campo de Maratón; avanzará con un centro débil, pero con fuerza aparente, y concentrará sus fuerzas en los flancos. Dejará que Napoleón rompa el centro, dejando que caiga en una profunda trinchera, muy parecida a la hondonada de Waterloo. Detrás de esta trinchera tiene una cerca dentada a la cual él llama su trampa. Al romper los franceses el centro, los atacará por los flancos y le retaguardia, hasta aniquilarlos a todos; no se dará cuartel; pretende exterminarlos. En todo es una fuerza de cuatrocientos mil hombres; Von Kral mandará la derecha y Frensteine la izquierda. Si Napoleón no está preparado para hacer frente a esta estrategia, déseme la orden; una posición oriental será más poderosa que todos los cañones de la guerra.”

Al terminar, quedé pasivo, el sentido de la corriente se invirtió, y vino la respuesta siguiente:

“No empleamos tales medios; estos hombres no son más que instrumentos del Karma, y nosotros, como agentes de los Maestros, no podemos anular las deudas que los hombres y las naciones han contraído con sus malas acciones. Nosotros sólo podemos controlar, guiar y mantenerlo en sus propios límites llevando a su fin adecuado este torbellino de retribución kármica. Lo que los hombres y las naciones siembran, eso han de cosechar, y ni los dioses ni los Maestros pueden anular o poner de lado la ley. Cuando llegue la hora del término de la retribución, si los hombres persisten, podremos actuar, porque entonces, el fin justificará los medios. Ahora informaré a Napoleón enseguida y prepárate para recibir la respuesta al punto de media noche.”

El circuito se rompió y quedé dormido con la voluntad de despertar a las doce. A la hora señalada, desperté y sentí la corriente como antes.

“Todo va bien”, vino la llamada.

“Todo va bien”, fue mi contestación.

“Napoleón es un hombre peculiar; aparece desapasionado e impenetrable; pero no puede eludir al ojo interno que puede interpretar todos sus pensamientos. Recibió mi informe con mucha atención; sus blancas mejillas se colorearon ligeramente; sus labios se apretaron más firmemente; sus ojos tomaron una mirada ardiente, pero no dijo nada. Luego me miró con admiración y me preguntó sobre mis poderes; pero yo me negué a hablar de ellos, y él comprendió que no debía insistir. Por extraño que parezca, aunque no es un hermano, conoce la existencia de la Fraternidad y se da cuenta de que los miembros de ésta poseen poderes grandes y anormales. Habla poco, pero sabe que su fuerza no es suya y que, nosotros, sus instrumentos humanos, no somos sus únicos ayudante. Su intuición no le engaña, porque está cobijado por los Maestros y es vagamente consciente de ello.”

“Ahora te diré sus planes, según los vi formándose en la substancia mental, agitada por su mente. Formará un centro fuerte, que él mismo mandará. Igualmente, tendrá dos flancos fuertes, con alguna reserva entre ellos y el centro, por el cual los alemanes tratarán de avanzar. Los flancos no se moverán; pero sí las reservas y el centro, hasta cierta distancia; luego los dos flancos avanzarán y atacarán a los alemanes a derecha e izquierda. Una vez los alemanes hayan atravesado las reservas, el centro girará como un solo hombre y presentará un frente macizo en forma de U, en medio del cual aniquilarán a los alemanes; no se dará cuartel. Tu seguridad depende de los poderes superiores, y éstos te dirán lo que tienes que hacer. Descansa tranquilo ahora, buenas noches; nos volveremos a comunicar a las cinco de la mañana.”

“Buenas noches”, contesté y de nuevo el circuito quedó roto.

Por un tiempo quedé sumido en reflexiones, pensando en las viudas, huérfanos y hogares desolados que dejaría la guerra; pensé en las criaturas que nacerían defectuosas, de cuerpo y de mente, como ocurre siempre después de una guerra, y me preguntaba, ¿por qué los hombres persisten en el mal y en la injusticia que traen tales desastres? ¿Por qué los hombres, guiados por dirigentes egoístas, sin razón alguna matan a sus semejantes? ¿Por qué no puede la fraternidad reinar en todo el mundo y llenarlo de paz y de amor? ¿Por qué los hogares y las fiestas no han de reemplazar a las fortalezas y los campos de batalla?

Luego mis pensamientos se volvieron a la religión, y me preguntaba, ¿cómo es que hombres, que dicen creer en un gran y omnipotente Dios, pueden justificar en silencio esta carnicería sangrienta? Decenas de miles de viudas protestan contra ella; cientos de miles de niños huérfanos agregan su llanto. Luego me sumí en la filosofía. Indudablemente, me dije, lo que los hombres y las naciones siembran, eso recogen. La ley de causa y efecto es eterna e inmutable, y ni siquiera Dios mismo puede poner de lado o destruir Su ley, sin destruirse a Sí mismo. Mientras los hombres planten semillas que den brotes de guerra, éstas continuarán. Las consecuencias de los malos pensamientos y de las malas acciones han de ser el sufrimiento, sólo así se explican y redimen. ¡Ojalá esta terrible masacre consuma todos los gérmenes de mal! Que los vapores malignos que se ciernen sobre el mundo se disipen, y que la luz espiritual ilumine a los corazones de los hombres y los llene de paz y de amor!

Mis pensamientos se elevaron a Jesús, el santo y humilde Nazareno y murmuré: ¿Dónde se desarrolla esta guerra? Entre las llamadas naciones cristianas, las que blasfeman con sus actos contra el mismo nombre que invocan.

Así quedé dormido y soñé en la batalla que se aveci-

naba. Frente a mí se extendían las huestes armadas; pero lo que atrajo mi atención, no fueron las masas de hombres moviéndose en la tierra, sino otra hueste más fiera y horrible que se cernía sobre el campo de batalla. El aire estaba lleno de faces malignas, en formas medio humanas y medio monstruos; sus bocas y manos estaban llenas de sangre, mientras sus facciones infundían acerbo temor. Sobre cada forma humana que caía en tierra se precipitaba una docena de esas entidades que, cual vampiros bebían la sangre que manaba de los heridos. Cuanto más bebían, más insaciables se mostraban; hasta que, bañados en sangre humana, lanzaban demoníacas carcajadas y luchaban entre sí. Por encima de esta horrible hueste, vi otra menos numerosa de espíritus vestidos de blanco, que silenciosamente observaban el conflicto y recibían las almas de los caídos.

De pronto, me despertaron de mi sueño y, al abrir los ojos, vi con sorpresa que el General Von Kral se inclinaba sobre mí. "Colono", me dijo, "venga a mi tienda enseguida". Preguntándome que significa esta visita a medianoche, miré mi reloj y me apresuré a seguirle. Eran las cuatro y media y cerca de la hora de otra comunicación con Iola. Al llegar a la tienda, que estaba junto a la mía, el General dijo: "Doctor, tengo razones para creer que mi campo está lleno de espías; no sé en quien confiar, y tengo un importante mensaje que ha de llegar al rey sin demora. Tengo confianza en usted y tiene que llevarlo. Vaya tan rápido como el caballo puede llevarlo a Berlín; o mejor, vaya a la estación más próxima y tome una máquina. Fuera tiene un caballo; váyase enseguida y no pierda ni un momento". Al hablar me entregó un paquete y, no atreviéndome a desobedecer, salí y monté el caballo que esperaba. Muy pronto volaba por la carretera. Sabiendo que debían ser cerca de las cinco, me interné entre la arboleda y encendiendo un fósforo vi que faltaban cinco minutos. En

aquel crítico momento no podía dejar de comunicarme con Iola. Me interné más en el bosque y bajé del caballo y, apoyado en un árbol, asumí una actitud tranquila y concentré mi pensamiento en Iola. Casi inmediatamente sentí la corriente y llegó la señal: "Todo está bien".

"Todo está bien", contesté mentalmente.

"Comunica tú primero", replicó ella.

"Por un llamado repentino e inesperado me encuentro en camino a Berlín con un mensaje de Von Kral al rey. No podré volver y mantenerte informada; ¿tienes algún consejo que darme?"

"Voy a consultar con St. Germain, quien acaba de llegar", fue la respuesta. El circuito se debilitó, aunque no cesó del todo. Pocos minutos después, la corriente comenzó a circular con fuerza y ella preguntó:

"¿Está el mensaje cerrado?"

"Sí", contesté.

"Entonces, póntelo en la frente y yo lo leeré", dijo.

Hice lo que se mandaba y ella empezó a leer:

Napoleón será derrotado mañana. Otro sol se hundirá en la Francia subyugada. La victoria está asegurada y la realeza quedará triunfante. Ya no se oirá más el grito de "Libertad" en Europa. Después de la victoria aquí, avanzaré sobre París para destruirla y dejarla en ruinas. Enviad a Federico enseguida para que asuma el trono y construya otra Capital. Von Kral.

"Eso es todo", añadió ella; "sigue tu camino; para tu seguridad, los poderes te han hecho portador de este mensaje. Buenas noches."

"Buenas noches", contesté, y el circuito quedó interrumpido. Monté a caballo y volví a la carretera, apresurándome hacia Berlín. Al llegar a la capital entregué el mensaje sin pérdida de tiempo; en efecto, mi viaje fue tan rápido que el rey me dio las gracias.

Hacía dos días que me encontraba en la residencia del doctor Rankel, sin haber recibido noticias de Iola, a pesar

de mis esfuerzos para comunicarme con ella mentalmente. ¿Qué había ocurrido? ¿Estaría herida? Calmando mi mente, decidí esperar los acontecimientos; pero aquella noche despertaron nuevamente mis temores, porque llegaron graves noticias, según las cuales los franceses habían sido derrotados con gran carnicería y Von Kral los perseguía, con marchas forzadas, hasta París. Todo era excitación; las bandas tocaban marchas constantemente; los cañones tronaban salva tras salva. Se encendieron grandes fogatas en todas las calles y hombres y mujeres llenaban las avenidas. Gritos de victoria y de triunfo resonaban por todas partes entre vivas a Von Kral y al rey.

¿Era ello cierto?, me preguntaba al caminar de un lado a otro de mi habitación. ¿Explicaba ésto el por qué no llegaba respuesta de Iola? ¿Habrá ella muerto? ¿Estaba St. Germain equivocado? Con estas preguntas mis dudas me asaltaron y continué caminando de un lado a otro de la habitación hasta que dieron las diez.

Decidido a comunicarme con el frente, estaba resuelto a tomar el polvo, que se me había proporcionado para casos extremos, para comunicarme con Eral que estaba en París. Recordé la advertencia de que, si era perturbado, el resultado sería la muerte: pero me sentí seguro, por lo menos durante una hora. Llegaron por fin las diez de la noche; me senté y concentré todas mis energías mentales en Iola con el deseo de hablarla. Gracias a mi fuerte voluntad y a su buena disposición, ella contestó. La corriente comenzó a latir en mis sienes y las palabras llegaron claras y distintas desde dentro.

“Hemos estado marchando día y noche, y debido a comunicaciones especiales que tenía que mantener con otros, he tenido que cortar mi relación contigo por un tiempo. Cuando no lo exigen informaciones importantes y el deber, no es urgente comunicarse. Observo por tu estado mental que durante los dos últimos días has estado

sometido a otra prueba. Permíteme advertirte de nuevo que nunca te debes sentir perturbado, ni tener dudas ni temor; toma con calma cuanto ocurra, y nunca te inquietes ni dudes. Ahora oye lo que ha ocurrido. Los alemanes han sido derrotados y casi aniquilados; el General Von Kral fue muerto y su ejército dispersado. Los franceses avanzan rápidamente hacia Berlín. Las noticias que oyes sobre la derrota de los franceses son falsas y tienen una finalidad. Pero no te engañes y avisa a todos los hermanos que abandonen la ciudad, porque tenemos información psíquica de que los alemanes mismos la destruirán en cuanto sepan que se acercan los franceses. Tu madre es ahora miembro de nuestro Consejo secreto, y comunicaciones de tu padre, que está con el ejército oriental, dicen que los rusos triunfantes, con seiscientos mil hombres marchan hacia el Sud. Maximiliano ha muerto y Vivani ha asumido el mando. Todo depende ahora de Napoleón, quien hasta ahora parece ser el único instrumento adecuado de las fuerzas blancas. El plan es ahora dominar a Alemania, destronar al rey, ocupar el país enemigo y caer sobre los rusos. Mañana a la noche llegaremos a Berlín, y la victoria será conocida por el pueblo al día siguiente. Advierte a todos los hermanos y únete a nosotros. Esto es todo por esta noche; mantente en paz.”

El circuito se rompió e inmediatamente informé al doctor Rankel, quien prontamente avisó a los miembros; pero no demasiado pronto, porque antes de amanecer la verdad era conocida. El miedo se apoderó del pueblo, y se convirtió en pánico; muchos, al huir de la ciudad, quemaron sus casas. Aquella noche un mar de llamas recibió al ejército triunfante de Napoleón. El rey había huido y con él el doctor Rankel y toda la realeza. Los social-demócratas, aliados secretos de los franceses, por su lema, “Toda Europa una República”, trataron de salvar a la ciudad, pero sin resultado. La tea incendiaria

había sido aplicada por todas partes, y antes de la noche todo estaba en ruinas. Me uní a las fuerzas napoleónicas que acampaban en las afueras de la ciudad. El Consejo secreto se componía entonces de doce miembros, y ocupaba una casa rodeada por doble guardia, y nadie era admitido sin orden de uno de los miembros. Yo fui admitido gracias a una carta de Iola; muy pronto estuve en presencia de ésta, la que me recibió con un beso y un apretón de manos. Cada miembro tenía una habitación separada, y durante las marchas, un carruaje privado, de manera no hubiera interrupciones en su concentración mental.

“¿Dónde puedo ver a mi madre?”, pregunté, recordando que era miembro del Consejo.

“Todos los miembros se mantienen aislados, de manera que es imposible que puedas ver a tu madre”, replicó Iola. “Antes era tu madre, en sentido terreno; pero ahora es miembro del gran Tercer Grado.”

Conociendo las reglas ocultas, según las cuales uno ha de mantener su condición eléctrica individual, no hice objeción, pues estaba convencido de que todo lo que los Maestros ordenan es para mejor. Aquella noche tuve el placer de gozar de la compañía de Iola hasta tarde. A la mañana siguiente continuamos nuestra marcha hacia el Oriente. Napoleón, montado en un caballo blanco, abrió la marcha y tras de él seguían los carruajes de la corte con el consejo secreto. Cada carruaje tenía un escudo cuyo símbolo central era una estrella de cinco puntas, que indicaba que el ejército estaba realmente bajo la protección de los grandes poderes; a cada lado de los vehículos cabalgaba una guardia de oficiales y en cada uno de ellos iba un miembro solo; pero, por orden de Iola, yo compartí el de ésta, el cual, por disposición de Napoleón era el primero en la línea. A los acordes de “Libertad” cruzamos la ciudad en ruinas. La Under den Linden estaba llena de escombros ennegrecidos y

la belleza de ayer había desaparecido. Napoleón se acercó a nuestro carruaje y, al verme, me miró con lo que me pareció mirada de disgusto. “Ah, la señorita tiene compañía”, dijo.

“El señor Colono”, dijo Iola, presentándome.

En respuesta, Napoleón agradeció mis valiosos servicios y me felicitó por la posesión de tales poderes y por la excelente compañera que iba conmigo.

“Dad todas las gracias a la Fraternidad”, repliqué.

Me miró sin contestar; luego, dirigiéndose a Iola, con mirada tierna dijo:

“¿Me permitirá la señorita que la acompañe, cuando no esté ocupada?”

“Preguntadlo a St. Germain; yo estoy bajo sus órdenes”, contestó ella sin la menor vacilación.

Una expresión de enojo se manifestó en el rostro de Napoleón, y preguntó:

“¿Es St. Germain quien manda?”

“Efectivamente”, replicó ella sin dejarse acobardar por la superioridad claramente implicada en la pregunta.

“Bien, ya veremos”, contestó él significativamente; “Yo creo que soy yo quien manda aquí”. Al hablar así espoleó a su caballo y se alejó. Entonces Iola dijo:

“Quién sabe si éste, como su antepasado, cegado por la ambición y su egoísmo, hará mal uso de la oportunidad que se le brinda. Seguramente cree que es grande por sí mismo; ningún hombre lo es; sólo vienen a serlo cuando expresan la voluntad de muchos; sólo éstos son realmente grandes. En la actualidad, la gran mayoría del pueblo quiere libertad; si Napoleón aprovecha la oportunidad y viene a ser para la masa del pueblo lo que la cabeza es para el cuerpo, su grandeza está asegurada.”

“Iola”, contesté, con un poco de celos, “yo creo que está profundamente enamorado de tí”.

Ella me miró con sus grandes ojos y replicó:

“Nunca permitas que los celos contaminen tu corazón:

consérvalo puro y bueno, pues sólo así será adecuado para morada de lo divino.”

A últimas horas de la tarde, un oficial pasó una nota por la ventanilla entregándola a Iola; ésta me la pasó a mí y reconocí la escritura de mi madre. La nota decía:

“El Conde de St. Germain, que está ahora con el ejército oriental, ordena, por intermedio de tu padre, quien acaba de comunicarse contigo, que vayas a Viena por la ruta más corta posible. Tú sabes cual es tu deber; no pierdas tiempo. Tu madre y hermana, Nina.”

“Adiós, Iola”, dije. “Salgo enseguida; ocurra lo que ocurra, el deber es lo primero.”

“Tú eres mi noble hermano”, contestó ella, abrazándome cariñosamente.

Al salir del carruaje, envié una nota a Napoleón, quien con una mirada interrogante vino a donde yo estaba y preguntó:

“¿Quién es este Conde de St. Germain?”

“El Rey de los Adeptos”, repliqué.

“Bien, hágale saber cuanto antes que para esta fecha del año próximo, no habrá más reyes.”

Me di cuenta del significado oculto de sus palabras, pero nada dije. Una hora después galopaba a través del país hacia el sudeste. Al llegar al campamento del ejército oriental, fui enseguida al lugar aislado del Consejo secreto donde me recibió St. Germain. Conduciéndome a su departamento, me entregó dos mensajes que tenía preparados. El primero decía lo siguiente:

“Napoleón Marleón: ¿Os consideráis todavía sometido a quienes os han hecho lo que sois, a los cuales yo represento, o es que aspiráis a un imperio bajo el nombre ficticio de Presidente? No permitáis que un falso orgullo o la vana ambición os engañen en esta cuestión; nosotros os hemos hecho lo que sois, y con la misma facili-

dad podemos anularos. Os hemos elegido como instrumento, y es nuestro poder el que os sostiene; os daremos toda la gloria y la fama que un hombre puede desear; pero habréis de servir nuestro plan. A nosotros no nos interesan ni la fama ni el poder terreno, sólo queremos resultados; nos contentamos con trabajar en silencio y desconocidos, con tal que consigamos traer el bien deseado. Ahora bien, como nuestro instrumento, debéis manteneros dentro de los límites fijados y cumplir nuestras órdenes secretas. Toda Europa, al Sud del Báltico y al Oeste del Dnieper ha de ser una república libre, con su capital en París. Todos los reyes y tronos han de desaparecer y el pueblo ha de gobernar. Os elegiremos primer presidente, con tal que cumpláis nuestras órdenes. ¿Aceptáis el convenio? ¿Sí o no? Sí, y vuestra estrella se remonta; no, y ella se hunde. — Ipse dixit. — ST. GERMAIN.”

El segundo mensaje decía:

“Alvarez: Si Napoleón contesta no, cumple lo convenido — Nyimayana. — ST. GERMAIN.”

Este último mensaje estaba escrito sobre un papel peculiar y llevaba un signo místico, coloreado en la substancia del mismo.

“Lleva estos dos mensajes enseguida”, dijo St. Germain; “Álvarez estará allí cuando llegues; él conoce ya estas órdenes; pero este mensaje será su autorización oficial. Una vez Napoleón haya contestado, preséntate a Álvarez.”

Sin esperar más, volví prontamente al ejército francés, el cual avanzaba sobre Varsovia, arrasándolo todo a su paso. El rey alemán se había hecho fuerte en Polonia; reforzado con doscientos mil rusos, esperaba la batalla frente a Varsovia. Los aliados ingleses, bajo Nelson, marchaban hacia el Norte para tomar la capital

rusa; mientras que Napoleón, con nuevos refuerzos, contaba con cuatrocientos mil hombres y el entusiasmo que siempre da la victoria. Al llegar, presenté el mensaje a Napoleón; se produjo en él un cambio instantáneo al leerlo. Volviéndose hacia mí, con sequedad, contestó:

“Decid a vuestro jefe que no.”

Mensajes de nuevos hombres de Francia y de toda Europa lo habían llenado de la vanidad de la victoria y dio su respuesta como un trueno.

“Si yo y él”, continuó, poniendo el yo primero, “podemos ser amigos y aliados, muy bien; pero si sólo lo podemos ser mediante mi obediencia a sus órdenes, nuestras relaciones habrán de cortarse. Yo soy quien manda aquí.”

“Es esa vuestra respuesta oficial”, pregunté.

“Lo es”, contestó lacónicamente.

“Muy bien”, repliqué, “así la comunicaré”; inclinándome. Iba a retirarme, cuando me llamó para preguntarme:

“¿Qué sabéis de esta Fraternidad?”

“Todo lo que sé es que poseen poderes superiores a la muerte, y conocen el porvenir; si ellos decretan vuestra caída, no hay poder en la tierra que os pueda salvar.”

“¿Sabéis que tengo aquí en mi poder las vidas de doce de vuestros miembros?”

“Y vuestra vida pende de un solo hilo”, repliqué atrevidamente.

Su expresión no cambió, pero preguntó:

“¿Acaso me amenazan?”

“No, si vos no los amenazáis a ellos”, contesté.

“Bien, llevad mi respuesta a vuestro jefe y decidle que le desafío. Retengo como rehenes a los miembros de su Consejo para imponerle la paz; y la que amáis será mi reina. Id.”

Sin pronunciar palabra, salí y fui a la Sede del Consejo secreto, donde me recibió Álvarez. Le comuniqué

la contestación de Napoleón y le entregué el mensaje N° 2. Con expresión impenetrable, Álvarez me dijo que no abandonara el campamento y estuviera pronto para un llamado del Comandante. Aquella tarde, Napoleón sufrió un ataque de parálisis y fui llamado apresuradamente. Al llegar a su habitación, hice salir a todos y mandé llamar a Álvarez. Éste se acercó al dirigente postrado y, aplicando las manos al corazón y a la cabeza de éste, lo hizo volver en sí. Luego sentándose cerca de la cama, el adepto lo observó con calma. Mientras los ojos del adepto se mantenían fijos en los del enfermo, éste inquieto dijo:

“¿Qué significa esto? Yo no soy propenso a la parálisis; ¿acaso, vosotros, con vuestras negras artes, me habéis traído este ataque?”

“Hombre necio”, dijo el adepto, “que así desafiáis a los poderes que regulan todos los destinos.”

Los fieros ojos del Comandante se fijaron por largo tiempo en los del adepto, pero éste serenamente devolvió la mirada.

“¿Con qué derecho pretendéis relación con Dios y os arrogáis sus prerrogativas?”, preguntó Napoleón al inmutable adepto.

“Por el derecho de iluminación divina y miles de años de trabajar en bien de los hombres”, replicó el adepto.

“¿No sabéis que por una orden mía los miembros de vuestro Consejo serían ejecutados en una hora?”

“No podéis dar esa orden; aunque se os permitiera darla, nunca sería cumplida. Hay poderes presentes que no véis; pero, aunque invisibles, todas vuestras armas nada pueden contra ellos.”

“Los charlatanes vocean grandes pretensiones y hablan con misterio; pero nunca muestran su poder”, replicó Napoleón.

El adepto, por respuesta, se inclinó sobre el cuerpo postrado y movió sus manos por sobre la cabeza. Pro-

bablemente por primera vez en su vida, los ojos de Napoleón asumieron una expresión de sorpresa, y exclamó:

“¿Qué poderes del demonio poseéis?”

“Los poderes de Dios”, replicó solemnemente el adepto.

El enfermo se movió inquieto y dijo:

“Si lo que pretendéis es verdad, consideraré vuestra demanda; pero, ¿podéis probarlo?”

“Parcialmente”, replicó el adepto.

“Entonces, veamos vuestra prueba”, dijo Napoleón.

“¡Dormid!”, ordenó el adepto, con un rápido movimiento de su mano; instantáneamente los ojos del futuro Gran Napoleón se cerraron y quedó dormido.

“Vigílalo”, dijo el adepto, al comenzar el Comandante a respirar regularmente; “cuando despierte, estará bien y cambiará su respuesta a St. Germain. Dile que he ido a ayudar el ascenso de su estrella, hasta que, en creciente esplendor, será proclamado el Grande.”

El adepto salió, y el comandante con respiración profunda y regular, continuó durmiendo durante horas. No permití la entrada a nadie y lo vigilé constantemente. Alrededor de las tres, su respiración cambió; se hizo más y más baja, hasta no respirar, como sumido en un trance de muerte.

“Ah”, me dije, “ha ido lejos.” Conociendo el carácter de su condición, di órdenes estrictas de que no se hiciera ningún ruido en la casa. A la mañana, su condición no había cambiado; envió a buscar a Iola; ésta estuvo presente cuando, una hora más tarde, Napoleón volvió en sí. La primera manifestación de conciencia indicó un cambio en sus maneras. Mirando a Iola con sonrisa placentera, dijo:

“Ah, mi hermana, ya estoy bien de nuevo.”

Los efectos del ataque habían desaparecido e, incorporándose, se volvió a mí y dijo:

“Id a decirle a St. Germain que todo está bien; que

Napoleón está convencido. Usted puede quedar, señorita; me gusta su compañía”, añadió dirigiéndose a Iola, mientras yo me inclinaba y abandonaba la habitación.

“Desde que os habéis unido a St. Germain, yo soy vuestra hermana y no os abandonaré”, replicó ella, cuando yo trasponía la puerta para dirigirme al ejército oriental.

* * *

Han transcurrido cinco años; pero, para qué ocuparnos de estos cinco años de sangre y carnicería que, a principios del siglo xx, lavaron los pecados acumulados en Europa. Basta decir, que Napoleón desplegó un genio más grande que nunca y avanzó y venció a los aliados germano-rusos en Varsovia. Después de tres días de sangrienta batalla, mataron al rey, la ciudad fue tomada, y Napoleón victorioso anexó Polonia a la nueva proclamada República de Europa. Luego, volvióse hacia el Norte, como siguiendo los pasos de Bonaparte, para marchar sobre Moscú; pero en cumplimiento de una orden secreta de St. Germain, giró hacia el Sud, derrotó a los moscovitas en el Dnieper y proclamó a este río como frontera oriental de la República. El general triunfante fue llamado el Grande, para distinguirlo de su ilustre antepasado. Las potencias monárquicas, Austria e Italia, que se habían unido, por precaución, a la alianza franco-inglesa, al ver el creciente poder del gran jefe, se volvieron contra él, pero sin resultado. La orden secreta era que todos los generales y ejércitos, extraídos de las masas, se unieran a Napoleón y lucharan por la democracia europea. Cuatrocientas mil familias francesas e inglesas se distribuyeron por los países dominados, y otras tantas de éstas se repartieron por toda Europa. Se dio campos a los que no tenían propiedad y se inició una gran actividad industrial. Los ingleses proclamaron la democracia y se unieron a Europa, en una gran Repúbli-

ca que se extendía desde el Dnieper y Hellespont hasta el cabo oriental de Irlanda y desde el Mediterráneo hasta el Báltico, proclamándose la libertad. En el cataclismo, aunque no destruyó a la iglesia, las mentes de los hombres cambiaron y surgió una religión más filosófica. Enormes escuelas se construyeron en París y miles de filósofos recorrieron Europa, enseñando sin paga o sueldo.

Napoleón fue proclamado "Libertador" y elegido presidente por voto de todos los Estados. Por consejo de St. Germain, rehusó el cargo; pero el pueblo, como un solo hombre, exigió que aceptara y prestó el juramento ante la Asamblea de todos los Estados. Se formó un gran Parlamento de Libertad, el que proclamó la nueva Constitución.

(Nota del traductor: El lector de este Capítulo se dará cuenta de que todos los hechos relatados son una pura fantasía de la imaginación del autor, pues sabemos que, históricamente, nada de lo que dice ha ocurrido. No obstante, entremezclado con los hechos relatados, este Capítulo contiene mucha enseñanza, que seguramente el lector sabrá descubrir.)

CAPÍTULO XVIII

Durante todo este tiempo, Iola, en virtud de la influencia que había adquirido sobre el gran Jefe, estuvo casi constantemente en compañía de éste. No había la menor duda ni se podía ocultar el hecho de que él estaba enamorado de ella. Yo lo sabía; pero, sofocando el fuego de los celos, resolví dejar que las cosas siguieran su curso. Aunque yo amaba a Iola más que a todo en la tierra, confiaba que el destino me daría lo que me era debido, y mantuve, sin olvidarla nunca, la advertencia que ella me hizo de "olvidarme de mí mismo".

Durante los cinco años del conflicto, fui de una parte a otra; unas veces como informador, y otras veces comandando fuerzas. Me había elevado al grado de general y se me tenía en gran estima en el ejército.

Declarada, por fin, la paz, me encontraba de nuevo en el París del siglo veinte; París la Capital de la República de Europa; París con sus cuatro millones de habitantes, sus boulevares y sus palacios. Dos escuelas, una de arte y la otra de filosofía, tales como el mundo nunca había visto, se encontraban frente una de otra en los campos Elíseos y estudiantes, de todas partes del mundo llenaban sus pórticos de mármol. Las conferencias eran libres y gratuitas, e instructores, por largo tiempo recluidos en el Oriente, trataban temas de filosofía; mientras la Escuela Zerol de artistas místicos daba conferencias sobre arte. El Consejo Municipal decretó que todas las fachadas de la ciudad fueran de piedra o de mármol. Con

la mayor libertad de pensamiento, surgió, en el renacimiento del Siglo Veinte, un nuevo interés, que convirtió la ciudad en un sueño de belleza y grandeza.

Una vez más, me encontraba en la residencia del conde Nicholsky, cuya arquitectura clásica, en puro mármol blanco, era todavía una de las mejores de la ciudad. Debía celebrarse una reunión del Consejo, antes de la partida de St. Germain para el Oriente. Terminada la guerra y la crisis que marca siempre el término de un ciclo, el misterioso personaje había decidido morir, una vez más, por así decirlo, y volver a su verdadera estación. Reunidos alrededor de la mesa del Consejo, estaban los siete a quienes había conocido al iniciarse el conflicto, pero había además un octavo personaje. Éste era, al parecer, un oriental de tez oscura, con ojos negros penetrantes y largos cabellos y barba negros. Llevaba un turbante y estaba sentado junto a St. Germain con sus ojos fijos en el suelo, como para evitar las miradas de quienes lo rodeaban. Además de los miembros del Consejo había en la cámara otros doce, entre ellos mis padres, Iola y Esmeralda. Reinó el más profundo silencio hasta que St. Germain habló:

“Hermanos y hermanas”, dijo, “el karma del siglo diecinueve ha sido expiado; una vez más se ha recolectado la cosecha, se ha ajustado el balance y las desigualdades se han emparejado. Ha quedado inaugurada la edad de Oro; pero nuestro deber no está del todo cumplido. Ha llegado, por fin, el día en que el pueblo rige; los días de los Reyes y Emperadores ha pasado; únicamente el Moscovita, quien tiene todavía un destino que servir, continuará por algún tiempo rigiendo. Pero recordad hermanos, que la regencia por parte del pueblo sólo podrá tener éxito cuando éste posea inteligencia y disponga de hombres rectos que lo guíen. Ahora es deber y función nuestra procurar que estos guías no falten, y los miembros de nuestra Fraternidad han de estar listos

para ocupar los puestos de responsabilidad en todo el mundo. Estos puestos los ocuparán, no como recompensa por sus servicios o para satisfacer ambiciones, sino porque son los mejor preparados para llenarlo. Ni un solo cargo se ha de conseguir mediante fuerza externa; sólo los poderes del corazón y de la mente, actuando en su esfera adecuada, se han de utilizar a tal objeto. Diseminados por todo el mundo, nuestros miembros, mediante constante labor en favor del género humano, se han de ganar los corazones y mentes de los pueblos y, de esta manera pacífica, alcanzar el derecho a regir. Teniendo siempre en vista el bienestar de los hombres, los hermanos y poderes invisibles les ayudarán en sus labores, si son puros y trabajan por el bien de todos. Acabamos de pasar por una gran crisis; yo fui enviado para ayudaros y aconsejaros; pero ahora, una vez terminado el conflicto, es mi privilegio alejarme de vosotros y ocuparme, una vez más, de la función que tengo señalada. Contáis con dirigentes competentes y dignos, los que os guiarán cuando las condiciones externas lo hagan necesario; pero cada uno ha de esforzarse para alcanzar el punto en que la guía y la dirección vienen de adentro.

"Ahora, antes de partir, voy a considerar las aspiraciones y méritos de todos los solicitantes para el 'Tercer Grado'. Que se retiren todos, menos los miembros del Consejo, y esperen que se los llame." Ante este mandato, todos, excepto el Consejo y el oriental, abandonaron la cámara. Era la primera vez, después de varios meses, que Iola y yo nos reuníamos de nuevo. Mientras tomados del brazo caminábamos por los corredores, le pregunté:

"¿Iola, mi amor virginal, cuál es tu aspiración?"

"Alcanzar el fin para el cual todas las almas existen, perfección e iluminación", contestó ella con una sonrisa dulce, pero seria.

"Entonces nuestras sendas todavía van juntas", repli-

qué yo, en tanto llegábamos a nuestra sala de espera. Allí se me permitió, por primera vez, reunirme con mi padre y mi madre; ambos me recibieron con un beso afectuoso, pero hablamos pocas palabras. Las almas se entienden entre sí, sin necesidad de hablar; los pensamientos se intercambian en silencio. Apenas habían tenido ellos tiempo de besar a mis hermanas, Iola y Esmeralda, que estaba también con nosotros, cuando mis padres fueron llamados por el Consejo, y no volvieron a salir.

En el curso de una hora, fueron llamadas cuatro parejas; pero nosotros, con Esmeralda y su rubio hermano de Escandinavia, estábamos todavía esperando. Aproveché entonces la oportunidad para preguntar a Esmeralda cómo habían escapado ella y nuestra madre del temporal sufrido hacía catorce años en el golfo. Ella me contestó diciendo:

“Álvarez y otro hermano subieron a bordo en el momento de partir y, a pedido de éstos, desembarcamos todos en la primera isla. Como para ocultar el hecho, nos llevaron en un bote a alguna distancia de la bahía, y nadie se enteró de nuestra presencia. Al emprender de nuevo el viaje, Álvarez nos hizo prometer guardar el secreto y, en obediencia a sus órdenes nunca nos comunicamos ni con nuestro padre. Después he sabido que eso fue una prueba, no muy diferente de las que tú y yo hemos pasado. Pusieron a prueba la confianza de nuestro padre en sus Hermanos Mayores, haciendo que, aparentemente, llevaran a la muerte a su esposa e hija; sin embargo, él jamás dudó y continuó fielmente su trabajo. Verdaderamente podemos aprender buenas lecciones de nuestros nobles padres.”

“Alfonso Colono y su hermana Iola”, vino el llamado; mientras nos dirigíamos a la cámara, dije:

“Iola, sea vida o muerte, ignominia o fama, todo es para la humanidad.”

“Muy noblemente dicho, mi único verdadero hermano; si es necesario, arrancaremos de nuestros corazones, el último pensamiento del uno para el otro, y concentraremos toda nuestra mente por el bien del hombre.” Al hablar ella así, nos detuvimos un momento ante la puerta de la cámara del Consejo; luego, tomándonos de las manos y dándonos un beso como de separación final, entramos.

Una vez estuvimos sentados frente a St. Germain, éste nos dijo: “Hermano y hermana, habéis solicitado un gran y exaltado privilegio; un privilegio que pocos seres poseen en la tierra; un privilegio que sólo puede concederse después de muchas vidas de esfuerzo y de labor para la elevación del género humano. Pedís ser admitidos en el ‘Tercer Grado’. Si, hasta ahora, vuestros deberes han sido arduos, en este Grado trascienden toda comprensión y vuestras vidas se convierten en labor incesante. Fijaos bien en esta verdad, que os digo ahora con tiempo; este Grado, en vez de placeres, trae dolores; pero dolores que se convierten en gozo; porque aquí aprendéis el éxtasis del dolor, mientras el resultado de los esfuerzos trae felicidad a otros. Este es el misterio de los sufrimientos de Cristo; ésta es la recompensa de los Maestros de Compasión, para quienes el dolor, sufrido en la amorosa obra en favor de otros, se convierte en manantial de gozo”.

St. Germain habló de manera solemne, lenta y profunda. Al mirar al oriental, que estaba sentado a su lado, observé que sus ojos negros y penetrantes estaban fijos en nosotros mientras St. Germain continuaba:

“Hermano y hermana, como sabéis, nuestra gran obra es en favor del hombre; de consiguiente, trabajamos en todos los campos que puedan ayudarnos a elevarlos. Tenemos mucho que hacer en el mundo, y vosotros dos podéis encontrar abundante labor en el campo visible de acción; pero, si ingresáis en el Tercer Grado, habréis

de abandonar el mundo y trabajar de manera enteramente diferente. Ahora bien, ¿qué elegís hacer?”

Como movidos por un solo y común impulso, ambos contestamos a una voz: “Aquello que nos convierta en instrumentos más efectivos y nos permita hacer el bien mayor para el hombre”.

“Entonces dos campos de acción están abiertos para ti, hermano; conozcamos primero tu elección. Podemos hacerte Gobernador de Italia, en cuya posición puedes hacer mucho bien; terminado tu período, te haremos sucesor de Napoleón, como Presidente de Europa. En tal cargo, tendrás ciertamente inmensas oportunidades para hacer bien. Este es el primer camino. Por el segundo, te convertirás en monje mendicante, con poder para curar, e irás de lugar en lugar, curando enfermos y enseñando a los hombres las verdades de la vida. ¿Cuál de los dos caminos eliges?”

“¿Podéis encontrar a otros para llenar los puestos del primer camino?”, pregunté.

“Entre nuestros miembros, aunque pocos, podemos satisfacer todas las demandas”, contestó St. Germain.

“Entonces, que otros tomen los puestos de fama y de poder y dejadme que, humildemente, administre a las necesidades del género humano y sea uno que alivie sus dolores. Elijo el segundo camino.”

Sin contestar, St. Germain se volvió a Iola, y dijo:

“Hermana, tenemos para ti una oportunidad para hacer mucho bien y tenemos un pedido que hacerte; este pedido, sin embargo, no es de necesidad tu parte, y puedes, si lo deseas, rechazarlo.”

“Cualquier pedido que me hagáis está concedido por adelantado”, contestó ella.

“No lo concedas, antes que conozcas lo que pidamos; puede ser más de lo que tú esperas, por lo tanto oye. Napoleón te ama, este poderoso genio cree que en ti ha encontrado una mujer digna de su amor; en consecuen-

cia, posees gran influencia sobre él. Ahora bien, aunque lo hemos hecho grande, no es un hermano y es de naturaleza egoísta; pero, si tú quieres ser su esposa, tus mandatos desinteresados serán sus leyes. Por medio de él puede hacer mucho bien y, al mismo tiempo, puedes purificar y elevar su naturaleza. ¿Quieres ser la esposa de Napoleón?”

A pesar de mis grandes esfuerzos, un agonizante dolor oprimió mi corazón; ¿Habría ella conquistado todas las tentaciones de su corazón, vencido todas las pruebas, y gastado su vida por nada? ¿Debía ella quedar fuera del gran Grado y quedar ligada a un hombre para salvarlo? “Oh Dios”, murmuré, “todo por el hombre.”

“Si puedo hacer bien y ser de beneficio para mis semejantes, vuestro pedido está concedido y seré esposa de Napoleón.” Contestó ella clara y firmemente; aunque su voz denunciaba una triste resignación.

“¿Y lo amarás?”

“Como amo a todos los hombres”, contestó ella, “pero el amor que une a almas gemelas no está en mi poder darlo.”

“Pero todas las almas son una en el Alma Universal”, replicó St. Germain.

“Es verdad; pero las vibraciones las hacen diferentes. Si él hiciera el número de su alma igual al mío, entonces, yo le amaría, no porque yo quisiera, sino por ley natural. Igualmente, él amaría porque las almas en simpatía, por su misma naturaleza, deben amarse.”

“Muy cierto es lo que has dicho, hermana mía”, replicó el Conde; “Si todos los hombres y mujeres pusieran sus almas a tono con el Alma Universal, o en la misma vibración, todas las almas amarían con el amor más puro; no porque así lo quisieran, sino porque, por su misma naturaleza, deberían amarse.”

Todo el tiempo, los penetrantes ojos del desconocido

oriental, se mantuvieron fijos en nosotros; pero entonces habló por primera vez, dirigiéndose a St. Germain:

“Esta hermana no debe casarse, ni siquiera con Napoleón; tengo otro trabajo para ella.” Su voz fue clara, aunque habló en voz baja, y produjo en mí una fuerte sacudida. Evidentemente, aunque hablando bajo, había un extraño poder en su palabra. St. Germain contestó con una ligera inclinación de cabeza y volviéndose a Iola dijo:

“La palabra del Maestro es ley y desde este momento quedas a su cargo”. Luego, volviéndose a mí, dijo:

“Hermano Alfonso, tu hermana Iola va al Oriente; si perseveras y cumples con tu deber, será tu privilegio reunirte con ella más tarde. Su trabajo será, en adelante, en el mundo invisible de la mente y del alma; aunque aparentemente separada del mundo, ella impresionará e influenciará a todas las criaturas y a los hombres. La gran Jerarquía la adopta en su Logia interna, y te deja hasta que tú tengas el poder de reunirte con ella; pero recuerda que, aunque separados en cuerpo, nunca estáis separados en alma.” Dejó de hablar y, a su señal, Iola dándome una larga mirada comunicativa, abandonó la Cámara con el oriental.

“Ahora hermano”, dijo St. Germain, “estás bajo la jurisdicción de Eral y del Consejo occidental que ves aquí; reúnete con ellos, mañana por la mañana, en el castillo del Conde de Du Bois. Ahora puedes retirarte.”

A su señal de despedida, abandoné la Cámara y me dirigí a la mansión Durant. Había transcurrido algún tiempo, desde que dejé mi antiguo hogar. Al llegar supe que Camila se había convertido en Madame Callais; la encontré en casa, sin embargo, me recibió muy cordialmente. El Señor Callais, por ser hermano, me era conocido y me habló con interés sobre medicina. Pasé el día entre mis viejos amigos e hice algunos arreglos con el señor Durant. A la mañana siguiente, fui al castillo del

Conde de Du Bois. Yo no esperaba ver más a Iola; pero al llegar tuve la agradable sorpresa de encontrarla en la entrada. Tomados del brazo, me acompañó a nuestras antiguas habitaciones. "Mi querido Cleo", dijo ella, mientras nos abrazábamos, "el gran Maestro me ha dado permiso para comunicarte instrucciones más avanzadas. El conocimiento y los poderes, que hemos poseído hasta ahora, son realmente insignificantes, comparados con los que podemos conseguir. Mañana parto hacia el Oriente y tú hacia el Occidente; tendremos la tierra entre nosotros, sin embargo, nunca estaremos separados, porque, mientras hasta ahora nuestras comunicaciones a la distancia han sido mentales, en adelante nos reuniremos en el mundo astral. Por fin, he aprendido el secreto que me permite abandonar mi cuerpo físico y alejarme en el astral a plena conciencia. Durante años he podido abandonar mi cuerpo de carne; pero no podía conseguir que mi astral llevara mi mente a plena conciencia. Esto puedo hacerlo ahora y tú podrás muy pronto. Así, mientras tú estés en el mundo occidental, yo estaré contigo y a medida que prograses y desarrolles tus labores, yo te instruiré en el mundo de la mente. En el estado llamado sueño, estaremos juntos cada noche; pues yo estaré contigo en Occidente, durante tu día, y tú estarás conmigo en Oriente durante el mío. Sin embargo, no todas las pruebas están terminadas; la vida está llena de ellas, puesto que sólo pasando y sobreponiéndonos a las pruebas, podemos darnos cuenta de nuestra fuerza y poder.

"Las pruebas y los sufrimientos nos traen plena conciencia de nuestro poder, y desarrollan nuestras posibilidades internas no descubiertas. Nunca conocemos ni sentimos nuestra fuerza hasta que somos sometidos a prueba. Tienes por delante dos años de prueba y ardua labor, con lo cual terminarán tus siete años de probación. Durante estos dos años, deberás trabajar en América, la tierra de los antiguos Atlantes, y llevar luz a las

almas que se desenvuelven allí. En este trabajo estarás solo como monje mendicante y sin riquezas; deberás viajar de lugar en lugar, haciendo bien y dando luz. La fuerza que necesitarás no será de resistencia física, sino fuerza de mente y de alma; porque los pueblos allí, están dominados por la ilusión de la tierra y enceguecidos por la ambición de poder y de oro. Cuando descubran que no trabajas por dinero y no buscas ganancias, no podrán comprender tus acciones y te señalarán como fraude; cuando alivies la miseria de los que sufren, te calificarán de charlatán, porque ellos no conocen los poderes de la medicina oculta, y te ridiculizarán como curandero, y te castigarán como embaucador.

“Como mendicante, vendrás a ser un vagabundo sujeto a las leyes de la esclavitud, no importa cuánto bien moral o subjetivo hagas con tu pensamiento; tu enseñanza no te dará medios visibles para sostenerte, y no podrás justificar tus acciones; pero persevera siempre, no pierdas tu fe en la verdad y en el deber. Recuerda que los Protectores te rodean siempre, y no has de temer daño alguno. En medio de estas pruebas y sufrimientos, encontrarás paz interna y el gozo y éxtasis que viene del conocimiento del deber cumplido. No pidas justificación al mundo; deja que tu conciencia te justifique. No pidas alabanza a quienes te rodean; deja que la alabanza venga de tu interior. No te importe el desprecio y las burlas de los ignorantes del mundo, compadécete de su error y continúa con tu trabajo. Todos los Maestros de la Verdad han de sufrir; pero este sufrimiento es el fuego de la sublimación. Caerán sobre ti las calumnias, los embustes y el abuso, y serás el blanco de toda lengua vil; pero sabe que sus almas doloridas condenan sus acciones; compadécete de ellos pero no los sigas.

“Tu vida ha de ser un ejemplo, que todos los hombres puedan seguir; porque el ejemplo de una vida es más potente que todas las enseñanzas de los hombres. Has

elegido el sendero de renunciamiento, cuando se te ofreció fama y poder; has sacrificado tu amor individual para trabajar por el género humano; las pruebas serán ciertamente grandes, pero el fin será más grande todavía. Como Buddha has renunciado al trono y a una esposa amante, para trabajar por la humanidad, y como a Buddha la paz y la iluminación vendrán a ti. Cuando tu tiempo haya terminado, serás llamado, o yo me uniré a ti; el deber determinará lo que ha de ser. Ahora vamos a separarnos, ve a cumplir tu deber en el Occidente; no dejes que la obscuridad te ciegue a la luz, ni te desvíe de la senda.”

De esta manera dio fin a sus consejos; con un beso de despedida, abandonó la habitación y quedé solo en su departamento. Desde hacía como un año, había notado un cambio en mi cuerpo; sentía una sensación airosa y como si fuera menos pesado. Parecía que nunca me cansaba y, por extraño que parezca, de día en día, necesitaba menos alimento. Al quedar solo, tuve una sensación de mayor libertad corporal y parecía como si no tuviera peso. Casi sin darme cuenta caí en un sueño profundo.

A la mañana siguiente, con sólo mi traje puesto y una larga capa de color índigo, inicié mi peregrinaje. Así vestido, atravesé la ciudad, sin ser reconocido. En el Havre, leí el diario “Los Mundos”, y me enteré de que Alfonso Colono había desaparecido misteriosamente y nada se había podido averiguar sobre su paradero; los rumores, sin embargo, decían que había sido tomado por una Sociedad ocultista la cual, según se decía, ejercía gran influencia sobre Napoleón. Se añadía que esta misma Fraternidad misteriosa había tomado, hacía algunos años, a la princesa Luisa de Inglaterra. Ésta y Colono habían pasado gran parte de su tiempo en París y se sabía que estaban vinculados con los llamados Adeptos ocultistas. Se decía también, que la princesa debía su vida a uno de éstos, quien la había salvado hacía muchos

años de unos caballos desbocados en las calles de Londres. A esto seguía un largo artículo sobre desapariciones misteriosas y sociedades ocultas y se comentaba sobre gran número de personas prominentes que habían desaparecido sin causas conocidas. Embarcándome en un vapor, continué mi camino, pensando sobre cuántos misterios podrían los hermanos explicar en la historia del mundo y de individuos prominentes. Después de catorce años, volvía a cruzar el Atlántico y llegué a Nueva York. Allí, sin dar a conocer mi identidad, pero en virtud de mi posición evidente, convoqué al Consejo americano y pedí su cooperación para formar una "Liga de Justicia y Misericordia"; justicia para el inocente y misericordia para quienes sufren y se sienten desamparados. Visitando todas las Logias, fui de ciudad en ciudad y busqué especialmente la cooperación de médicos y abogados, porque estas dos profesiones, cuando se utilizan rectamente, tienen gran poder para el bien. Todos aquellos de estas profesiones, cuyo corazón no estaba atrofiado por la avaricia o por su propio interés, fueron organizados en una Fraternidad para trabajar por la justicia y la misericordia y para aliviar, sin paga ni precio, a los que sufren. No se debía dejar ninguna miseria sin atender, ni tampoco ningún caso de injusticia que pasara desapercibido; justicia y humanidad eran la regla, aun en las cosas más pequeñas. ¿Pero cómo podía desarrollarse tal labor sin dinero? ¿Cómo podrían trabajar los miembros sin paga?

Esta verdad quedó descubierta entonces. Los hombres se sienten humanitarios y, en su corazón, son buenos. Cuando se hizo evidente que trabajábamos desinteresadamente por el bien del hombre, las puertas de los acaudalados se abrieron para nosotros. La verdad es que los hombres habían casi perdido toda confianza en sus semejantes y el egoísmo universal predominaba; pero nosotros conseguimos restablecer esa confianza, y despertamos en su interior la luz parpadeante. Después que con corazón

agradecido vi la obra establecida firmemente, desaparecí una vez más y en mi hábito de monje continué mi peregrinaje. Fui de ciudad en ciudad, curando enfermos y aliviando a los que sufrían. De lugar en lugar, viajé enseñando las grandes verdades del amor, del deber y de la fraternidad de los hombres. Proclamé la Religión universal, sin cesar nunca en los esfuerzos para derribar barreras entre naciones, credos, riqueza y razas. Pero, ¿qué podía esperar uno que proclamaba que las verdades esenciales de Krishna, Zoroastro, Buddha y Cristo eran todas las mismas? Yo esperé la violencia; pero, no, las masas de corazón sencillo estaban más cerca de la verdad que muchos de los más ilustrados. Los sabios de mente estrecha, que habían pervertido los juicios de las masas, me combatieron; pero la semilla encontró tierra propicia y dio sus frutos. Sólo los fanáticos temieron y combatieron mis palabras y trabajo. Con corazones rencorosos, ridiculizaron al mendigo y lo arrojaron de sus puertas; pero, sobre estas pruebas, sentía una presencia que me envolvía, y cada noche, libre de mi envoltura de carne, viajaba al Oriente. A medida que trabajaba, mis poderes se hacían más fuertes y más manifiestos; algunas veces en el intenso entusiasmo de mi discurso me transportaba y se rasgaba el velo de la materia. Un día mientras hablaba a una gran multitud, que se había reunido a mi alrededor en las calles de Nueva Orleáns, alcancé uno de esos transportes y vi, a mi lado una forma parecida a la de mi hermana; pero invisible a la multitud que me rodeaba.

“Hermano”, dijo ella tan claramente como si fuera su voz, “Déjame hablar”. En silencio cedí. A renglón seguido, yo era un espectador y la voz de Iola habló a través de mi forma. Sorprendida y con profunda atención la multitud escuchó sus palabras. De pronto, una voz me ordenó que la siguiera y, en el mismo instante, vi a St. Germain a mi lado. Sin vacilación y hasta sin

sorpresa, obedecí y me sentí transportado a través del espacio con la rapidez del pensamiento; mi cuerpo carecía de peso; estaba conectado al de St. Germain por medio de un hilo de substancia de color violeta. Nos envolvía un mundo de substancia, pero la tierra no podía verla; de pronto todo desapareció y, al recuperar la conciencia, me encontré como un ser distinto. Al principio no sabía qué era; me encontraba en una localidad desconocida y tenía otro cuerpo. Mis manos masculinas habían desaparecido y, en su lugar, me vi con las delicadas manos blancas de una mujer; mi vestido era también de mujer; era de color blanco; la sensación que experimenté nunca la había sentido antes. Recobrándome de mi sorpresa, miré a mi alrededor y me encontré en un patio rodeado de columnas que, en cierto modo, me pareció extrañamente familiar, aunque no recordaba el lugar; luego, al darme vuelta, vi a St. Germain a mi lado. Era el mismo y, sin embargo, distinto del St. Germain de Francia; sus facciones eran las mismas, pero radiantes con luz y bellezas divinas. Su bondadosa sonrisa, ante mi sorpresa, me dio seguridad y pregunté:

“¿Dónde me encuentro, hermano?”

“A pedido de tu otro yo, se te han concedido algunas experiencias del Tercer Grado.”

Al hablar así mantenía un espejo ante mí y, en creciente sorpresa, vi las facciones de mi hermana Iola. Sonriendo bondadosamente, St. Germain dijo:

“Mediante un cambio de polaridad, tú has tomado el cuerpo de tu hermana y ella el tuyo; tu alma e individualidad son las mismas, pero ponen ahora de manifiesto otro aspecto. Tú sientes ahora como tu hermana sentía y ella siente lo que tú sentías. Este cambio no hubiera sido permitido, si no fuera que vuestras almas son una, es decir, que el número y la vibración de vuestras almas son los mismos”.

“¿Y dónde está Iola?”, pregunté.

“Ella está en Nueva Orleáns y tú estás ahora en Lhasa.”

“¿Y cuánto tiempo durará este cambio?”

“Hasta que ambos consintáis volver a cambiaros.”

“¿Y consentí yo esta transferencia a su puro y santo cuerpo, mientras ella toma mi forma impura?”

“Ciertamente, de otra manera nunca hubiera podido ocurrir. El alma domina la forma que ocupa, y no hay poder que pueda arrojarla o reemplazarla contra su voluntad. Tu cuerpo, gracias a tu labor, se ha hecho puro; de otra manera, Iola, alma pura, no hubiera podido entrar en él.”

“¿Son estos intercambios siempre buenos?”, pregunté.

“Todos los que nosotros sancionamos lo son; muchos otros no”, contestó. “Mucha gente haciéndose pasiva, y rindiendo su voluntad o degradando su forma con pasiones sensuales, permiten que espíritus elementales o demonios desencarnados penetren en sus cuerpos. Éstos se convierten en poseídos demoníacos. Algunas veces, no con frecuencia, los Maestros utilizan a estos pasivos, pero sólo cuando la forma es pura y pueden realizar el bien utilizándola.”

“¿Y de dónde provienen estos extraños recuerdos y este maravilloso conocimiento y luz que penetran ahora en mi mente?”, pregunté al sentir que una oleada incesante de ideas penetraban en mi cerebro.

“Como miembro del Tercer Grado, tienes el poder de recordar tus existencias pasadas, al vasto mar sin orillas del tiempo. Estos recuerdos, grabados profundamente en el Alma inmortal, son buscados por mentes no preparadas; pero no los encuentran porque, con la memoria limitada a una corta vida, pierden muchas horas, valiosas y útiles en cavilaciones sobre escenas pasadas. Únicamente quienes llegan a la realización de sus almas y penetran con sus mentes en las profundidades de la misma, pueden leer este registro sin fin. Para nosotros, que podemos

controlar nuestras mentes y ponernos a tono con nuestras almas, estos recuerdos y el vasto depósito de conocimiento adquirido durante muchas vidas pasadas, están a nuestro alcance. Vago e incierto es el recuerdo que viene únicamente a través del cerebro; la mayor porción de las vidas de la mayoría de los hombres están en blanco; lo que está en sus conciencias hoy, se pierde mañana. En la memoria eterna del alma, están acumuladas vastas experiencias de una evolución sin fin, y tú ahora, por tu desenvolvimiento superior, eres consciente, en tu memoria, de tu innato e increado Yo. Pero domina tu mente, de lo contrario esta afluencia incesante te arrastrará al olvido; éste es el peligro para las mentes no preparadas. Quien es incapaz de dominar su mente, no puede regular sus pensamientos; pues deja que este terrible torrente se deslice libremente en su cerebro y pronto sucumbe, dominado por la locura. Quienes sin estar preparados juegan con lo oculto, manipulan un fuego terrible y poderes que destruyen la mente. Ahora, con tu mente dominada, puedes mirar y leer tu pasado.”

Mientras hablaba St. Germain quedaron explicadas las misteriosas palabras de Iola sobre vidas pasadas; pues cuidadosamente vigilado por St. Germain, mi mente volvió al pasado. Una vez más fui un monje benedictino, laborando en campos de Poitiers y recordé toda aquella vida.

“No lamentes nada para que tu mente no se perturbe”, advirtió St. Germain, mientras yo me veía de nuevo en el convento de los Pirineos; “El pasado no vuelve; retrocede más atrás.”

Y, como por la magia de sus palabras, me vi de nuevo como Cleomedes en la bella Atica.

“No dejes que la emoción perturbe la serenidad de tu mente”, me advirtió mi guía, y una vez más seguí hacia atrás. Era entonces una sacerdotisa egipcia, en Tebas; luego, otra vida anterior, de nuevo sacerdotisa, en

las tierras del Nilo. "Sigue", ordenó mi guía, y me vi como mujer brahmánica, en la antigua Aryavarta; luego, monje brahman; después, Kshatriya; y anteriormente, un ciudadano de faz oscura del gran país, donde el Atlántico norte se extiende. "Vuelve", dijo St. Germain, y una vez más me encontré en el patio rodeado de columnas.

"Ahora fija tu mente en el chakra (centro) amarillo y lee y vé; puedes ir a cualquier lugar de la tierra que tú quieras."

Apenas había terminado de hablar el Adepto, cuando mi visión pareció olvidar el lugar en que me encontraba y contemplaba una forma dormida, que reposaba en una pequeña habitación en Nueva Orleáns.

¿Es ésta mi forma? No; mi antiguo templo está a cargo de mi hermana. "Apresúrate", ordenó mi guía. A su conjuro, volé de lugar en lugar, de continente a continente, hasta lugares imposibles y reclusos; el mundo entero estaba abierto a mi visión.

"No traspases las profundidades del espacio; tu voluntad no es lo suficiente fuerte; tienes que elevarte más, antes de que puedas tú conocer sus misterios. Vuelve."

De nuevo recuperé la conciencia en el patio.

"Hermano", dijo St. Germain, "has visto unos de los misterios de la vida; pero sólo la porción más pequeña del Todo."

"Ojalá los hombres pudieran darse cuenta de la grandeza de la vida y de la sublimidad de su naturaleza", exclamé, dirigiendo mis pensamientos al ciego y engañado mundo.

"Todo vendrá con el tiempo", replicó St. Germain. "Pero, qué vasto es el tiempo y cuán lento el progreso", repliqué.

"Sí, pero, poco a poco, uno a uno, los atraemos a la gran Fraternidad."

"Pero cuán pocas almas vienen, en comparación a las que no atraemos", dije.

“El número de almas en el universo presente es fijo, no vienen nuevas. El flujo transmigratorio del universo anterior al nuestro ha cesado. Desde ahora, cada nuevo hermano que recibamos es ganancia neta. No creas, ni por un momento, que son creadas almas para cada cuerpo recién nacido. El cuerpo no puede ser la causa del alma; porque lo bajo no puede causar lo elevado. ¿Puede lo temporal ser causa de lo eterno? ¿Puede el cuerpo ser causa del espíritu? No; el espíritu pervertido por el deseo impulsa a la formación de cuerpos. Si Dios tuviera que crear un alma para cada cuerpo, se vería sometido a los vicios y caprichos de los hombres; pero la verdad es lo contrario, se hacen cuerpos para las almas. Si el alma fuera creada para el cuerpo, y si éste fuera la causa que la atrajera a la existencia, ¿en qué quedaría la muerte del cuerpo, y el fin de la existencia del alma? El cuerpo es creado o formado para las almas que lo necesitan.

“¿Pero, puede el espíritu o alma impulsar los actos bajos que ejecutan algunos cuerpos?”

“El espíritu puro no; el alma pura tampoco; pero el espíritu pervertido como deseo, y las almas perdidas sí. Debes recordar que quienes se han condenado a sí mismos, en vidas anteriores, continúan buscando nuevas formas y son los que impulsan tales monstruosos actos viciosos. Desdichados son aquellos, por intermedio de los cuales estas almas perdidas actúan, porque ellas buscan únicamente a los de naturaleza similar.”

“Pero, hermano”, dijo cambiando de tema, “tus siete años de probación han terminado y es tu privilegio ser iniciado en el Tercer Grado, unos pocos de cuyos misterios acabas de ver. Ahora bien, como en los grados anteriores, hay en éste dos rutas, y deberás elegir cuál de las dos vas a tomar.”

“¿Ha elegido Iola?”, pregunté.

“Ella ha elegido y pasa adelante”, contestó él.

“Entonces, permítaseme ser su compañero y elegir la misma ruta.”

“Nadie puede elegir de esta manera; tú has de hacer tu elección. El primero es que vas a continuar la labor en el mundo, hasta que llegue la disolución natural de tu cuerpo; el segundo es una vida continuada en un astral auto-consciente.” ¿Cuál eliges?” Calló, y por un momento vacilé; luego, pensando que era egoísta desear desprenderme de mi cuerpo, antes de su hora natural, contesté:

“Elijo la primera senda y continuar la labor en el mundo”

CAPÍTULO XIX

Siendo todo lo demás igual, cuanto más piensa el hombre un tema determinado, más probabilidad tiene de llegar a la verdad. Pero mucho más importante que el pensamiento mismo, es el deseo sincero de conocer la verdad, libre de prejuicios y de preferencias. El hombre que busca la verdad movido por el egoísmo nunca la encontrará, porque sus deseos pervertirán su juicio y nublarán su razón. La verdad es pura e inmaculada, y únicamente los puros de corazón y de mente la pueden percibir en toda su belleza. La causa más grande de error en el mundo, es el prejuicio que desfigura los hechos para que se ajusten a opiniones preconcebidas, y el prejuicio tiene sus raíces en la naturaleza inferior.

Recordando mi lema: "Olvídate de ti mismo", escogí instantáneamente mi camino, el cual, al parecer, me traería labor más ardua. Confiado en el amor a la verdad y a lo justo, en mi interior, decidí casi sin pensarlo dos veces. ¿Había escogido correctamente? St. Germain pronto disipó mis dudas, diciendo:

"Hermano, tú y tu noble hermana sois, en verdad, uno; tú has elegido la senda en la que tu hermana te adelanta ahora; sin demora os uniréis. Dos almas como las vuestras han de trabajar unidas hasta el fin. Pero antes de enviarte a Oriente, te ayudaremos a abrir las potentes fuerzas encerradas en tu alma. Estas fuerzas, por tanto tiempo retenidas, difícilmente podrás comprenderlas por lo que te digo ahora. Se te dará poder para envol-

verte en una coraza que te hará invisible, aunque presente; para proyectar tu conciencia astral a la distancia; para transmutar metales; para leer el pasado y el futuro, hasta donde esté determinado; para leer los corazones y las mentes de los hombres, e influir en sus pensamientos desconocidos; para dominar a los elementos, arrojar demonios, curar enfermos por el poder de la voluntad; para moldear en formas visibles a la substancia astral, y para dominar a todas las fuerzas de la Naturaleza, mediante el Poder divino que está en ti. Digo que se te darán estos poderes; pero, más correctamente, te los das tú mismo; pues los posees ahora, aunque no lo sabes; si no fuera así, no podrías recibirlos, puesto que nada se puede agregar al hombre desde fuera; todo viene de adentro.

“Antes de revelarte el secreto que te permitirá abrirte, necesito convencerme, sin sombra de duda, de que nunca utilizarás tales poderes con fines egoístas, ni siquiera para salvar tu vida o la de aquellos a quienes amas. De tu abnegación estoy ahora convencido, no sólo por tu alma, visible a la visión espiritual, sino también por tu vida durante siete años. Pero te queda todavía un deber que cumplir, antes de que te pueda dar la palabra secreta; tu cuerpo ha de recibir una completa y final purificación, y eso requiere que vuelvas al mismo en el Occidente.”

“Iola volverá aquí y esperará a que termine tu período de vida, el cual no será largo.”

“¿Es que cada hombre tiene fijada la hora de su disolución corporal?”, pregunté yo.

“Cada organismo tiene fijado el tiempo de su disolución”, contestó St. Germain, “pero a medida que el hombre cambia su organismo, cambia la hora de su muerte. Las condiciones astrológicas, que significan la muerte de tu combinación constitucional, antes que sean modificadas por tu voluntad, ya no tiene poder sobre tu organismo, tal cual es ahora. Durante tu vida, por el poder

de la voluntad, has modificado tu forma de tal manera que la disolución de ésta, entra en aspectos planetarios diferentes. La astrología esotérica no excluye el libre albedrío o el poder del hombre para modificar su naturaleza.”

“¿Entonces, el destino es una cantidad variable?”, pregunté.

“Todo acto consciente de la voluntad produce una modificación en el llamado destino. Pero muy pocos hombres quieren conscientemente; la mayoría siguen ciegamente los impulsos o tendencias de sus naturalezas. De consiguiente, las vidas de esa mayoría están fijadas y sujetas a sólo ligeras variaciones. Pero hay excepciones; si tomas un hombre de mente poderosa y firme voluntad, encontrarás difícil trazar su horóscopo; porque, en pocas horas, puede modificar el curso de su vida, y su cualidad dominante hoy, puede ser reemplazada por otra mañana.”

“¿Y decís que mi término de vida es corto?”, pregunté.

“La combinación que constituye tu organismo físico no hubiera venido bajo la influencia de la muerte hasta los sesenta años; pero tu cuerpo, tal como es ahora, encontrará tal influencia, que significa su disolución, dentro de cuatro años. Si así ocurre, habrás llegado a la edad mítica de treinta y tres años. Has acertado tu vida terrena, pero entrarás más pronto en la vida superior.”

“¡Sólo cuatro años más de trabajo, cuando hay tanto que hacer!”, exclamé, mientras un sentimiento de amor universal inundaba mi corazón.

Una amorosa sonrisa iluminó el rostro de St. Germain, mientras decía: “Entonces se te permitirá trabajar invisible o renacer; ahora dirige la mente a tu interior”.

Al expresar él su mandato, un rapto celestial llenó mi alma; pareció como si se expandiera, hasta incluir en ese maravilloso amor a todos los seres y criaturas, y

una paz indecible se apoderó de mí. Mirando a St. Germain, vi su rostro radiante de luz, y sus facciones parecían angélicas por su belleza. Luego, ordenó: "Vuelve".

En obediencia a su mandato, dirigí la conciencia hacia dentro; un entumecimiento se apoderó de mi cuerpo, y una especie de succión, desde afuera, comenzó en mi lado izquierdo; luego, por un momento, todo quedó en blanco, de cuyo estado desperté, para encontrarme mirando a Iola, sentada en un sillón y en profundo trance. Preguntándome qué era yo, traté de ver mi forma; pero mi mente y conciencia parecían ser nada más que un núcleo de substancia. Como ansiaba ver, de nuevo tomé forma; el éter transparente obedeció a mi deseo.

St. Germain había pasado, evidentemente, por transformaciones parecidas, pues estaba flotando en una forma similar a mi lado. "Ven", me dijo mentalmente, y de nuevo, con la rapidez del pensamiento, atravesamos el espacio. Volamos a través de nubes de substancia flotante de muchos colores y tonalidades, que parecían palpitir con vida y pasar por transformaciones continuas. No tenía aliento ni sentido de peso; mi forma transparente parecía llevada por mi voluntad. De pronto fui atraído hacia abajo por succión y, en un instante, me encontré al lado de una cama en la que estaba mi forma durmiente, y a mi lado, en un cuerpo igual al mío, estaba o flotaba mi hermana Iola.

"¿Has vuelto?" me preguntó, en pensamiento, pues no hablamos con palabras.

"Sí, hermana; vete con el Maestro al Oriente; cuando termine mi término de vida, nos reuniremos de nuevo."

Al hablar así, vi un hilo de luz violeta que formó un circuito a través de nuestros cuerpos y el de St. Germain. El hilo formó una lazada y pasó de Iola a mí, a través de mi forma durmiente, luego dos hebras pasaron por el cuerpo transparente de St. Germain y por el mío y se

perdían en una nube vaporosa detrás nuestro. Una corriente de vida circulaba por el hilo que unía a Iola con mi forma durmiente; pero al hablar yo, la corriente cambió y fui atraído a mi forma y quedé inconsciente.

Al despertar, me encontré en una casita de Nueva Orleans, una vez más encarnado en Alfonso Colono; pero se había producido un asombroso cambio. De momento no recordaba las experiencias que acabo de relatar, éstas vinieron poco a poco a mi memoria. Mi mente estaba casi en blanco; una horrible blancura me envolvía. Tenía un vago recuerdo de conocimiento perdido; pero en vano apretaba mis sienes en el esfuerzo de aclararlo; ¡Todo se había ido! ¿Había sido mi cerebro desecho? ¿Había yo perdido mi mente? ¡Dios mío! ¿Qué significaba aquello? ¿Quién era yo? ¡Iola! ¿Quién era Iola? ¡Maestros! ¿Quiénes eran los Maestros? ¿Estaba yo loco? ¿Quién soy yo? ¡No existe el yo! El yo no es más que una ilusión del cerebro, producida por el movimiento de las moléculas. ¡Mente; mente! ¡No existe la mente! Lo que los hombres llaman mente no es más que una secreción del cerebro. ¡Alma! Esta es una superstición de la cual no tenemos pruebas. ¿Quién ha visto al alma? ¿A qué se parece? ¿Tiene forma? ¿Es un cuerpo? ¿Quién ha visto algo que no tenga cuerpo? Así desvariaba. ¿De dónde venían tales pensamientos?

Como si no fuera yo mismo, me levanté y me vestí. Como si fuera alguien a quien no conocía, me acerqué al espejo; era anormalmente sensitivo; todo lo que tocaba parecía moverse. Mis oídos zumbaban y me parecía oír ruidos por toda la habitación; corrientes frías llegaban a mi rostro y manos pegajosas me lo tocaban. Horrorizado y tembloroso traté de alejarlas, pero no lo conseguí. Tomé el sombrero y salí de la habitación; pero la horrible sensación continuó. En la calle caminé apresurado, casi sin saber qué hacía, ni a dónde iba. Al pasar, la gente se paraba y se apartaba de mí. Para

mi mayor tormento, una voz reía en mis oídos, mientras me decía: "Te tienen miedo". Buscando alivio, sin encontrarlo, volví a mi habitación.

Todo el día caminé de un lado al otro, por delante del espejo, vagamente consciente de que yo era algo, pero me sentía perdido. A medida que se acercaba la noche, oscura y calurosa, la quietud opresiva hizo más terribles los golpes y voces. Como dominado por la locura y a pesar del calor opresivo, encendí fuego en la chimenea, y sentándome frente a ella, fijé la mirada en la rojiza llama. En tal posición, las llamas se elevaron y parecían inclinarse hacia mí; quedé como en trance y perdí el poder de moverme. En el mismo instante, se formó en las llamas ante mí, la horrible criatura que había visto en la mansión de los Durant; pero esta vez, en lugar de repelerla, parecía fascinarme, y, al inclinarme hacia adelante, reconocí sus malignas facciones como propias. Sonreía horriblemente, y al continuar mirándola, se me hizo atrayente. Como no la rechazaba, vino hacia mí; pero entonces tomó la forma de un esqueleto viviente, y su forma huesuda, cubierta de carne seca y arrugada, adquirió brillo grasoso de color verde rojizo. Extendió sus huesudas manos como para abrazarme; las sentí en mi cuello y hombros, y respiré su aliento hediondo y ponzoñoso; luego, al rodear mi cuello con sus dedos, un débil rayo de luz llegó a mi mente y pronuncié una sola palabra: "Iola".

Un terrible y demoníaco chillido resonó en mis oídos; un rugido de desesperación, y la forma fue atraída al fuego de nuevo. Luchó y tiró hacia mí; sus fieros ojos me miraban con brillo salvaje y satánico; pero una blanca forma apareció, entonces, ante mí y con su mano extendida empujó al monstruo hacia las llamas. Con un último chillido salvaje, cayó en el fuego, y como si fuera de alquitrán, se consumió en las llamas. Al mismo tiempo, por un cambio instantáneo, mi alma se llenó de luz

y, elevando mis ojos, contemplé la radiante forma de mi gloriosa hermana.

“¡Iola, mi salvadora!” exclamé.

“Sólo, Iola, en tí mismo puede ser tu salvadora; sólo el Cristo, Krishna, Dios o el Maestro en tu interior, puede salvarte”, contestó su mente a la mía.

“Acabas de matar a la última sombra de tu naturaleza demoníaca, formada en vidas pasadas, y eres ahora absolutamente puro. Todos los hombres han de matar a su demonio, antes de que puedan seguir adelante; porque esta sombra demoníaca espera siempre en el umbral y, a no ser que la destruyan, no pueden pasar. Al llamarme, llamaste a tu Dios, porque yo no soy más que un símbolo del Dios en tu alma.”

“Con ésta, tu última experiencia, puedes darte cuenta de la condición de esos hombres que están completamente sumergidos en materia”, interrumpió otra voz mental, al tiempo que aparecía St. Germain ante nosotros, quien, sin darme tiempo a replicar, continuó:

“El Gran Hierofante me envía a llamarte al Oriente; cuando tu hermana y yo nos retiremos, duerme en paz; al llegar la mañana, emprende tu viaje. Tu hermana te esperará en Calcuta y viajará contigo por los pasos prohibidos hasta Teshee-Lumbo.”

“Nuestros cuerpos te dejan, pero nuestras almas quedan contigo”, dijo Iola. Una nube vaporosa los envolvió y quedé solo. Pero no solo, esta vez; el éxtasis de Dios estaba en mi alma; el espíritu llenaba mi ser.

Aquella noche mi sueño fue de paz; a la mañana siguiente emprendí viaje hacia Oriente; durante el mismo sentí gozo infinito; el alma iluminada por el amor difunde paz por donde va. Al llegar a Calcuta encontré a Iola vestida de monja budista, con el rostro cubierto por un velo para ocultar la belleza de sus facciones. Llegamos a Darjeeling y, desde allí, viajamos como peregrinos hasta Lhasa, la ciudad de retiro, de la cual

todos los extranjeros son excluidos. Allí nos recibió St. Germain, el mismo de Francia, en su cuerpo, quien nos condujo a través de un país desconocido hasta el hogar sagrado. Caminamos durante muchos días, sin cansancio y sin apresuramiento; nuestro viaje fue una conversación continua sobre todo lo grande y bello.

Los altos Himalayas y las desiertas cordilleras, al Norte, nos impresionaron por su sublimidad, mientras que el azul del cielo con sus nubes de múltiples colores, durante el día y cubierto de constelaciones estelares durante la noche, mantuvieron nuestras mentes y conversación sólo en lo bello y bueno. Por fin, llegamos al límite del valle y a un monasterio aislado arriba en la montaña, al que se llegaba por una estrecha senda; esta maciza estructura, construida en estilo ciclópeo, se encontraba lejos de la mano destructora. Estaba rodeada de gargantas y montañas cubiertas de nieve. Tan pronto como entré en el patio interior, recordé que lo había visto antes. Pero, ¿cuándo? En mis visiones en México y en Francia, y en mi viaje astral, al cuidado de St. Germain. Pensé en las iniciaciones de mis padres, y una pregunta surgió de mi mente. Como si la hubiera leído, Iola dijo:

Tus padres son miembros del Tercer Grado en Lhasa; pero están ahora en Francia con el rey Eral, como Jefes Instructores. Tu hermana Esmeralda, ha ido con su hermano Enrique a enseñar en Escandinavia. Tu amigo García es un Instructor en California, el doctor Rankel es Gobernador de Alemania; el señor Parodi es Gobernador de Italia, y Álvarez hace del mundo su hogar.

“¿Y Napoleón?”, pregunté yo.

“Tiene muchos años de vida, gracias a su gran genio; la república está convirtiendo en hechos los ideales del pasado.”

“¿Y puedo ahora preguntar por tus padres?”

“A eso contestaré yo”, interrumpió St. Germain. “Si

no hubiera sido por tu hermana, tú no habrías pasado de Lhasa, en esta vida. Cuando la princesa Luisa murió en Inglaterra, antes de que su cuerpo se disolviera, encarnó la que tú conoces como Iola. Una vez hubo cumplido su propósito, abandonó la antigua forma de la princesa Luisa y tomó la que ahora tiene. Ella te ha contado su historia pasada; pero te ha ocultado la presente. Ella fue la que te reclamó, cuando yo te envié a trabajar durante cuatro años en el Occidente, y como es la hija adoptiva del Gran Lama, tenía derecho a dar la orden, pues conocía tus existencias pasadas. Cuando tú, con los poderes que ahora posees, recuerdes las vidas anteriores, verás claramente la razón de tu actual elevación.”

“Efectivamente”, repliqué, “veo que fui un monje brahmán, con poder de adepto; pero por falta de algunas experiencias, tomé encarnaciones en Occidente.”

“Todo está claro, ¿no es verdad?”, dijo Iola.

“El pasado es ahora un libro abierto”, contesté; pues todas mis vidas venían a formar una.

“Entonces, estamos preparados para nuestra gran obra”, replicó ella.

“¿Y puedo hacer aquí más que en Occidente?” pregunté.

“Mucho más”, contestó ella, “porque aquí trabajamos día y noche; durante el día con nuestros cuerpos materiales; durante la noche, en el trance natural llamado sueño, trabajamos invisibles, en nuestro cuerpo astral, entre nuestros hermanos de Occidente. El mundo superficial cree que lo hemos dejado, en busca de soledad egoísta; pero nosotros trabajamos por medio de la mente y nunca nos detenemos a descansar”.

Entramos entonces en una cámara estilo ciclópeo, y nos encontramos en presencia del oriental de tez oscura, que había visto yo en París.

“Hermano”, me dijo, “después de muchas trabajosas

encarnaciones, el errante ha vuelto, y gustoso damos la bienvenida a su alma, ahora purificada e iluminada. Ha experimentado miseria y sufrimiento; ha sentido dolor y angustia; ahora su alma puede sentir compasión y trabajar para el género humano. Irás con nuestra hermana Iola, para aprender cómo utilizar tus nuevos poderes. Se acerca otra crisis en la nueva Atlántida de Occidente y, como nunca estamos ociosos, has de estar preparado. La cuestión de tu próxima desencarnación no te impedirá trabajar. Te has unido a los inmortales, y si tu cuerpo es considerado adecuado para otra vida, lo colocaremos en estado de trance, en el que la vida y sus influencias anímicas no pueden actuar; porque vida es muerte, y la actividad vital desintegra al cuerpo. Lo que en vida actúa como unidad, en todos los átomos del organismo, a la muerte actúa, en cada átomo, con actividad individual y separada. No, no morirás; tanto tú como tu hermana, tendréis cuerpos astrales conscientes, y viviréis inmortales en el mundo de la mente y del éter, hasta que decidáis pasar a los dos grados que están por encima de éste. Estos dos grados muy superiores están demasiado altos para que la mente humana terrena los comprenda, y tú te puedes dar cuenta de ellos sólo vagamente”.

En el grado siguiente no hay forma o cuerpo fijos. Cada ser es una llama del Espíritu Universal, y con su poder creador, puede construir una forma adecuada a sus necesidades, en cualquier porción del Universo sin límites. Como chispa de espíritu, centro sin forma, puede recorrer el espacio, de estrella en estrella, de sistema a sistema, y allí crear una forma o vehículo adecuado a su esfera. Esta forma puede abandonarla y disolverla; para pasar a otro Universo y construir otra. Porque esos seres o espíritus son, en esencia, espíritus divinos, y poseen todos los poderes de la divinidad. Del Primer Grado, no nos está permitido hablar; las palabras degradan; el

concepto es demasiado grande para que lo comprendan los que no lo han alcanzado. Ahora, retírate a tu cámara con tu hermana; pues tu iniciación tendrá lugar esta noche”.

Al terminar de hablar, salimos con Iola y fuimos a sentarnos en nuestra habitación. Sentados lado a lado, ella me dijo:

“Hermano, se me ocurre la idea de que nuestras experiencias ayudarían a muchas almas aspirantes, si las conocieran.”

“Cierto”, contesté, “tenemos la misma idea. ¿Acaso no podemos revestir los misterios y revelarlos sólo hasta ciertos límites?”

“Sí; cuenta al mundo nuestras vidas, pero oculta bien las enseñanzas secretas. Las grandes verdades están a la disposición de todos cuantos busquen la luz, y permitan que sus mentes sean iluminadas por un corazón puro y abnegado; pero todo debe venir a su tiempo.”

“Entonces velaremos la enseñanza, pero tan ligeramente que el buscador no podrá menos que encontrarla; al ignorante no podemos llegar; éstos se reirán y se burlarán. Lamentamos su ignorancia, pero deben esperar mientras tanto.”

Aquella noche se realizó la iniciación de mis visiones, siendo yo el candidato. Envuelto en vestidura de seda, fui llevado ante el Iniciador, quien me dio el “beso mágico”. El Cristo durmiente en mí despertó y liberó a la virgen de su tumba.

Pasaron cuatro de lo que los hombres llaman años; años de amor divino y de gozo, resultante de trabajar para el género humano; años de encanto celestial, en que el alma comprende que lo es todo y lo tiene todo. Estábamos en la “Cámara sagrada”, Iola y yo sentados uno junto al otro en grandes sillones de madreperla, ante una mesa de esmeralda. El Gran Hierofante, con su Consejo,

St. Germain y el oriental de faz oscura, estaban sentados a nuestro alrededor.

“Cruzad las manos”, dijo el gran Maestro.

Obedecemos y con las manos cruzadas sobre el pecho, reclinamos nuestros cuerpos.

“Ahora, respirad profundamente juntos”, vino la orden.

Obedecemos, y en el acto nos identificamos uno con el otro y con todos los que estaban en la Cámara.

“Ahora, sumergid la mente al interior y situadla en el trono de Brahma.”

A medida que la mente se sumergió en el centro del espíritu, un mantram sagrado llenó la Cámara, y luego, la Palabra Sagrada; después, nuestras almas se refundieron en una y se llenaron de música del universo de las esferas y entramos en lo eterno.

Entonces comprendimos que “no hay muerte”; con los cuerpos dejados de lado, vivimos en lo inmortal, en la esencia capaz de asumir una forma superior, y procuramos difundir luz entre todos los que la buscan y, con el tiempo, volveremos para servirles.

Om, Mani, Padme, Hum.

ÍNDICE

CAPÍTULO	PÁG.
I. Infancia	7
II. La separación	22
III. La princesa Luisa	35
IV. París. ¡Madre!	40
V. Más misterio	48
VI. La mujer en negro	54
VII. Miembro del Quinto	69
VIII. Iola	85
IX. Amor	100
X. Pruebas	111
XI. La Fraternidad Negra	130
XII. Muerte-Vida	143
XIII. La Fraternidad Blanca	161
XIV. Amante-Virgen	178
XV.	196
XVI.	214
XVII.	231
XVIII.	248
XIX.	267

MANUAL DEL CABALLERO
GUSTAVO ROSACRUS

El libro "Manual del Caballero" de Gustavo Rosacruz, publicado por Impresiones Avellaneda S.A., es un tratado de la filosofía y la práctica del ocultismo y el rosacruismo. El autor, Gustavo Rosacruz, es un destacado ocultista y rosacruzista argentino. El libro aborda temas como el desarrollo espiritual, la magia, el ocultismo y el rosacruismo. El libro es un tratado de la filosofía y la práctica del ocultismo y el rosacruismo. El autor, Gustavo Rosacruz, es un destacado ocultista y rosacruzista argentino. El libro aborda temas como el desarrollo espiritual, la magia, el ocultismo y el rosacruismo.

IMPRESIONES AVELLANEDA S.A.
Manuel Ocantos 253, Avellaneda, Bs. As.
Fecha de Impresión: JUNIO DE 1994
Tirada 1.000 ejemplares.

Son pocas las narraciones de carácter ocultista que logran mantener el interés continuado del lector, debido al desarrollo de un tema poco común.

Con la novela **Hermano de Tercer Grado** no sucede así, pues desde la primera a la última página nos sentimos copartícipes de un relato tramado genialmente con conocimiento de causa, entendible por cualquier persona, y que por lo trascendente deja de ser lectura de mero pasatiempo.

El autor de esta extraordinaria historia, consigue entonces adentrarnos en misteriosos ritos y terribles pruebas iniciáticas,

haciéndonos también comprender los peligros que involucra el contacto con una organización oculta regresiva, que nos puede llevar al aniquilamiento.

En suma, una obra que al mismo tiempo que recrea deja un coeficiente de sana enseñanza.

COLECCION

"De nada, nada" (Ex nihilo nihil).

**Nada viene de nada, es decir:
Nada ha sido sacado de nada.
Nada ha sido creado, pero todo
cuanto existe existía
ya de alguna manera desde la eternidad.**